CLAUDIO ROSSI

MISIÓN EN ATTICA

UNA PESQUISA DEL AGRIMENSOR QUINTILIO
Y DEL LIBERTO HICESIO





QUINTILIUS

VIDA • ENTRE • REPÚBLICA • E • IMPERIO

VOLUMEN DOS

Del mismo autor:

El Oro de Palmira
Carthago Nova
Tres estaciones en el Nilo
Los venenos de Tebas
Misión en Attica

Aunque algunos acontecimientos y personajes se basan en hechos y figuras históricas, esta novela es, en su totalidad, una obra de ficción. Las expresiones y los diálogos de los protagonistas se basan en las características del personaje, y no tienen ninguna relación con hechos históricos y personas que existan o hayan existido.

Copyright © 2024 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.
Código ISBN: 9798892929264

Correo electrónico del autor: claudiorossibooks@gmail.com
FB: Quintilius - Home | Facebook
Sitio web del autor: https://claudiorossiautore.it/

21062024

Claudio Rossi

MISIÓN EN ATTICA

Una pesquisa del agrimensor Quintilio y del liberto Hicesio

Traducción de Carlos Securun Sanz

Índice

ITALIA

- I. Roma
- II.
- III. Eporedia
- IV.
- V.
- VI.
- VII.
- VIII.
- IX.
- X.
- XI. Ravenna
- XII.

MACEDONIA

- XIII.
- XIV. Thessalonica
- XV.
- XVI.
- XVII. Attica
- XVIII.
- XIX.
- XX.
- XXI.
- XXII.
- XXIII.
- XXIV. Thessalonica
- XXV.
- XXVI.
- XXVII.
- XXVIII.

ITALIA

XXIX. Eporedia
XXX.
NOTA DEL AUTOR
APÉNDICE
Los personajes
Glosario de lugares
Unidades de medida
Glosario de términos

ITALIA

I. Roma

En el año del consulado de Cayo Julio César y Servilio Vatia Isáurico, el 706[1], la vida en la Urbe podía estar llena de peligros.

De hecho, en una fría tarde de diciembre, el pequeño grupo que caminaba por la calle con el senador Clodio Menenio y sus guardaespaldas acabó en medio de una pelea callejera.

Cinco o seis alborotadores se enfrentaban dedicándose todo tipo de improperios e injurias, lo que dejaba claro que la causa de la reyerta estaba relacionada con las carreras de cuadrigas.

Mientras los seis hombres de la escolta intentaban abrirse paso entre los facinerosos, tres de ellos, al empujarse unos a otros, chocaron violentamente contra el senador Menenio, que fue a parar al suelo gritando de dolor.

Los hombres de la escolta se apresuraron a socorrerle y sólo entonces se percataron de la mancha de sangre que se extendía por su toga.

En la refriega, el senador había sido apuñalado en el vientre.

Los alborotadores ya se habían esfumado. Había sido una agresión planeada de antemano, y no una reyerta entre facciones enfrentadas en las carreras de caballos.

El senador Menenio fue trasladado a su casa, donde murió esa misma noche a causa de la grave herida.

El ataque había sido organizado casi con toda seguridad por los optimates, que eliminaban así a uno de sus mayores oponentes en el Senado.

De hecho, y a pesar de la muerte de Pompeyo[2], la guerra civil estaba lejos de haber terminado. Los optimates, los conservadores, la facción opuesta a César, no habían sido derrotados y la guerra civil continuaría.

II.

En las nonas de diciembre[3] la grisura y la fría niebla del invierno se cernían sobre la Urbe, pero para quienes no eran pobres, la vida podía ofrecer agradables comodidades.

El liberto Hicesio no era ciertamente pobre y, como invitado al calor de la lujosa villa romana que antaño había pertenecido al arquitecto Sextilio, disfrutaba de unos dulces con miel que la joven Regila, la nieta de dieciséis años del arquitecto, con la ayuda de las siervas de la casa, había intentado por primera vez cocinar.

Eran los días de las tradicionales *Faunalia Rustica*, las festividades en honor de *Faunus*, el protector de la fecundidad de hombres y animales.

Era la hora séptima[4], y la muchacha que traía cada vez un dulce nuevo preguntaba todo el rato:

—Hicesio, ¿qué te parece este? ¿Está demasiado hecho? ¿Quizás un poco quemado? ¿Y la masa? ¿Te parece que ha quedado bien o todavía está un poco dura?

—No, Regila, están riquísimos —respondió Hicesio—. No debes hacer mucho caso a lo que dicen las sirvientas. ¿No es cierto, Rusonio? ¿A ti qué te parecen estos dulces?

—Hum… Diría que están buenos, sólo que ya sabes, he perdido muchos dientes, me cuesta un poco comérmelos. ¡Pero a mí me parece que están exquisitos! —respondió tranquilamente Rusonio.

Los dos, el liberto griego y Rusonio, el tutor de la muchacha, como sucedía a menudo durante aquel apacible invierno, estaban sentados tranquilamente al calor de la casa y comentaban las habituales habladurías, tan corrientes entre los que gozan de cierto bienestar.

El griego aparentaba no menos de cincuenta años, estaba flaco como un pescado seco y su aceitunada tez delataba su procedencia del cálido Mediterráneo. Vestía túnicas de vivos colores y llevaba el

cabello negro engominado, como era costumbre en Oriente. Hacía sólo unos meses que había obtenido la *manumissio*[5].

Su interlocutor Nevio Rusonio, el tutor de Regila, era un apacible viejecito de poco más de sesenta años que parecía recién salido de una granja.

Su aspecto era el de un hortelano, quizá un poco aseado, pero un hortelano al fin y al cabo: la tez bronceada por el sol, los brazos casi ennegrecidos por el trabajo al aire libre, la piel de la cara tensa y brillante, una calvicie incipiente y la marca más clara del sombrero que le atravesaba la frente. Incluso las manos, con sus callos y durezas en las falanges de los dedos, delataban una vida dedicada al trabajo de la tierra. En conjunto, tan bien vestido y en aquella villa señorial, parecía un poco desubicado.

Los dos, inmersos en el calor de los braseros y animados por el buen vino, discutían sobre sus asuntos.

—Desde luego, Regila y yo no podíamos creerlo cuando el magistrado nos dijo que habíamos heredado la villa de su abuelo, el arquitecto Sextilio —le estaba contando Rusonio—. Has de saber, Hicesio, que la vida en el casal de Fidenae se había vuelto realmente difícil. En los últimos tiempos seguía con mis tareas más por orgullo que porque nos interesara. Hoy en día se saca muy poco provecho del campo, ves que todo el mundo corre a hacinarse en la Urbe, y ahora sólo los esclavos trabajan la tierra, ¡los amos ya ni siquiera saben dónde están sus fincas!

—Sí, estoy al corriente de que la situación de los pequeños propietarios se ha complicado —le respondió Hicesio—. Imagínate, Rusonio, que cuando terminamos los trabajos de la *limitatio*[6] de la ciudad de Mantua, en la Cisalpina[7], se hablaba de dar a cada veterano una finca de cincuenta *actus*[8] precisamente porque se sabe que ya no se puede vivir de un minifundio.

—Por suerte para nosotros, los dioses han querido ser benévolos con esta chica, Regila, y no hemos dudado ni un instante en trasladarnos a la Urbe —confirmó Rusonio—. Aunque he de decirte que esta vida me asusta un poco. Sólo el estruendo de la mañana al amanecer cuando los carros entran en la ciudad, para uno que no está acostumbrado no es nada agradable, como ese ir y venir de

gente de todas las razas. En cuanto asomas la nariz por la puerta, con el primero que te cruzas ¡ni siquiera sabes si puedes hablarle en nuestro idioma! ¿Pero sabes qué es lo peor? ¡Aquí en la Urbe hay mucha gente que no trabaja! En mi finca, si quería queso tenía que ordeñar las cabras, y para comer habas tenía que sembrarlas, regarlas con cubos de agua de la acequia, escardarlas, ¡y siempre había algo fatigoso que hacer! Pero esta gente de aquí, ¿qué hace? Si no trabajan, ¿qué comen? Eso es lo que me pregunto: ¿quién les da de comer? ¿Roban? ¿Sabrías tú decírmelo?

—Rusonio, la situación en la Urbe es muy complicada, pero ya sabes que tenemos enormes riquezas y nuestras provincias envían a esta ciudad grano y otros productos de tierras lejanas, así como hierro, oro, y plata. La república es poderosa tanto en tierra como en mar. Estamos bien gobernados, y la lamentable guerra que enfrentó a César con Pompeyo terminó finalmente con la muerte de Pompeyo en Egipto.

—Sí, y no te lo niego, pero escucha lo que te digo: cuando nos fuimos de Fidenae arrendé tanto el casal como la finca a un vecino mío. Si hubiera podido, los habría vendido, pero allí son todos tan pobres que no tienen dinero para comprar fincas, así que los alquilé. Pero debo decirte que estoy muy preocupado, porque el acuerdo era que me darían veinticinco denarios al año. Pero ¿crees que esa gente, hambrienta como está, podrá reunir en un año veinticinco denarios para pagarme? ¡Es un gran problema! En cuanto haga buen tiempo, me gustaría ir a ver qué tal les va.

Le interrumpió la entrada de Regila cargada con humeantes vasos:

—¡Bebe tío, te calmará la melancolía! Y tú también, Hicesio, ¡bebe un poco de vino caliente que es bueno para estos días fríos!

Degustando el buen vino, Rusonio continuó:

—A lo que íbamos: que quiero ir a Fidenae a ver qué se traen entre manos. Y si al final no tienen dinero para pagarme, ¿qué puedo hacer? ¿Echarlos? ¿Y meter a otros como ellos en la finca? No hay dinero, ese es el problema. Así que realmente no sé cómo puedes prestar dinero a extraños. Yo no dormiría por la noche.

Seguro que es un trabajo de caballeros, pero si no te lo devuelven, ¿qué haces?

—Verás Rusonio, en todos los trabajos hay riesgos. Si crías gallinas, corres el riesgo de que el zorro se lleve alguna, pero no por eso dejas de comer un pollo asado de vez en cuando y de disfrutar de unos huevos. Todos los trabajos son así, siempre hay riesgos. Y nuestro deber es limitarlos. Por eso refuerzas el gallinero o pones allí un par de perros para que el zorro se vaya a otra parte.

—Bueno, si sólo fuera eso, ¡incluso puedo meter las gallinas en casa por la noche! A mí no me molestan en absoluto. Pero, ¿cómo se presta dinero? Cuando el dinero está fuera de tu casa tienes que confiar en lo que te dicen.

—No, no es así. Has de saber, Rusonio, que cuando prestamos dinero, sobre todo si se trata de una gran cantidad, nos tienen que dar alguna garantía, qué sé yo, unas tierras, unos esclavos. Si no me devuelven el préstamo, esos bienes pasarán a ser de mi propiedad, así que podré venderlos y recuperar mi capital. Y además formamos parte de un *collegium* de argentarios[9] y así muchos riesgos los compartimos entre todos. Sería como si tuvieras un gallinero en común con tus vecinos, y si por casualidad el zorro te roba tres o cuatro gallinas es una pérdida que se comparte.

—Mira Hicesio, mejor cambia de ejemplo, porque aunque parezca mentira, mis vecinos son todos unos auténticos robagallinas, ¡los conocen en toda Fidenae!

—Sin embargo, en muchas cosas reconozco que tienes razón, Rusonio, y realmente hay que tener precaución. Hoy mi ayudante Néstor me ha dicho que está estudiando un sistema para reducir el riesgo de perder el capital que prestamos. Ya sabes que Quintilio y yo, que poseemos el banco juntos, no somos partidarios de prestar a particulares. Los particulares están llenos de problemas a la hora de devolver el dinero: a menudo mueren, y en otras ocasiones huyen.

Aquel banco había costado caro: se había puesto en marcha con la recompensa que el liberto y el agrimensor Quintilio habían arrancado al Erario del Estado por la devolución del tesoro del asesino del arquitecto Sextilio, pero habían arriesgado sus vidas por aquel dinero: el griego incluso había sufrido una grave herida en la

pierna y había evitado la muerte de milagro. Aún caminaba renqueante.

Mientras discutían estas cosas, Regila esperaba sentada junto a su tío y el liberto.

—Venga, Hicesio, ¿nos vamos? —dijo por fin la chica—. Tenemos que ponernos manos a la obra con ese papiro que explica cómo curaban los egipcios las fiebres del río Nilo.

Hicesio había encontrado su hogar en esa casa: había pasado la mayor parte de su vida viajando por las provincias de la república con su amo, el arquitecto Sextilio, trabajando en proyectos viarios o hidráulicos o dirigiendo las obras de alguna centuriación, y ahora, finalmente, refugiado en la lujosa villa de su antiguo amo había reanudado su actividad juvenil como tutor, enseñando a Regila, la sobrina del arquitecto, a leer y escribir correctamente.

Por la noche, Néstor, el ayudante de Hicesio, regresó a la villa con graves noticias: el senador Menenio, su amigo y protector, había sido gravemente herido y se estaba muriendo. Néstor se había pasado por casa del senador porque anteriormente había estado a su servicio, antes de ser cedido a Hicesio para los trabajos del banco.

Negros nubarrones se cernían sobre la Urbe. La muerte de Cneo Pompeyo el Grande, tres meses atrás, quizás no fuera suficiente para detener a los conservadores, resentidos por las reformas de César que les privaban de muchos de sus privilegios.

Así, mientras la vida transcurría tranquilamente en la villa de Sextilio y la joven Regila proseguía su educación bajo la dirección del griego, se reanudaban con fuerza sospechas, conspiraciones e intrigas.

III. Eporedia

Me habían asignado como agrimensor a una unidad del Cuerpo de Ingenieros acuartelada en las proximidades de Eporedia[10].

El asunto comenzó en un día muy frío. Sólo alrededor de la hora sexta[11] el sol salió de entre las nubes para iluminar con una luz mortecina y lechosa la desolada llanura donde habíamos acampado. Disipada la niebla, la luz del sol reveló el fino encaje de escarcha que lo había cubierto todo: la hierba, las plantas desnudas, los escasos arbustos. Incluso nuestras tiendas de *contubernium*[12] se habían hundido bajo su peso, como si hubiera nevado, y nos veíamos obligados a consumir una enorme cantidad de leña para calentarnos.

El campamento estaba instalado en una de esas zonas llanas que se alternan con colinas bajas de tierra y piedras seis millas al sur de Eporedia, una distancia no muy grande pero suficiente para impedirnos realizar viajes frecuentes a la ciudad. Disponíamos de unas cuarenta tiendas de piel de vacuno para nuestro alojamiento, cada una de ocho plazas. Otra decena de tiendas las ocupábamos los oficiales y nosotros tres, los agrimensores civiles, mis dos colegas Elio Víctor y Aurelio Capulo, y un servidor.

Mi tienda se había acoplado a otra para ganar más espacio y habíamos dispuesto algunos tablones, cepillados previamente por carpinteros, sobre unos caballetes para que sirvieran de bancos de trabajo. Mi criado Vecio, al que había traído de la casa de mi padre, en la zona de Parma, también se había instalado en la tienda. Era un buen criado, un tipo flacucho que siempre decía que sí y sólo hacía lo que le ordenaba. Nunca tenía nada que comentar, ni bueno ni malo, ni pensamientos propios. En resumen, no era más que un criado ignorante, carente de toda iniciativa.

Debido a lo limitado de las operaciones en curso, sólo contábamos con tres centuriones y un prefecto, Publio Festio, un distinguido cuarentón amante de la buena comida y del buen vino.

Nunca había noticias ni encargos urgentes en nuestro campamento y estábamos convencidos de que en el Mando se

hubiera olvidado de nosotros.

A causa de la helada, el prefecto había dejado libertad para organizar el trabajo de la mejor manera posible. Los legionarios nunca habrían podido trabajar y cavar zanjas y canales en el suelo helado, que se había vuelto duro como el mármol y dañaba palas y picos. Las actividades de la *limitatio* estaban prácticamente paralizadas y los legionarios pasaban el tiempo reparando tiendas, catres y braseros, cosiendo y poniendo parches a la andrajosa vestimenta de faena, o jugando interminables partidas de *latrunculi*[13].

Se estaban acabando las Faunalia[14], en el invierno del año 706[15].

Unos días antes había recibido una larga carta del liberto Hicesio poniéndome al día de la suerte de nuestro banco, aquel extraño negocio que habíamos montado con el premio del Erario del Estado. Incluso nos habían inscrito en el *collegium* de argentarios de Ravenna.

De la noche a la mañana me había hecho rico, pero era una riqueza abstracta, hecha de trozos de pergaminos con créditos y deudas que Hicesio barajaba y, de vez en cuando, me dejaba ver.

Desde hacía algún tiempo, la vida con los legionarios se me había hecho un poco aburrida: no por culpa de ellos, los legionarios y los oficiales eran buena gente, era yo quien me encontraba insatisfecho y anhelaba algo distinto, algo en lo que tuviera que demostrar cierto ingenio y enfrentarme a problemas nuevos.

Había firmado con el cuerpo de Ingenieros por cinco años, y sólo había pasado uno. El Prefecto Festio sería mi amo durante otros cuatro años, no tenía escapatoria.

Y luego estaba la carta de Regila.

Sólo había sido huésped en su casa de la Urbe durante unos días. Había sido un breve encuentro y me seguía pareciendo sólo una niña.

De vez en cuando volvía a leer su carta: era la primera que escribía a alguien, y lo había hecho tan pronto como Hicesio le había enseñado a leer y escribir.

Regila Rusonia saluda a Fausto Quintilio.
Mi querido amigo, tal y como te había informado a través de nuestro amado Hicesio, ya he aprendido a escribir, y ésta es mi primera carta.
Gracias a vosotros ahora puedo comenzar el estudio de alguno de los papiros de la hermosa biblioteca de mi abuelo Fortunato Sextilio, y embarcarme en el conocimiento de las hierbas.
Espero que goces de buena salud y que no debas afrontar ningún peligro. Llevo colgada del pecho una de las dos cruces de la vida que le compraste a aquel comerciante egipcio en el mercado de las especias, y sé que la otra está contigo y te protegerá.
Conserva la salud, y escríbeme que pronto vendrás a nuestra casa en Roma.
Me despido de ti, mi querida alma gemela, y conmigo se despide Nevio Rusonio,
Regila
XII AD Kal Dec DCCVI[16]

El griego incluso me había escrito que Regila "había empezado a quererme".

Regila era, en efecto, una chica preciosa. Había cumplido dieciséis años, y ahora habría pagado lo que fuera por estar riendo y bromeando con ella en lugar de encontrarme solo, en esa fría tienda que apestaba a moho y a corambre de vaca.

Me pasaba los días de invierno vagando por el campamento, haciendo lo estrictamente necesario en mis mapas, y volvía una y otra vez a los mismos pensamientos que nunca encontraban solución.

Sólo los dioses sabían a qué se refería Regila en su carta cuando decía "escríbeme que pronto vendrás a nuestra casa en Roma". Esa frase era, precisamente, lo que no entendía.

Hacía poco que había aprendido a leer y escribir, gracias a Hicesio. Antes, sólo sabía deletrear más mal que bien. ¿Era posible

que no estuviera suficientemente familiarizada con las palabras escritas?

El segundo pensamiento que volvía a mi mente de tanto en tanto era el de nuestro banco, y el de aquel dinero hecho de pergaminos que iban y venían, de créditos que seguramente serían cobrados, porque, sostenía el griego, habían sido asegurados con tierras o esclavos.

Yo tenía experiencia de labores en el agro y de cosas que podían tocarse con mano y medirse o pesarse, y aquel dinero no era ciertamente una de ellas. Eran papiros con sellos que reclamaban el derecho a cobrar sumas, no eran monedas de plata o de oro. No había sido capaz de comprender del todo el mecanismo, o tal vez el griego no me hubiera explicado suficientemente bien cómo funcionaba eso de recibir escritos que atestiguaban un crédito y prestaban sumas enormes, siempre mediante pergaminos. En cuanto hubiese sido posible, le pediría que me mostrara dinero de verdad, de oro o plata, y de este modo lo habría podido apartar para el futuro.

Muchas cosas habían cambiado en el último año, me había desplazado constantemente y había arriesgado mi vida en medio de conjuras junto con el griego Hicesio. Y ahora, en el frío invierno de las llanuras de Eporedia, no tenía a mi lado a ninguno de mis antiguos amigos, y si hubiera querido marcharme, por ejemplo, a Roma, me lo habrían impedido.

Así que cada día que pasaba era una nueva aflicción para mí, y cuando me encontraba inmerso en la niebla, con esos ruidos sordos y esa luz difusa que no daba sombras, como si estuviera a punto de entrar en el Hades, me sentía verdaderamente solo.

La única persona con la que había estrechado lazos en el campamento era el *optio* Emiliano, el ayudante del centurión Valencio. Teníamos nuestras yacijas contiguas, y por las noches me ponía al corriente de los líos que se traían entre manos los legionarios, cuya crasa y supina ignorancia de palurdos los llevaba a hacer cosas propias de comediantes. De vez en cuando me decía: «Fíjate, Quintilio: estas sobras de la Décima Legión, si no los

hubiéramos recogido nosotros, no habrían tenido ninguna posibilidad de sobrevivir a un combate. En la práctica, ¡les hemos salvado la vida!».

Se refería al último contingente de legionarios, una sesentena de hombres de descarte que le habían mandado desde Roma al prefecto Festio, ignorantes paletos que habían ido a parar a la Legión por error. No eran ni villanos ni desertores, sólo ignorantes como bueyes, ni siquiera comprendían lo que hacían.

Nos reíamos de la ignorancia de esos hombres, y compartíamos lo que el siervo Vecio podía encontrar por ahí durante el día: huevos, rara vez una gallina o un conejo, lo justo para complementar la sopa de farro del campamento.

En la *limitatio*, sin embargo, no faltaba trabajo.

La centuriación de cincuenta años atrás había consistido en una serie de pequeños valles intercalados con suaves lomas de tierra y piedras, y el diseño general había dejado mucho que desear.

Ahora, con nuestra intervención, se estaban arreglando las zanjas principales y se había previsto hacer algún puente nuevo. Planeábamos construir puentes con vigas de castaño talando los árboles que crecían en las colinas. Las dimensiones serían las de las vías legionarias, con nueve pies[17] de ancho.

Las vías en mal estado también dejaban mucho que desear, y en varios lugares ya habíamos iniciado una operación de relleno con tierra y piedras para evitar que se anegaran en invierno.

Y luego estaban los arreglos de dos canales, cuyo corte no había salido tan bien cincuenta años antes, cuando se había centuriado la zona. Para estos, era preciso tomar medidas exactas para dotar a las aguas de una pendiente constante y evitar que se excavaran rutas alternativas a través de la campiña cultivada, devastando los caminos rurales.

Para esos dos canales fue necesario volver a medir todos los niveles con el chorobate[18]. No teníamos ese instrumento en el campamento, pero contaba con los dos carpinteros que me habían fabricado uno el año anterior y no tendría ninguna dificultad en conseguir que me hicieran otro, siempre y cuando encontráramos

madera suficientemente curada que no se deformara por la presencia del agua en la ranura. Tratándose de un aparato de una veintena de pies de largo, era necesario utilizar madera que se hubiera vuelto completamente inerte por su antigüedad: el carpintero Minucio me había explicado que los troncos que habían estado sumergidos en el agua durante mucho tiempo, o vigas muy viejas procedentes de algún gran edificio en demolición, solían ser los materiales más adecuados.

Envié al carpintero a buscar un tronco con estas características y éste encontró la viga ideal en la vieja caballeriza del cuartel legionario de Vicus Viae Longae[19], a pocas millas del campamento. La caballeriza estaba a punto de ser reconstruida y los carpinteros habían intercambiado la viga por medio ternero para asar.

Minucio y el herrero construirían las piezas, y en unos pocos días el chorobate estaría montado y podría utilizarse.

IV.

En los idus de diciembre[20], durante el día, el ambiente se presentaba lechoso debido a la presencia de la niebla. El sol sólo conseguía atravesar la bruma en las horas centrales del día y hacía caer un poco de la escarcha de las esqueléticas plantas.

La construcción del chorobate progresaba y el instrumento estaba casi terminado; los carpinteros esperaban el día propicio para darle la pez que impermeabilizaría la ranura. En cuanto amaneciese un día no muy frío, que no congelara el agua que había que echar en la ranura, podríamos realizar alguna prueba.

Pero yo ya estaba harto del chorobate. Había empleado uno el año anterior y dormitaba con la mente puesta en mis melancolías y los codos hincados en los pergaminos, cuando el prefecto Festio me mandó llamar.

Al entrar en su tienda vi a un oficial que no conocía, a quien el prefecto me presentó:

—Este es nuestro agrimensor Fausto Quintilio, que coordina el trabajo de los agrimensores y toma nota de los resultados en el mapa. Quintilio, este oficial es el tribuno Livio Veranio. Me había pedido conocerte porque estaba al corriente de que habías estado recientemente en la Urbe. Quintilio, te quedarás a comer con nosotros. Mi cocinero me ha prometido pavo y, si no recuerdo mal, ¡siempre estás bien dispuesto cuando se trata de saltarte el rancho de los legionarios!

Se me escapó una sonrisa porque era totalmente cierto.

El tribuno Veranio tenía novedades. Nos contó los últimos acontecimientos de la capital y los cambios que se estaban produciendo en Roma en la magistratura y en los mandos del ejército ahora que la guerra, con la muerte de Pompeyo, había terminado.

—Se abren nuevos escenarios en la vida de la república —dijo el tribuno—. César es un hombre práctico, se propone consolidar nuestras fronteras y pacificar las provincias interiores. Finalmente

tendremos unos lustros de paz y los ciudadanos podrán progresar y prosperar. Por ejemplo, mira estas *limitatio* que estáis preparando: con un largo periodo de paz, el agro se cultivará y tendremos una generación de campesinos, ¡lo que para la república siempre ha sido sinónimo de riqueza!

No podíamos dejar de compartir el optimismo del legado sobre lo que estaba ocurriendo en Roma, además el pavo estaba excelente, el prefecto Festio, aunque tuviera su defectos, era sin duda todo un sibarita y en la mesa había un vino exquisito. Pasamos la sobremesa entre charlas, y finalmente el tribuno Veranio me preguntó:

—Quintilio, llévame a dar una vuelta por el campamento, quiero ver vuestro trabajo.

—Tribuno, me encantaría acompañarte, pero me temo que con un día tan frío y brumoso poco podremos ver —le respondí—. Creo que te resultaría más útil consultar nuestro mapa de la *limitatio* para comprender más a fondo lo que estamos haciendo, ya que está actualizado hasta el trabajo realizado ayer.

Y así le conduje a nuestra tienda doble y desenrollé sobre la mesa el gran pergamino en el que, con tintas azules, negras y rojas, estaba dibujando todos los detalles de la nueva centuriación: centurias, carreteras, pozos, acequias; en algunos lugares había indicado también ciertas grandes rocas que quizás sólo un Titán podría haber movido, luego plantas centenarias, arroyos, riachuelos; y, cómo no, los miliarios limítrofes y los pequeños pilares de mármol que llevaban los *decussis*[21].

—¡Ves, tribuno, si tú y yo quisiéramos ahora, basándonos en este mapa podríamos discutir sobre cualquier tema referente a estas centurias sin necesidad de ir nunca al campo entre las brumas! Todo esto gracias a una buena representación en el pergamino.

El legado estaba interesadísimo en mi trabajo, tanto era así que me hizo varias preguntas, parecía un experto en agrimensura:

—Pero Quintilio, ¿alguna vez has dibujado centurias sin haber estado allí?

—Sí, a veces. Parte de mi trabajo consiste en elaborar los croquis de los agrimensores que trabajan en el campo, y cuando tengo la

sospecha de que algo no está bien voy a ver y tomo algunas medidas yo mismo.

—Quería preguntarte algo, Quintilio. ¿Crees que sería posible trazar un mapa preciso, como si hubiéramos estado allí, de un lugar que ninguno de nosotros dos ha visto nunca?

Me pareció que algo en su tono de voz había cambiado ligeramente y en un instante me di cuenta de que el tribuno Veranio era un legionario de los que luchan, no de los que garabatean mapas o se interesan por los *decussis*. No estaba aquí conmigo por casualidad, sin un propósito. Y desde luego no le interesaban mis mapas de la *limitatio*.

Probablemente quería preguntarme algo en concreto, así que le respondí:

—Legado, es evidente que quieres algo de mí: hazme tus preguntas sin rodeos y yo te las responderé con claridad. Tienes mi palabra de que quedará entre nosotros.

Ligeramente molesto por haberse delatado tan ostensiblemente, el legado hizo como que no había pasado nada:

—Quintilio, tengo un grave problema en un lugar donde no puedo ir en persona a tomar medidas. Ese es mi problema.

—No lo veo imposible —le respondí—. Estuviste con César y sabes muy bien que muchos de mis colegas agrimensores hicieron mapas de regiones y zonas fortificadas sin haberlas visto nunca en persona porque estaban en manos del enemigo y transcribieron detalles de fortificaciones, valles y murallas basándose en observaciones hechas desde lejos, por otras personas y desde distintos puntos de observación.

—Sé que esto se hizo durante la guerra en la Galia, pero aquellos eran dibujos preparatorios de los ataques. lo que yo necesito son medidas. Pies y pasos, no sé si me explico.

—Bueno, esto es más complicado. Pero, desde luego, depende mucho de la distancia. Con un buen matemático es posible desarrollar cálculos y cartografiar la realidad aunque se observe desde lejos, y llegar a obtener algunas mediciones. Por ejemplo, con la *groma* hacemos cálculos sobre parcelas de terreno que están al otro lado de un río.

—¿Y se obtienen medidas, números?

—¡Por supuesto! Normalmente se mide por pasos, pero depende del tamaño de lo que se quiera medir. Si ahora tuviera aquí al griego que siempre me ha ayudado a hacer cálculos, podría por ejemplo calcular lo alta o ancha que es una *insula*[22] al otro lado de un río o de un campo. Pero hay que tener en cuenta que las medidas que se obtienen de esta forma sólo tienen cierta precisión si no se está demasiado lejos; ¡no se puede esperar saber la altura exacta de un edificio calculando a una milla de distancia!

—Ya, me lo imagino. ¿Podrías ser un poco más preciso?

—Hum, por poner un ejemplo, se pueden obtener mediciones bastante precisas de un objeto, digamos un gran edificio, una *insula*, a una distancia que sea hasta ocho veces la anchura de la propia *insula*. A partir de dieciséis veces de esa distancia, me refiero siempre a la anchura de la *insula*, todas las mediciones resultan menos precisas, y a bote pronto, no puedo decirte cuánto error puede haber, necesitaría un ejemplo práctico, habría que hacer pruebas.

—Me parece una tarea no exenta de complejidad. Quintilio, ¿sabes si alguien ha intentado alguna vez este tipo de medición? Quiero decir, ¿para obtener una información útil?

—Bueno, sí: al final el método es el mismo que se ha utilizado más de una vez para conocer la distancia de una nave desde tierra firme. Me explico: a veces es necesario saber a qué distancia se encuentra una nave, si se está moviendo y en qué dirección. Los movimientos de las naves, vistas desde tierra, son lentísimos, y nunca está claro en qué dirección van. En ese caso, basta con colocar en algún altozano con una buena visual del mar, a un par de agrimensores con un *groma* y un poco de cuerda de medir, de esas que tienen los nudos para las distancias. Entonces se toman las medidas y se obtiene la distancia de la nave, es decir, las millas a las que se encuentra de los observadores. Luego, con otras mediciones similares, al cabo de un rato, se puede comprobar si se mueve, y en qué dirección. Por supuesto, se trata de un método algo complicado, pero ciertamente no es nuevo.

El tribuno Veranio se sumió por un momento en sus propios pensamientos.

—¿Y en cuanto a las alturas?

—Se aplica la misma regla, aunque es aún más complicada que para la medición de una cosa apoyada horizontalmente en el suelo.

—Algo te he entendido, Quintilio. Tendré que reflexionar sobre ello. Desde luego es una cuestión interesante que me gustaría profundizar. Mañana o pasado debo partir de regreso a Roma, pero ya verás como tendremos tiempo de volver a hablar de ello.

El tribuno Veranio cumplió su palabra y lo vi regresar a mi tienda al día siguiente, hacia la hora octava[23].

Traía consigo un rollo de papiro lleno de garabatos, pero parte de él mostraba una zona donde había unos montículos bajos, no estaba claro si eran estructuras de defensa u otra cosa.

—Aquí está mi zona. Esta que ves —dijo señalando unas figuras con forma de salchicha en un papiro—, son unos terraplenes. En principio, tengo que medir su altura y anchura.

—Sí, tribuno, lo entiendo —le respondí—, pero ¿dónde deberíamos estar nosotros con los instrumentos para tomar medidas?

—Creo que como mucho podríamos llegar hasta aquí —respondió, señalándome una zona fuera del pergamino y alejadísima de los terraplenes—. Y tendríamos que tomar esas medidas teniendo cuidado de no ser vistos.

Tenía que tratarse de una fortificación: si nos hubieran detectado demasiado cerca, me imaginaba que habrían disparado flechas.

—¿Qué anchura tendrá más o menos, en pasos, de aquí hasta aquí? —le pregunté, señalando una sección de la fortificación.

—Unos ochenta pasos, supongo.

En ese momento cogí una de mis reglas de madera, marqué la distancia a la que tendríamos que mantenernos e hice un cálculo aproximado sobre una tablilla encerada.

El tribuno me estaba pidiendo que midiera objetos que, vistos desde una gran distancia, ocupaban un ángulo de visión demasiado estrecho para obtener resultados útiles con una dioptra[24].

—Tribuno, como mucho tendremos un error significativo. No es que estemos obligados a cometer errores, pero las mediciones no podrán ser más precisas que eso: en el mejor de los casos podría haber un error de veinte pasos por cada cien.

Le vi dubitativo ante esa afirmación mía, y añadí:

—La calidad de las mediciones podría depender del tiempo disponible para repetir, quizás varias veces, las lecturas con la groma y la cuerda con nudos.

—Quintilio, tú imagínate que se trata de una zona sitiada, que no es posible acercarse demasiado al enemigo y mucho menos dejarse ver. Por ejemplo, se podrían tomar algunas medidas a horas intempestivas, cuando el enemigo está menos alerta —observó el tribuno Veranio.

—Si es así, se puede pensar en varios artificios —le indiqué—, y uno es ese horario que ya has apuntado acertadamente. Y, además, no necesariamente tendréis que plantaros en campo abierto y hacer alarde de vuestra presencia. Podríais utilizar una groma de menor tamaño que la habitual que se utiliza en el agro, y en cuanto a no dejarse ver, ¡se puede disimular la groma con arbustos!

—Bien, yo también estaba pensando en algo así —me hizo eco el tribuno—. Pero debes saber que yo no he estado allí, y esta conversación que estamos teniendo, se podría decir que es preliminar, para ver si lo que queremos hacer es factible.

—Me hago cargo, tribuno. Me gustaría añadir algo más, que podría cortar la cabeza de la serpiente, como se suele decir. Lo único que haría falta para mejorar mucho la calidad de las mediciones sería un pequeño artificio: que uno o dos exploradores, quizá de noche y camuflados para no ser descubiertos, realizaran una o dos mediciones con la cuerda con nudos de algún tramo ya medido con la groma. Al insertar un punto de referencia realmente medido, esto mejorará la calidad del resto del levantamiento topográfico.

—¡Eso es!, ¡ahora sí que me has dado una buena idea! ¡Exploradores! Probablemente se pueda hacer. Y con una medición realizada sobre el terreno, ¡se podrían corregir los datos del cálculo! Ahora me queda más claro.

El tribuno enrolló su papiro y casi sin despedirse de mí salió de la tienda murmurando:

—Luego nos vemos.

V.

Los elementos que me había dado el tribuno Veranio eran muy pocos para pensar en la mejor manera de organizar los cálculos. Los oficiales solían aparecer con extrañas peticiones cuando necesitaban algún milagro, y si salía bien se llevaban el mérito. Si salía mal, la culpa recaería en los agrimensores.

Para ese tipo de mediciones, que requieren muchos y complejos cálculos, necesitaríamos a Hicesio, o al menos a un matemático de su mismo nivel. Por si fuera poco, necesitaríamos comprobar antes la calidad de los resultados, tal vez haciendo pruebas en una zona que no fuera de guerra, donde se pudiera trabajar cómodamente sin riesgo de recibir flechazos en la espalda.

Por la tarde me puse a rebuscar entre mis pergaminos, donde tenía alguna nota del arquitecto Sextilio que podría ser útil a la hora de pensar en cómo empezar dichos cálculos.

Tenía hojas con numerosos procedimientos de cálculo, y bocetos sobre cómo configurar el dibujo geométrico para obtener medidas de puntos que no tuvieran un acceso directo, por ejemplo al otro lado de un río[25]. Tal vez entre ellos hubiera alguna fórmula útil para realizar mediciones a grandes distancias.

Rebuscando por todas partes, lo único que apareció fueron cálculos de gradientes hidráulicos y otros procedimientos para medir la velocidad del agua. No encontré nada de lo que buscaba, como ocurre siempre.

Sólo me quedaban por revisar un par de arrugadas hojas de papiro, que ignoraba si habían pertenecido a Hicesio o al arquitecto Sextilio; con ellas estaban envueltos unos plomos de repuesto de la groma. Las dos páginas contenían un pasaje de una obra filosófica de cierta envergadura: sabía que los dos se entretenían con esas rarezas, y sus pocas líneas me llamaron la atención.

Era un tema que no me interesaba mucho, siempre me había llamado más la atención cómo medir y dividir la tierra. Como no tenía nada que hacer empecé a leerlas.

Me atrajo sobremanera una enigmática frase: «los dioses quisieron que el dolor fuera compañero del placer»[26].

Pero ¿qué podía significar una frase como ésa? Por la forma en que estaba expresado el pensamiento, parecía una proclamación que venía de lo más alto, algo que debía aplicarse a todos los hombres, quizás una ley natural.

¿Podría ser esa ley aplicable también a mí? ¿Acaso mientras yo sufría mi estancia entre las brumas de Eporedia, al mismo tiempo debería sentir placer por ello?

Evidentemente no podía ser así; habría sido una solución demasiado trivial. Quien lo hubiese escrito debía haber tenido un pensamiento más complejo que expresar.

Una interpretación podía ser que los dioses habían decidido por nosotros que el placer y el dolor estén a veces cercanos, que todo placer puede llevar consigo un aspecto que incluya en parte el dolor, o algo así.

Ahora bien, no era posible comprender qué significaba exactamente esa frase sin disponer del texto completo.

Podía ser una lección magistral de un pedagogo. En ocasiones, para enseñar a los jóvenes se emplean ciertos textos que ofrecen indicaciones generales sobre la vida y el destino. Pero, por lo que yo recordaba, a menudo se trataba de enseñanzas válidas para el pedagogo y casi nunca para el alumno, lamentablemente.

Había algo en esa frase que me estimulaba a profundizar en su significado, también porque realmente no tenía otra cosa que hacer.

Reflexioné sobre esas palabras durante un buen rato y, a falta de más información, uno podía imaginar fácilmente que ese pasaje lo escribiera algún filósofo desheredado por su familia, o tal vez obsesionado con las infidelidades de su mujer. ¿Quién podía saberlo?

Mientras estaba reflexionando sobre ese extraño fragmento, que también podía ser uno de los extravagantes escritos del griego y definitivamente no tenía nada que ver con mis asuntos, encendí la lámpara. Si alguna vez tenía ocasión de volver a ver a Hicesio, tendría que hablarle de aquel texto; sin duda era forraje para su pesebre.

A la hora duodécima[27], como era de esperar, no había llegado al fondo de la sibilina frase, pero, por suerte, para sacarme de mi apuro vino el ayudante del prefecto Festio a avisarme de que me esperaban en la tienda del Mando.

Me vestí convenientemente porque ya había bajado la bruma de las noches invernales. El asistente me hizo pasar de inmediato.

—Quintilio, esta noche cenarás con nosotros, hay algo de lo que tenemos que hablar. Ponte cómodo —se apresuró a decirme el prefecto señalando al tribuno Veranio, que estaba sentado en un rincón, calentándose junto a un minúsculo brasero.

Los dos estaban discutiendo sobre la escolta del tribuno que, a la mañana siguiente, llegaría al campamento procedente de Eporedia, para continuar inmediatamente hacia la Urbe.

Poco después llegaron los siervos de la cocina y empezaron a poner la mesa para los tres. Era evidente que había algo más de lo que ya me había preguntado el tribuno Veranio, algo que debía concluirse antes de que éste se marchara.

Ese debía ser el motivo de la invitación a la cena. Pero fuera lo que fuera, al menos me habría saltado el triste rancho legionario.

Mientras degustábamos un excelente lebrato con berza[28] y bebíamos unos excelentes caldos, hablamos de un sinfín de asuntos insustanciales, como siempre se hace en la mesa.

En cierto momento, el tribuno Veranio cambió de tercio y me hizo una pregunta:

—Quintilio, ¿conociste en persona al tribuno Annio Elpidio?

—Sí, por supuesto, le conozco muy bien: fui huésped suyo durante unos días, o más bien huésped en su cuartel, hace unos meses.

En realidad yo había estado detenido en aquel cuartel, para ser más exactos, pero no me pareció el momento oportuno de perderme en ínfimos detalles.

—Sí, Elpidio me comentó que te conoce, y a decir verdad fue él quien me aconsejó que hablara contigo. Que sepas que te saluda, me dijo que pasó unas horas muy gratas en compañía tuya y de Hicesio.

—Me alegra que lo recuerde. Estuvo conmigo cuando me llamaron a declarar ante el pretor Nerva; corrí el riesgo de acabar en la cárcel. Espero que esas no sean las horas muy gratas a las que se refería.

—Mucho se habló en Roma y entre los optimates sobre el fin del patricio Julio Rogaciano, asesinado por un civil. Esto es algo que nunca se había oído antes —dijo el tribuno.

—Ése fue su fin. Pero habría muerto igualmente si lo hubieran prendido los otros —le repliqué, aludiendo a los sicarios de César que habían tratado de capturarlo—. Lamentablemente, no me fue posible entablar ninguna conversación con él porque estaba decidido a acabar conmigo.

—Me lo explicó Elpidio, y sé que fuiste absuelto por el pretor Nerva, y ése es un magistrado que no se anda con chiquitas. Claro que este asunto, tengo que decírtelo, ha causado bastante ruido.

—Pues ya ves, nuestro Quintilio, tan tranquilito que parece— intervino sonriente el prefecto Festio—, en realidad es un hombre de recursos. No fue la primera vez que se metía en líos y fue capaz de salvar el pellejo como si fuera uno de nuestros exploradores más aventajados. Escucha lo que hizo el año pasado por estas mismas fechas, con un frío terrible, en las ciénagas próximas a la Vía que va de Hostilia a Verona. En plena noche, consiguió que unos legionarios vadearan un río, más o menos por las calendas de enero si no recuerdo mal.

—¿Vadear un río en las calendas de enero? ¿Y de noche? Pero qué teníais detrás, ¿germanos rabiosos? ¿Os querían empalar? —se regocijó el tribuno Veranio con una sonora carcajada.

Me sonrojé un poco, no me apetecía que comentaran en ese tono despreocupado los problemas por los que había pasado, y le contesté:

—Para nuestra desgracia, no podíamos hacer otra cosa. Nos habíamos perdido en un cenagal, quizás si no nos hubiéramos decidido a tomar esa decisión, ¡aún seguiríamos allí!

No eran más que bromas y los oficiales no insistieron más.

—En cuanto al otro asunto, Quintilio, lo de los levantamientos topográficos —continuó el tribuno Veranio—, me interesaría llegar al fondo del asunto, sólo que ahora me he quedado sin argumentos.

—Si puedo ser de ayuda, estoy a tu disposición —no podía responderle de otro modo a un tribuno—, pero a mí también me faltan argumentos. Haría falta una prueba sobre el terreno para tener más datos. Y, amén del agrimensor, se necesita también una persona experta en cálculos y geometría.

—Sí, lo sabía, me lo habían dicho. De todos modos, tengo que salir mañana de regreso a Roma, hace un tiempo de perros, y no sé cómo vamos a cruzar el río Po. Pero para concluir, quería preguntarte si estás dispuesto a venir conmigo a la Urbe para que podamos evaluar, junto con otras personas que forman parte de este proyecto, si se puede llevar a cabo.

Se hizo el silencio. Hace unas horas estaba pensando en cómo enviarle un mensaje cortés al tribuno Elpidio, que me había ayudado en el pasado, en cambio ahora podría llevárselo en persona. Podría alojarme unos días en casa del arquitecto Sextilio, ¡y reír y bromear con Regila!

Y le respondí con prontitud:

—Por supuesto, tribuno, me encantaría trabajar en este proyecto con vosotros, sólo que necesitaría algo de tiempo para pasar las consignas a mis colegas. No querría dejar al prefecto con cosas ya empezadas y de las que nadie quiere hacerse cargo.

—Quintilio, tu consideración te honra —dijo educadamente el prefecto—, pero para pasar el relevo a tu colega Aurelio Capulo basta con que habléis durante una hora. Aquí todo el trabajo está parado por las heladas, y no hay nada realmente empezado que se vaya a terminar pronto. Así que habla con Capulo, y no causes problemas. Partirás mañana por la mañana. Sólo te pido una cosa: si tienes tiempo cuando estés en la Urbe, pasa a tranquilizar a mi familia: están un poco preocupados por los acontecimientos de la guerra civil. Será un gran consuelo para ellos hablar con alguien que me haya visto recientemente.

No pude evitar asentir porque no sabía qué decir y estaba un poco aturdido por la novedad. Finalmente añadí por pura cortesía:

—Prefecto, si tienes una carta la llevaré en persona a tu familia.

—Gracias, Quintilio, te la prepararé esta noche.

Mientras intercambiábamos cordialmente estas palabras, el tribuno Veranio rebuscaba en su cartera de cuero; encontró una pergamino doblado en cuatro y me lo entregó para que lo leyera.

El Tribuno Annio Elpidio saluda al agrimensor
Fausto Quintilio, agregado civil en el Cuerpo de Ingenieros.
Vale.
El Cuartel General de Roma te ordena presentarte en este Mando donde recibirás órdenes para tu nuevo destino.
Será obligación tuya mostrar esta carta a Publio Festio, prefecto del Cuerpo de Ingenieros para que se expida tu documentación para el viaje.
El Mando Central de la Urbe ordena asimismo:
Que los Oficiales del Ejército de la República Romana permitan al agrimensor Fausto Quintilio el tránsito por los puestos de control de la Provincia, la entrada en la Urbe y el acceso a las oficinas del Cuartel General de la Urbe.
Tribuno Annio Elpidio
V ante Kal Dec DCCVI[29]

No pude evitar fijarme en que estaba rubricado por el tribuno Elpidio, y que llevaba la fecha de hace casi veinte días.

Sonriendo al prefecto Festio, el tribuno Veranio nos explicó:

—Elpidio se había apostado conmigo una cena de salmonetes a que nuestro Quintilio diría que sí ¡sin preguntar nada más! ¡Ni cuánto iba a durar la misión, ni si iba a ganar dinero! ¡Y ahora tengo que pagarle la cena! ¡Por eso quiso escribir él mismo la orden y firmarla! ¡Ya estaba seguro de que ganaría!

Bromearan lo que bromearan, a mí me había caído del cielo una manera de poner pies en polvorosa y salir del campamento de las nieblas, y era una ocasión a la que me aferraría incluso con las uñas.

Además de a Regila, ¡también volvería a ver a Hicesio!

En la oscuridad de la noche fui directamente a la tienda de Aurelio Capulo. No tardaría ni una hora en entregarle las consignas, como había dicho el prefecto. Sólo me tomaría unos instantes, luego iría a preparar mi petate de viaje.

Aquella noche no dormí nada.

VI.

El viaje a la Urbe fue espantoso. Salimos el decimosexto día antes de las calendas de enero[30], el primer día de los *Saturnalia*[31]. Pero con el frío que hacía, no teníamos tiempo de reír, ni siquiera de bromear.

Nos vestimos a conciencia y entre las bocanadas de vapor que salían de los ollares de las monturas nos dispusimos a montar. Era la hora cuarta[32], y la escolta que había llegado del cuartel de la legión de Eporedia apenas había tenido tiempo de apearse de sus caballos para tomar un trago de vino caliente antes de reemprender la marcha.

El prefecto Festio me entregó la carta para su familia; con unas palabras de despedida le estreché el antebrazo, luego le hice un gesto con la mano a Aurelio Capulo y me puse en marcha.

Viajamos deprisa, a un ritmo constante para no dañar a los caballos, ayudados por el excelente estado de las carreteras y el tiempo que nos brindaba algunas horas de sol cada día; tomamos la ruta que pasa por Vercellae[33] y Ticinum[34], y las noches las pasamos en *mansiones*[35] o en algún cuartel de la legión.

El centurión que dirigía el contingente conocía bien la carretera, evidentemente estaba acostumbrado a hacer servicios de escolta durante todo el camino hasta la Urbe, y fue de gran ayuda a la hora de elegir los lugares donde nos detendríamos a pasar la noche. El centurión enseguida se dio cuenta de que yo no estaba acostumbrado a cabalgar largas distancias, y encargó a dos legionarios, Sabino y Torcuato, que me vigilaran para que no ralentizara la marcha.

Los caminos estaban casi desiertos a causa de la estación fría, sólo nos cruzamos con algunos mensajeros y unos pocos mercaderes con algún que otro carromato. Al quinto día divisamos el Po, cerca de Placentia, y el tiempo empezó a empeorar: el cielo se volvió plomizo y se impuso esa extraña calma sorda que precede a las nevadas. Incluso remitió el frío.

El puente de barcas sobre el Po aún no había sido retirado y fijado a la orilla, operación que se realizaba durante el invierno para evitar daños con la llegada del deshielo primaveral.

Nunca había visto ese puente, pero a menudo había oído hablar de él en nuestro campamento. Era un milagro de la ingeniería.

Había sido necesario recurrir al puente de barcas porque el río Po nunca habría permitido, con sus violentas crecidas primaverales, mantener un puente levantado sobre postes de madera, como muchos otros que ya habían construido nuestros ingenieros.

El primer tramo, más corto, suspendido sobre postes de madera clavados profundamente en la arena, cruzaba un ramal secundario que se secaba casi por completo en verano, y llegaba a una pequeña isla arenosa situada a lo largo de la corriente. De allí partía el puente de barcas propiamente dicho: con ciento treinta pasos de largo de un extremo al otro, y una anchura de poco más de diez pies[36], apoyaba sus vigas sobre veinticinco grandes barcas, cada una de las cuales estaba anclada a la orilla con una cuerda y subía o bajaba según el nivel de las aguas.

Dos puestos de ingenieros, uno en cada extremo, controlaban el estado del puente y de las maromas, y regulaban el paso de soldados, carros y civiles, que se realizaba ahora en un sentido, ahora en el otro. La señal para invertir la dirección de paso la daba una banderola que se izaba alternativamente desde cada puesto de acceso.

Cuando comenzaban a caer los primeros copos de nieve, cruzamos el río. Los cascos de los caballos resonaban sordos sobre los tablones de madera y, bajo el entablado, las aguas, turbias y gélidas, fluían silenciosas, en absoluto tranquilizadoras.

Por la noche llegamos a Florentiola[37] y nos colamos en la *mansio* empapados, como si hubiéramos vadeado una zanja.

Aquella noche no heló; el tribuno Veranio y el centurión estuvieron despiertos desde el amanecer vigilando ahora a los caballos, ahora al cielo, que no parecía prometer nada bueno.

—Desplazarse en invierno es un desastre —me confesó—. No es casualidad que incluso interrumpamos las guerras en invierno, no tiene sentido matarnos unos a otros cuando hace mal tiempo.

Sólo pude asentir con resignación ante esa lógica de oficial del ejército.

Cuando partimos, el cielo plomizo se cernía sobre nosotros, pero ahora estábamos en la Vía Aemilia, una carretera transitada y bien pavimentada, y en caso de necesidad no faltaban refugios, *mansiones* y ciudades a lo largo de la gran arteria consular.

El tiempo incierto nos persiguió también en los días siguientes, en los que conseguimos pasar por Parma, Regium Lepidi, Mutina y Bononia.

Desde Parma conseguí enviar una breve carta a mi familia explicando que me trasladaban a Roma para un nuevo destino. El oficial del cuartel prometió hacerla llegar lo antes posible.

Llegó también la ocasión en que los dos legionarios que debían velar por mí, según las instrucciones del centurión, acudieron en mi ayuda. En Mutina, tras siete días de viaje, había empezado a tener serios problemas en la zona lumbar debido al continuo roce con el cuero de la silla de montar.

Uno de los dos, viendo que esa noche éramos huéspedes en un cuartel de legionarios, fue a hablar con sus colegas de las caballerizas, y consiguió hacerse con un vellón de oveja que normalmente utilizaban los novicios, que justo padecían este problema antes de desarrollar cierto endurecimiento de la piel.

El otro legionario, en cambio, se las arregló para obtener del médico del cuartel un linimento del que se decía que tenía poderes milagrosos, y con el que tuve que frotarme nalgas y muslos.

Ese linimento quemaba un poco, y aquella noche apenas pude dormir porque el hormigueo y el ardor eran muy intensos. Además, tenía un olor muy intenso a animal, que al cabo de un rato resultaba molestísimo.

Al día siguiente, quizá por el linimento, pero sin duda alguna por el vellón de oveja bien colocado en la silla, pude montar sin excesivas molestias.

Sin embargo, los que más contentos estaban eran los dos legionarios, Sabino y Torcuato, que apenas podían creer que tuvieran un novato, como me llamaban, al que destetar.

Más tarde noté que en el camino nadie iba detrás de mí, ya que dejaba a mi paso el terrible olor a linimento, que a la larga hubiera desanimado hasta a una mofeta. En los días siguientes se habló largo y tendido de aquel olor, pero fue imposible averiguar qué ingredientes había utilizado el médico del ejército. Un legionario barbudo, que en otros tiempos había sido ayudante de un médico militar, quiso hacernos creer que el aglutinante de aquellos ingredientes secretos era orín de gato.

Tres días más tarde dejamos atrás la llanura del Po y divisamos el mar Adriático, siempre apremiados por el cielo plomizo que, de vez en cuando, intentaba dejar caer un poco de nieve y agua. Pasamos la undécima noche en el cuartel legionario de Fanum Fortunae, donde ya me había alojado muchos meses atrás.

Esa noche el centurión nos reunió a todos para soltarnos una arenga.

—Escuchadme con atención —comenzó en voz alta—. En Roma tienen prisa por vernos, y si he de deciros la verdad, yo también estoy harto de viajar con este frío, y me gustaría instalarme al calor de una chimenea durante unos días. Pero tenemos un pequeño problema: ¡primero tendremos que cruzar los Apeninos!

Se oyó alguna risita porque, evidentemente, los legionarios ya sabían lo que nos esperaba.

—¡Hay que decidir! ¡O pasamos los Apeninos o no los pasamos, no cabe una tercera opción! Cada uno de vosotros sabe lo que quiero decir: todos habéis recorrido ya la Vía Flaminia, incluso en invierno. Esta noche debéis empaquetar todas vuestras cosas: si tenéis trastos pesados e inútiles, tiradlos. También las armas que no se necesiten se dejarán en este cuartel. Cada uno llevará sólo el gladio[38] de servicio y un *pugio*. Comprobad yesca y eslabón, y llevad un puñado de virutas para avivar el fuego. Esta noche, revisad cuidadosamente vuestras ropas: si tenéis que coser algo, hacedlo aquí. Que cada uno compruebe que tiene otras dos capas de servicio

para envolverse las piernas, además de la capa oficial, y algún cordel para atarlas bien.

Un murmullo acompañó las órdenes.

—Mañana tendremos dos caballos extra para llevar algo de carga, es decir, una tienda para sobrevivir si nos quedamos atrapados. Una veintena de legionarios de este cuartel familiarizados con la Vía Flaminia en invierno nos acompañarán, el tribuno Veranio nos los ha asignado. Sabed que quiero estar en Nuceria, con el peor tramo de la Vía Flaminia ya superado, en dos días. Si no llegamos en dos días, significa que estaremos muertos o que el ejército no está hecho para nosotros. Ahora cada uno de vosotros elegirá un compañero con el que se asociará durante el viaje. Mañana al amanecer inspección y control de caballos. ¡Esto es todo!

El tiempo aguantó. Conseguimos subir las primeras estribaciones y afrontamos las suaves pendientes de la Vía Flaminia con mucha precaución a causa del hielo que hacía patinar a los caballos. Siguiendo las órdenes del centurión nos habíamos arropado de tal manera que nos habíamos vuelto irreconocibles. En algunos tramos el centurión nos hizo desmontar para que pudiéramos calentarnos caminando y dar un respiro a los caballos, hasta que justo después de la puesta de sol llegamos a la *mansio* de Cales[39].

El frío era terrible. No encontrábamos agua que no estuviera helada para poder dar de beber a los caballos, y sólo en las cuadras de la *mansio* pudimos atender debidamente a los animales.

Al día siguiente, en Nuceria, dejamos lo peor atrás. Por la noche, el centurión reunió a todos para decir unas palabras antes de la cena:

—Muchachos, el peor tramo ya lo hemos superado. El tramo que nos espera en los próximos dos días es montañoso, y si el tiempo aguanta no creo que sea peor que el anterior. Pero no estoy seguro del tiempo, porque eso no depende de mí, ¡y si nieva nos quedamos aquí! Mañana y pasado mañana tenemos que acelerar, y os pido que tengáis mucho cuidado porque si alguien se cae o se le rompen las patas del caballo, se ralentiza toda la columna y tampoco quiero que nos podamos quedar descolgados. Tened cuidado y no os durmáis.

Si veis algo que no va bien, decírselo a vuestro compañero y a los demás jinetes.

Cuando los legionarios se fueron a cenar, el centurión me llamó aparte:

—Quintilio, he visto que te has esforzado y no has causado ningún problema. Tienes toda mi consideración por ello. Pero tampoco quiero problemas en los próximos días. Viajarás a partir de mañana vestido de soldado. Te conseguiré un uniforme y una capa, y hasta que estemos dentro de Roma tendrás que confundirte con los demás y no llamar la atención. ¿He sido claro?

Asentí y se me escapó una pregunta un tanto estúpida:

—Centurión, ¿me conseguirás también un gladio?

Se rio de mí:

—Voy a ver si también te encuentro uno, pero despuntado, ¡y que no se te ocurra sentarte encima!

La suerte también nos fue propicia durante los dos días siguientes. Viajábamos siempre con las piernas bien envueltas en capas y mantas para protegernos del frío. Por el camino encontramos carros tirados en las hondonadas laterales y un par de caballos muertos cuyos sangrientos cadáveres habían sido despedazados por los lobos, pero aparte de la desafortunada caída de un soldado, conseguimos pasar sin problemas.

En el cuartelillo de Ocriculum el tribuno pudo conseguir ocho hombres más, y el decimoquinto día hicimos el tramo de Falerii a la Urbe a paso ligero. En este tramo nos detuvieron dos veces patrullas que controlaban la carretera. Nos pidieron los permisos y el motivo del traslado, pero no pusieron trabas.

En todo momento yo me confundía entre los legionarios, lo cual era una buena precaución, porque un civil habría despertado alguna curiosidad.

Acababa de ponerse el sol cuando atravesamos la Porta Fontinalis y las Murallas Servianas y entramos en la ciudad.

Naturalmente, dos días antes ya había preguntado si podía pasar la noche en la casa del arquitecto en lugar de en los barracones, y el tribuno Veranio, pensando que quisiera ver a alguna mujer, me dijo

que me pusiera de acuerdo con los dos legionarios, Sabino y Torcuato, que ya me habían atendido durante el viaje y que siempre permanecerían a mi lado.

Era el final de la primera vigilia[40] del cuarto día antes de las nonas de enero[41] cuando llamé a la puerta de madera maciza de la villa del arquitecto. Llevábamos dieciséis días cabalgando en mitad del frío invierno.

Se acercó al ventanillo un criado que no entendió quiénes éramos y fue a llamar a Hicesio.

—¿Qué queréis a estas horas, buena gente? —nos preguntó Hicesio observándonos por el ventanillo mientras los siervos en el interior de la casa se armaban con pesados garrotes.

—¡Hicesio, soy yo, Quintilio!, ¡ábreme la puerta!

—Coge un momento esta vela, porque no me parece conocerte de nada —contestó el griego, tendiéndome una lámpara a través del ventanillo. Pudo observarnos bien y en efecto, pese a que lucíamos uniforme, estábamos tan harapientos y sucios que más parecíamos bandidos callejeros que soldados.

Levanté la lámpara a la altura de la cara y le contesté:

—¡Maldita sea tu estampa, griego!, ¿ya no me conoces?

—¡Eres tú, Quintilio! Pero, ¿qué haces aquí?

—Si me abres la puerta, puede que te lo diga, ¡no puedo quedarme aquí con este frío hasta la primavera!

Por último, Hicesio me abrió mientras los criados nos miraban asombrados, sin soltar los garrotes ni un instante.

—Pero… ¡Quintilio! ¡Pareces otro! ¿Qué te ha pasado? ¿Vistes de uniforme? ¿Has decidido enrolarte?

—Vamos al calorcito que te lo cuento todo.

En la casa estaban encendiendo las luces y vi en la puerta a Rusonio con una vela.

—Rusonio —le dije enseguida—, ya me disculparás por presentarme aquí a estas horas y en estas condiciones.

Rusonio me observó durante unos instantes y exclamó:

—Pero, ¡si eres tú, Quintilio! Pero ¿qué te ha pasado? ¿De dónde vienes? ¡Entra en casa a calentarte! —y me abrazó, añadiendo— ¡Cómo apestas, Quintilio! ¿Te has caído en una letrina?

Vi aparecer de improviso, desde detrás de una esquina, el rostro recortado por la larga cabellera de Regila, que estaba contemplando somnolienta de quiénes eran las voces que había oído; al reconocerme soltó un grito ensordecedor y, corriendo y casi tropezando con su túnica, se me echó al cuello y me abrazó con fuerza, levantándose incluso del suelo.

No dijo ni una palabra, sólo empezó a sollozar y a empaparme el cuello con sus lágrimas.

Finalmente logré atravesar el peristilo, el portón se cerró tras nosotros y nos recluimos en el calor de la casa.

Los siervos avivaron los braseros, y mientras Regila me estudiaba con ojos enrojecidos, pedí que Sabino y Torcuato pudieran alojarse en la parte de la casa destinada a los siervos, y que pudieran comer, calentarse y lavarse.

Luego todos se fueron a trabajar, unos a cocinar, otros a buscar ropa, y la situación volvió a la normalidad.

Regila, en medio del ajetreo, consiguió decirme:

—Pero yo pensaba que me escribirías.

—No he tenido tiempo, Regila, pero aunque te hubiera enviado una carta, habría llegado muchos días más tarde que yo. ¿Tan grave es?

—No me tomes el pelo, Quintilio, ¡ya sabes lo que quiero decir!

—No, ahora estoy demasiado cansado para comprender lo que quieres decir. Llevo quince días recorriendo las vías consulares, con lluvia, nieve, hielo y niebla. ¡Quizás mañana pueda comprender algo más!

—Claro, Quintilio, mientras tanto, ¡estás aquí con nosotros!

Poco después me encontré con Sabino y Torcuato al lado de un enorme caldero de agua que se estaba calentando sobre el fuego avivado por los criados, y empezamos a lavarnos para quitarnos un poco del barro, sudor y olor a caballo.

Conseguimos ropa limpia y poco después pudimos sentarnos a comer algo caliente. Les conté el terrible viaje hasta la Urbe, lo afortunados que habíamos sido al no encontrar nunca carreteras

demasiado heladas para los caballos, y la tremenda travesía de los Apeninos nevados.

Regila preparó vino caliente con miel y, por fin, nos relajamos en el calor y la normalidad de la casa.

Los dos legionarios pidieron irse a dormir porque ya no aguantaban más; hicieron un gesto con los dedos que significaba "la hora octava", porque a esa hora debíamos presentarnos en el Mando del Viminal, y yo me quedé con Regila, Hicesio y Rusonio, intentando explicarles que tampoco sabía muy bien por qué me habían citado en la Urbe. Seguramente se trataba de algún trabajo de agrimensor, probablemente relacionado con fortificaciones, pero ni siquiera sabíamos dónde. El tribuno Veranio no me había dicho gran cosa.

Pero luego mi vista empezó a nublarse poco a poco y empecé a no entender bien lo que estaba diciendo Regila.

VII.

Estaba soñando que vivía en una casa calentita con braseros encendidos en cada rincón, y creía oír la risa argentina de Regila en alguna parte, cuando me despertó bruscamente alguien que me tiraba torpemente de un pie.

Era el siervo Apolonio que, al ver que no me levantaba por mis propios medios, había venido a llamarme. Sabino y Torcuato ya me estaban esperando para ir al Mando.

Apenas tuve tiempo de ponerme la ropa que me habían prestado la noche anterior y unirme a los dos militares que ya se empezaban a impacientar. Le dije a Rusonio:

—Tendrás que perdonarme si salgo corriendo así, debemos ir al Mando. No sé a qué hora volveré.

—Quintilio —me respondió—, ¡Regila anda por ahí, buscándote!

—Tengo que irme, ¡luego la veré!

Y crucé el portón camino de las cuadras. Ya era la hora séptima. Compré un par de buñuelos de un vendedor ambulante y nos pusimos en marcha.

Sabino conocía bien los cuarteles del Mando y no me hizo pasar por la antesala de los civiles. Me llevó a una entrada lateral donde mostré mi permiso a cuatro guardias de aspecto feroz que controlaban el paso con el gladio desenvainado.

Un oficial me condujo a través de un par de patios hasta una antecámara presidiada por dos legionarios. El oficial mostró la orden firmada por el tribuno Elpidio y, por fin, abrió la puerta de una sala en la que ya había cuatro personas de pie.

Además del tribuno Veranio, con quien había viajado, estaba el tribuno Elpidio, que me saludó cordialmente. Un par de jóvenes oficiales, presentados como especialistas del cuerpo de Ingenieros, me hicieron un gesto con la mano.

La discusión ya había comenzado y esperé a que terminaran algunas de sus observaciones sobre los movimientos de tropas.

Por último, el tribuno Veranio tomó la palabra:

—Hoy nos reunimos por un asunto importante que involucra investigaciones a realizar en el campo del enemigo. Estas investigaciones son cruciales. Los resultados, si los hay, podrían influir en los movimientos de las legiones y la flota. César en persona está interesado en este asunto.

Hizo un gesto con la mano y el tribuno Elpidio continuó:

—Lo que hablemos en esta sala se mantendrá en la más estricta confidencialidad. No se puede hablar de ello fuera de aquí. Hoy nos mantendremos en generalidades, y solo si el proyecto comienza a cobrar vida, se os informará sobre los detalles. Por ahora, cuanto menos sepáis, menos peligro corre la misión.

—¿Qué noticias hay del cuerpo de Ingenieros? —preguntó el tribuno Veranio dirigiéndose a uno de los dos jóvenes oficiales.

Tomó la palabra un joven que rondaba la treintena, apuesto y de porte distinguido, con típicos rasgos mediterráneos. Abrió sobre la mesa un mapa esbozado en un gran papiro. Observé que era una versión algo más detallada de aquellos garabatos que el tribuno me había mostrado en Eporedia.

—Esta es la zona. De aquí a aquí —dijo indicando el mapa—, son unos ochocientos pasos. Las medidas que hay que tomar son estas líneas marcadas en rojo. Básicamente, necesitamos que un agrimensor pueda proporcionarnos estos datos. No podemos acercarnos a menos de ochocientos pasos, como he dicho, y de todos modos, incluso a ochocientos pasos, no podemos despertar sospechas ni mostrar demasiado interés en estos terraplenes.

—Quintilio, ¿qué opinas? —me preguntó el tribuno Veranio.

Ya sabía qué contestar porque lo había pensado largo y tendido durante el viaje:

—La cuestión no es fácil de resolver. Pero tenemos una ventaja: la zona de atrás, en la que tendremos que trabajar, está libre, es decir, no está ocupada por el enemigo. En esa zona podemos hacer lo que queramos. Tanto que podríamos fingir que estamos ahí para medir una *limitatio*. Pues bien, aprovechando el espacio libre que tenemos detrás, con la groma podemos reconstruir, colocando piedras y

estacas, las mismas formas que esos terraplenes de ahí, como si se reflejaran en un espejo.

Por las miradas perdidas de los presentes, me di cuenta de que no había sido del todo claro.

—Entonces, imaginad que la groma es el equivalente de un gran espejo, y que los terraplenes que queréis estudiar están a ochocientos pasos por delante de la groma, tal y como es en la realidad. Pues bien, si la groma fuera un espejo gigantesco, tendríamos la imagen reflejada de esos terraplenes a ochocientos pasos detrás de la groma, en territorio ocupado por nosotros. Allí podríamos, a fuerza de medir, colocar estacas o piedras que representaran una copia exacta de esos terraplenes que no podemos ir a medir en persona.

El joven oficial del cuerpo de Ingenieros que acababa de hablar me interrumpió:

—¿Tú eres Fausto Quintilio?

—Sí, así es —le respondí.

—Yo soy Marco Vitruvio Polión, me escribiste una carta hace unos meses.

—Sí, me acuerdo, te escribí sobre las pendientes que hay que dar a los canales.

—¡Luego vosotros ya os conocéis! —observó el tribuno Elpidio—. ¡Bien! Vitruvio, ¿qué opinión te merece esta teoría del agrimensor?

—Desde un punto de vista teórico, lo que afirma Quintilio es correcto, pero me preocupan esos ochocientos pasos. Sólo hay que observar cómo a ochocientos pasos ni siquiera se ve a una persona si ésta no está en movimiento.

—Eso es cierto, Vitruvio —le respondí—, pero no existe ninguna dioptra capaz de medir ángulos tan cerrados con precisión. No tenemos alternativas. La única posibilidad es hacer muchas mediciones con la groma y reproducir el terraplén con las mismas dimensiones que el observado, y a la misma distancia. Pero a espaldas de la groma.

Cogí un carboncillo y empecé a dibujar un boceto en el reverso del papiro mostrando mi idea para que todos pudieran captarla. En unos instantes les mostré cómo se podría proceder.

—Quintilio, ¿qué margen de error crees que habría con este método? —me preguntó el tribuno Elpidio.

—Por ahora estamos hablando de la anchura de los terraplenes, no de su altura. Si todo va bien, podríamos tener unos errores de, más o menos, unos veinte pasos por cada cien. Un objeto que en realidad tiene cien pasos de ancho, podríamos estimarlo una vez en ochenta pasos y otra en ciento veinte pasos.

Vi que estas reflexiones mías desanimaban mucho a los tribunos. Vitruvio acudió en mi ayuda:

—Podría ser como dices. Por eso es necesario repetir la medición muchas veces, y luego obtener un promedio que se acercará más a la realidad que las mediciones individuales. Es lo mismo que cuando lanzamos las piedras con el onagro: ¿cuántas veces crees que se da en el blanco? Cada lanzamiento va a su aire, unos caen cerca, otros lejos, algunas, de vez en cuando, dan en el blanco. Pero si el artillero sabe hacer su trabajo, verás como el enjambre de lanzamientos se va estrechando alrededor del blanco.

La discusión en ese momento se dispersó en distintos temas: sobre los brazos de la groma, el efecto del aire caliente, la visibilidad, las medidas tomadas por la mañana y las tomadas por la tarde, hasta que el tribuno Elpidio nos llamó al orden:

—Pasemos al punto siguiente. ¿Cómo medimos la altura de los terraplenes?

Aquí se desató una compleja discusión: qué altura se creía que tenían, si se veían bien, si los iluminaba el sol por la mañana, y otras cosas por el estilo.

Para determinar la altura, me pareció que no era posible comprometerse, así que les pedí que me dejaran exponer mi opinión:

—Desde mi punto de vista, las alturas no se pueden medir. No desde esa distancia. Es inútil hacer promesas que no se pueden cumplir. Repito lo que dije hace quince días: durante la noche se pueden enviar exploradores con cuerdas con nudos para tomar algunas de las mediciones más significativas. Utilizaremos esas mediciones y, si podemos, las utilizaremos también para corregir las mediciones hechas con la groma.

El segundo oficial del Cuerpo de Ingenieros, que había hablado poco hasta entonces, también tenía algo que aportar:

—¡Pero es imposible enviar a nuestra gente al campo enemigo! ¿Y si los descubren?

El tribuno Elpidio le respondió:

—Yo fui explorador en la Galia. Por la noche íbamos prácticamente a todas partes, incluso bajo las mismísimas narices de nuestros enemigos.

—Te creo tribuno, pero nos interesa la clandestinidad. ¡Imagina solo que tuvieran perros! ¡Los exploradores serían descubiertos inmediatamente!

—Si tienen perros, ¡los sobornaremos! —se me escapó.

Todos se echaron a reír, salvo yo que permanecí serio.

—Quintilio, ¿qué quieres decir?

—¿No me iréis a decir que no sabéis hacer callar a los perros de guardia?

—¿Tú cómo lo harías, Quintilio? —me preguntó Vitruvio, repentinamente serio e intrigado al descubrir que mi propuesta no había sido una simple broma.

—La primera noche, al primer perro que me ladre le lanzo con una honda unos trozos de carne desde unos ochenta pasos de distancia, antes de que alerte a los guardias. La segunda noche le tiro la carne desde cincuenta pasos, a la tercera desde treinta, ¡hasta que el perro venga a buscarme meneando el rabo para lamerme los pies! ¡Eso es lo que hacíamos cuando éramos críos para ir a robar fruta! ¡Y luego teníamos la puerta abierta durante toda la estación!

Todos se echaron a reír.

—Ya sé lo que nos quieres decir, Quintilio —dijo el tribuno Elpidio —. Muchas cosas tendrán que decidirse sobre el terreno. Yo también creo que nunca podremos preparar esta operación completamente sobre la mesa. Podremos hacer los mejores preparativos, pero luego será sobre el terreno donde habrá que concretar los detalles y decidir cómo hacer cada cosa.

Creo que era la hora décima[42]; los dos tribunos escribieron algunas notas en sus tablillas y nos pidieron que volviéramos al día

siguiente a la misma hora. Hablarían del asunto en el Mando y quizás, al día siguiente, podrían decirnos algo más.

Cuando me marchaba, el tribuno Elpidio me llamó aparte para hablarme:

—Quintilio, ¡Veo que hoy te has presentado en el Mando vestido como si le hubieras robado la ropa a alguien por el camino!

— Bueno, tribuno, efectivamente no estás muy lejos de la verdad. Después del viaje estaba impresentable, y no tenía ropa de repuesto. Esta es prestada, me ha faltado tiempo para hacerme con algo mejor.

—Claro, Quintilio, sólo bromeaba, ¡no te lo tomes a mal! Pero quería señalarte otra cosa: mira, la situación en Roma no es demasiado tranquila. Si no quieres correr riesgos y moverte con más libertad, sólo hay una manera: ¡vestirte de militar! No llamarás la atención, ¡Roma está plagada de militares! Y un forastero levantaría sospechas.

—Entiendo. Incluso el centurión quiso que me pusiera un uniforme militar para entrar en la Urbe.

—Bueno, Quintilio, ¿sabes qué vamos a hacer? Haré que el asistente te acompañe a Intendencia, y te darán lo que necesites. Una vez que te pongas el uniforme, nadie volverá a mirarte.

Me hice con una bonita loriga con coselete y tirantes de cuero, un par de cáligas nuevas, una capa e incluso un gladio.

Así que poco después, cuando el sol se estaba poniendo, fui al establo a por mi caballo y salí con la escolta de Sabino y Torcuato. Ahora éramos tres soldados a caballo por las calles de Roma, como quien dice, tres soldados anónimos.

La ocasión era propicia para entregar la carta en la villa de los padres del prefecto Festio, y Sabino, que conocía bien las calles de la ciudad, me explicó que nos pillaba bastante de camino. Como llevaba la carta conmigo, nos dirigimos directamente al domicilio familiar del prefecto.

Al cabo de media hora estábamos llamando a la puerta de una villa.

Los siervos vinieron a abrirnos con una linterna, pues ya estaba oscuro. Se asustaron muchísimo al ver aparecer a tres militares a

una hora tan avanzada. Llamaron inmediatamente al paterfamilias. No tardó ni un instante en reconocerme.

—Tendrás que excusarme por la hora tan intempestiva —me disculpé—, pero por desgracia me encuentro en Roma desde hace poco y quería entregarte una carta de tu hijo.

—Ninguna hora es demasiado intempestiva cuando se presenta un amigo, ¡sobre todo si trae noticias de nuestro hijo! —me respondió cortésmente.

Como estaban a punto de sentarse a la mesa, hizo que los dos soldados de escolta se quedaran en las dependencias de la servidumbre y me pidió que me quedara a cenar con ellos, a lo que no pude negarme.

Tenían preparada una cena frugal, con unas sardinas, pan, queso e higos secos, regado todo con buen vino, y acepté gustoso quedarme en compañía de los dos ancianos, que me recordaban a mis padres.

Les conté algo de la vida en el campamento, "el campamento de las nieblas" como ahora yo lo llamaba, y de cómo vivíamos aislados de las novedades sobre los acontecimientos que caracterizaban la vida de la república.

Me centré en la figura del prefecto y añadí:

—Desde luego, el prefecto con la comida no bromea. Habéis de saber que la noche anterior a mi partida me invitó a cenar y me sirvió un exquisito lebrato con berza. Debe de tener un cocinero acostumbrado a preparar platos realmente especiales. Y también recuerdo la vez anterior, ¡cuando comimos pavo! También estaba cocinado a las mil maravillas, ¡y qué decir de los vinos!

Los dos ancianos se dirigieron miradas cómplices, y finalmente el padre dijo:

— Debes saber, Quintilio, que nosotros le dimos ese cocinero. Era uno de los siervos de esta casa, ¡queríamos que estuviera bien alimentado!

—¡Ah! —respondí sonriendo—, de eso no os quepa la menor duda. Y yo también he de agradecerle al prefecto que a veces me invite a comer y consiga que me salte el rancho legionario, ¡porque al poco de empezar a comerlo, resulta intragable!

La madre, que tenía otras preocupaciones, también intervino:

—Además, aquí nunca sabemos nada, y me preocupa cómo vive Publio en lugares tan fríos y húmedos; siempre espero que su alojamiento sea cálido, ¡teniendo en cuenta que vive en una tienda de campaña y no en una casa normal! Además, la vida aquí se ha vuelto muy difícil, y últimamente todo ha cambiado. Ahora la gente ya no se tiene la estima que se tenía antes. Y todas estas desgracias de las luchas entre César y Pompeyo. De vez en cuando nos llegan noticias de alguna batalla naval en la que miles de nuestros soldados se han ahogado en el mar. Esa es nuestra verdadera preocupación.

Y el padre añadió:

—¡La vida en Roma no es ninguna broma! ¿Sabes por qué nos hemos asustado al oírte llamar a la puerta después del crepúsculo? Porque aquí nunca sabes lo que te ocurrirá por la noche, ni si llegarás a ver el sol al día siguiente. Los sicarios de las dos facciones se mueven en la oscuridad: esta noche estás al abrigo con tu familia, y a la mañana siguiente los criados te encuentran degollado en el suelo en medio de un charco de sangre.

—E incluso nuestros vecinos —continuó la madre—, hasta ayer éramos amigos íntimos y hoy ni siquiera nos miramos a la cara… ¡cuando nos encontramos apartamos la mirada!

—Pero no porque estos vecinos sean enemigos nuestros —continuó Festio—. Son buena gente. Es la vida en la Urbe la que se ha vuelto así: ya no sabes quién es tu amigo y quién tu enemigo, e incluso cualquier criado puede convertirse en delator y destruir tu familia.

Me sentí obligado a tranquilizar a los dos ancianos:

—La vida en la Urbe se ha vuelto, por tanto, peligrosa, tenéis razón. Pero podéis estar seguros de que nada de esto ocurre en Eporedia. Estamos acampados en el agro, a unas pocas millas de la ciudad, y este aislamiento, por un lado, es un obstáculo para que nos lleguen noticias, pero por otro nos mantiene, por así decirlo, apartados del paso de las legiones y de muchas otras complicaciones. Luego no hay que olvidar que somos del cuerpo de Ingenieros. En este trabajo no estamos en una zona de guerra, ni intentamos llevar a cabo un asedio. El nuestro es un campamento de

hombres que trabajan la tierra. Gente tranquila sacada del campo que cava zanjas y construye caminos. Si nos hacen una inspección, nuestros gladios están tan oxidados que ya ni siquiera salen de sus vainas. Por eso creo que, aunque hubiera revueltas, ¡seríamos los últimos en acabar involucrados! No creo que tengáis que preocuparos por nosotros. No sé si lo sabéis, pero el prefecto, la última vez que vino aquí a Roma, contaba con algunos legionarios de descarte que César quería diezmar. Es un ejemplo para que os hagáis una idea de que no se nos considera útiles ni siquiera para la guerra, y ésta podría ser nuestra gran suerte si hubiera conflictos internos dentro de nuestro ejército.

Me pareció que con esta explicación les había reconfortado un poco.

Después de cenar bebimos vino juntos, y finalmente me excusé de sus repetidas invitaciones a pasar la noche alegando que ya era huésped de otros amigos.

Mientras nos encaminábamos a la puerta con las habituales palabras de despedida, la madre del prefecto, que aún tenía en la mano la carta que le había traído, me abrazó como si fuera un hijo. Al fin y al cabo, aunque perteneciera a la nobleza, aquella mujer no era tan diferente de mi madre.

Ya era de noche cuando llegamos al establo y recorrimos los pocos pasos que nos separaban de la casa de Sextilio. Todo estaba en silencio cuando llamé a la puerta, y de nuevo Apolonio abrió el ventanillo para vernos bien, luego llamó a alguien de la casa.

Vino Rusonio, que también me miró con la vela a través del ventanillo antes de abrirlo, y exclamó:

—¡Oh!, ¡eres tú Quintilio! ¡Pero llegas tardísimo! Te esperábamos para la hora de cenar, no sabíamos dónde estabas. Pero veo que estás de uniforme, ¡pensaba que habías salido de casa vestido de paisano! ¡Vamos entra, ahí tienes a Regila que te ha estado esperando todo el día!

Lo sentí por la chica, ¡pero no podía partirme en dos!

Entré en la cocina y a la luz de los faroles la vi enfurruñada sentada en un triclinio. La mesa estaba puesta.

—Pero, no me habréis esperado, ¡espero! Ya sabéis que estoy aquí cumpliendo una misión, ¡el mío no es un viaje de placer!

Evidentemente, debía de haber dicho algo inapropiado. La chica ni siquiera me contestó, vi que estaba llorando, finalmente se levantó del sofá y se marchó furiosa a su cuarto.

—Rusonio, ¿qué le pasa a Regila? —le pregunté confundido a su tutor—. ¡Está enfurecida!

—Quintilio, te estaba esperando para cenar, ¡e hizo que nosotros también retrasáramos la cena! Había preparado todo lo que ves, y la cena que ahora ya está fría. Regila quería pasar un rato en tu compañía, ya te dije que te buscaba cuando te fuiste precipitadamente esta mañana.

En ese instante entró en la cocina Hicesio, que ya se imaginaba el feo que yo le había hecho a la muchacha.

Le pedí disculpas:

—Esta mañana tenía que salir pitando porque ya llegaba tarde, no podía detenerme a dar explicaciones. —Pero el daño estaba hecho.

Hicesio y Rusonio ocuparon su sitio en la mesa. La cena estaba fría, ellos aún no habían cenado, y empezaron a picar algo.

—Pero Quintilio —dijo Hicesio sonriendo con picardía—. ¿Qué ha pasado hoy? Veo que has vuelto a ponerte el uniforme, ¡y hasta tienes un precioso gladio nuevo! ¿Has decidido alistarte definitivamente? Esta sí que es la buena, ¡eh!

—Cuando te empeñas, ¡tienes la misma gracia que un perro moloso! Creo que va a empezar una nueva operación, por eso me han hecho venir al Urbe.

—¿Sabes ya de qué se trata? —preguntó el griego comiendo un muslo de pollo— ¿Te han dicho adónde vais?

—No, aún no sé nada. Se trata de una operación secreta.

—¿Y sabes cuánto tiempo te quedarás en Roma?

—Tampoco sé nada de eso. Tengo un permiso indefinido firmado por el tribuno Elpidio.

—Eso podría ser algo bueno. A menos que desees quedarte en el campamento de Eporedia. ¿Estabas haciendo algo interesante por allí?

—Nada de particular. Había completado la construcción de un chorobate para nivelar unos canales, pero se lo dejé todo a Aurelio Capulo. No creo haberme perdido gran cosa. Cuando vi la orden para Roma le entregué las consignas, debía de ser la segunda vigilia[43], ¡ya estaba durmiendo! A la mañana siguiente salimos a toda prisa. Sin embargo había bastante hielo, no creo que fuera posible utilizar el chorobate, salvo calentando el agua con un trozo de hierro candente. Al final no había nada urgente que hacer.

—Quintilio, ¡come algo mientras hablas! —me dijo gentilmente Rusonio.

—No me veo capaz, ya he cenado en casa de la familia del prefecto Festio, tenía que entregarles una carta y no podía rehuir los mínimos deberes de hospitalidad.

—Menos mal que Regila ya se ha ido —comentó Rusonio con voz quejumbrosa—. ¡Si no, se habría puesto aún más furiosa! Dile unas palabras amables, Quintilio, la muchacha siempre está sola en casa, apenas cuenta con la compañía de los papiros de su abuelo.

—Mañana veré si puedo hablar con ella, lo siento, pero también tengo órdenes que debo cumplir.

Cuando Rusonio se fue a dormir Hicesio y yo nos quedamos degustando una copa de vino.

—Hicesio, ¡pareces un ratón rodeado de quesos! —le dije sonriendo.

—Bueno, he de reconocerte que no me puedo quejar, estoy empezando a acostumbrarme a mi nueva vida de liberto. Pero es sobre todo mérito de Regila y Rusonio. Son dos excelentes personas que me han acogido como a uno de los suyos. Para Regila, soy el vínculo con su abuelo que apenas llegó a conocer. Lo vio un par de veces de lejos, ni siquiera sé si llegaron a hablar. Y yo soy quien lo sabe todo sobre la vida de Sextilio. De vez en cuando me pregunta sobre lo que hacía. Regila perdió a su familia muy joven, y seguramente habría terminado mal si no la hubiera recogido Rusonio, que es una persona respetable aunque tenga los modales de un labrador.

—Básicamente has encontrado tu hogar.

—¿Mi hogar? Les estoy muy agradecido, pero nunca volveré a ver mi verdadero hogar porque lo destruyeron cuando tenía diez años y se llevaron a mis padres como esclavos. Nunca volví a saber de ellos. Por eso estoy pensando en hacer un viaje a Thessalonica.

—Lo leí en tus cartas. Se trata de un viaje que podría entrañar ciertos peligros, no sólo en el camino, sino también en relación con los asuntos de las facciones. Todavía hay cuentas pendientes entre César y los optimates.

—Ya. También aquí, en Roma, la vida no es del todo tranquila. No sé si estás al corriente, pero asesinaron a Menenio.

No lo sabía, y me pesó mucho conocer la noticia, el senador era un hombre honesto que nunca había aceptado sobornos y que utilizaba las armas de la verdad en sus batallas en el senado. Había pagado caro el haberse puesto del lado de César y no de los aristócratas.

—Lo siento muchísimo —continué—. Le había conocido en persona y esperaba volver a verle. Sé que tienes aquí al liberto Néstor, que era de la casa de Menenio.

—Sí, Néstor está siempre conmigo. Me está echando una mano con la correspondencia relativa a nuestro banco, del que quiero hablarte más tarde. Si voy a Thessalonica, él podrá seguir el movimiento del dinero y asegurarse de que los pagos se hacen con regularidad. Tenemos una correspondencia eficaz con el contable Albano, que se ocupa de nuestros intereses en Iader.

—¿Cuándo te gustaría ir a Macedonia? ¿Has hecho ya un plan definitivo?

—No, aún no tengo nada decidido. Me han dicho que por la Vía Appia se puede ir en carruaje hasta Brundisium. Luego hay que ir en barco hasta Apolonia, donde comienza la Vía Egnatia, y también es posible navegar en invierno siempre que no haya ventisca.

—Pero, ¿has pensado ya con quién irás o a quién te unirás?

—Aún no. No me apetece viajar solo, todo el mundo me lo ha desaconsejado. Pero a lo largo de la Vía Egnatia hay un gran movimiento de tropas, y no debería ser difícil encontrar un carruaje y unirse a alguna caravana.

Ya era bien entrada la noche. Me disculpé con Hicesio, pero tenía que acostarme, mañana hablaríamos de los asuntos del banco. Había sido un día agotador, y aún tenía que recuperarme del viaje a caballo.

VIII.

Esa noche soñé con uno de aquellos gigantescos perros molosos, los terribles animales que se entrenan para la guerra y para despedazar a sus adversarios. Con la intención de juguetear, me había mordido el pie suavemente, sin hacerme daño, sólo quería que le dejara jugar. Intenté quitarle el pie de la boca sin ponerle nervioso. Aunque no me hacía daño, al menos de momento, yo sabía perfectamente que con esos animales no se puede andar con chiquitas. Entonces una nube gris cruzó mi visión y de pronto no pude entender lo que estaba pasando.

En un instante la nube gris desapareció y vi que me encontraba en mi cama, no había ningún perro moloso y sólo era aquel imbécil del siervo Apolonio que intentaba despertarme tirándome del pie.

—Quintilio, mira que los legionarios de la escolta están aquí esperándote, están preocupados, ¡vas a llegar tarde!

En un instante, me di cuenta de que todo volvía a ser como el día anterior. ¡De nuevo llegaba tarde!

Me puse en un segundo el uniforme de legionario, gladio incluido, me até las cáligas como pude y salí corriendo en busca de Sabino y Torcuato, que me estaban esperando en el portón de la calle.

Rusonio estaba ocupado con los plantones de rosas y, cuando me vio atravesar el peristilo, tuvo tiempo de decirme:

—¿Debo decirle algo a Regila?

Le respondí a la carrera:

—¡En cuanto vuelva hablaré yo mismo con ella! —y me fui sin más dilación con los dos legionarios.

En el Mando, un asistente me esperaba en la puerta y me condujo a la misma sala del día anterior, donde volví a ver a las mismas personas; había, sin embargo, alguien nuevo, un soldado barbudo gigantesco, que más bien parecía un carpintero de tropa del cuerpo de Ingenieros que un oficial.

—Ya estamos todos, comencemos —dijo el tribuno Elpidio.

—Nuestro colega, que no conocéis aún, es el centurión Antonio Galerio. Es un experto que nos echa una mano cuando hay que realizar operaciones de riesgo más allá de nuestras líneas.

El tribuno Elpidio resumió en pocas palabras lo que habíamos dicho el día anterior y dónde nos habíamos quedado.

—En primer lugar, escuchemos lo que piensa el centurión sobre la posibilidad de visitar el campamento enemigo sin dejarse ver.

—Basándome en lo que me han contado, es decir, a partir de una información incompleta —comenzó Galerio—, en la zona no debería haber actividad militar real del enemigo, y tampoco un sistema de vigilancia tan eficaz como el de una ciudad sitiada. Si no hay turnos de guardia regulares, con observadores y patrullas que salgan de vez en cuando, yo diría que aumentan las posibilidades de hacer muchas cosas.

—¿Por ejemplo? —preguntó Vitruvio.

—Tengo hombres que pueden moverse por la noche si el enemigo no tiene centinelas organizados. Se tiñen del color de la tierra y si surge la necesidad incluso les roban las gallinas de sus gallineros.

—Supongo que eso resuelve el problema de ir a tomar medidas con cuerdas con nudos, ¿no? Él tiene los hombres para hacerlo. Quintilio, ¿eres capaz de instruir a esos hombres?

—Por supuesto, tribuno, no tendré ninguna dificultad. Haré que trabajen conmigo durante algún tiempo para que entiendan lo que tienen que hacer, luego los pondremos a prueba en una zona segura antes de enviarlos al campo enemigo. En alguna ocasión, ya he instruido a otros legionarios para que tomaran medidas en las *limitatio*. Es necesario que sepan leer y escribir, de lo contrario corremos el riesgo de tener que ir varias veces.

—¿Galerio?

—Tengo tres hombres que saben leer y escribir. Luego, también estoy yo.

—Pasemos a otro tema. La groma. Galerio ya ha visto cómo se utiliza. Dinos lo que piensas.

—Si se trabaja en campo abierto, siempre hay dos o tres personas alrededor de la groma. No cabe duda de que llamaremos la atención. Deberíamos montar un puesto de observación avanzado

donde los observadores con la groma permanezcan ocultos todo el día y se turnen por la noche. Somos expertos en este arte. En los asedios, estudiando la vegetación de la zona, somos capaces de crear ingeniosamente zonas de arbustos que ocultan las posiciones de los observadores. Si una noche aparece un arbusto nuevo, mientras se parezca a otros que ya estaban allí, nadie se da cuenta.

Yo estaba un poco desconcertado al oír esas cosas tan raras de arbustos que brotan por la noche, pero en realidad estaba pensando en cómo arreglar las cosas con Regila, que probablemente estaba disgustada por lo de la cena de la noche anterior. Me había retrasado porque no sabía nada de aquella cena. Tal vez podría arreglar las cosas invitándola a dar una vuelta por la ciudad.

El tribuno Veranio pidió al centurión que aclarara la cuestión de los arbustos.

—Es algo muy simple —explicó Galerio—. Si tú vigilas cada día una llanura en la que ves cien arbustos idénticos entre sí, si una mañana éstos se han convertido en ciento uno, nadie se percata. Eso es todo. Es algo que hemos experimentado y comprobado en todos los asedios en los que he participado, y te aseguro que en la Galia ha habido muchos. A decir verdad, si no hay pisotones alrededor del arbusto ni nada que haya cambiado de color, ¡tampoco tú lo notarías!

—Vitruvio, ¿cuántos hombres crees que necesitamos? —preguntó el tribuno Elpidio.

—No debe ser una unidad numerosa, suscitaría demasiadas curiosidades. Quintilio habló ayer sobre el grupo de trabajo de una pequeña *limitatio*. En mi opinión es muy buena idea por diferentes razones, sin excluir los traslados. No más de una veintena de legionarios, que tendrán que hacerse pasar por hombres del cuerpo de Ingenieros.

—Quintilio, ¿estás de acuerdo?

—Desde luego, tribuno, una veintena de personas es un número adecuado para una *limitatio* muy pequeña. Haremos un campamento mínimo, con seis tiendas de *contubernium*, del tipo habitual, que también tendrá que albergar otras actividades que es mejor no exponer a la vista de transeúntes ocasionales. Pero he de

deciros una cosa: si pasa mucha gente por la zona, estos legionarios sí que tendrán que hacer el trabajo habitual de los ingenieros. Bastaría con iniciar alineaciones y hacer unos muros de piedra, a ser posible piedras de color claro, bien visibles desde lejos, para que cualquiera se imagine que estamos trazando los linderos.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en hacer las mediciones que te pedimos? —preguntó el tribuno Elpidio.

—Si no surgen problemas, tres días de trabajo podrían ser suficientes, cuatro como máximo, dependiendo de cómo nos organicemos. También quería comentarle algo al centurión Galerio: necesitaré hacer señales con banderolas de colores a quienes coloquen las estacas en el lado opuesto de la groma con respecto a vuestros terraplenes. Me refiero a la reconstrucción en espejo de las estructuras a medir, como os expliqué ayer. Si intento hacer señales a mis hombres que están a ochocientos pasos, he de disponer de grandes banderolas. Al otro lado, a ochocientos pasos, está el enemigo. Él también las verá.

El tribuno Elpidio sonrió como si yo hubiese dicho una estupidez, e interrumpiéndome le preguntó a Galerio:

—¿Tienes uno o dos hombres entre los tuyos que puedan actuar como repetidores?

—¡Claro que los tengo! —le respondió Galerio.

Por último también me lo explicaron a mí:

—Quintilio, tú harás tus señales con unas banderolas diminutas. Luego, en un agujero que quede oculto a el enemigo, nuestro hombre hará de repetidor con una banderola más grande. Así lo hacemos en los asedios para saber dónde van los disparos de artillería sin que nuestros observadores sean vistos.

En un momento dado entró un asistente con vasijas de agua con vino, y una bandeja con trocitos de pan e higos secos; seguimos discutiendo un poco más y luego el tribuno Veranio se despidió de nosotros porque tenía que asistir a otra reunión.

—Quintilio, en definitiva, ¿cuántos hombres necesitas?

—Digamos que el trabajo de observación durará poco. Pero el campamento tendrá que estar operativo durante varios días si tenemos que empaquetar previamente todo nuestro equipo y

desaparecer sin levantar sospechas. Es decir, dejar en su sitio un gran número de estacas plantadas y millas de alineaciones de piedras para que nadie pueda pensar que estábamos allí con otro propósito. Este trabajo mantendrá ocupados a no menos de una quincena de hombres durante al menos veinte días. Luego están los guardias del campamento y algunos legionarios de enlace. Yo diría que unos veinte o veintidós hombres. Como me dijo una vez mi viejo centurión, si llevamos a demasiada gente con nosotros al final, en vez de hacer nuestro trabajo, ¡nos convertiremos todos en sus furrieles!

Todos se rieron de la broma, pero Galerio señaló lo cierta que era.

—También habría otro problema —añadí—. Para hacer todos los cálculos, y habrá que hacer muchos para reducir el error, y sobre todo para utilizar algunas mediciones hechas de noche por nuestros incursores con las cuerdas con nudos, necesito un buen matemático capaz de cálculos complejos. ¿Vienes tú, Vitruvio?

Me respondió sin vacilar:

—¡Iría encantado! Pero me han ordenado construir ciertas ballestas, ¡para mejorarlas he perdido el sueño, y mis superiores las quieren, no tengo escapatoria!

—¿Quién te ha hecho los cálculos últimamente? ¿Tienes a alguien a quien proponer? —me preguntó el tribuno Elpidio.

—Estos cálculos me los ha hecho siempre el griego Hicesio, a quien también conoces. Por cierto, soy huésped en la misma casa en la que él vive. Pero anoche mismo me confirmó un proyecto que tiene desde hace tiempo. Quiere viajar a Macedonia en busca de las tumbas de su padre y de su madre; me explicó que es su deber, ya que recientemente ha obtenido la *manumissio*.

—Conozco bien a Hicesio, y es algo loable lo que se propone cumplir. Pero, ¿adónde tiene que ir exactamente?

—A Thessalonica. Anoche estuve hablando con él sobre la Vía Egnatia.

—¿A Thessalonica?¡Qué te parece! ¿Y cuándo quiere partir? ¿Va solo?

—Ha oído que sería posible hacer este viaje incluso en invierno. Puede que tenga que echarle una mano, porque ya sabes que no es

una persona muy práctica.

—Mira lo que quiere hacer ese viejo haragán de Hicesio —dijo sonriendo el tribuno—. Tenemos que echarle una mano, es un hombre con cultura, ¡no es una persona para hacer esos viajes solo! Hablaremos de ello más tarde, tú y yo. —Y cambiando de tono se dirigió a Galerio—: En esencia, necesitamos una veintena de hombres y un centurión, y entre ellos debe haber dos o tres exploradores, un par de repetidores, gente que sepa leer y escribir, y por último, Quintilio y otra persona que haga los cálculos. Por mi parte añado un herrero y un carpintero. El herrero es un buen legionario que ya conoce la zona donde tenemos que hacer el trabajo.

La discusión se dividió inmediatamente en pequeños grupos para hablar del equipo: *gromas*, cuerdas, tablones de madera, clavos, hachas y sierras, barras de hierro para herreros y el equipamiento habitual empleado en los campamentos legionarios.

En un momento dado, Vitruvio golpeó con los dedos sobre la mesa para que todos callaran y empezó a escribir una lista, bien ordenada, en una hoja de papiro, recogiendo las observaciones sobre la composición del grupo y el equipo.

Al final, la expedición iría equipada con todas las cosas que suelen acompañar a los pequeños destacamentos de Ingenieros que se desplazan por la república para realizar trabajos en las carreteras o en las *limitatio*.

La discusión se prolongó hasta la hora duodécima[44], cuando todos empezamos a dar muestras de cansancio y nos dispusimos a concluir la reunión.

El tribuno Elpidio nos dijo que podría tener novedades para el día siguiente, hacia la hora séptima, momento en el que podríamos reunirnos en el cuartel.

Yo ya solo deseaba irme a casa a cenar con Regila, y estaba pensando que para compensarla podría acompañarla a las Termas. No sabía si eso era adecuado para una chica tan joven, no quería ser descortés, y tendría que preguntarlo antes.

Mientras cavilaba, el tribuno me preguntó:

—Quintilio, necesito hablar contigo. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a ir a cenar a una *popina* cercana donde sirven unos chuletones como nunca antes los has probado.

Necesitaba hablar conmigo, como me había dicho, y yo no podía ponerle ninguna excusa. Mi cena con Regila se pospondría para otra ocasión, y yo añadiría un disgusto más a la desdicha que le estaba causando a la pobre muchacha.

Así que fui a la *popina*, y también comí el famoso chuletón, que estaba realmente fenomenal. No sé qué especias le habían puesto, pero salió un plato soberbio.

No faltó ocasión para recordar hazañas pasadas, pero en un momento dado llegó el momento de hablar en serio.

—Quintilio, debes saber que este trabajo no está justo detrás de las murallas de Roma, está un poco más lejos —comenzó a explicarme el tribuno, insinuando que quedaba mucho camino por recorrer.

—¿Más allá de Britannia? —le pregunté. Jamás había estado en Britannia, pero me habían dicho que estaba lejísimos.

—No, no tan lejos. Pero el viaje requerirá cierto esfuerzo. He comprendido que puedo contar contigo. Es así, ¿no?

—Por supuesto, tribuno, la alternativa que me aguarda sería ir a rectificar algunas zanjas en Eporedia, ¡en la región de las nieblas!

—Bien, intentaremos hacer un buen trabajo. Quizá mañana por la mañana, o en un par de días a más tardar, tengamos la aprobación del Mando. Sé que hay prisa, pero también sé que este trabajo lo quieren bien hecho. Mal hecho no serviría de nada. Me temo que no puedo decirte nada más por el momento porque comprometería la propia expedición. Pero sí quería hablarte de dos cosas: la primera es que debes tener mucho cuidado al moverte por Roma, porque la facción contraria a César es muy fuerte. Te habrás enterado del asesinato de Menenio. La guerra civil no ha terminado en absoluto, los protagonistas cambiarán porque los optimates elegirán nuevos defensores, pero la guerra continuará. Todo el mundo sabe que, en el pasado, le ayudaste a Menenio, y hay gente oculta en las sombras que no lo perdona. Por eso es mejor que tu presencia en Roma dure

poco tiempo, para que no puedas ser localizado. Un buen escondite ya te lo proporciona tu uniforme.

—Te agradezco el interés, tribuno, yo también tenía la sensación de que esto estaba lejos de acabar. Actualmente estoy de huésped en la casa que fue de Sextilio, donde viven su nieta y su tutor, así como el griego Hicesio. ¿Crees que ellos también podrían estar en peligro?

El tribuno reflexionó mientras cortaba lentamente una manzana:

—Sí, creo que pueden correr un grave riesgo, y puede que ya se sepa que Hicesio, que en el pasado depuso ante el magistrado en un caso contra los intereses de los optimates, también vive en esa casa.

La cena estaba tomando un cariz decididamente desagradable.

—La segunda cosa de la que quería hablarte es del propio Hicesio: el griego es una buena persona, no podemos dejar que se vaya así, a la primera de cambio. Seguro que se mete en líos o muere. Puede que en los próximos días tenga un transporte al que acoplarlo, aún no estoy seguro. Si es posible hacerlo, no correrá ningún peligro, de lo contrario te ruego que intentes disuadirlo. O al menos, procura retenerlo hasta que encontremos un transporte de tropas adecuado para que viaje seguro.

Lo que había dicho el tribuno era puro sentido común. Habría sido una apuesta demasiado arriesgada dejarle ir solo en un viaje tan largo.

—¿Para cuándo podría ser ese transporte que mencionas? ¿Y sería seguro hasta Thessalonica?

—Mañana sabré algo definitivo, pero debería partir dentro de pocos días, dos o tres a lo sumo.

Ahora tenía algunos problemas más en los que pensar.

Me reuní con Sabino y Torquato, que me habían estado esperando pacientemente, y partimos hacia la villa del arquitecto.

Ya era la segunda vigilia[45], y por segunda vez consecutiva no había podido cenar con Regila. Me hubiera dado de cabezazos contra la pared; era una situación que tenía que remediar cuanto antes.

Llamamos a la puerta de la villa y apareció por el ventanillo, como de costumbre, el criado Apolonio con la vela que llamó a Rusonio, el

cual me dijo:

—¡Ah!, ¡eres tú Quintilio! Nos preguntábamos adónde habías ido. Regila te estaba buscando, tenía algo que decirte, luego como no venías se ha acostado. ¿Quieres comer algo?

—Gracias, Rusonio —le respondí—. Tendrás que disculparme, he estado hasta ahora en el Mando. Había un sinfín de problemas, y no me dejaban salir.

Regila debía estar muy enfadada.

—Hicesio debe estar por ahí, creo que está leyendo sus libros, ahora vendrá.

Me senté en el banco a pelar una manzana, y al rato llegó el griego:

—Quintilio, ¿por casualidad te has metido en algún lío relacionado con la política?

—No, Hicesio, se trata de cosas de agrimensores, pero con un montón de grandes problemas. En cambio, necesito hablarte de otra cosa. Debes saber que acabo de estar con el tribuno Elpidio, que te saluda cordialmente. Hemos hablado de tu viaje a Macedonia.

Y le expliqué con todo lujo de detalles la conversación que acababa de tener con el tribuno, sin ocultarle que el oficial desaconsejaba abiertamente embarcarse en este viaje en solitario, salvo con un grupo de personas o militares de confianza.

—Llevo tiempo pensando en esto —me respondió Hicesio—, y basándome en las conversaciones que he recogido aquí en Roma, yo también me he dado cuenta de que se trata de un viaje no exento de cierto riesgo. Pero si el tribuno tiene ahora la oportunidad de unirme a un grupo de su confianza, para mí el asunto ya está resuelto, ¿no?

Me pareció divisar una sombra en una esquina del peristilo, pero sólo fue un instante. Tal vez fuera Regila, que nos había oído discutir y se había levantado para oír de qué hablábamos. Al fin y al cabo, aquella era su casa. Y yo tendría que encontrar la manera de calmarla, ahora que parecían avecinarse nuevos problemas.

—Bueno, Hicesio. Puede que el problema de seguridad de tu viaje ya esté resuelto. Sólo queda otro problema. La guerra entre conservadores y cesarianos no ha terminado. Teníamos la ilusión de

que la muerte de Pompeyo pondría fin a todo el asunto. No ha sido así. El tribuno me ha dicho que podría ser arriesgado que permanecieras aquí, porque podría saberse que has encontrado hospitalidad en esta casa, y algún fanático podría buscar venganza por la deposición que prestamos ante el magistrado hace unos meses.

El griego se quedó pensativo. Tanto él como yo sabíamos bien lo que significaba huir teniendo que cubrirse las espaldas.

—Hicesio —continué—, yo no estaba pensando ni en ti ni en mí. Puede que tú te marches y esa sea tu seguridad, pues nadie sabrá dónde encontrarte. Temo por la seguridad de Regila y Rusonio.

—Entiendo lo que quieres decir —me respondió tristemente Hicesio.

El sueño de una vida apacible se estaba desmoronando, y aquella casa, aquella familia, aquel hogar, aquellos meses pasados como liberto en la tranquilidad, todo estaba a punto de ser barrido por la sospecha, por el engaño, por la venganza ciega.

IX.

—Uniéndote a un destacamento de legionarios, podrías llegar a Thessalonica sin problemas. Debemos confiar en el tribuno Elpidio que es un hombre de palabra. Mientras tanto, ¿dónde instalamos a Regila y Rusonio? ¿Y la casa?

Hicesio me miró indeciso:

—Quintilio, si no hubieras venido a Roma, no habríamos pensado en todo esto y quizás habríamos aceptado plácidamente lo que los dioses nos tenían reservado.

—Hicesio, trata de razonar. Tenemos la oportunidad de salvar la vida de estas dos buenas personas. O al menos podemos tomar decisiones que les ayuden a no correr riesgos.

—Tienes razón Quintilio, discúlpame, pienso demasiado en mí. Me han acogido, y debo pensar en que no corran peligros innecesarios.

—El asunto es muy sencillo: probablemente yo también parta con mi propia expedición, ni siquiera sé adónde, pero puede ser algo que se materialice en unos días. No podemos dejar a esos dos aquí, a merced de los acontecimientos. No tienen ninguna posibilidad de defenderse. La única opción es que vayan a un lugar seguro.

—¿Tienes ya algo en mente? —me preguntó Hicesio.

—No, aún no he tenido tiempo de pensar en ello. ¿Dónde podrían ir? ¿Volver a la granja de Fidenae? Podría ser un lugar suficientemente seguro. ¿Quién querría ir a hasta allá a buscarlos?

—Aquí en Roma no puedo imaginar un lugar donde pudieran quedarse —replicó el griego—. Tampoco conozco a gente en la que pueda confiar. Sólo el senador Menenio, que en paz descanse, podría habernos ayudado. ¿Y si pudiéramos ocultarlos en Ravenna o en la zona pantanosa del Padusa? ¿Qué me dices, Quintilio? Nos fue bien permanecer ocultos unos meses entre los juncos.

—El pantano del Padusa podría ser una buena idea. Pero deberíamos llevarlos hasta allí. Es un viaje infernal en esta época del año, te lo digo yo, ¡que acabo de hacerlo!

—Quintilio, tenemos que enfocar el problema de otra manera. No es tanto la dificultad de llegar a cierto lugar, sino el hecho de obtener el resultado, que es su seguridad. Lo primero que hay que hacer es darles una identidad diferente. Para eso no hay ningún problema, les haremos nuevos documentos. Mientras tanto, podrías ir a buscar un pase del Mando, para que podamos copiar los sellos de cera. Deberías hacerlo mañana. Además, ¿qué da seguridad además del anonimato? En nuestro caso, en el pasado, nuestra seguridad venía garantizada por el círculo de personas que conocían nuestro secreto. Nos daban su protección. Esto es lo que debemos lograr.

—Es cierto, Hicesio, lo que nos salvó fue el círculo de gente que nos rodeaba. Debemos descartar Fidenae porque no hay ningún amigo en quien apoyarse. Debemos descartar Roma porque no confiamos en nadie. Quedan Ravenna o el pantano del Padusa.

—Así es, Quintilio, en Ravenna tenemos la ayuda de Pisón, ¡y en las ciénagas estarían protegidos por el impenetrable entorno y los pescadores!

—No tenemos más alternativas. Incluso en Iader sólo tenemos socios comerciales, no sé hasta qué punto podemos confiar en ellos.

Mientras discutíamos oímos ruidos de pisadas, y vimos la luz de una lámpara de aceite que se balanceaba en el porche entre las habitaciones, y Rusonio y Regila entraron en la cocina.

—Os hemos oído discutir en el silencio de la noche, nos hemos dado cuenta de que hablabais de nosotros y de que se trata de cuestiones de relevancia —dijo Rusonio, serio—. Querríamos que nos pusierais al corriente de lo que está pasando.

Regila puso un par de leños en el hogar e Hicesio empezó a explicarse:

—Os lo íbamos a contar por la mañana. Tenemos graves noticias con respecto a vuestra seguridad. A Quintilio le han hecho saber que él y yo podríamos estar siendo buscados por la facción de los optimates para vengarse. Sigue siendo la misma facción que nos quería muertos el verano pasado.

—Por desgracia, las guerras entre facciones distan mucho de haber terminado —añadí—, y nuestro temor es que también

vosotros podáis hallaros en medio, a pesar de ser inocentes.

—Comprendemos que esta ciudad no es segura —dijo Rusonio—. Aquí todos desconfían de todos, como si cada persona fuera un adversario o un ladrón que quiere robarte algo.

Era exactamente así; recordé que incluso los padres del prefecto Festio se habían asustado al oír llamar a la puerta por la noche y encontrarse de frente con tres soldados uniformados. Entretanto, Regila había ocupado su lugar en el banco contiguo al mío, y pude percibir el aroma del perfume que la muchacha se había echado en el cabello.

—Estábamos considerando si debierais permanecer fuera de la ciudad por un tiempo —tomó la palabra de nuevo Hicesio—, por vuestra seguridad, esperando a que la situación se calme. Podríamos dejar a los criados cuidando de la casa, ellos no corren ningún peligro. Por desgracia, la época no es la mejor para viajar.

Regila deslizó su brazo bajo el mío y sonriendo dijo:

—Quintilio, ¿podremos alguna vez cenar juntos como es debido?

Su espontaneidad me desarmó y le respondí:

—¡Claro que sí, ya verás como lo conseguiremos! Pero puede que tenga que irme lejos un par de meses. Es posible que me vaya en unos días.

—Claro, Quintilio —me respondió la muchacha—. Todos sabemos que hay algo cociéndose. ¿Sabes cuánto tiempo estarás fuera?

—No, no lo sé. Pero si es por eso, ¡tampoco sé dónde voy a ir!

—Quintilio puede que haya encontrado el modo de que yo viaje a salvo a Thessalonica —se entrometió Hicesio—. Sabéis que llevo tiempo hablándoos de ello. Quizá yo también me vaya dentro de unos días. Por eso hablábamos de dónde podríamos encontraros un alojamiento seguro.

El fuego del hogar había prendido y ahora, en el calor de la casa, estábamos realmente cómodos todos juntos, y aunque hablábamos de cosas serias parecía como si siempre hubiéramos sido una familia.

Regila se puso a calentar una jarra con un poco de vino, y nos lo sirvió mezclado con agua y miel.

—Tenemos un amigo en Ravenna —dijo Hicesio dirigiéndose a Regila—. Un riquísimo argentario que también fue un gran amigo de tu abuelo. Precisamente la amistad que siempre nos ha mostrado, puede ser lo más importante.

—Por el momento, no digáis nada a los criados ni a nadie que pueda pasar por la casa. Es posible que tengamos que partir muy pronto, y cuanto menos se sepa de ello, mejor. Mañana espero saber algo más del Mando sobre mi misión y el apoyo que podemos dar a Hicesio para su viaje, entonces decidiremos qué hacer. Dinero no nos falta, y en caso de necesidad también se puede comprar la seguridad de una buena escolta.

—Quintilio, Hicesio, confiamos en vosotros —dijo Rusonio en tono lastimero—. Yo ya tengo mis años, ya he hecho mi vida, ¡y ya no me puede pasar nada terrible! Pero la muchacha, mi querida Regila, se merece algo más, y vosotros dos tendréis que trabajar por ella como si yo no estuviera.

—Claro Rusonio, ahora habrá que pensar bien qué hacer y prever eventuales dificultades —trató de tranquilizarlo Hicesio—. Pero vosotros empezad a pensar en lo que queréis llevaros, sin que se vea que estáis haciendo preparativos, de modo que podáis partir en un abrir y cerrar de ojos. Sólo podréis llevar un zurrón de cuero con algo de ropa, ¡así que no tendréis que esforzaros demasiado! Y además tendréis que ir vestidos para el invierno, porque Quintilio ha contado cosas terribles sobre el paso de los Apeninos con nieve.

Regila se pegó a mí, pude sentir su calor a través de la ropa, y exclamó:

—Pero, ¿podremos algún día pasar un rato tranquilos juntos, tú y yo?

—Regila, pero ¿qué estás diciendo? ¿te parece que ahora hay algún motivo de preocupación? —le respondí yo sonriente.

Y riéndose, me dio un puñetazo en las costillas.

A la hora séptima nos reunimos en la habitual sala de reuniones del cuartel. Estábamos todos, y también había dos caras nuevas, dos oficiales que me fueron presentados como el centurión Segundo Marcelo y el *optio* Marcio.

El tribuno Elpidio cerró la puerta y con aire solemne manifestó:

—He obtenido la primera autorización. Así que, a partir de ahora, actuaremos como si nuestro proyecto estuviera a punto de empezar, a menos que detengamos todo si no hay una opinión definitiva del general mañana por la mañana. Pero estoy casi seguro de que dará su aprobación. Así pues, que sepáis que estáis sujetos al más estricto secreto, no deberéis decir a nadie que partís en misión, sino que diréis que os trasladan por un par de meses. Y si os preguntan adónde, ¡decid que vamos a Pisaurum! —Hizo una pausa y luego añadió—: Vitruvio, ¿alguna novedad?

—Sí, tribuno, hemos encontrado prácticamente todo. Los mapas están incompletos, sólo tenemos un tramo de la costa. Pero tendremos tiempo de sobra antes de hacer las mediciones, así que Quintilio podría hacer un mapa a simple vista, para usarlo después para poner los datos medidos. Algo que sea aproximativo.

—¿Quintilio?

—Ningún problema, ese es mi trabajo.

—¿Galerio?

—Tenemos a todos los hombres, incluidos los repetidores. Sólo falta el herrero que nos prometiste, el que se supone que conoce los lugares, y tu carpintero. También falta el hombre que tiene que hacer los cálculos para Quintilio, no sé cómo os las habéis arreglado.

—Del matemático me encargo yo. Quintilio ¿tienes algo que añadir sobre estos legionarios que vamos a disfrazar de ingenieros?

—No, no tengo nada más que decir, siempre que sean conscientes de que tendrán que trabajar y no aborrezcan bregar con la pala.

Todos rieron, y el tribuno me puso la mano en el hombro. Galerio le respondió, todavía riendo:

—¡Te aseguro que todos tenemos mucha experiencia tanto con la pala como con el pico!

Vitruvio cogió la lista de materiales y repasó escrupulosamente cada uno de ellos preguntando si faltaba algo más.

Recordé algo y levanté la mano para pedir la palabra:

—¿Dónde conseguiremos vasijas de barro con aceite?

—¿Cuánto aceite necesitas? ¿Te sirve aceite de oliva o quieres aceite para lámparas? —preguntó el tribuno.

—Puede que necesite una treintena de libras, aceite de oliva… —le respondí.

—Pero, ¿qué vas a hacer con él?

— Podría necesitarlo para detener la oscilación de la plomada de la groma si hay viento.

—¡Ah menos mal! —intervino Galerio, riéndose—, ¡ya me temía que lo necesitabas para engrasar bien nuestras palas!

Todos rieron y procedimos a pasar lista a los hombres y el equipo.

En la hora siguiente completamos el examen de todo lo necesario para iniciar la expedición. El tribuno Elpidio concluyó:

—Mañana por la mañana a las seis creo que tendré la aprobación definitiva. Ya lo tenemos todo aquí. Os espero mañana a las siete, siempre aquí, y espero informaros del programa de viaje. Os ruego que ni siquiera habléis entre vosotros de esta expedición. Mantener la confidencialidad es importante para el resultado de la operación.

Nos despedimos, y cuando ya estaba en la puerta, el tribuno me dijo:

—Quintilio, espera, ¡tengo noticias para ti!

Unos instantes después salió y me condujo a su despacho, en el interior del gran cuartel. Era un despacho austero, como el de cualquier oficial, con unos cuantos papiros a la vista, algunos mapas y el mobiliario básico de un cuartel. Para hablar con más libertad, hizo salir a su ayudante y cerró la puerta.

—Quintilio, oí anoche, poco después de separarnos, que hace tres o cuatro noches hubo ladrones en la villa del senador Menenio. Ni siquiera respetaron a su viuda y a su hijo. Sólo se dieron cuenta de su paso por la mañana.

Le miré con curiosidad porque no estaba claro lo que había sucedido.

—Esos ladrones —prosiguió el tribuno—, no han robado ni oro ni cosas de valor, pero se han llevado la correspondencia del difunto senador. Ninguno de nosotros había pensado en presentarse ante la viuda para retirar los papeles de su marido. Nos tememos que entre los documentos robados haya material comprometedor para algunos de nosotros. No sabemos con certeza qué había allí; Sidonio nos está ayudando a reconstruir los documentos más importantes. Creo

que también fue robada la correspondencia sobre su declaración ante el pretor Nerva. Se trata de cartas y notas que Menenio utilizó para desacreditar a los optimates en el Senado, una operación en la que tuvo mucho éxito gracias a vuestra ayuda. En esos papeles probablemente esté transcrita toda vuestra deposición, y quien las lea ahora será uno de los optimates. No sé lo que pasará, pero alguien podría pensar en hacéroslo pagar.

El silencio que siguió estuvo cargado de tensión. Estaba claro que, mientras antes el temor a represalias era sólo vago, ahora el riesgo aumentaba.

—Tribuno, en aquel momento, lo único que podíamos hacer era hacer esa deposición. Me marcho en tu misión, y creo que eso bastará para mantenerme alejado de los problemas durante un tiempo. O al menos eso espero, ya que no conozco el destino.

—Exacto, Quintilio, dejaremos que pasen unos meses y veremos si las cosas se calman, si no, te mantendremos trabajando en un campamento alejado donde nadie venga a buscarte. Pero por tu expresión supongo que hay algo más que eso.

—Quería preguntarte si tienes novedades del viaje de Hicesio.

—Hicesio dejará la Urbe en secreto, junto con nosotros. Lo sacaremos bajo un nombre falso, como civil agregado a una unidad que está siendo reposicionada. Tendrá que embarcar en un transporte militar y, una vez desembarcado en Macedonia, podrá continuar por la Vía Egnatia. Ya está todo dispuesto hasta Thessalonica. En la Vía Egnatia viajará en carruaje, ya sé que no puede hacer este viaje a caballo.

—Tribuno, debo agradecerte tanto en mi nombre como en el suyo, porque has mostrado un interés que supera nuestras expectativas más optimistas. Pero, desgraciadamente, debo pedirte que me ayudes con otro asunto.

—Habla con libertad, Quintilio, si se puede hacer, ¡lo haremos!

—El griego y yo somos huéspedes de la nieta de Sextilio y su tutor. Tememos que pueda haber represalias contra ellos. Su tutor es un tranquilo campesino de más de sesenta años, incapaz de ofrecer defensa alguna, y ya anoche pensamos en alejarlos a ambos de la Urbe.

—¿Tiene ya un lugar donde llevarlos?

—Tenemos un lugar seguro en Ravenna. Te diré la verdad. Ellos me han acogido, y como los ladrones han saqueado la casa del senador Menenio, podrían pasarse también por la villa de Sextilio. Me gustaría que se marcharan de inmediato, pero me gustaría sacarlos de la Urbe con nombres falsos, para que realmente les pierdan la pista. Y necesito que me aconsejes cómo encontrarles una escolta armada, ya que no es el dinero lo que nos falta.

—¿Hay ya indicios de que os están siguiendo o de que algo está a punto de ocurrir?

—No, aún no. Pero el hecho es que están solos en Roma, no hay nadie que pueda estar interesado en ayudarles. El único hubiera sido el difunto senador Menenio.

El tribuno se levantó y empezó a dar vueltas por el despacho, luego se dirigió a la puerta y llamó al ayudante para que nos trajera algo de beber y dos o tres manzanas.

—El guardián, el granjero, me dijiste que tiene sesenta años. Y la mujer, ¿qué edad tiene?

—Es una chica joven y hermosa de unos dieciséis años.

—¡Ah, ahí le has dado! ¡Ahora la verdad sale a la luz! ¡Esa muchacha te gusta!

No supe qué decir, puede que incluso me hubiese ruborizado un poco.

—Les debo mucho a Sextilio y también a su familia, no me parece bien partir en una misión y abandonarlos para que quizás corran un gran riesgo.

—En resumidas cuentas, se trata de llevarlos a Ravenna, ¿no?

Asentí con la cabeza mientras el asistente entraba con una jarra y dos vasos.

—¿Sabes si esos dos tienen alguna otra historia, como, no sé, cuentas pendientes con la justicia?

—Tribuno, son dos personas tranquilas que vivían en una granja de Fidenae hasta hace unos meses. Él se ocupaba de un huerto.

—Comprendo. Escúchame bien, sé que Sextilio era amigo de César, y ciertamente le debemos algo a su familia. Actuaremos así. Saldrán de la ciudad y harán parte del viaje con nosotros. No habrá

necesidad de hacerlos pasar bajo un nombre falso, simplemente no aparecerán registrados. Pero no me preguntes nada más ahora, ya verás como las cosas saldrán bien. Creo que partiremos pasado mañana al amanecer.

—En realidad, me quedaría una última cosa: ¿podría tener un salvoconducto para circular por las vías consulares a mi nombre?

—Quintilio, ¿qué clase de exigencias me haces? Viajarás con nosotros, yo soy tu salvoconducto, ¿qué harías con él?

—Es un poco complicado de explicar, realmente complicado, pero si me tomas la palabra de que no interferirá con la misión que tenemos entre manos…

El tribuno Elpidio comprendió que había gato encerrado y que yo quería hacer algo que no debía contarse, pero de todos modos confió en mí y no quiso romper la relación que habíamos iniciado. Escribió dos líneas en un trozo de hoja de papiro y me dijo que fuera con él a la oficina de permisos.

Por último me miró de soslayo y concluyó:

—¡Mañana a la hora séptima!

—Allí estaré —y le saludé a la manera romana tomando la puerta.

Encontré la oficina de permisos; dada la hora tardía sólo quedaban un par de jóvenes oficinistas en sus mesas llenas de documentación. Me dirigí al más joven, que también parecía el menos despierto, y le expliqué lo que necesitaba.

Tomó la hoja de papiro firmada por el tribuno Elpidio, cogió un par de tablillas de madera cuidadosamente alisadas y atadas con un cordón de cuero a modo de bisagra, y se puso manos a la obra: escribió unas líneas, dejó secar la tinta con el aspersorio de ceniza, pasó la cinta bicolor para documentos del ejército por el agujero de la tablilla, la anudó con cuidado y luego empezó a verter el lacre sobre ella. Cuando vio que había caído la cantidad necesaria, dio un buen lametón a un sello de bronce que llevaba grabada la impronta y lo presionó sobre el lacre aún caliente, obteniendo un sello perfecto.

Mientras soplaba sobre el lacre me dijo:

—Espérame aquí mientras voy a buscar al oficial de guardia para que lo firme.

En la oficina se respiraba un aire de cierre, e incluso el segundo empleado se había acercado a la puerta para bostezar, evidentemente a la espera de marcharse.

En ese instante, alargué la mano con cuidado y cogí de la mesa del empleado un ovillo de cinta bicolor para sellar documentos, y lo dejé caer bajo el coselete de cuero del uniforme. Si hubiera querido, podría haber cogido también el sello de bronce, pero eso habría despertado sospechas.

Poco después llegó mi tablilla firmada, se lo agradecí y salí en busca de Sabino y Torcuato para regresar a casa.

Mientras montaba en mi caballo, pensé que el tribuno Elpidio había sido demasiado complaciente al concederme un permiso que en absoluto estaba obligado a darme, completamente inútil para esta misión, pero válido para todas las Vías Consulares.

Él había comprendido que yo estaba tramando algo y me había dejado hacerlo. Ahora le debía un favor. Un gran favor.

X.

Aquella noche Hicesio y yo trabajamos como locos. Mandamos a los criados a dormir a su ala de la villa y colocamos un monumental portalámparas de bronce delante de la puerta. Si alguien hubiera intentado abrirla, lo habría derribado y nos habría alertado.

A Regila también la mandamos amablemente a la cama, era mejor que no se enterara de nuestras actividades.

Hicesio había puesto a Rusonio en movimiento durante el día, y nos había proporcionado un pella de arcilla de alfarero.

Ingenuamente, Rusonio me había dicho:

— ¡Imagínate, Quintilio! ¡No sabes cuánto tiempo he estado pensando en cocer tazas de arcilla para nuestra casa! Trabajar con arcilla siempre me ha producido satisfacción, desde que era niño: ¡hacer formas y luego fijarlas en el horno!

—Sí, también a nosotros nos gusta trabajar con arcilla de vez en cuando, pero no se nos da muy bien lo de hacer vasos, sobre todo al griego. Si hay que hacer algo a mano, ¡es un auténtico chapuzas!

—Ya me he dado cuenta, Quintilio, pero luego me enseñas lo que habéis hecho.

Rusonio se acostó y yo me puse a amasar un trozo de arcilla del tamaño de una nuez para eliminar pequeños grumos y hacerlo maleable para que recibiera una buena impresión.

Cuando alcanzó el grado de plasticidad adecuado para adherirse bien a las cosas sin dejar una pátina húmeda, cogí la tablilla de madera de mi nuevo permiso para circular por las Vías Consulares y esparcí un poco de ceniza del hogar, finamente pulverizada entre las yemas de los dedos, sobre el sello de lacre. Con un trapo diminuto distribuí bien el polvo, soplando para eliminar el sobrante.

Por supuesto, no podía faltar el aporte de Hicesio:

—Quintilio, quizás sea mejor que hagas dos o tres matrices, ya sabes que es fácil que alguna se rompa, y en este caso quizás tengamos que hacer más de un permiso.

—Hicesio, tú dedícate a escribir el texto, que yo me encargo de esto.

Presioné el trozo de arcilla sobre el sello de lacre obteniendo un molde negativo perfecto. Luego seguí el consejo del griego y empecé a amasar más arcilla para repetir la operación, ya que tal vez necesitáramos hacer más permisos y no sabíamos muy bien cómo saldría la matriz.

En unos instantes tenía tres moldes perfectos que coloqué en el hogar, a cuatro dedos de las brasas, para que se secaran.

Y así comenzamos. Para ganar tiempo, Hicesio había ido al mercado con el siervo Apolonio donde había conseguido una decena de tablillas de madera blanda, blanqueadas y tratadas con una capa muy fina de cola de conejo, listas para recibir un texto.

Leímos juntos el texto del permiso que me habían dado en el Mando y el griego examinó detenidamente, a la luz de las cuatro lámparas que iluminaban la mesa de la cocina, cómo estaba escrita la firma del oficial de servicio: esa firma estaba hecha con una tinta diferente, densa y ligeramente en relieve, que mostraba algo extraño.

—Quintilio, ¡mira lo que han inventado nuestros oficiales! ¡No quieren que nadie falsifique sus firmas! —dijo Hicesio mientras estudiaba las siglas observándolas en todos los detalles.

Yo también miré la firma del oficial, y sólo entonces me percaté de que era muy peculiar: en la tinta, que aparecía débilmente en relieve, había unos puntitos que brillaban a la luz de las lámparas.

—¿Qué rayos es esto, Hicesio? ¿Es una tinta especial? Pero no necesitamos hacer un permiso tan perfecto para nuestro trabajo, de hecho, si quisieras, podrías incluso hacerlo con la firma del prefecto Festio, ¿quién se iba a dar cuenta?

—No, Quintilio, y sé lo que es, han utilizado un procedimiento diferente porque es del Cuartel General de la Urbe. Si no lo reproducimos exactamente, cualquiera que lo vea asociado al sello de lacre del Mando sabrá que es de fabricación casera. He oído hablar de esto, es una tinta hecha con cola. Ahora voy a buscar el *unguentarium*[46] con el pegamento, he visto dónde lo guarda Rusonio.

Sobre la mesa estaba el papiro con el borrador de los permisos que había que transcribir en las tablillas.

No pude evitar sonreír cuando leí que íbamos a cambiar de nombre a Regila y a Rusonio.

El Legado Cuarto Rabirio saluda
a los Oficiales del Ejército de la República Romana.
Vale.
El Mando de la Décima Legión os ordena:
Que el granjero Octavio que viaja al servicio
del argentario Pisón de Ravenna,
pueda transitar por los puestos de control
de la Provincia de la
Galia Cisalpina y de la Vía Popilia,
y que pueda entrar y salir de la ciudad de Ravenna.
Con el granjero Octavio estará su nieta Sabina
que está bajo su tutela.
IV ante Kal Ian DCCVII[47]
Legado Cuarto Rabirio
En representación de Annio Elpidio, Tribuno

—Hay que instruirles bien a los dos, ¡no quiero que olviden sus nuevos nombres que he escrito en el salvoconducto! Y Rusonio debe recordar que es un granjero, ¡no un hortelano cualquiera! —le dije al griego.

En unos instantes, Hicesio redactó el texto del permiso en una tablilla, respetando el espaciado y las frases como un verdadero escriba profesional.

Luego me dijo:

—Quintilio, necesitamos nácar. ¿Has visto esa hermosa concha que está junto a la puerta?

—Sí, la he visto, dentro hay algunos ases que Regila guarda allí para dar algún óbolo cuando alguna pobre mujer llama a la puerta.

—Bien, ve a buscarla, pero deja los ases ahí, no los necesito.

No entendía lo que había que hacer con ella, y el griego me lo explicó:

—Esas pequeñas partículas que has visto brillar en la firma del oficial no son más que diminutos gránulos de nácar. Ahora, con una cuchilla, raspa un poquito de nácar hasta convertirlo en un polvillo muy fino.

Empezaba a comprender: ese polvito finísimo tenía que acabar en la tinta de la firma. Empecé a rallar la superficie de la concha, obteniendo un polvo que, cada poco, daba algún reflejo apagado.

—Cuidado, Quintilio, sé que se hace así: una vez hecha la firma con tinta de cola, el problema es secarla con un hierro al rojo vivo, sosteniéndolo a uno o dos dedos de distancia.

Ya había entendido bastante y empecé por hacer la prueba. Coloqué el atizador que se utiliza para remover la leña en el hogar justo en medio de las brasas, y empecé a mezclar unas gotas de tinta con un poco de cola de carpintero, de esa que apesta a pescado y espinas. Una vez bien mezclada, cogí una tablilla nueva e intenté hacer un garabato con la nueva tinta, que parecía muy densa y dejaba un trazo en relieve. Hicesio, observando el resultado, me aconsejó:

—Quintilio, espolvorea, por aquí y por allá, con un poco de polvo de nácar.

Hice como me decía, garabato incluido, luego cogí del hogar el atizador, que para entonces ya estaba al rojo vivo, y manteniéndolo bien alejado de la tablilla, a uno o dos dedos de distancia, conseguí darle el calor suficiente para secar la cola contenida en la tinta. Luego soplé para eliminar el exceso de nácar, y juntos miramos el resultado comparándolo con el original. ¡El procedimiento era el correcto!

Viendo el éxito de la prueba, Hicesio se dispuso inmediatamente a reproducir la firma del funcionario en la tablilla de "nuestro" permiso. También observamos atentamente una extraña floritura que no pudimos entender qué era, hasta que Hicesio dijo:

—Esto de aquí no sabemos lo que es, creo que son las siglas del tribuno Elpidio, que ha puesto su "visto bueno". También lo reproduciremos.

Cambió el cálamo, porque estaba claro que se necesitaba uno capaz de dejar un trazo más fino, y copió la floritura.

En unos instantes, repitiendo cuidadosamente el mismo procedimiento de secado con el atizador que acabábamos de probar, obtuvimos un resultado perfecto, es más, observando detenidamente las dos tablillas en comparación, ¡la nuestra parecía más "profesional" que la auténtica!

Una idea me vino de repente a la cabeza:

—Hicesio, nunca me lo has contado, ¡pero tú has tenido que asistir a una escuela de falsificadores!

—Quintilio, mi vida fue dura, sobre todo cuando era niño, pero también lo fue mi juventud. Tuve que aprender cosas de las que no siempre puedo estar orgulloso. Pero esta vez es algo que sirve a la seguridad de esas dos buenas personas, y me alegro también de saber hacer estas… operaciones.

—Claro, Hicesio, faltaría más. Ahora pasemos al sello.

Los tres bloquecitos de arcilla que había colocado al calor frente a las brasas estaban ya completamente secos. Con un cortaplumas raspé el exceso de arcilla, con cuidado de no dejar marcas, y también aligeré la parte posterior del molde, para que la arcilla no fuera demasiado gruesa, ya que intentaríamos cocerla para hacerla más resistente. A continuación, trasladamos los tres moldes a la repisa de la chimenea, separándolos a dos dedos de las brasas.

En el Mando utilizaban un lacre moteado en rojo y negro; para reproducirlo, ennegrecí un trozo fundiéndolo con un poco de hollín del hogar, y luego lo fundí con otro trozo rojo sin mezclar nunca los dos colores. Cuando los hubiéramos vertido juntos, habríamos conseguido el efecto deseado.

A última hora de la tarde nos detuvimos a comer una manzana mientras acercábamos lentamente los tres trocitos de arcilla a las brasas.

A última hora de la noche, los tres moldes se estaban cociendo en medio de las brasas y también se habían puesto de un color rojo vivo. Tras una breve cocción, empezamos a retirarlos lentamente del fuego. Durante la operación, uno de ellos se partió en dos y los fragmentos cayeron a las brasas, perdiéndose por completo.

Continué moviendo lentamente los dos moldes restantes para retirarlos del calor, pero durante esta operación, por simple

distracción, agarré el atizador al revés y me quemé un par de dedos. Se me escaparon algunos improperios y, dando saltos de dolor por la cocina, le dije a Hicesio:

—¡Búscame el aceite, me duele mucho! Necesito ponerle un poco de aceite de oliva.

El griego fue a buscar el ánfora del aceite, pero en un movimiento torpe volcó y rompió el ánfora del vino en medio de la cocina.

De tanto que me dolía, no sabiendo qué hacer, sumergí los dedos que me ardían en el vino derramado en el suelo, que al menos estaba bastante fresco. Hicesio intentó retirar el ánfora rota del suelo, pero volcó una cesta de manzanas, que rodaron alegremente sobre el vino.

Mientras estaba a gatas en el vino, buscando un hueco en el suelo donde se hubiera acumulado más para poder enfriarme mejor los dedos quemados, vi una lucecita temblorosa que se acercaba a la cocina. Era Regila, que nos encontró en el charco de vino mientras yo maldecía en voz baja por el dolor de las quemaduras. El griego intentó quitarle importancia:

—Estábamos buscando algo para beber —dijo con un tono muy poco convincente.

Ella enseguida comprendió que estábamos tramando algo, pero no dijo nada, buscó unos trapos y se puso a recoger el vino del suelo antes de que se esparciera por toda la casa.

También encontró la jarra de aceite y me hizo una compresa atándola con un trozo de tela, luego nos trajo un poco de agua en la que había exprimido unas gotas de cidra.

—¿No podríais preparar vuestros medicamentos durante el día? —nos reprochó—. ¡Quizás yo podría echaros una mano!

—No, no, Regila —le respondió el griego—. Se trata de medicinas de cuya fórmula me siento muy receloso, es algo que me ha sido transmitido, no quiero que se sepa por ahí.

Las tablillas de madera estaban ocultas bajo un paño.

Con el aceite de oliva, el dolor de las quemaduras fue remitiendo poco a poco. Me saldrían un par de buenas ampollas, pero eso se arreglaba en unos días.

—Quintilio —me dijo Regila—, ¿sabes qué estaba pensado? Si mañana estás por aquí, quiero decir, si no sales corriendo a no se sabe dónde como acostumbras, ¿sabes lo que me gustaría hacer? He pensado en arreglarte el pelo y la barba, ¡ya que pareces un forajido!

—¡Claro Regila! —le respondí al instante—. ¡Qué casualidad!, ¡yo iba a pedirte lo mismo! Podríamos hacerlo por la mañana, ya que tengo que ir al puesto de mando a la hora sexta. Pero ahora vuelve a la cama, vamos a terminar de mezclar nuestros medicamentos.

—Vosotros dos cuando estáis juntos… sois siempre así… ¿de raros? —dijo Regila, mirándonos con desconfianza, luego cogió la lámpara y volvió a su alcoba.

Por fin reanudamos nuestras maniobras para sacar los dos moldes de arcilla de las brasas. Lentamente los trasladamos a la base del hogar, donde los dejamos enfriar.

—Puede que la cocción no sea excelente, pero sólo tenemos que endurecer la arcilla para que pueda utilizarse más veces. ¡No es que tengamos que abrir una oficina para hacer permisos para todo el mundo! —exclamé satisfecho.

De las dos matrices restantes, una estaba mal cocida: parte de ella se había desmenuzado en el fuego, dejándola inservible. La otra, en cambio, estaba perfecta, y la arcilla se había cocido lo suficiente como para hacer un número casi ilimitado de sellos.

Hicesio estaba jugueteando con las cintas de colores que había encontrado en el mercado cuando le dije:

—Hicesio, puedes usar tus cintas para hacer cordones para el calzado. ¡Usa esto en su lugar! —Y le entregué la cinta que había sustraído de la Oficina del Mando.

—Quintilio, parece igual que el auténtico. Pero, ¿dónde la has encontrado?

—En la oficina de Permisos del Mando —le respondí.

Abrió los ojos de par en par. ¡Ahora tenía un carrete di cinta suficiente para cinco o seis permisos!

El último paso fue dejar que la arcilla de la matriz absorbiera un poco de cera de vela para que el lacre no se pegara, y nos dispusimos a completar la obra: pegamos el lacre en el nudo de la

cinta, presionamos sobre él el molde de arcilla, que previamente habíamos humedecido con el método consabido, y al cabo de un momento contemplamos la obra terminada.

¡Nadie habría sido capaz de distinguir un sello auténtico del nuestro!

A la hora séptima me encontraba en el Mando, en la habitual salita, junto con los demás participantes en la reunión.

El Tribuno Elpidio cerró la puerta y anunció con satisfacción:

—Tenemos la autorización del general. ¡Partiremos mañana! —Un murmullo de satisfacción acogió la noticia.

—Preparad hoy vuestros bártulos porque saldremos al amanecer, o mejor dicho, un poco antes del amanecer para no mezclarnos con el tráfico de carros que entran en la ciudad. Os recuerdo la más absoluta discreción: estáis todos destinados a vuestro nuevo destino, el cuartel de Pisaurum, eso es lo que se sabe oficialmente. ¡Que nadie diga nada diferente! Tendremos que movernos lentamente debido al mal tiempo. Preparaos con ropa de invierno. No escatiméis en capas enceradas, puede que nos encontremos con lluvia, o lluvia y nieve juntas. ¿Galerio?

—Los hombres ya están dispuestos, y con ropa de abrigo. Sólo llevan el gladio y un *pugio*, eslabón, yesca, virutas de madera, y un poco de carne seca. Ya los he encerrado en los barracones, no sea que vayan a emborracharse a algún lupanar.

—¿Vitruvio?

—Todo preparado y embalado. Cargas ligeras, con asas de cuerda para que cada carga pueda ser manejada por dos personas y levantada por una sola. Con accesorios para el basto.

—¿Quintilio?

—Estoy listo. ¿Hay una groma en el equipaje?

—Hay dos desmontadas, de un tipo especial que ocupa poco espacio —me respondió Vitruvio.

—Muy bien. Llevaremos dos carros y una carroza con un par de civiles que estarán a mi servicio. No cambiaremos los caballos en las *mansiones*, a lo sumo sustituiremos alguna montura si se lastima. ¿Alguna pregunta?

—¿Cuánto durará la misión? —preguntó Galerio.

—Si te lo preguntan, dirás que estaremos de patrulla en la zona de Pisaurum durante dos meses. Eso es todo, podéis iros. La salida está fijada desde el patio del cuartel una hora antes del amanecer. Quintilio, quédate, necesito hablar contigo.

Mientras los demás se marchaban, me despedí de Vitruvio, prometiéndole seguir perfeccionando sus conocimientos, y me quedé en la sala.

—Quintilio —me dijo el tribuno cuando estuvimos solos—. Lo he dispuesto todo para la familia de Sextilio. Formarán parte de mi séquito personal: serán un secretario, mi cocinero y su nieta. Pero aun así nadie te hará preguntas. Un carruaje irá a buscaros esta noche, una hora antes del amanecer. A todos ellos se les aplicarán las mismas disposiciones que a los militares: nada de equipaje pesado, viajamos ligeros porque no sabemos en qué estado están las carreteras.

—Te lo agradezco en su nombre. No causarán problemas.

—Te espero por la mañana para el brindis en la explanada. Que la suerte nos sea propicia.

Volví a la carrera a la villa de Sextilio. Teníamos que hacer los últimos preparativos y dar las consignas a los tres siervos de la casa.

Por la noche cenamos como si fuera una despedida.

Seguiríamos juntos durante parte del viaje, pero no sabíamos lo que ocurriría con esta casa en nuestra ausencia y, en definitiva, era el final de nuestro hogar y de la vida tranquila que podríamos haber llevado en la Urbe.

Después de cenar, Rusonio nos llamó al altar de los Lares, donde había dispuesto que se añadiera un pequeño busto en memoria del arquitecto Sextilio, y luego de encender una lamparita oramos todos para que volviésemos a encontrarnos, quién sabe cuándo, en esta casa, y volviésemos a ser amigos y a querernos como una verdadera familia.

Vi que Regila tenía los ojos húmedos; estaba asustada por lo que estaba a punto de suceder.

Nuestro equipaje ya estaba hecho; Hicesio y Rusonio habían hablado largo y tendido con los siervos Apolonio, Nico y Acilla, explicándoles que tenían que mantener la casa en orden; les había dejado dinero para comida, ropa y para cualquier trabajo de mantenimiento en caso de necesidad.

Después de la cena, Hicesio me dijo que teníamos que ocuparnos de una última tarea. Fuimos a la biblioteca y empezamos a trasladar las decenas y decenas de rollos de papiro, los libros de Sextilio, a bolsas de tela especiales, cosidas para que cupieran tres o cuatro rollos en cada una. Luego salimos al jardín y descubrimos la base de mármol del horno de pan, que en realidad era un depósito seguro, a prueba de ladrones e incendios, para albergar los manuscritos.

La había hecho construir Sextilio: había una gran cofre de madera de roble, hermético contra la humedad y animales molestos, sellado dentro de un pozo construido a medida con ladrillos fijados con cal.

Difícilmente se les habría ocurrido a los ladrones buscar algo allí abajo. Escondimos el cofre con unos cuantos miles de denarios, además de decenas y decenas de envoltorios de tela que contenían los preciados papiros.

Quién sabe cuándo volveríamos a ver esas cosas.

Quién sabe si volveríamos a verlas.

XI. Ravenna

Faltaba una hora para el amanecer. Era el quinto día antes de los idus de enero[48]. El frío era terrible; un sinfín de carámbanos colgaban de los tejados del cuartel y el propio aire parecía más pesado y cargado de humedad y hielo.

A la señal, los guardias abrieron las puertas que daban a la calle y la columna se puso en marcha. "Nosotros los de Ingenieros", así nos habíamos apodado, éramos una veintena y nuestra escolta unos treinta jinetes, tropas regulares expresamente asignadas a estos servicios.

No sabíamos adónde íbamos, sólo lo sabía el centurión encargado del traslado. Y, por supuesto, el tribuno Elpidio, que partía con nosotros, también lo sabía, pero por diversas pistas entendí que era poco probable que permaneciera con nosotros hasta nuestro destino. Hicesio, Regila y Rusonio fueron colocados en un carruaje con una cubierta de lona que los protegería de las inclemencias del tiempo.

Habíamos llegado al cuartel momentos antes de partir, justo a tiempo para alzar nuestros cálices y cantar un himno por la buena fortuna de nuestra expedición. Lo que me había dejado lleno de asombro fue el aspecto de los legionarios de nuestra pequeña unidad: mal vestidos, sucios, algunos con los uniformes desgarrados y sin condecoraciones ni adornos.

Incluso en nuestro antiguo campamento de Vadus, donde había estado trabajando hasta la primavera, los legionarios del Cuerpo de Ingenieros estaban mejor cuidados. Naturalmente, me abstuve de hacer cualquier comentario.

Fui claro con nuestros tres invitados en el carruaje que no se atrevieran a preguntar adónde íbamos. Yo sólo sabía que nos habían dicho que íbamos a Pisaurum, que estaba en la parte septentrional de la Vía Flaminia. Ni siquiera sabía cuándo nos separaríamos de Hicesio y cuándo de Regila y Rusonio.

Hicesio había empezado a explicarles algo sobre el salvoconducto falsificado y el intento de que fueran acogidos por el argentario Pisón en Ravenna. Si hubiera surgido algún problema con el argentario, se habrían escondido en la zona pantanosa del Padusa, el inmenso sistema de canales y juncales que atravesaban las tierras bajas de la parte más oriental del río Po. En aquellos juncales nadie podría encontrarlos. Hicesio y yo nos habíamos escondido allí durante un par de meses con la complicidad de algunos pescadores, y he de reconocer que lo habíamos pasado realmente bien.

Poco después pasamos las Murallas Servianas por la Porta Fontinalis y entramos en la Vía Flaminia. Era probable que realmente nos dirigiéramos a Pisaurum. Tal vez fuera allí donde tomaríamos aquellas medidas, y allí nos separaríamos.

En dos fríos días llegamos a la *mansio* de Ocriculum, donde nuestra escolta pernoctó para dejarnos solos a la mañana siguiente. El camino también estaba muy transitado a causa del tráfico militar: el paso continuo de tropas había remezclado barro, nieve y hielo.

Regila, Rusonio e Hicesio estaban encerrados en el carruaje y apenas se calentaban con un minúsculo brasero, una especie de olla de hierro sobre un trípode en la que echaban trozos de carbón antes de que se apagaran las brasas.

Yo estaba concentrado en protegerme del frío y mantener las piernas cubiertas, y apenas tuvimos ocasión de charlar. También hablé muy poco con Regila, que por las tardes estaba ya muy cansada e intentaba unirse a las escasas mujeres que encontrábamos en las posadas y en las *mansiones*.

Ya no estaba enfadada conmigo. Sólo se sentía exhausta y con mucho frío.

Seis días después, y sin ningún incidente especial, llegamos a Fanum Fortunae.

Regila e Hicesio habían sobrellevado a su manera la novedad del viaje, dando tumbos en el carruaje todo el tiempo. Rusonio, en cambio, con su sencilla filosofía de hombre de campo, no había hecho más que lamentar la presencia de tantas zonas incultas en los Apeninos, pues si por él hubiera sido, las habría hecho trabajar todas por esclavos, aprovechándolas para crear huertos.

Cuando llegamos a poca distancia de Fanum Fortunae, no sé por qué extraña asociación de ideas, me acordé de la noche en que habíamos preparado las matrices para los sellos y los falsos salvoconductos. Surgió en mi mente la duda de si me había olvidado, a causa de la quemadura en la mano, de recuperar la matriz partida en dos que había quedado entre las cenizas del hogar. ¡Seguro que la había dejado allí! Me había dejado en el camino una prueba gravísima. Si la hubiera encontrado alguien que quisiera tomar represalias contra nosotros, sin duda habríamos sufrido alguna desgracia.

Me trasladé a la parte trasera de la columna, me situé a un lado del carruaje e hice que Hicesio se asomara, para preguntarle si recordaba haber hecho algo al respecto.

—¡Claro! —me respondió al instante—. Destruí aquel molde a martillazos, pulverizándolo hasta que quedó irreconocible.

Le hablaba desde detrás del carro, en voz baja para que no nos oyera el legionario que lo conducía:

—Hicesio, había dos moldes que destruir: uno es el que había salido mal, lo rompiste con el martillo, pero también había otro, el que se partió en dos a causa del calor, y se quedó entre las cenizas del hogar.

—¡Ah!, ¡ese no! No lo destruí, porque el fuego siempre estaba encendido y no iba a rebuscar entre las brasas. ¿Crees que alguien podría encontrarlo?

—No lo sé —le contesté inseguro, y en ese momento oí la voz grave de Rusonio al otro lado de la lona del carro—: Lo encontré yo cuando limpiaba el hogar por la mañana. Incluso un ignorante como yo podría haber entendido lo que era. Vosotros, como sois instruidos, siempre pensáis que sabéis más que los demás. Pero yo me encargué de convertirlo en polvo con una piedra. Desde luego, me parece que es un poco tarde para que te acuerdes de eso.

Sonrojándome un poco, pero reconfortado, fui a recuperar mi lugar en la columna.

Recorrimos a pie el último tramo desde Fanum Fortunae hasta Pisaurum y llegamos al cuartel legionario cuando ya era completamente de noche.

El tribuno Elpidio nos reunió después de cenar para darnos un breve discurso:

—Legionarios, tenéis cuatro días para cebaros. Permaneceremos alojados en este cuartel y es casi seguro que saldremos el quinto día a partir de hoy, al amanecer, o quizás incluso antes del amanecer. Si alguien quiere salir, deberá tener mi permiso, que sólo obtendrá por motivos bien justificados, y le seguirá un legionario del cuartel para vigilarle. No podéis beber ni emborracharos. Os aconsejo que os lavéis bien, ya que apestáis a machos cabríos en celo. Eso es todo.

Los legionarios estaban contrariados, además de oler mal, pues confiaban poder darse una vuelta por los burdeles, pero en lugar de eso tendrían que quedarse encerrados en los barracones.

El tribuno se acercó a nuestro grupito, me llevó aparte y me dijo:

—Quintilio, tienes cuatro días para ir y volver de Ravenna, y poner a salvo a la familia de Sextilio. Se necesitan dos días de aquí a Ravenna, y otros tantos para regresar. ¿Te ves capaz de hacerlo?

—Sí, lo haré. Me basta con llevarlos a la villa del argentario y explicarle a este la situación. Dos días para llegar, y dos para volver, si no nieva, podré hacerlo.

—Debes hacerlo Quintilio, si no tenemos la certeza debemos enviarlos con escolta desde este cuartel. La cuarta noche a partir de hoy, Hicesio será embarcado en gran secreto en un barco de nuestra flota. Nadie debe saber quién es, ni que él parte, y mucho menos a dónde va. Su seguridad está en juego, pero también la mía, pues yo organizo este enredo. Debo pediros de nuevo que tengáis cuidado con cada paso que deis y cada palabra que digáis.

A la mañana siguiente, al amanecer, partí con el carruaje en el que viajaban Regila y Rusonio, y una escolta de ocho legionarios del cuartel de Pisaurum. Llegamos a Ariminium por la tarde y volvimos a salir a la mañana siguiente justo antes del amanecer, porque nos esperaban las últimas treinta y tres millas de la Vía Popilia.

El camino estaba en excelentes condiciones y al atardecer mostramos nuestros papeles en el puesto de guardia de la puerta de Ravenna.

Nos dirigimos enseguida a la casa del argentario Pisón. Llamé a la puerta de la villa cuando se desvanecían las últimas luces del crepúsculo.

Un siervo vino a ver quiénes éramos. Tras comprobar por el ventanillo que éramos militares, corrió a avisar a su amo.

Pisón, sorprendido, nos hizo pasar a la villa, pero no me reconoció de inmediato.

—Pisón, soy yo, Quintilio, ¿me reconoces? —Tuve que presentarme de manera poco educada.

—¡Pero, por Proserpina! ¡Tú eres Quintilio! ¿Qué demonios haces de uniforme? ¿Te has alistado? ¿Y esta tropa está contigo?

Y así hablando me abrazó cordialmente.

—Pisón, discúlpame por aparecer así en tu casa, pero necesito hablar contigo y quedarme aquí esta noche para explicarte cierto asunto.

—¡Por todos los dioses, Quintilio, mi casa es tu casa! Pero… ¡no lo entiendo! La última vez que te presentaste aquí, ¡parecías un mendigo! ¡Y ahora eres un legionario!

—Pisón, es algo complicado de explicar. Pero si me lo permites, liberaré a la escolta, para que estos buenos soldados puedan volver a su cuartel.

—Por supuesto, Quintilio, pasa. Pero que también entren ellos un momento, un vaso de vino caliente seguro que los reconfortará. Por casualidad, ¿no estará Hicesio contigo?

El argentario era un riquísimo ravenés en la cincuentena, propenso a la calvicie precoz y sin duda amante de la buena mesa y el buen vino, como proclamaba cierta obesidad. El exquisito vestuario y las alhajas de oro que llevaba en las manos, así como las cadenas del mismo metal que colgaban de su cuello, no dejaban lugar a dudas sobre el alcance de su riqueza. Pero también era una persona amable, dotada de un gran sentido de la hospitalidad, como ya había comprobado en una ocasión anterior, cuando me había presentado en esta casa.

Desde el interior de la casa ya se habían dado cuenta de que había invitados, y evidentemente el vino caliente estaba siempre

listo, así que en cuanto entramos nos sentamos en el *tablinum* y nos sirvieron una buena taza a cada uno para reanimarnos.

Mientras tanto, Regila se había quitado de la cabeza la manta en la que estaba envuelta y ahora se dejaba reconocer como lo que era, una muchacha.

—¡Pero también traes contigo a una hermosa joven! ¡Debe tener la edad de mi hija! Siempre apareces aquí con mujeres hermosas. ¡La otra vez también! ¿Y cómo está el griego?

—Hicesio está bien, pero preferiría hablarte de él más tarde. Ahora me gustaría liberar a estos magníficos jóvenes que han viajado con nosotros los dos últimos días.

Los ocho legionarios de la escolta fueron acompañados hasta la puerta, y se acordó que me recogerían al día siguiente al amanecer. Regila y Rusonio admiraban embelesados la decoración de la riquísima mansión del argentario: las hermosas pinturas multicolores en las paredes con temas naturales, plantas, bosques, ciervos y escenas de caza, los ricos muebles de madera con sus frisos embellecidos con pan de oro, el mármol y las vidrieras que había por doquier, todo indicaba que aquella villa pertenecía a una persona rica que amaba la belleza y a la que también le gustaba asombrar a sus invitados.

En cuanto los militares se hubieron marchado, Pisón me abrazó de nuevo como si fuera su ahijado, y me dijo:

—¡Tienes que contármelo todo! La última vez, te buscaba todo el mundo, ¡incluso tenías unos sicarios pisándote los talones, y corriste el riesgo de acabar ante el verdugo! ¡Ahora te presentas con tu propia escolta! ¿Qué historia es esta? ¡Espera a que se enteren mi mujer y mi hija!

—Pisón, has de saber que me han pasado todo tipo de cosas desde la última vez que nos vimos. Pero déjame explicarte por qué estoy aquí: esta muchacha que ves conmigo es la nieta de Sextilio, ¡de tu amigo Sextilio! Y este hombre, Rusonio, es su tutor, nombrado por el propio Sextilio.

Pisón se quedó mudo durante un instante. Miró atentamente a Regila y luego se acercó a ella y la besó suavemente en una mejilla:

—Muchacha, que sepas que fui un gran amigo de tu abuelo, ¡qué digo!, amigo es demasiado. Yo sólo era un admirador suyo por las cosas increíbles que era capaz de hacer. Fue mi invitado varias veces en esta casa. Fue grande mi pesar cuando me enteré de su muerte y agradezco a los dioses que me hayan concedido el regalo de conocer a su nieta. Que por cierto, ¡también es una chica preciosa! Y también me alegro de tenerte aquí a ti, Rusonio, que sepas que me complace enormemente que estéis en esta casa, y os ruego que la consideréis vuestro hogar.

En ese momento, la hija y la esposa también entraron en la estancia, y la ronda de presentaciones tuvo que empezar de nuevo.

Con todas las mujeres hablando a la vez, parecía como si hubiera un rebaño de ovejas balando, y esto duró casi una hora. Finalmente conseguí apartar a Pisón y le dije:

—Pisón, mañana tendré que partir antes del amanecer. Es necesario que tú y yo hablemos de los problemas que tienen Regila y Rusonio, porque debes saber que están aquí con un nombre falso, y que tuve que alejarlos de la Urbe porque allí estaban en peligro. Hicesio también se fue antes de que nos llegaran los problemas, problemas tal vez "definitivos", no sé si me he explicado.

—Entiendo. Pero, ¿los dos tal vez tengan a alguien tras ellos?

—No, esta es su suerte y su seguridad, y que yo sepa nadie los busca, al menos de momento.

—Quintilio, hagamos esto: tú te vas a tomar un baño caliente, y a la muchacha la dejamos con mi hija que cuidará de ella, son casi de la misma edad, le prestará ropa. Cenaremos juntos, y después nos encerraremos en el despacho a pensar en lo que hay que hacer. ¿Me has dicho que tienes que irte mañana?

—Sí, estoy en misión con el ejército. Ni siquiera sé a dónde vamos.

—¿Así que te has decidido y has firmado con la Legión?

—No, Pisón, me dejan con el uniforme porque temen que algún indeseable la tome conmigo y así, en cambio, me confundo con los demás y nadie se fija en mí.

Le entregué un grueso sobre:

—Mientras me aseo un poco, tengo para ti esta carta de Hicesio.

Nos juntamos para cenar. Regila, aseada y bien vestida, peinada y perfumada, era de una belleza deslumbrante. No recuerdo qué comí, o si comí algo. Ahora que la veía fuera del barro, el frío y la intemperie del camino, ya no me parecía una chiquilla.

Ella se dio cuenta de que la miraba con demasiada frecuencia. Puede que todas se dieran cuenta. Desde luego, las otras mujeres que estaban en la mesa, la madre, la esposa y la hija del rico argentario, lo vieron bien. Las vi de reojo dándose codazos.

Asentí distraídamente a todo lo que me decía Pisón; tal vez pensara que estaba muerto de cansancio por el largo viaje desde la Urbe.

Intenté despedirme de Regila y Rusonio, que se iban a acostar, pero me dijeron que se despedirían de mí a la mañana siguiente. Regila ya tenía los ojos brillantes.

Por último, Pisón y yo nos encerramos en su estudio.

—He leído la carta de Hicesio —comenzó Pisón—. Me ha explicado los problemas. En el sobre había también otras dos cartas: una iba dirigida a la curandera Terencia, intentaré hacérsela llegar a las ciénagas del Padusa lo antes posible. La otra iba dirigida a mí, y era la carta de manumisión de la sierva Annia. Me ocuparé de que sea registrada por el magistrado, dando personalmente la garantía.

—Te lo agradezco en su nombre, Pisón, a Hicesio le importaba muchísimo. Espero que te haya dejado un poco claro en la carta cuáles son los problemas de Regila y Rusonio.

—Creo haber entendido que no se les busca. Sólo necesitan estar fuera de circulación por un tiempo hasta que las cosas se calmen. ¿No es así?

—Sí, así es. Quizá corrían algún riesgo por mi presencia y la de Hicesio, ya que fuimos nosotros quienes hicimos una deposición que se utilizó el año pasado contra el partido de los optimates. También estoy convencido de que es necesario que permanezcan fuera de circulación durante un tiempo. Podré enterarme de si pasa algo en la villa de Sextilio a través del ejército. He hecho algunos amigos allí.

—Pueden permanecer en mi casa todo el tiempo que quieran. Regila es una buena chica y podría estar con mi hija. No se aburriría.

Rusonio puede hacer lo que quiera. En la cena entendí que le gusta trabajar la tierra, si quiere puede trabajar mi jardín, o dar órdenes a los criados que lo trabajan. ¿Qué me dices?

—Sólo puedo decirte que nunca te lo podremos pagar. Creo que estas dos personas podrían incluso serte útiles en la casa, pero quería dejar esto claro: si por casualidad hay algún indicio de que alguien los está buscando, antes de que esto vaya más lejos te diría que los escondieras y los trasladaras al pantano de Padusa, donde nadie podrá encontrarlos.

—Sí, lo entiendo, pero es algo que sólo puede hacerse si el tiempo es favorable. Durante las crecidas de primavera, el Padusa es difícil de remontar, y ciertamente peligroso. En la estación invernal, el río es navegable, al menos con barqueros experimentados, pero no con barcos de carga. Hay que pensárselo bien, quizá consultarlo con alguien que lo navegue habitualmente.

—Pisón, seguramente tienes razón, navegar por el río hay que hacerlo cuando este te lo permita. También hay otra razón por la que podría ser útil para Regila conocer a la curandera Terencia. Debes saber que la muchacha no hace otra cosa que ir en busca de libros para aprender a curar a la gente con hierbas. Tiene fijación por curar a los que sufren y por "ayudar a los que lo necesitan, o están heridos y no pueden curarse por sí mismos", esta es la frase exacta que me dijo.

—Y a ti esa chica te gusta con locura, ¿eh?

—Bah, estando en la Legión, ya sabes cómo es…

—Quintilio, no querrás engañarme a mí que tengo veinte años más que tú, ¿verdad?

Y un poco ruborizado, le respondí:

—No hay nada entre nosotros, me voy de misión y ni siquiera sé dónde acabaré.

—Quintilio, ¡ella te esperará aquí! ¡Está ligada a ti como un miliario plantado en una encrucijada! ¿De verdad no lo ves? ¿Tu madre no te enseñó nada? ¿No te has dado cuenta de que en la mesa no te apartaba la mirada? ¡Y además es muy guapa! —y mientras reía a carcajadas se abrió la puerta y entró la joven hija de Pisón con un par de vasos y algunas manzanas ya cortadas en una

bandeja. Al salir me pareció verla hacer una extraña señal con el pulgar, como diciendo "¡Sal que te esperan fuera!", pero seguramente me equivocaba… tal vez tuviese un dedo dislocado, o un defecto de nacimiento en la mano.

Seguimos con el examen del asunto de Iader.

—¡En Iader tenemos serios problemas! —De este modo comenzó Pisón para contarme con tono serio lo que había sucedido—. Sé que vosotros vendisteis la participación en la empresa y la totalidad del crédito con el que financiasteis la operación, a los hijos de Arístides. —Mientras hablábamos, Pisón había estado rebuscando entre sus papeles y había encontrado una hoja en la que estaba transcrita nuestra posición.

—Yo también estoy expuesto con la misma cantidad que vosotros —continuó—. Unos ciento diecinueve mil denarios. Debes saber que griegos y liburnios no hacen más que pelearse. Estoy esperando la misiva de nuestro hombre, Albano, que está en la oficina del banco en Iader, para saber si vuestra cuota anual para la amortización del préstamo, que asciende a diez mil setecientos denarios, ha sido pagada.

—Arístides nos había dicho que los liburnios son pendencieros y, la verdad sea dicha, tampoco son dignos de confianza. Nosotros habíamos aceptado, de hecho, o más bien Hicesio había aceptado sólo porque confiaba en Arístides, yo no había podido entrar más en las cuentas.

—Sí, Arístides es hombre de palabra. No conozco a sus hijos, pero nuestro contable Albano me los describió como bastante fanfarrones. Se lanzaron sobre Iader porque había dinero, pero aún no sabemos qué quieren hacer. Por supuesto, esos dos también se pelean entre ellos, y me dicen que están atormentando al mismísimo Arístides.

—En resumidas cuentas, un asunto complicado —le respondí—. Pero quizá sea aún demasiado pronto para sacar conclusiones.

—Por supuesto, Quintilio. En cuanto pueda, iré yo mismo a comprobar lo que están haciendo. Sé que las obras de los almacenes y de una parte del muelle están en marcha. ¡Siguen adelante con nuestro dinero!

Pisón no dejó de hablarme de los detalles de la marcha de nuestro banco en Iader, pero yo empezaba a perderme entre tanto número y el cansancio del viaje.

Comprendió que estaba cansado y, amablemente, me dejó ir a dormir.

Al salir de la estancia vi a la luz de una vela que Regila me esperaba sentada en un triclinio junto a la puerta.

Tal vez la hija de Pisón no tuviera ninguna dolencia en la mano, y en realidad me había hecho una señal de que había alguien esperándome.

Me senté con ella para intentar calmarla. Había estado bastante asustada durante todo el viaje: las novedades, el frío, los legionarios… aunque la habían tenido bien vigilada. Y luego la huida de una casa en la que todavía se estaba instalando y en la que acababa de empezar a leer los libros de su abuelo con la ayuda de Hicesio.

Y ahora que se había apegado un poco a mí, yo me marchaba y la abandonaba en casa de unos desconocidos. Le brillaban los ojos, y, de cuando en cuando, se le escapaba alguna lágrima.

—Regila —empecé a decirle—, debes dejar ya de quejarte porque aquí estás en casa de gente de bien, ¡y tú y Rusonio estáis más seguros que si estuvierais en Roma! No era posible encontrar una solución mejor.

—Sí, Quintilio —me contestó entre lágrimas, aspirando fuerte por la nariz—. Pero lloro porque te vas, y nunca llegamos a estar juntos ni unas horas. —Y su lágrimas caían como en un impetuoso torrente.

—Regila, ¡tengo que marcharme a una misión! Pero si no tuviera que ir a una misión, me habría quedado en Eporedia, porque firmé por cinco años, ¡y sólo he pasado uno con el cuerpo de Ingenieros!

—¡Por eso mismo! —siguió con cálidas lágrimas y con la voz quebrada—. Tú nunca estás conmigo ni siquiera una hora. Y tú y yo nunca lo conseguiremos… —se detuvo con un sollozo—. Ni siquiera sé si volverás…

Comprendí que el asunto estaba tomando un cariz realmente difícil y que esta vez no me iba a salir con la mía tratándola como a una chiquilla. Ahora era un poco más complicado y Regila en

realidad no parecía una chiquilla. Tal y como la habían peinado, era una hermosa muchacha, o incluso una hermosa mujer.

Y mientras continuaba sollozando, se había pegado a mí y me había envuelto con un brazo.

No había forma de hacer que dejara de llorar. Podía sentir su calor a través de mi ropa, incluso sus cálidas lágrimas.

No sabía qué decirle. Cualquier cosa que hubiera podido decirle en ese momento se habría convertido en una promesa para ella, como si hubiera sido esculpida en mármol. Ni siquiera podía decirle que volvería pronto, porque ella entendería que volvería para estar con ella para siempre. O quién sabe qué habría entendido.

Nadie puede saber lo que se esconde en la mente de una chica.

No podía decirle nada grosero, ni que pronto lo superaría y se olvidaría de mí, ni que pronto se casaría con algún joven agradable.

En realidad, eso no quería decírselo porque a mí también me gustaba estar con ella.

Y, al final, tampoco podía entender cuál era el problema. ¿Quizás porque parecía una chiquilla?

Tal vez lo fuera. Si hubiera sido una mujer adulta nos habríamos recluido en mi cubículo y nos habríamos entregado a los placeres del sexo hasta la mañana siguiente. Pero una mujer adulta se habría dado cuenta de que ahora yo era un soldado y de que no estaba seguro de volver. Tal vez me habría detenido en otro lugar, y podrían haber pasado muchas cosas.

Esta chica nunca entendería esas cosas, y después de que me fuera, probablemente lloraría desconsolada durante quién sabe cuánto tiempo.

Nos quedamos así un buen rato, ella apoyada a mí, solo algún sollozo de vez en cuando. Y yo olía su perfume, y eso era realmente un tormento.

Cuando se hubo calmado lo suficiente, la cogí en brazos y la llevé a su alcoba. ¡No era tan ligera como yo pensaba!

Y ella no estaba en absoluto somnolienta: mientras la abrazaba, me estrechaba aún más fuerte y me besaba en la barba. Y con la mano me tocó debajo de la barbilla para sentir si aún tenía, alrededor del cuello, el talismán que me había regalado.

La dejé en la cama y le dije:

—¿Nos despediremos mañana?

Al cerrar la puerta la oí llorar de nuevo. Me habría dado de puñetazos en la cabeza, pero no sabía qué hacer.

Fue un momento de absoluta desesperación, y volví a recordar lo que me había dicho mi madre la última vez que la había visto: "¿por qué no acabas con esta vida que llevas entre muertes y conjuras y te vienes aquí, para ser agricultor? Nosotros ya somos mayores, hazte cargo de la villa, de los frutales y de la ganadería. Y toma una mujer, hay muchas jóvenes hermosas en edad de casarse desde aquí a Parma, y ten hijos que puedan crecer contigo".

Ahora bien, no se trataba de una chica de Parma, pero estaba claro lo que mi madre había querido decir, sin que yo me esforzara en inventar excusas triviales en mi defensa.

Tal vez tuviese razón, pero ahora me encontraba en pleno baile y tenía que bailar.

¿Quizás mi error había estado al principio? ¿Cuando me había alistado en el cuerpo de Ingenieros? Pero a estas alturas ese paso ya estaba dado, y mi deber de servicio era éste, y era inmutable.

Me adormenté enfadado conmigo mismo y dormí como un tronco durante unas horas. Aún era noche cerrada cuando un siervo vino a despertarme para que me preparara.

Ya era hora de partir.

En unos instantes me vestí con mi uniforme y me puse el pañuelo alrededor del cuello, haciéndolo llegar hasta el coselete de cuero.

Pisón me esperaba en la entrada. Tenía preparados unas rosquillas y leche caliente.

Cuando los soldados de la escolta llamaban al portón, me dijo:

—La muchacha estará a salvo, como si fuera mi hija. Ven a buscarla cuando quieras. —Luego me abrazó como si fuera de la familia.

Rusonio también me abrazó, me pareció el abrazo de mi padre:

—Buena suerte, hijo —me dijo—. Dale las gracias a Hicesio, si puedes volver a verlo.

Regila estaba en una esquina. Dio un paso adelante, me puso otro fular de lana gruesa alrededor del cuello y en la mano un

pañuelo de colores.

—Hay algo dentro para que no te olvides de mí —dijo simplemente.

Tenía los ojos húmedos. Yo le dije:

—Regila, ¡mira que las lágrimas te afean mucho! —confiando enrabietarla un poco.

—Sí, Fausto. Yo estaré aquí. Acuérdate de mí —me respondió, tratando de contener las lágrimas, y me besó en la barba. No pude resistirme y le di un fugaz beso en los labios.

Mientras nos alejábamos por la gélida vía hacia las puertas de la ciudad y la Vía Popilia, me volví y la vi por última vez en la puerta.

Era el duodécimo día antes de las calendas de febrero[49], y por alguna extraña presentimiento pensé que esa sería la última vez que vería a Regila.

XII.

Durante el trayecto de Ravenna a Pisaurum, a lo largo de la helada Vía Popilia azotada por el viento que llegaba del mar, no podía encontrar la paz.

Al final, yo había cedido y en un breve momento de calma le había dado un beso en los labios. Ella estaba rogando por que lo hiciera, y ahora quién sabe qué con que lo adornaría, y qué promesas se inventaría. Tal vez yo había comenzado una historia inútil porque ni siquiera sabía si volvería a verla. Y ahora lo sentía por ella.

A última hora de la tarde nos encontrábamos recorriendo las últimas millas antes de Ariminium; cabalgando en el frío yo rumiaba sombríos pensamientos sobre la serie de errores que había cometido durante el último año. De repente como un relámpago, una idea, o mejor dicho, un descubrimiento, cruzó mi cerebro: en los últimos días me había visto tan absorto por la novedad de la desconocida misión y los problemas con Regila y Rusonio que sólo ahora me daba cuenta de que nunca había hablado con el tribuno Elpidio sobre mi recompensa.

Con tal de abandonar el "valle de las nieblas" de Eporedia había partido a ciegas, como un novillo que arremete contra una insignificante hoja que cae de un árbol, y ni siquiera había pensado en sacar provecho de la expedición. No es que necesitara sestercios, pero tal vez podría haber utilizado esta expedición para que se redujera o cancelara mi deuda de servicio con el Cuerpo de Ingenieros.

Mientras yo andaba distraído con esos pensamientos, el caballo puso mal una pata: resbaló en los adoquines del firme y cayó al suelo, y yo acabé en el duro pavimento. Aterricé como pude sobre un hombro, pero la caída fue amortiguada por el uniforme y el casco de legionario, ambos de cuero grueso.

El caballo se había roto una pata y enseguida fue evidente que no se podía salvar. No había nadie cerca que pudiera atenderlo e

intentar curarlo, así que un legionario acabó con su sufrimiento cortándole el pescuezo a un lado de la carretera.

Ya era de noche cuando monté a caballo con otro legionario, y poco a poco llegamos a Ariminium.

No tenía el hombro roto, pero me dolía mucho. Escuché los consejos de un matasanos del cuartel y me apliqué compresas con agua helada; me negué a aceptar una compresa que tenía un penetrante olor a animal.

El dolor en el hombro fue suficiente para desterrar por un tiempo el pensamiento de Regila. Sufrí las penas del infierno aquella noche y al día siguiente, obligado a continuar el viaje a caballo hasta Pisaurum, donde me esperaban para partir al día siguiente.

En el cuartel encontré a Hicesio que aguardaba con su zurrón de cuero a que vinieran a buscarlo para embarcarlo durante la noche.

Le hablé de Regila y de cómo se había entristecido al verme partir.

El griego me ofreció su comprensión:

—¿Ves lo complicada que es la vida, Quintilio? Si tan sólo pudiéramos estar quietos y tranquilos por un rato. Yo no estaba tan mal en la villa del arquitecto. Pero tú no tienes que preocuparte por esos problemas tuyos; eres más joven, y por eso tus penas son sin duda menores que las mías, aunque en este momento no te lo parezcan.

Reconfortado por sus brillantes consideraciones, le puse al corriente de que no había novedades de nuestros amigos del pantano del Padusa, y que su carta sería entregada a la curandera Terencia.

También le hablé de los últimos y confusos acontecimientos de Iader. Mientras le contaba lo que había dicho Pisón, vi que de repente levantaba la cabeza con interés:

—¿Qué te dijo exactamente Pisón sobre los dos hijos de Arístides? Si lo recuerdas, ¿cuáles fueron sus palabras?

Le dije que los había descrito como jóvenes pendencieros que tal vez habían vuelto con su padre porque habían olido el dinero:

—Bueno, ahora lo recuerdo, Pisón me dijo que se "lanzaron" sobre Iader —le expliqué.

—Eso es una mala señal. Tal vez esos dos jóvenes pretendan quitarle preocupaciones a su padre, y con ellas su dinero. Arístides está ciego en lo que concierne a sus hijos.

—Hicesio, no hay nada que podamos hacer al respecto. Y ahora mismo me duele tanto el hombro que hasta me cuesta pensar.

Llegó la noche mientras especulábamos sobre la expedición y fijamos un encuentro en Ravenna para dentro de tres meses, en las calendas; si no lo conseguíamos, lo intentaríamos de nuevo al mes siguiente, y así sucesivamente.

Dormí dos o tres horas hasta que Hicesio me zarandeó para despedirse porque habían venido a buscarle:

—Quintilio, sé buen chico. Si no llegas a nada con esa joven, al menos envíale una carta, para que no se haga ilusiones por el resto de su vida, ¡y también porque mientras la escribes comprenderás lo que quieres hacer!

Nos abrazamos como fraternales amigos y le seguí con la mirada mientras se ponía en marcha con los legionarios que debían acompañarle hasta el puerto.

Su viaje había sido organizado por el tribuno Elpidio, sería un viaje seguro, sólo los dioses sabían si el regreso sería igual. Y si íbamos a volver a vernos.

Al cabo de unas horas, aún era plena noche, vinieron a despertarme. Era hora de que nuestra unidad también partiera.

Todos estábamos somnolientos, silenciosos, y los siervos repartieron un poco de leche caliente y algún trozo de pan. Nos vestimos con ropa de abrigo y buscamos nuestras monturas.

Aún no sabíamos adónde íbamos.

Seguimos al centurión hasta el puerto. Una trirreme nos esperaba anclada en el muelle: ¡iríamos por mar!

El tribuno Elpidio estaba con nosotros pero sólo para desearnos éxito en la misión, no nos acompañaría a nuestro destino.

Con el viento frío procedente del mar, subió a bordo con nosotros y nos reunió para pronunciar un breve discurso:

—Soldados, no os hagáis preguntas ahora. Lo sabréis todo en cuanto os halléis en el mar dentro de unas horas. El mando está en

manos del centurión Galerio, que será asistido por el centurión Segundo Marcelo y su *optio*. Galerio dirigirá todas las operaciones, la instalación del campamento, las restantes operaciones que ya conocéis y el regreso a Roma.

En ese instante me di cuenta de que, debido al dolor en el hombro, había olvidado hablar con el tribuno cuando aún estábamos en el cuartel acerca de reducir mi período de servicio con el cuerpo de Ingenieros, y ahora era demasiado tarde para enredarme en asuntos tan complicados.

Mientras intercambiaban los últimos saludos, me acerqué a él y conseguí preguntarle:

—Tribuno, ¿me ayudarás a salir del campamento de Eporedia?

—Quintilio, si esta misión resulta satisfactoria podrás solicitarlo. Ahora vete.

Debería haber aprendido a formular mis peticiones en el momento oportuno. Ahora la expedición estaba en camino. No es que me hubiera negado su ayuda, pero quizás si hubiera llevado a cabo mis solicitudes antes me habría ido mejor.

Al entrar bajo cubierta, entre el hedor de la carga, del sudor de los remeros y de orina, me acordé de Hicesio, que ya se había marchado y quién sabe dónde estaría ahora. Seguramente más adentro del Adriático, rumbo a Macedonia.

No me quedaba claro por qué el griego había querido guardar y esconder en su equipaje la matriz de terracota del sello del Mando, y la cinta para sellar que yo había robado del cuartel. Quién sabe qué quería hacer con ella, pero algo debía rondarle por la cabeza. Le deseé con el pensamiento que aquella matriz pudiera serle útil.

Finalmente me retiré a un rincón bajo cubierta. La nave estaba prácticamente vacía, tal vez fuera un transporte preparado especialmente para nosotros.

La trirreme es prácticamente un armazón que contiene a los remeros, con un pequeño casco debajo, azotado por el viento, el frío y la humedad. Los legionarios habían elegido sitio en la parte más profunda del casco y alguno había improvisado un lecho sobre el equipaje, dormitando mientras el barco empezaba a coger las

primeras olas bajo el empuje de los remeros. Por desgracia, el casco inferior era también el lugar por donde corría la orina de los remeros, y el hedor era terrible.

Oímos los roncos alaridos del jefe de los remeros dando órdenes hasta que estuvimos en mar abierto, luego se desplegaron las velas. Dormimos en la fría y fétida bodega durante dos o tres horas, mientras fuera caían unas gotas de lluvia y se oía el silbido del viento sobre la vela. Algún legionario ya había dado la vuelta a la nave para curiosear, y un par de ellos estaban en la cubierta superior, cerca de las amuradas, viendo pasar lentamente la lejana costa. Habíamos tomado tierra por estribor, así que descendíamos hacia el mediodía.

Hacia la hora sexta vinieron unos marineros a traernos una olla de sopa de espelta y un poco de pan. Mientras me masajeaba el dolorido hombro y me acercaba al marinero que tenía la olla y el cucharón, sentí que me ponían una mano en el hombro. Me di la vuelta, ¡y me encontré frente a Hicesio!

—¡Quintilio! Pero ¿qué haces aquí en mi nave? —me preguntó asombrado.

—Qué haces *tú* aquí, Hicesio, ¡mira que esta es la nave de la expedición! —le respondí.

—¿Quieres decir que me han asignado la nave equivocada? —me replicó perplejo—. ¡Y ahora quién sabe adónde me llevarán! ¡Y vete a saber cuándo podré desembarcar! Quintilio, voy a buscar al capitán, ¡quiero saber cuál es el primer puerto en el que recalará! Teníamos la palabra del tribuno Elpidio, pero se ve que alguien se ha confundido.

No sabía qué responderle al griego, que estaba realmente preocupado e incluso un poco abatido.

Detrás de nosotros estaba el centurión Galerio:

—Chicos, tomad un poco de sopa caliente. No ha habido ningún error, no os preocupéis. Ahora os explicaré lo que pasa.

Tomamos nuestras escudillas y nos retiramos a comer en un rincón de la bodega, al abrigo del viento. Un pequeño brasero difundía un poquito de calor.

—Hicesio, tendrás que perdonarnos por el pequeño ardid que hemos empleado para hacerte embarcar. Desgraciadamente era necesario, no podíamos hacerlo de otra manera. Nosotros también nos dirigimos a Apolonia y a la Vía Egnatia. Para que nadie en el puerto te viera hacerte a la mar con nosotros, nos vimos obligados a encerrarte por la noche en el camarote del capitán. Si no lo hubiéramos hecho así, algún espía podría haber adivinado nuestro destino. Mucha gente sabía que ibas a Macedonia, y no podían vernos contigo. Así que te embarcamos de noche y por tu cuenta. Eso ha sido todo. No fue ningún error, el tribuno lo ha preparado todo cuidadosamente y, al parecer, navegaremos juntos.

—Centurión —le pregunté—, ¿ahora nos puedes revelar toda la misión?

—Puedo hablar de la misión contigo, con mi colega Segundo Marcelo y su *optio* Marcio. Los demás se irán enterando poco a poco de sus tareas, pero de nada más. Y, de todos modos, tampoco conozco yo todos los detalles. Para ti, Hicesio, tengo un mensaje especial. Tengo órdenes de que lo leas en alta mar. Más tarde el *optio* me dará mi carpeta y te daré el mensaje.

Poco después le entregó la carta a Hicesio, un papiro sellado con cordel ordinario como si se tratara de un mensaje entre civiles y no de una comunicación del Mando.

Había sido redactada de forma anónima, pero parecía escrita por la mano del tribuno Elpidio.

Leerás esta carta durante el viaje por mar. Quien te la ha dado tiene órdenes de destruirla cuando hayas terminado de leerla.
Eres un hombre libre y deseo que continúes siéndolo, pero quiero informarte de que la humillación que hace unos meses infligiste a los funcionarios del Erario no ha quedado sin efecto.
Están investigando a cierto argentario bizantino que, de alguna manera, estuvo relacionado con aquella transacción.
Puede que si en el futuro quieres volver a Roma nos necesites, o que tal vez sea mejor para ti transcurrir un tiempo en alguna

Provincia.
Si deseas colaborar en nuestra misión, estaremos encantados de tenerte a nuestro lado, pero si deseas seguir tu propio camino, eres libre de hacerlo, y la persona que te ha entregado esta misiva tiene órdenes de ayudarte a llegar a tu destino.

Hicesio se quedó sin palabras, también porque estaba claro que todo lo que estaba ocurriendo había sido ordenado de antemano. Le querían a él también en esta misión, quién sabe por qué. Le daban la opción de participar o no, pero era una elección difícil. Y se le revelaba que podía seguir viviendo en la Urbe, pero que sería un riesgo si no estaba protegido por la facción cesariana.

Estaban buscando al argentario de Byzantium, que ni siquiera existía. Era una figura inventada por Hicesio usando un salvoconducto falsificado. Si alguien lo hubiera buscado en serio, habría descubierto que no existía ningún argentario con ese nombre y que nadie lo había visto nunca. Tal vez habrían podido incluso seguir su pista y llegar al griego.

Pensando en todas estas cosas, de repente Hicesio se había puesto blanco.

El centurión Galerio extendió la mano y, recuperando la nota con el nombre, la arrojó al brasero, donde las llamas en un instante, la redujeron a cenizas.

El centurión se dio cuenta de que el griego tenía que tomar una decisión difícil, y le dijo:

—Hicesio, ¡avísame si estás con nosotros! No estoy tan lejos, es como si... ¡todos estuviésemos en el mismo barco! —y sonriendo lo dejó solo.

Mientras miraba al mar, encontré a mi lado al griego, pálido y malhumorado, y terminé por preguntarle:

—Hicesio, ¿no empezarás ahora a marearte? Creía que nunca hubieras tenido este problema.

—No, Quintilio, no es eso —me respondió—, me estaba preguntando si alguna vez serás capaz de arreglártelas solo en una

expedición como esta, que me parece que tiene muchos aspectos poco claros.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que vendrías a echarme una mano? Lástima que ya hayan encontrado al matemático para hacer los cálculos. Tal vez lo encontremos cuando lleguemos.

—Sí, es probable que así sea.

Y el griego se paró en la amurada mirando el mar gris y aquellos pájaros blancos de largas alas que seguían nuestra estela. Pensé que estaba contrariado por no haber sido invitado a unirse a la expedición, pero en realidad era él quien había dicho desde un principio que tenía que hacer aquella peregrinación a Thessalonica.

Hacia el atardecer, el centurión Galerio vino a buscarme para conducirme a la reunión en la que se revelarían, por fin, los objetivos de la misión.

Galerio también vio a Hicesio, y le preguntó:

—¿Ya te has decidido? ¿Estás con nosotros?

—Me encantaría participar, pero tengo una misión que cumplir en Thessalonica. Me he propuesto buscar las tumbas de mis padres, que supongo que estarán muertos. Hace casi treinta años que no sé nada de ellos.

—Hicesio, tengo orden de ayudarte y si me es posible lo haré. Pero acláramelo, qué te gustaría hacer: ¿salir a la calle y empezar a preguntar? ¿Y preguntar por hechos de hace treinta años?

—Centurión, por algún sitio tengo que empezar. Tal vez pueda encontrar a alguien del barrio donde vivíamos que los conociera, o a alguien que esté al corriente de su suerte.

—Me parece que tienes muy pocas posibilidades de éxito en tu busca. ¿Sabes lo que ha cambiado en treinta años Thessalonica? Ni siquiera tú vas a reconocer la ciudad. Deberías intentar investigar en el pretorio, donde a menudo se registran las escrituras relativas a los esclavos. Yo empezaría por ahí, pero sería mejor que lo hiciera algún magistrado o a un *patronus*[50] del lugar.

—Probablemente tengas razón centurión, tú ves las cosas desde el punto de vista de alguien que está acostumbrado a luchar y a conseguir lo que quiere. Y posiblemente pueda ir con vosotros, pero

de todos modos tengo que intentarlo. Sin embargo, podría aceptar cualquier ayuda tuya que me permitiera encontrar las tumbas, o lo que quede de mis padres.

El centurión le respondió, sonriendo:

—Me habían dicho que eres griego emparentado con los bizantinos, y por la forma en que regateas, diría que es verdad. Pero no te preocupes. Nosotros pasaremos por Thessalonica, y me imagino que volveremos allí quizá en un par de meses, con la misión cumplida. Podríamos encargar la búsqueda a gente de confianza que esté metida en asuntos del pretorio, y luego ver si hay algún resultado cuando volvamos. ¿Qué te parece?

—Me parece que la tuya es una oferta honesta, centurión, y por otra parte si tus superiores te han ordenado que me ayudes no puedes hacer otra cosa. Sea como fuere, me parece bien. Yo también participaré en la partida contigo y mientras tanto podré controlar que el chaval, Quintilio, no se meta en líos.

Sólo había oído parte de la charla y había comprendido que sería Hicesio quien se encargaría de mis cálculos.

El centurión Segundo Marcelo y el *optio* Marcio nos esperaban frente a la pequeña puerta que daba al cubículo del comandante, que en realidad parecía una estrechísima guarida. Habíamos acordado con el comandante que nos la prestaría cuando necesitáramos hablar entre nosotros de asuntos delicados.

Galerio llevaba su cartera de cuero y un mapa enrollado. Los cuatro tomamos asiento en la litera del capitán, y Galerio se sentó sobre un cofre. Había una estrecha repisa de madera pegada a la pared, que era el costado del barco; al otro lado, sólo había agua salada.

Hicesio, observando las míseras dimensiones del cubículo y el entablado de madera del techo, muy bajo, me comentó muy despacio:

—Debe ser así cuando a uno lo entierran. Quiero decir bien encerrado, sin compañía de gente.

—Por fin estamos todos —dijo Galerio mientras ponía tres lámparas que oscilaban con los movimientos de la nave—. Queréis saber adónde vamos: os lo voy a decir ahora mismo, pero os

adelanto que solamente nosotros cinco conoceremos el plan, porque la tropa hará lo que tenga que hacer sin saber nada más de lo necesario. Y vosotros también debéis comprometeros a no darles ninguna información, porque el secreto será el arma ganadora de nuestra misión. Dentro de unos días desembarcaremos en Apolonia y desde allí tomaremos la Vía Egnatia, que recorreremos hasta llegar a Thessalonica. La vía debería ser transitable porque hay cierto movimiento de legiones debido al desplazamiento del frente de César en Egipto, y en cualquier caso haremos todo lo posible por viajar con celeridad.

Le escuchamos en silencio.

—En Thessalonica nos presentaremos en el Mando haciéndonos pasar por un equipo encargado de preparar una nueva *limitatio* en Attica, y obtendremos los medios para seguir adelante. Es probable que tengamos que ir por mar. Se preguntarán por qué no vamos con este trirreme, circunnavegando la Hélade. Es muy sencillo: debemos tener permiso para operar en Attica, y lo obtendremos del Mando del cuerpo de Ingenieros de Thessalonica, como cualquier otra unidad del cuerpo. Ya han sido informados y los permisos deberían estar preparados. Nos movemos según la jerarquía ordinaria, no queremos mostrar ninguna orden especial de Roma, sólo despertaría sospechas.

—Pero en Attica ¿tenemos enemigos? —preguntó el centurión Marcelo.

—No, no tenemos, Marcelo. No oficialmente. Nuestra misión, secreta os repito, servirá para averiguar qué está ocurriendo en un determinado lugar en el que se ha producido un enorme movimiento de dinero, un movimiento de tal envergadura que no creemos que tenga justificación alguna. Vamos a investigar una actividad que probablemente sirva de pantalla a algo más, pero no sabemos qué vamos a encontrar. Ni siquiera nuestros espías han encontrado elementos suficientes para entender lo que está pasando. Algunos incluso han rumoreado que hace un par de años se encontró allí un gigantesco tesoro enterrado por Filipo II, el padre del gran Alejandro Magno, pero probablemente se trate de habladurías, y el Cuartel General se resiste a creer esta hipótesis.

Perplejos, nos miramos a la cara, incrédulos de haber ido a parar a este mar gris, en pleno invierno, para perseguir antiguas leyendas.

—En Pisaurum hemos embarcado no sólo a un buen carpintero, sino también a un herrero que ha prestado algunos años de servicio en la zona a la que nos trasladamos; la conoce bien y habla su idioma. Y también por el idioma me alegro de tener a mi lado al griego Hicesio, que es de allí y habla el griego sin la inflexión que tenemos los romanos.

Las explicaciones que escuchábamos eran interesantes, y en un momento dado el centurión Marcelo expresó en voz alta esa pregunta que todos estábamos formulando en nuestras mentes:

—Esta historia que estás contando es sumamente extraña, y cuesta imaginar que nuestros generales del Cuartel General de Roma, tan cuidadosos con los gastos, hayan creído rumores que parecían, por así decirlo, raros, y hayan gastado tanto dinero para enviarnos a investigar. Pero a ver, ¿de dónde pensáis vosotros que puede haber salido ese tesoro, ese dinero? ¿Tal vez, de los frutales de Attica?

—No, Marcelo, podría provenir del subsuelo, ¡de las minas de plata!

MACEDONIA

XIII.

El comandante del trirreme era un viejo oficial barbudo que se parecía a Júpiter tal y como lo imaginamos esculpido: fuerte y robusto, en la plenitud de su vigor, con sus largos cabellos y barba blancos.

Dirigió la nave con gran pericia, procurando prescindir en lo posible de los remeros, que sólo se empleaban durante las maniobras. Casi toda la travesía hasta Brundisium se hizo a vela, en el mar gris y con el cielo incoloro sobre nosotros, que sólo durante algunas horas se abría para mostrar el azul o algunas nubes. Más de una vez nos alcanzaron ráfagas frías que contenían copos de nieve, pero el capitán nos tranquilizó diciéndonos que el peligro no venía de esas ráfagas aisladas, sino del mar, que podría agitarse y azotarnos en cualquier dirección con olas más altas que el propio barco.

Navegábamos mientras hubiera luz o mientras la costa permaneciera visible en la lejanía e incluso algunas horas después de la puesta del sol, si eran visibles aquellas estrellas que el capitán sabía que no nos harían perder el rumbo.

A bordo había un terrible olor a orina, y a algo más que no conseguía identificar del todo. Al día siguiente le pregunté a un marinero si solían transportar ganado, porque efectivamente aquel era el olor de los establos.

El marinero vio que yo era un novato, y amablemente me contestó:

—¡Claro!, siempre llevamos ganado a bordo. Lo dices por el hedor, ¿no? Eso es el ganado: ¡esos ciento cincuenta hombres a los remos son los que apestan a cuadra y a estiércol!

Durante la travesía no tuvimos nada que hacer, así que nos reunimos los que estábamos al corriente del cometido para discutir la misión y la extraña tarea para la que habíamos sido embarcados.

El centurión Galerio había participado al inicio de la investigación, y estaba al corriente de muchos detalles.

Nuestro destino era Lavrios, una zona de Attica a poco más de treinta millas al mediodía de Atenas.

La zona era rica en plata y había sido explotada desde la noche de los tiempos. Se decía que los antiguos tetradracmas, de los que aún circulaban muchos, se habían acuñado todos con esa plata, y que esa misma plata había mantenido la flota ateniense y la supremacía de los atenienses en el mar durante siglos.

Mientras el centurión nos contaba estas cosas seguía sin comprender por qué habían surgido sospechas en torno a estas actividades, y le pregunté:

—Galerio, con todos mis respetos, ¡no veo nada sospechoso en que en una mina que lleva muchos años en activo se encuentre plata!

El centurión trató de explicar cuál era el problema:

—Debéis saber que estas minas están ya agotadas y llevan cientos de años abandonadas. Se han hecho muchos intentos de reanudar la producción, pero parece que no queda mineral de plata, la tierra ya no lo contiene, aunque se ha intentado excavar a distintas profundidades. Ahora, desde hace un par de años, se han iniciado nuevas actividades por parte de un *collegium* que pertenece en su mayoría a un tal Alcibíades, un tipo de Atenas del que nadie había oído hablar antes. Este hombre de negocios reunía también en el mismo *collegium* a un gran número de funcionarios y oficiales romanos.

Nos quedamos mirando al centurión con caras inexpresivas, porque seguía sin haber nada extraño en lo que nos estaba contando.

—Es un asunto un poco difícil de explicar en dos palabras —continuó Galerio—. Este *collegium* paga regularmente los impuestos que debe al Estado por la explotación de las minas, luego declara al funcionario encargado de los impuestos cuánto gana con su actividad, y cuántas libras de plata se extraen. Como el negocio va bien, a ese Alcibíades no le ha costado nada hacerse un gran

número de amigos, y muchos son funcionarios nuestros que viven aquí y trabajan en nuestra administración.

Hicesio había levantado la mano para preguntarle algo:

—Centurión, pero ¿no habías dicho que las minas habían sido abandonadas y que la tierra ya no producía plata, ni siquiera a gran profundidad?

—Así es, y esa es la cuestión: este *collegium* ha encontrado una forma de reutilizar los residuos de tierra y roca de deshecho de los trabajos realizados hace siglos, así que ahora la búsqueda de plata no se hace en pozos excavados bajo tierra, sino volviendo a procesar los montículos de material de desecho abandonados hace cientos de años.

—¡Montículos que nosotros tendríamos que medir! —añadí. La cuestión empezaba a aclararse.

—Exacto. Básicamente —dijo Galerio bajando la voz—, nosotros queremos medir esos montículos para saber cuánta plata están extrayendo.

—Te pido disculpas centurión —se excusó Hicesio—. ¿Vosotros queréis saber cuánta plata han extraído porque no os están pagando correctamente los impuestos debidos?

—No, no es ese el motivo.

El centurión empezó a rascarse la cabeza: evidentemente el asunto era intrincado y le costaba explicar todos los pasos.

— Bueno, debéis saber que nuestros informadores han estudiado lo que ocurre en torno a ese *collegium* y han descubierto que todos los que tienen algo que ver con el tal Alcibíades y las minas se han hecho riquísimos. Y también sus amigos. Hay compras de enormes villas, oro, caballos de gran valor, gran cantidad de esclavos que son enviados a Italia. ¡Parece que la riqueza se propaga desde ese *collegium* como una enfermedad que infecta a los que entran en contacto con los enfermos!

—Eso es algo muy difícil de creer —lo interrumpió Hicesio—. Así que, a grandes rasgos, estás diciendo que aquí hay una fuente inexplicable de riqueza que está convirtiendo a algunos ciudadanos en personas tan ricas como Creso. Por desgracia todos sabemos que

la riqueza no es contagiosa, tal vez el hambre y la pobreza, esas sí podrían considerarse contagiosas y mortíferas.

—¡Eso es, griego, se trata de eso! ¡Demasiada riqueza en muy poco tiempo! ¡Ya se habló el año pasado de que habían encontrado el tesoro de Filipo II! Nuestros informadores nos dijeron que no había nada de cierto en ese rumor, y que tal vez se lo habían inventado para ocultar otras cosas. Sin embargo, investigaron y descubrieron que los miembros del *collegium* ya habían gastado, como os he dicho, entre villas, esclavos, heteras y caballos de carreras, al menos diez veces más de lo declarado como beneficio de la explotación minera.

—Tendrás que perdonarme centurión —retomó el discurso Hicesio —, pero me veo obligado a hacerte algunas preguntas porque lo que dices sobre el descubrimiento de nuevas riquezas en una provincia de Roma no me aclara qué interés tiene el Cuartel General de la Urbe en este asunto. A la postre, todos los funcionarios suelen enriquecerse durante su estancia en las provincias.

—Griego, a mí me cuesta explicar bien las cosas, me encuentro más cómodo mandando a mis soldados. Pero en el fondo entiendo que esta enorme riqueza es vista como una amenaza porque aún no se ha aclarado su verdadero origen. Y luego hay otra cosa, debes perdonarme si, repito, no soy un orador. Un buen número de funcionarios se han hecho riquísimos e intentan ocultar esta repentina fortuna suya, y ninguno de ellos quiere decir la verdad. Se cree que ocultan algo. Y además, ni uno solo de ellos es hombre de confianza de César.

Un sonoro «Aah…» se nos escapó a todos. Ahora lo entendíamos.

Era obvio por qué se hacían preguntas en el Cuartel General: tal vez fueran funcionarios corruptos, sin duda en número significativo y capaces de crear un gran problema en una parte de esa rica provincia. Ninguno de ellos había dado explicaciones sobre sus sorprendentes fortunas. Pero, sobre todo, ¡no eran cesarianos de confianza! Esto era lo que asustaba a los generales romanos, no su repentina riqueza. Que algo se estuviera cociendo.

Y que fuera algo muy bien organizado.

Durante los siguientes días, seguimos discutiendo el extraño asunto, que después de todo no era tan extraño, porque el enriquecimiento repentino e inexplicable de funcionarios y oficiales había llevado muchas veces a la formación de facciones opuestas y divididas en otras provincias o colonias.

En una de nuestras reuniones, el centurión Marcelo le preguntó a Galerio si conocía a alguno de esos funcionarios que estaban siendo investigados.

—Marcelo, ¿qué preguntas me haces? —le respondió Galerio—. ¡Es obvio que no conozco a ninguno de ellos, porque de lo contrario yo también me habría hecho rico! ¡Y no estaría aquí ahora con esta banda de bandidos que tengo por soldados!

La carcajada fue general y Galerio continuó:

—Ni siquiera sabemos cuántos funcionarios de Roma están implicados en esta historia. Ya había oído hablar de algunos de ellos, pero no los conozco personalmente. Hay tantos funcionarios trasladados desde Italia, como jóvenes nacidos aquí de nuestros propios funcionarios, y que siempre han vivido en estas tierras.

—¿Hay una lista de estos funcionarios? ¿Se sabe cuántos son?

—Había una larga lista en el Cuartel General de la Urbe, pero no quisimos hacer una copia para llevarla con nosotros. Nuestro hombre en Thessalonica lo sabe todo. Creemos que hay entre treinta y cincuenta funcionarios y oficiales en esa lista. Pero no todos han sido identificados, y tal vez haya mucha más gente.

—Es la fase de preparación de una conspiración o de una rebelión, ¿no te parece? —añadió Marcelo.

—Podría ser, pero hasta ahora no tenemos elementos seguros. No está prohibido que un funcionario tenga intereses en un *collegium*, siempre que no haya conflicto con su obligación profesional. Sabemos que a veces se ha camuflado la participación en algún *collegium* utilizando el nombre del suegro o de algún familiar. Eso también resulta sospechoso.

—Y todo comienza con el dinero —añadió Hicesio—, que si se utiliza en grandes cantidades puede comprarlo todo. Por lo tanto, es lógico que los generales quieran reunir en secreto información precisa sobre el origen de ese dinero. Ahora está claro.

A estas alturas, Hicesio y yo empezábamos a tener bastantes elementos para imaginar cómo debíamos desarrollar nuestro trabajo en la zona de la mina. Empezamos a intuir que a partir de algunas mediciones lineales de esos montículos de escoria tendríamos que calcular los volúmenes, y que por lo tanto eran indispensables las mediciones de las alturas, que serían tomadas manualmente por una patrulla de exploradores.

A partir del volumen de la escoria, una vez conocido el rendimiento de la transformación, sería posible trazar la cantidad de plata obtenida de ella.

Y a partir de la cantidad de plata sería posible conocer la fuerza de que podría disponer un movimiento de secesión, o una sublevación.

Así que no entraríamos en territorio enemigo, pero la discreción era importante porque los adversarios eran de otro tipo.

Hicesio me dijo:

—Quintilio, hay muchísimas variables sobre las que tenemos que trabajar. Por ejemplo, ni siquiera sabemos si esos escombros mineros se depositan en un fondo plano, lo cual es muy importante para calcular el volumen. Y luego, ¿cómo reconoceremos esos residuos? ¿Son diferentes del suelo de la zona? ¿Y cuáles son los montículos que hay que medir? —Numerosas preguntas se agolpaban en nuestras mentes, pero ninguna de ellas podía tener respuesta mientras navegáramos por el gélido mar Adriático.

Hablamos con el centurión Galerio sobre estas dudas, y nos sugirió que acudiéramos al herrero embarcado en Pisaurum, que conocía bien la zona minera por haber servido allí durante años.

Así que hicimos que nos dijo Galerio, quien también nos aconsejó no divulgar información a la tropa. Este era un legionario rechoncho llamado Higinio que nunca podría ser confundido con uno de los demás hombres porque era el más sucio y con diferencia. Tenía aspecto de haber estado trabajando con carbón hasta hacía una hora, y en cambio, hacía ya cuatro días que habíamos embarcado.

Se lo dejé a Hicesio, a quien el aire de misterio de esta misión le había dado nuevas energías:

—Mi querido legionario Higinio —le dijo con tono meloso—. Tendrías que echarnos una mano para entender un poco cómo es esa mina de Lavrios, porque nunca hemos visto ninguna de estas minas. ¿Está en una montaña, entre cerros o en una llanura?

—Tú eres el griego, el erudito. He oído que vas a ser uno de los nuestros. Por supuesto, te daré toda la información que quieras. Estuve destinado en Attica casi seis años, y en Lavrios un año y medio, la mayor parte del tiempo lo pasaba de servicio en el cuartel del pueblo de Lavrios, que está a unas millas de las minas. Pero conozco bien la zona de las minas, subí muchas veces a recoger trozos de hierro abandonados en las zonas de tratamiento del mineral, donde antes estaba la maquinaria.

En ese momento le interrumpí y fui a llamar al centurión Marcelo que, al igual que nosotros, estaba interesado en estas noticias sobre la zona. Higinio describió lo que recordaba:

—La zona minera se extiende a lo largo de varias millas. El pueblo de Lavrios está junto al mar, tiene un puertecito, y las minas están a cuatro millas tierra adentro, en unas lomas pedregosas. No hay una sola, hay un número incalculable de ellas, entre excavaciones y pozos mineros. Por todas partes hay restos de viejas actividades, y hay que tener mucho cuidado porque en cualquier lugar hay un pozo abandonado que se adentra en el subsuelo y si por alguna desgracia caes dentro, estás perdido porque te romperás los huesos y nadie vendrá a buscarte para sacarte. Ya os podéis imaginar que se ha excavado mucho, durante muchos siglos, por miles y miles, qué digo, por generaciones de esclavos.

—¿Qué aspecto tienen esos montículos? ¿Hay bosques? —le pregunté.

—No, En Attica ya no hay bosques. Todos fueron talados hace siglos para quemar mineral y fundir plata, y lo que queda, la maleza, es cortada y recogida por los campesinos para quemarla en las casas precisamente porque no hay madera. Los cerros están casi pelados, con arbustos y alguna planta rara, pero incluso esas son de poca altura.

—Higinio, ¿hay gente? ¿Viven allí pastores?

—No, no hay nadie porque los animales no quieren pastar donde hay tierra de minas que le da mal olor al forraje. El agua de toda la zona huele mal y el ganado no quiere beberla. Tampoco los pastores quieren llevar el ganado allí porque los animales a menudo se caen en los pozos y ya no pueden recuperarlos.

—Pero ¿tú has visto cómo extraen el metal? ¿Y además me dices que también extraen plomo además de plata?

— He visto cómo lo hacen. Debes saber que, hace seis años cuando yo estaba destinado allí, había un par de terratenientes en la zona que intentaban extraer algo de mineral. Era un asunto de pobres, unos cuantos cestos recogidos aquí y allá; casi todo el material venía de las buscas hechas a cielo abierto, sin bajar nunca a los pozos porque allí sólo te aguarda la muerte. Bueno, la madera para quemar el mineral y sacar algo de plomo y plata se compraba y llegaba por nave. Pero se decía que, más o menos, toda la ganancia se iba con el costo de la madera. No dudo de que fuera cierto, porque yo también, por mi trabajo de herrero, no tenía madera para hacer carbón para la fragua, y hacía que el oficial me la comprara poco a poco, o a veces me compraba el carbón ya hecho, ¡pero tenía que pagarlo en dinero contante y sonante!

—¿Y queman el mineral con fuego para extraer la plata? —le preguntó Hicesio.

—Sí, hay un procedimiento muy complicado, y también se requiere mucha agua. Pero el paso final es realmente en el fuego, con grandes hornos donde al final, fundida en bloques, queda la plata. Pero es una cosa complicada de explicar, también porque a lo largo del tiempo los procesos que se hacían no eran siempre los mismos. Hoy, si se recorre la zona, se encuentran grandes depósitos para el agua hechos con bloques de roca fijados con cal, canales y grandes zonas pavimentadas que se utilizaban para concentrar el mineral. Y era en esas instalaciones abandonadas donde yo solía ir con un mazo y un cincel a recuperar clavijas u otras piezas de hierro fijadas con plomo en las paredes. Seguramente eran puntas a las que se sujetaban martillos y molinos para triturar el material.

—Por lo que cuentas se trata de un asunto complicado —le dije a Higinio—, pero estos días no tenemos otra cosa que hacer que estar

sentados en el barco navegando al mando de nuestro magnífico y barbudo capitán, así que podemos hablar largo y tendido sobre el tema. Pero me interesaba saber si hay gente, y tú nos dices que la zona está prácticamente deshabitada.

—Eso os lo puedo asegurar. Los pastizales no sirven para nada, y el único lugar donde hay algo de gente es el *vicus* de Lavrios, ya en el mar. Si quieres encontrar gente y aldeas, tienes que caminar por la vía hacia Atenas, donde empezarás a encontrar pastizales un poco menos raquíticos y algún que otro pastor. Luego, en las cercanías de Atenas, la tierra es mejor y vive mucha más gente.

Por el informe de Higinio, parecía que podríamos tener una buena oportunidad de hacer nuestros levantamientos topográficos. Sin embargo, no teníamos ni idea de cuán vigilada estaba la zona.

La nave prosiguió la navegación y en seis días avistamos Brundisium. El capitán, tras pasar la nave la noche anclada a poca distancia de la costa, estudió detenidamente el mar, las olas y el cielo tal como se presentaba antes del amanecer, y decidió sacar los remos y dirigirse hacia el mar abierto y el levante.

Mientras los remeros se esforzaban al ritmo del timonel, perdimos de vista la tierra firme. Entonces empezó a llover.

El mar se embraveció y los marineros desplegaron las velas al viento, corrigiendo de vez en cuando el rumbo con la ayuda de los remeros; pero el trirreme iba poco cargado, era ágil y estaba bien gobernado.

Hacia la hora sexta la lluvia empezó a traer consigo algo de aguanieve, que se pegaba a la vela y a los costados de la nave. Se dio descanso a los remeros, y avanzamos sólo con la ayuda del viento, mientras los dos grandes timones, hábilmente maniobrados, estabilizaban el rumbo.

La puesta de sol nos sorprendió no lejos de la costa de Macedonia, y mientras ya se hablaba de detenernos una noche mar adentro, los vigías vislumbraron en el horizonte, a través de la niebla y la lluvia, alguna tenue luz de fuego en tierra firme, y oímos a un marinero gritar:

—¡Apolonia a cuatro millas!

Pero ya había oscurecido; arriamos las velas, avanzamos lentamente hacia tierra, donde podíamos ver algún fuego y atracamos a unos doscientos pasos de la costa.

A primera hora de la mañana, una embarcación de la guardia de Apolonia llegó bajo el casco junto con las barcas de algunos pescadores para comprobar quiénes éramos. Nos pusimos de acuerdo rápidamente para desembarcar y, mientras los legionarios cargaban nuestras pertenencias en los botes, nos despedimos del barbudo capitán y desembarcamos.

Volví a proponerme, en cuanto me fuera posible, tomar un baño y que me lavaran toda la ropa para quitarme el olor a establo que reinaba en la nave.

En el cuartel de Apolonia nuestros centuriones hicieron que nos asignaran dos carros y una veintena de caballos con los que continuar nuestro viaje. Poco después de una hora estábamos de camino a Claudiana.

La Vía Egnatia estaba en excelentes condiciones a pesar de la lluvia; el enorme tráfico militar que la recorría había obligado a todos los responsables de los distritos por los que pasaba la carretera a realizar trabajos de mantenimiento, y por todas partes se veían montones de arena y grava preparados con la debida antelación para tapar los baches que se formaban con el mal tiempo.

Entramos por el valle del río Shkumbin y la suerte nos acompañó durante tres días hasta Lychnidos[51], luego empezó a nevar. Llegamos justo a tiempo para cruzar el puerto desde donde se ve el lago y la ciudad, entonces empezaron a caer del cielo copos de nieve unidos entre ellos y grandes como las hojas que caen de los árboles en otoño. Cuando llegamos al cuartel legionario teníamos la nieve a la altura de las rodillas de los caballos.

Llevábamos ya demasiados días de buen tiempo y el invierno se había tomado la revancha. Pusimos las monturas a cubierto en los establos y los carros bajo los toldos, y nos refugiamos en el cuartel.

Nevó durante dos días, al final había casi tres pies de nieve. Se nos había negado cualquier posibilidad de continuar, y a esas alturas tendríamos que esperar unos días.

Los funcionarios locales nos explicaron que a lo largo de la Vía Egnatia, antes de las llanuras de Thessalonica, encontraríamos otros dos pasos de montaña, y que deberíamos estar seguros de poder atravesarlos antes de partir. No tuvimos más remedio que esperar a que llegaran los primeros viajeros de Thessalonica, así que permanecimos en el calor de los barracones durante seis días.

Afortunadamente, el cuartelillo contaba con unas termas, y además de lavarme, pude masajearme en el agua caliente el hombro dislocado por la caída del caballo, lo que me resultó muy beneficioso.

Aprovechando la parada forzosa lavé mi ropa y encontré aquel pañuelo multicolor que me había regalado Regila y del que me había olvidado por completo, distraído por el dolor del hombro.

Lo examiné detenidamente: era un hermoso pañuelo para el cuello que, además de recordarme a la muchacha, me habría servido para abrigarme ahí donde las lorigas de la armadura de cuero, justo debajo del cuello, arañaban la piel.

Al abrirlo, cayó al suelo una nota cuidadosamente doblada. La recogí y la abrí, para descubrir que no se trataba de una nota cualquiera: ¡era un pequeño envoltorio en el que Regila había guardado un mechón de su cabello castaño atado con una cinta amarilla! La chica no quería que me olvidara de ella.

Fui presa de un instante de melancolía al pensar que ella estaba sola en Ravenna, aunque en realidad no estaba sola, nada de eso, tenía la compañía de la hija del argentario, y podría pasar algún tiempo en un ambiente bullicioso de gente que iba y venía.

Nosotros sin embargo, atrapados en el cuartel de Lychnidos, nos limitamos a largas discusiones, mientras los legionarios jugaban a los *latrunculi* o marchaban a inspeccionar el lupanar local, dando pie a larguísimas y complejas cavilaciones sobre las artes de las mujeres.

Entre nosotros, la charla era siempre la misma: cómo íbamos a empezar a trabajar una vez que estuviéramos en Lavrios, y cómo íbamos a ser capaces de despistar a los centinelas que, seguramente, estaban allí para vigilar la zona de la mina.

Ahora que disponía del griego Hicesio para todo el día, incluso recordé aquella frase tan extraña del filósofo frustrado, el amante del sufrimiento, aquella frase sobre la que me había devanado los sesos durante algún tiempo sin conseguir encontrarle el sentido. Así que le pregunté al griego:

—¿Recuerdas por casualidad un par de hojas de la obra de cierto filósofo que afirmaba…? bueno que sostenía… veamos exactamente cómo eran las palabras: "que era un placer sufrir", o algo así.

El griego no estaba acostumbrado a escucharme discursos de corte filosófico.

—Quintilio —me respondió con amabilidad—, sabes que no debes adentrarte en cosas demasiado complejas para tu mente. ¡Sólo eres un agrimensor!

—Griego, ¡creo que era tu letra! ¿Es posible que no puedas hacer un pequeño esfuerzo e intentar recordar aquellas dos hojas de papiro en las que estaban envueltos los plomos de repuesto de mi groma?

—Quintilio, no entiendo de qué me hablas. Trata de recordar las palabras exactas de la frase.

— En mi opinión, se trataba de la obra de un filósofo que sufría de alguna tara mental, o tal vez era por culpa de su mujer, que le causaba honda preocupación al engañarle con demasiada frecuencia. La frase exacta sonaba a algo así: "Los dioses quisieron que tú sufrieras disfrutando del placer"[52], o algo similar. Era algo totalmente absurdo, una frase que no tenía ni pies ni cabeza. Quizás podría tener algo que ver con una nueva escuela filosófica, probablemente oriental. ¿Será posible que no lo recuerdes?

—Quintilio, en aquella época puede que tuvieras fiebres, son muy comunes en las zonas donde hay nieblas invernales que surgen del suelo, como tú mismo me dijiste. Ahora tu mente imagina que sean reales aquellas cosas que no puede comprender.

—Puede que sea como dices, Hicesio, pero mira que si encuentro esas hojas…

—Pues claro, Quintilio, ya verás como las encuentras. Pero procura descansar ahora que estamos inmovilizados en este

barracón. Ya sabes que el sueño ayuda a resolver enigmas, ¡y de paso te aparecerán esas hojas!

Con el griego a veces era realmente difícil entablar una discusión; parecía haber nacido sólo para las cosas complicadas o incomprensibles.

Pocos días después, una legión entera que se dirigía a Byzantium intentó continuar por la carretera que aún estaba cubierta por una buena capa de nieve que tardaba en derretirse, y nos unimos a ellos.

Desde Lychnidos atravesamos el primero de los puertos de montaña de aquellas escarpadas tierras entre Illyricum y Macedonia, y entramos en Lincéstide. Siempre por caminos difíciles de transitar llegamos a Heraclea.

Después de mil tormentos, aprovechando el trabajo de los valerosos legionarios que nos precedían, logramos superar todos los pasos de montaña y divisar la llanura de Pella y la ciudad de Thessalonica.

Era el decimoquinto día antes de las calendas de marzo[53].

XIV. Thessalonica

En Thessalonica nos presentamos en el cuartel del cuerpo de Ingenieros, donde recibimos nuestras órdenes. El ambiente era tranquilo y relajado y nos pareció que la principal ocupación de los soldados locales era organizar banquetes, representaciones teatrales y, si el tiempo lo permitía, reñidas carreras de caballos y cuadrigas.

El trabajo de nuestro grupo se consideraba de escasa importancia, y el centurión Galerio tuvo que esforzarse para que el Mando de la unidad del cuerpo de Ingenieros local nos organizara el transporte marítimo hasta Lavrios.

Nuestros centuriones pasaron dos días de infructuosas discusiones: los oficiales de Thessalonica no entendían por qué estábamos tan ansiosos por empezar a trabajar, ya que en invierno todo se paralizaba. Se ofrecieron a llevarnos a fiestas y representaciones teatrales y a presentarnos a gente y a hermosas mujeres, sólo para pasar el invierno. Si luego en primavera seguíamos teniendo ganas de trabajar, lo podríamos discutir.

En esa situación, corríamos el riesgo de sobrecalentar innecesariamente el ambiente con nuestras exigencias aparentemente absurdas de marchar a trabajar, así que la segunda noche nos reunimos los grupo de mando para discutir qué debíamos hacer.

—En primer lugar —comenzó a hablar el centurión Galerio, señalándonos a nosotros dos—, Quintilio e Hicesio, nuestros dos civiles, deben desaparecer. Si los dos empiezan a asistir a banquetes, entre el vino que corre y la charla, alguien se dará cuenta de que no son unos civiles más adscritos a la tropa. Para este trabajo, bastaría con un agrimensor del montón, casi analfabeto, por lo que podrían empezar a surgir preguntas a las que se nos prohíbe dar respuesta alguna.

—Desde luego, Galerio, ¡sobre todo el griego! Se nota enseguida que es un erudito, y en los banquetes suele haber espías o informadores —añadió el centurión Marcelo—. Es necesario sacarlos

del cuartel y ubicarlos en otro lugar. ¿Podríamos buscar entre los oficiales de probada lealtad a alguien que nos eche una mano?

—Por supuesto, alguien tiene que hospedarlos fuera de aquí y el griego nunca tendrá que coincidir con nosotros hasta que nos vayamos —confirmó Galerio—. Y además tenemos que empezar las pesquisas sobre su asunto familiar, le di mi palabra.

Hicesio asintió.

A una hora avanzada vino el *optio* Marcio a llamarnos a Hicesio y a mí, y a ordenarnos que hiciéramos el petate porque íbamos como invitados a casa de un oficial. Encontramos un carruaje en la puerta del cuartel, que nos llevó un corto trecho hasta una lujosa villa en las afueras de Thessalonica.

El cochero llamó a la puerta, los siervos con antorchas abrieron y nos hicieron pasar a la hermosa mansión donde nos estaban esperando.

Hicimos las presentaciones: el oficial y anfitrión era el legado Marco Polión, que había sido destinado a Macedonia tres años antes y se había instalado en esta casa con su mujer y sus sirvientes.

El legado tenía unos treinta y cinco años, era un hombre muy cuidadoso tanto con su aspecto como con el uniforme, y se notaba que procedía de alguna familia patricia rica y respetada.

Hicesio intuyó por ciertos indicios que debía de ser una persona muy culta: me señaló, mientras husmeaba en las estancias, unos papiros abiertos que debían de ser, con toda probabilidad, obras clásicas.

Al griego y a mí nos confiaron a los siervos: nos enseñaron nuestras estancias y dónde se hallaban las letrinas y la cocina.

Antes de retirarnos, Hicesio consiguió hacerse con un papiro que estaba sobre una mesita, quizá olvidado allí por alguien que había interrumpido su lectura. Estaba en griego, su idioma.

Consciente de los comentarios de Hicesio de que yo no era más que un mísero agrimensor y de que posiblemente muchas lecturas no fueran adecuadas para mi pequeña mente, no hice ningún esfuerzo por encontrar algo que leer, posiblemente en un idioma que no conocía.

A la mañana siguiente Hicesio, acompañado por el *optio* Marcio que había pasado a recogerlo, salió temprano para dirigirse a la reunión donde comenzaría la busca de noticias de sus padres.

Yo me quedé deambulando por la villa y observé el trabajo de los siervos que barrían y fregaban el pavimento y los suelos de mármol.

Sabía unas pocas palabras en griego, que no eran suficientes para sostener una conversación, pero a pesar de ello intenté preguntar a un criado algo sobre unos hermosos peces que había en una fuente.

Me respondió la agradable voz de una mujer que estaba detrás de mí y en la que no había reparado. Y me di la vuelta.

—Son peces que sólo tienen una función ornamental, y a estas alturas también forman parte de la familia, ¡no podría soportar que acabaran en la cocina por error! —Siguió una risa cortés y argentina. Era una bellísima mujer que me había visto deambular por la casa, y había querido responder a mi curiosidad.

—Supongo que eres nuestra anfitriona —le dije. La rica túnica, los oros y la lujosa estola no dejaban lugar a dudas. La pesada capucha de invierno dejaba asomar largos cabellos castaños por las caderas —. Me llamo Fausto Quintilio, soy huésped en vuestra casa, y llegué anoche. Estoy a la espera de poder marchar a mi trabajo en Attica —le respondí apresuradamente.

Con otra risa argentina dijo:

—Quintilio, espero no haberte asustado, ¡y que no huyas a trabajar por mi culpa! Soy Fabritia Secunda, esposa del legado Polión.

Y aproveché la ocasión para observarla mejor: era una mujer joven, podría tener poco más de veinte años, ¡y ya había sabido valerse de mi precipitada respuesta para burlarse de mí!

—Ciertamente no huiré a trabajar por tu culpa —le respondí sonriendo—, sólo que no esperaba hablar con alguien en nuestro idioma.

—Aquí en Thessalonica —continuó ella—, se hablan indistintamente tanto el griego como el latín. En los mercados, con los lugareños de clase baja y con los criados, sólo se utiliza el griego. Pero yo soy de Roma, y más concretamente, mi familia es de Ostia.

—¡Qué casualidad! ¡Estuve en Ostia hace siete u ocho meses! Recuerdo haber visto el puerto con todos esos muelles encaramados a orillas del Tíber, y un gran número de naves procedentes de todas las partes de la república, e incluso de fuera de ella.

—¡Era mi casa! Ahora estamos aquí desde hace tres años, vivimos bien en Thessalonica. Muchos de los oficiales que prestan servicio aquí quizás estén mejor que en su patria, porque hay grandes oportunidades para un servidor del Estado. Para nosotras, sus esposas —y se le escapó una tímida sonrisa—, es un poco más difícil acostumbrarse a la vida en un lugar extranjero, aunque no nos faltan agradables cenas con las familias de otros oficiales y oportunidades de conocer a personas famosas. En cualquier caso, Quintilio, sé bienvenido a esta casa, y pregunta a los sirvientes en cualquier momento si necesitas algo, o dirígete a mí. Estoy encantada de tenerte como huésped, y también a tu amigo, que me han dicho que es todo un erudito. Aún no he tenido el placer de conocerlo.

—Sí, ha salido esta mañana temprano, estará aquí por la tarde. Es de aquí, originario de Thessalonica, pero vive en Italia desde hace más de veinte años. Y en efecto, es todo un erudito.

—¡También estaré encantada de conocerle!

Me pareció innecesario advertirle que, a veces, el griego podía ser un poco particular y soltar discursos disparatados. Pero tal vez las mujeres no pensaran lo mismo que yo.

A la hora séptima, Hicesio regresó a la casa de nuestro anfitrión, y me informó inmediatamente de las novedades.

—¡Tenía razón el centurión Galerio! Hoy he visto un poco la ciudad, y no habría sido capaz de reconocerla. En cuanto me sea posible, iré a ver mi vieja casa, y luego debo visitar también a la familia de Persopoulos, aquel viejo amigo de mi padre que prácticamente me adoptó y me hizo estudiar. Siempre les estaré muy agradecido.

—Hicesio… y sobre ese otro asunto, ¿has hablado con alguien? —le pregunté.

—Sí, me han presentado a un *patronus* llamado Euthimios, muy versado en asuntos del pretor; mientras estemos fuera buscará información y, con suerte, encontrará algún rastro de mi familia.

—Bueno, Hicesio, con la edad que tienes, creo que deberías prepararte para descubrir que tus padres han envejecido, y quizás estén muertos.

—Claro, Quintilio, eso no es lo que me asusta. La naturaleza habrá seguido su curso. Sin embargo, el dolor que siento cada vez que pienso que murieron como esclavos es inmenso.

Guardé silencio, era imposible imaginar una respuesta.

—Me he enterado de algo que ha despertado mi interés. Has de saber que a mi familia la arruinó un romano, un tribuno llamado Duilio Nepio, del que no tenía noticias desde hacía treinta años. El *patronus* Euthimios sabía quién era, y dice que su familia sigue aquí, pero no sabe si en Thessalonica o en Atenas.

—Bueno, ¿y qué? Quizá también esté muerto. ¿No querrás presentarles la factura a los descendientes?

—Quintilio, tú no hablarías con esa ligereza si supieras lo que pasamos por culpa de esa gente.

Mientras discutíamos, vimos pasar por el peristilo a la bella Fabritia Secunda, y aproveché para presentarle a Hicesio.

Se alegró muchísimo de conocerlo, y enseguida quedó claro por qué. Tras unas palabras, se descubrió que procedía de una familia en la que se le había dado libertad para educarse como si fuera un hijo varón y ahora ella, algo aburrida aquí en Thessalonica, no hacía más que ir en busca de textos de autores clásicos.

Suyos eran los papiros que había en las mesas.

Los dejé discutir sobre autores y obras literarias durante una hora y al final, cuando ya me iba, cansado de tanta erudición, Fabritia llamó a los criados e hizo que nos sirvieran una deliciosa bebida preparada exprimiendo granadas.

Charlando sobre diversos temas, la conversación recayó casualmente en la reciente *manumissio*[54] de Hicesio, y la mujer sintió curiosidad al enterarse de que procedía de una familia pudiente y había acabado en la esclavitud por caprichos del destino.

—Es una historia muy complicada y llena de dolor —le dijo Hicesio — y no querría aburrirte o entristecerte con los sinsabores que los dioses escogieron cuidadosamente para castigar a mi familia por no sé qué culpas.

—Pero no, te lo ruego, Hicesio, si no es motivo de dolor para ti estaré encantada de conocer tu historia, ¡pero igualmente aceptaré si prefieres contármela en otra ocasión!

Amablemente la mujer no había querido insistir, pero Hicesio empezó su relato. Por otra parte, durante semanas sólo había hablado con nosotros de planes secretos y de cómo medir los montones de tierra de desecho de las minas.

—Has de saber, Fabritia —dijo muy serio—, que yo vivía no muy lejos de aquí, en la parte septentrional de la ciudad, en aquella barriada antiguamente formada por campos cultivados y huertas, cerca de la carretera que conduce a Pella. Éramos unos tranquilos hacendados, que hacíamos trabajar a nuestros siervos. Teníamos varios campos que producían aceitunas, y algunos pastos para cabras y burros. No teníamos ingresos abundantes, pero vivíamos decentemente. Teníamos con nosotros una veintena de siervos para el trabajo en el campo, y seis bueyes para el trabajo pesado. En aquellos años, mi padre intentaba salir de su estrecha posición de pequeño y anónimo terrateniente, y se había acercado al círculo de los administradores romanos en busca de amistades que pudieran ser útiles a nuestra familia. Por desgracia, se encontró con un tribuno sin escrúpulos al que prestó dinero. Este tribuno a veces devolvía parte de la suma, pero siempre ocurría algo para que poco después pidiera prestada una suma mayor. Mi padre, en un momento dado, se dio cuenta de que ya no podía negarle los préstamos, y ese tribuno, con excusas o con vagas amenazas, en el espacio de dos o tres años nos sonsacó casi todo lo que teníamos. Los dioses nos condenaron sin remedio infligiéndonos dos años seguidos de sequía; las plantas de nuestras granjas no dieron fruto y murieron cabras y burros. Mi padre había contraído préstamos para los que ya no bastaba la garantía de nuestro latifundio, en el que ahora sólo había plantas secas y animales muertos, y acabó quitándose la vida para huir del deshonor.

Hicesio tomó aire bebiendo zumo de granada.

—Cuando ocurrieron estos hechos era el año 675[55], hace casi cuarenta años. A mí me vendieron. Un viejo amigo de la familia, compadecido de nuestra suerte, me compró para sacarme de la degradación de la esclavitud. El hombre se llamaba Persopoulos: me dejó completar mis estudios junto a su hijo y, unos años más tarde, me envió a ser tutor de familias adineradas en Thessalonica. Pude aprender a leer y escribir como un auténtico profesional, y a hacer cálculos. Fui preceptor en Macedonia durante unos años, luego fui recomendado y me compró un hombre de gran ingenio para el que trabajé como secretario en Italia y en Roma durante muchos años. Trabajamos durante mucho tiempo para el Estado y éramos más amigos que secretario y amo. A su muerte, obtuve la *manumissio* a instancias suyas. Esta es mi historia.

La narración y la charla que siguieron, se habían prolongado largo rato, y las breves tardes de invierno habían dado paso ya al crepúsculo y a la oscuridad.

Sólo al final de la narración de Hicesio me di cuenta de la presencia del legado Polión, que se había sentado en silencio en un triclinio a la sombra, había escuchado todo el relato y ahora se sintió obligado a decir unas palabras:

—Disculpadme si me he puesto en un rincón, pero no quería interrumpir esta narración tan cargada de emociones. Sabed que yo, como tantos romanos y oficiales honrados, desapruebo por completo a aquellos oficiales que deshonran no sólo su persona, sino también el nombre de Roma. Personalmente, sólo puedo alegrarme de que hayas recuperado tu libertad, al igual que deseo que se te pueda hacer justicia por tu sufrimiento y el de los tuyos.

Aquella noche cenamos con la familia y por algunas insinuaciones comprendí que Hicesio tenía en mente algo tan complicado como sólo él sabía concebir. El objeto debía de tener algo que ver con su familia desaparecida y con el *patronus* Euthimios que estaba investigando sobre el destino de su madre.

No era la primera vez que me venía a la cabeza lo que se cocía a fuego lento en la mente del griego: le había visto esconder en su

equipaje el sello de arcilla y la cinta con la que se podían falsificar los documentos del Mando.

Por muy distraído que estuviera con estos pensamientos, en la cena de aquella noche no pude dejar de observar que los dos anfitriones, el legado Polión y su bellísima esposa, no parecían en absoluto felices consortes, sino más bien personas conminadas a ejercer el papel de marido y mujer como anfitriones. No había muestras de afecto ni de complicidad entre ambos, pero tampoco de descortesía.

Seguramente no eran una pareja feliz.

Parecían inexpertos actores puestos en el escenario por un comediógrafo para ensayar su obra.

A la mañana siguiente, se presentó en la villa el centurión Galerio.

Había venido a comunicarnos que proseguían los intentos de obtener el pasaje por mar a Lavrios para nuestra pequeña unidad, y que tal vez estuviéramos cerca de una solución. En un par de días, probablemente tendríamos una respuesta favorable. Ya estaba al corriente de los resultados de la reunión de Hicesio del día anterior, y había conseguido un carruaje con cochero para poder recorrer Thessalonica y ver sus lugares de origen.

Así que aquella mañana yo también acompañé a Hicesio y tuve la oportunidad de ver el barrio densamente poblado donde había crecido, donde según él, treinta años atrás sólo había granjas y huertos cuyos frutos alimentaban la ciudad.

Thessalonica se había expandido enormemente; caminamos de un lado a otro de las calles dos o tres veces antes de que Hicesio pudiera reconocer su antigua casa, que ahora había sido integrada entre otras viviendas.

Había un par de críos jugando en la entrada, bien vestidos con tabardos y calzado para el frío que aún hacía.

Hicesio se apeó y preguntó quiénes eran las personas que vivían en su antigua casa y en las casas vecinas. Una mujer, probablemente una sirvienta que volvía con la bolsa de la compra, le respondió con algunos nombres. Yo no entendía el griego, pero el

sentido de la charla estaba claro: ninguno de los nombres mencionados le resultaba conocido a Hicesio.

Seguimos deambulando por las calles vecinas, intentamos pedir información a algún ocasional transeúnte y al dependiente de una de las pocas tiendas que daban a la calle, pero no reunimos ninguna información útil. Ninguno de los interrogados había oído hablar de la familia de Hicesio.

Una especie de olvido había borrado todo recuerdo de aquella familia y de aquellos sucesos. El griego estaba tenso como la cuerda de una cítara, le faltaba poco para empezar a sudar del nerviosismo, incluso en aquella fría jornada de febrero.

Hacia la hora quinta[56], con el sol bajo calentando débilmente la ciudad, fuimos en busca de la familia de Persopoulos, la que había comprado a Hicesio de niño.

Buscamos noticias en un barrio donde todo había cambiado y la presencia de todas esos nuevos edificios dificultaba la búsqueda. Finalmente, un chico nos indicó la dirección correcta y un momento después Hicesio reconoció la casa.

Se apeó y llamó a la puerta, y un cincuentón, un poco calvo, acudió a abrirle. Se miraron un momento y, sin ninguna presentación, Hicesio le dijo:

—¡Tú eres Stratios!

—¿Y quién eres tú?, ¿nos conocemos? —Luego le miró con atención, como si buscara algo en su mente, y por fin dijo en voz baja —: … ¡tú eres Hicesio! Pero ¿Cuánto tiempo ha pasado?

Se abrazaron y a ambos se les enrojecieron los ojos. Supuse que se trataba del hijo de Persopoulos, el chico con el que Hicesio había pasado su infancia y compartido los vergajazos de los educadores.

Los dos empezaron a hablar animadamente en un dialecto local que sólo se hablaba en esa zona. Luego Hicesio me presentó a mí, y Stratios, que hablaba perfectamente nuestra lengua, nos hizo pasar a la casa presentándonos a su mujer, una corpulenta ama de casa, y a un chaval de quince años que era su segundo hijo.

Nos quedamos a comer con la familia, y mientras los dos amigos se ponían al día de las últimas novedades, lo que se preveía que les llevaría mucho tiempo ya que se trataba de más de veinte años,

pude constatar que eran personas acomodados y que hacían gala de cierta riqueza.

Poco después, agotado el deber de hospitalidad, cuando los dos se sumergieron en sus recuerdos más lejanos, pensé que lo mejor era dejarles conversar y cogí el carruaje para irme un rato por mi cuenta. Al salir, Hicesio me dijo:

—Quintilio, seré huésped en esta casa durante una o dos noches. Te voy a escribir en un trozo de papiro cómo se llama la calle, para que si alguien quiere buscarme, sepa dónde estoy.

Deambulé por la ciudad: las calles estaban aún más sucias que en Roma, y sólo el frío de febrero limitaba las pestilentes miasmas. Había pocas calles pavimentadas. Bastaba salir de una de ellas para, tras unos pasos, acabar en medio de miserables casuchas y grandes charcos.

Volví a la villa del legado Polión cuando aún era de día, y encontré allí esa tranquila bienvenida familiar que me recordó un poco a la villa romana de Regila y Rusonio. Los braseros difundían un agradable calor en las estancias, y los siervos habían distribuido tarros con esencias perfumadas en todas ellas.

Como no tenía nada que hacer, me puse a curiosear entre los papiros que había por las mesas. Se trataba de obras que estaba leyendo la anfitriona, Fabritia Secunda. Por desgracia, la mayoría estaban en griego. Sólo algún manuscrito estaba en latín; encontré uno de Publilio Siro. Ya había oído citar a ese autor, no conocía su obra, pero por otra parte, mi educación juvenil había sido un tanto deficiente.

Quizás Hicesio tuviese un poco de razón cuando se burlaba de mí recordándome que no era más que un agrimensor.

Mientras yo andaba a tientas sin nada que hacer, vino en mi ayuda Fabritia, igualmente ociosa ya que los siervos de la casa se encargaban de todo.

Me preguntó por Hicesio, y le informé de los últimos avances en la investigación de su juventud en Thessalonica, luego le expliqué también que posiblemente se alojaría en casa de sus amigos durante un par de días. Charlamos de esto y de lo otro, como es de rigor entre anfitriona e invitado.

Como no quería que la charla acabara en nuestra misión en Attica, aproveché para hacerle una pregunta absolutamente inútil, con la que pretendía llevarla a otro terreno:

—Fabritia, yo sólo soy un agrimensor, no tengo gran erudición. Por casualidad, ¿recuerdas haber leído ya algo de un autor, probablemente un estrafalario filósofo latino, que defendía un extraño concepto… no recuerdo las palabras exactas, pero decía más o menos lo siguiente "los dioses habían dispuesto para los hombres vidas y experiencias donde el placer estaba siempre unido al dolor"? ¿Recuerdas algo parecido?

—Ciertamente no es un concepto nuevo, y me parece haberlo oído antes. También podría ser una abstracción de alguna escuela filosófica griega, pero no actual, quizás de hace muchos años. ¿No te ha servido de ayuda Hicesio?

—No, se ha burlado de mí ¡y me ha dicho que sería mejor que me dedicara a la agrimensura! A veces no es fácil hablar con él.

Una risa argentina le agitó un mechón de pelo y destacó dos hoyuelos:

—Te entiendo, es un hombre de gran cultura, y tal vez la gente como él viva en un mundo un poco aparte, donde se encuentran cosas muy distintas a las de nuestra vida cotidiana. Pero ese pensamiento que me has contado no es nuevo en absoluto. ¿Por qué te interesa?

—Encontré esa frase, junto con un trozo del texto del que formaba parte, mientras buscaba otras cosas, y me picó la curiosidad al no poder averiguar de qué se trataba.

No hacía falta que le explicara que aquel indispensable texto filosófico había servido para empaquetar los plomos de repuesto de la groma, y que tal vez el resto de la obra había acabado en alguna letrina.

—Pasado mañana mis siervos irán a controlar la casa de campo —continuó Fabritia—. Si os quedáis aquí, podríais acompañarme; intentaré buscar en alguno de los muchos textos en latín que guardo en esa casa: tengo uno con citas célebres, y quizá encuentre esa frase. La casa está en las afueras de Thessalonica, en una zona muy verde; nos retiramos allí en verano para escapar del calor y los

malos olores de la ciudad. Los siervos deben ir a comprobar si no ha entrado agua en la casa con la reciente nevada, o si no lo han hecho los ladrones. ¡Acompañadme, seguro que Hicesio encuentra allí obras interesantísimas!

Respondí con un gesto de la cabeza que iríamos encantados. La estancia en Thessalonica estaba empezando a ser francamente aburrida. Yo ya no sabía qué hacer todo el día, tal vez fuera buena idea comenzar a ir a las termas para encontrar a alguien con quien charlar y pasar la tarde.

XV.

Un buen día, el centurión Galerio organizó una reunión de todo el grupo de mando de la expedición en casa del legado Marco Polión. Mandó a buscar a Hicesio a casa de su amigo Stratios, y una vez todos reunidos anunció las últimas novedades.

—¡Esta gente no quiere hacer nada! —comenzó a hablar Galerio ligeramente alterado—. ¡El Mando del cuerpo de Ingenieros parece un lupanar! No quieren trabajar, eso es todo. Han hecho sus nidos en esta ciudad como ratas en un granero, piensan en fiestas y carreras y no hay forma de que se muevan hasta la primavera. Al final, me las he arreglado para organizar mi propio transporte, no con un barco militar, sino con un armador privado que presta servicios de transporte de pasajeros por las islas.

—¿Cuándo partimos? —le pregunté.

— No podemos partir de inmediato. El capitán está amarrado a puerto y dice que con los vientos contrarios de finales de invierno no puede navegar hasta el Attica. Ya no sé qué hacer.

— Pero en tu opinión, centurión, ¿es una excusa o es la verdad? —le preguntó Hicesio.

—No, no, es la verdad. Lo he comprobado. Nadie consigue navegar en febrero por la costa occidental del mar Egeo. Unos pocos con pequeñas embarcaciones navegan a duras penas la ruta de Attica a Thessalonica, aprovechando los vientos invernales, pero nadie hace esta ruta en sentido contrario. No hay nada que hacer, habrá que esperar.

—¿Hay alguna alternativa?

—No, Quintilio, intentarlo por tierra no merece la pena. Carreteras en mal estado y a menudo el riesgo de quedarse atrapados por la nieve en algún paso de montaña… ¡Estamos encerrados aquí!

La expedición se estaba convirtiendo en una tragedia. En los últimos meses yo había recorrido más rutas consulares en invierno que un correo del ejército, había atravesado pasos de montaña con nieve hasta las rodillas, me había llenado de linimento de orín de

gato del médico militar, me había caído de mi caballo, incluso había arriesgado el pellejo en el mar, ¡y todo había sido en vano!

Aplazamos cualquier otra decisión para los días venideros, y se decidió que Hicesio y yo siguiéramos siendo los invitados forzosos del legado Polión y esposa.

Al día siguiente fui a pasar todo el día a las Termas. Era un edificio enorme con un frontón de mármol y un guirigay de miles de personas, como en un mercado. En el interior, en un enorme atrio, había numerosas tiendas y lugares donde tomar un tentempié, o incluso un almuerzo en condiciones. Al fondo había puertas que daban a las termas para tomar baños fríos y calientes. En todo el edificio había una temperatura agradable, como si el invierno se hubiera quedado al margen.

Me detuve a tomar algo sentado en un banco del atrio y conocí a algunos oficiales del ejército que debían de ser clientes habituales, ya que conocían a todos los que entraban y se iban a comer con ellos. Tuve la impresión de que para estos jóvenes el servicio en Macedonia era casi como tomarse unas vacaciones. Me señalaron algunas heteras hermosas que frecuentaban las Termas en busca de clientes, e incluso me presentaron a una de ellas, pero no era el tipo de mujer con la que yo debía dejarme ver.

Los oficiales también me dieron el nombre de un masajista que hacía milagros con las luxaciones, y allá que fui a que me masajearan el hombro. En una pequeña celda, separada de otras similares por una cortina, me encomendaron a un fornido egipcio que me aflojó los músculos del hombro.

El propietario de la tienda me ofreció, por unos pocos sestercios más, acostarme con el musculoso masajista egipcio, pero los hombres no eran lo mío aunque ya había comprobado que en Thessalonica la gente se cuidaba menos que en Roma de mantener relaciones sexuales tanto con hombres como con mujeres. Era una sociedad más informal de lo que yo estaba acostumbrado.

Y terminé mi visita exploratoria a las Termas dándome cuenta de que los soldados que se encontraban aquí de servicio, se habían

mantenido al margen de los sangrientos acontecimientos de la guerra civil ¡y se lo estaban pasando en grande!

Aquí siempre encontraría compañía para banquetes, carreras de caballos, visitas a burdeles y cualquier otra actividad de ocio.

Llegó el día de la visita a la biblioteca de la villa de campo. Hicesio había vuelto a casa de Stratios, así que subí al carro sin él, junto con cuatro siervos y Fabritia.

En poco más de media hora superamos las afueras de la ciudad y nos adentramos en la gélida y desnuda campiña. La villa de la familia Polión era una de las típicas residencias campestres de la burguesía local, situada a la vista de unas colinas que en verano estaban repletas de exuberante vegetación. Era una casa señorial, con un gran porche en la parte delantera. Los siervos abrieron las pesadas puertas de entrada y se afanaron en encender un brasero en un minúsculo estudio que hacía las veces de biblioteca. Luego se dispusieron a inspeccionar la casa mientras Fabritia buscaba infructuosamente algo de beber, lo cual era imposible ya que la casa llevaba meses cerrada. En unos instantes dispuso que se comprobaran todas las estancias; finalmente en el pequeño estudio que por fin empezaba a caldearse, nos dirigimos a la estantería empotrada en la pared que contenía los papiros.

La biblioteca constaba de unos doscientos manuscritos, cada uno de ellos cuidadosamente almacenado en una pequeña repisa que formaba parte de una estantería.

Las brasas ardían alegremente y empezamos a rebuscar entre los papiros; yo se los entregaba de uno en uno y Fabritia los examinaba. Por fin encontramos aquel pergamino en el que algún paciente escriba había recopilado cientos de citas célebres.

Nos perdimos rebuscando entre las frases durante una hora, hasta que un siervo al que habían enviado a buscar algo de comer y beber nos trajo una hogaza de pan cortada en rebanadas y un cántaro de agua y vino.

Estuvimos un rato sentados, uno al lado de la otra, desenrollando y volviendo a enrollar los papiros, cuando Fabritia exclamó por fin:

—¡Aquí está! ¡Ya sabía yo que la encontraría! "Los dioses quisieron que el dolor fuera compañero del placer"[57].

Pero yo me había distraído un pelín, porque justo cuando ella llamaba mi atención sobre el papiro amarillento, en el que las palabras estaban escritas con una descolorida tinta color tierra, había sentido cómo su cálida mano se apoyaba con absoluta naturalidad sobre mi espalda.

—"Los dioses quisieron que el dolor fuera compañero del placer". Este es el texto, ¡pero no es obra de un filósofo! —continuó—. ¡Se trata de una cita de una comedia de Plauto!

Sólo pude asentir, mientras su mano parecía hierro candente sobre mi espalda. De hecho, desde hacía un rato también olía un tenue perfume que emanaba de su cabello, y un inconfundible olor a mujer.

A estas alturas ya no cabía duda de que en aquel pequeño estudio se cernía algo más que la recién descubierta cita de Plauto.

Mientras tanto, ella seguía adelante:

—En sus comedias cuenta historias de amor llenas de equívocos, y a menudo se encuentran proverbiales comentarios irónicos o frases… —pero su voz se había vuelto un poco ronca.

Para entonces ya me había sonrojado lo suficiente, acerqué mi cabeza a la suya y aspiré a pleno pulmón el perfume que exudaba, tomé su mano entre las mías, hasta que ella se giró y nos entregamos a un beso lleno de pasión.

Con el rabillo del ojo comprobé que la puerta se había cerrado.

Mientras la estrechaba en mi abrazo, sin interrumpir aquel ardiente beso, me moví ligeramente hacia la puerta y logré poner el pestillo en su sitio, entonces el deseo que llevaba demasiado tiempo latente se apoderó de nosotros.

Lamentablemente, estábamos encerrados en aquel angostísimo estudio, con la casa invadida por los siervos, y tuve que hacer de la necesidad virtud: hice que se sentara sobre la mesita y sobre el maldito papiro, aún desenrollado, y empecé a tocarla por todas partes, por la cabeza, cuello, pechos, piernas y entre ellas.

Al final fue un coito casi trágico, con ella incómodamente sentada con las piernas abiertas sobre la temblorosa mesa, y yo

manteniéndolo todo en un inestable equilibrio, y siempre alerta a los ruidos que llegaban de fuera. Fue todo muy rápido, unos breves momentos repletos de pasión reprimida.

Nos quedamos allí abrazados y mientras ella me daba algunos besos, un brillo enrojeció sus ojos.

—¡Lo sabía, no tenía que haber venido aquí contigo! —se me escapó sin darme cuenta.

—Pero ¡si tú tenías más ganas que yo! —me fulminó—. ¡Lo supe enseguida aquella mañana cuando nos encontramos en el jardín! Además, si querías irte, ahí tenías la puerta, ¿no te parece?

Sólo pude resoplar mientras intentábamos arreglarnos.

Fabritia estaba un poco agitada, era obvio que ella también lo había deseado, tal vez más que yo, pero se había reducido a algo rápido sobre una mesita, una escenificación cuartelera que ciertamente no podía satisfacer a una mujer joven y hermosa como ella ni a un hombre un poco retraído como yo.

Mientras trataba de arreglarse desnudándose por completo y volviéndose a poner la túnica, con los ojos un poco enrojecidos, me vio contemplarla sonriendo.

—¿Qué es lo gracioso, Quintilio? ¿Me encuentras ridícula?

—No, Fabritia, Sólo quería señalar que… así que… bueno, ya ves, en cuanto puedas, deberías lavarte el trasero, la tinta de los papiros estaba vieja y desvaída, y esa frase "Los dioses quisieron que el dolor" etcétera, etcétera, ¡se te ha quedado pegada del revés en tus sudorosas nalgas, junto con media página de la comedia de Plauto!

Ella se quedó estupefacta, pero al instante ambos estallamos en una sonora carcajada.

Volvimos a la villa en la ciudad siendo aún de día y durante el trayecto cada uno trató de mantenerse al margen y no dejar que los criados advirtieran que algo podía haber sucedido.

Mientras la observaba por el rabillo del ojo sin dejarme notar, pensé que aquella mujer era maravillosa, hermosa y fogosa.

Sólo los dioses sabían si algún día llegaría a ser realmente mía.

No volvimos a hablar de nuestro fugaz amor clandestino, lo dejamos atrás como si hubiera sido una aventura de juventud, algo

que había que olvidar, para que nadie supiera lo que había pasado.

También me preocupaban las posibles implicaciones de esta aventura si alguna vez salía a la luz: su marido era un oficial, y yo sólo un civil inútil. Pero incluso para ella, las consecuencias podrían haber sido graves. En casos así no era raro que el marido repudiara a su mujer.

Así que, en definitiva, era mejor olvidar lo ocurrido, había sido un error cometido por personas que llevaban demasiado tiempo solas.

Supuse que ella pensaría lo mismo, aunque no habíamos tenido tiempo de hablar de ello. Ni un movimiento de cabeza, ni una mirada, ni una señal.

Así que, sin que se hubiera acordado nada, espontáneamente, se decidió no hablar más de nuestra transgresión.

Mi granítica decisión de ocultarla duró casi un día y medio.

El hecho era que aquella mujer me gustaba de veras, y no simplemente para una aventura fugaz y furtiva.

Así que cuando me la crucé en el jardín dos días después, le susurré:

—Haz que los siervos te acompañen a las Termas, a la hora quinta[58]. Entra sola, ponte otra ropa y una capucha para que no te reconozcan, y vuelve a salir donde yo te esperaré en un carruaje cerrado.

Ella se mantuvo indecisa durante un abrir y cerrar de ojos antes de simplemente responderme.

—¡Sí!

—Asegúrate de que la capucha te cubra bien el rostro, ¡o cúbrete con una redecilla o algo similar! ¡Ah, y toma las llaves de la villa de campo!

Asintió.

Dos horas más tarde, la estaba esperando delante de las Termas. Ya la había visto entrar mientras los siervos permanecían en la calle. Poco después ellos también se fueron a hacer unos recados.

Yo había alquilado un carruaje cerrado y me dejé ver sólo un instante, cuando pensé que ella, disfrazada e irreconocible, estaba a

punto de salir.

Vi salir de los baños a una viuda de duelo, pero reconocí su elegante caminar, que no tenía nada de mujer de luto. Al subir los escalones, sus movimientos no eran en absoluto los de una apenada viuda, sino los de una hermosísima mujer. Un par de haraganes también se fijaron en ella y se dirigieron un gesto cómplice con la cabeza, que yo interpreté perfectamente a pesar de no saber griego. Inmediatamente me encerré en el carruaje, y unos instantes después entró ella.

Yo estaba convencido de que nadie se había dado cuenta de la artimaña.

Cuando el cochero se puso en marcha, después de haberle indicado dónde llevarnos, nos besamos apasionadamente, como si fuéramos dos condenados a punto de escapar de la muerte.

Cuando llegamos a la villa de campo, envié al cochero con el carruaje a una *popina* cercana por un par de horas, y nos encerramos dentro.

Me arrastró casi a la carrera hasta un dormitorio y mientras yo tanteaba para encender el hogar, en un instante ella ya se había desnudado y me esperaba bajo las sábanas tiritando de frío.

Esta vez no había siervos de los que esconderse y nos entregamos ferozmente al sexo. Y al poco rato la oí suspirar y gritar de placer.

Cuando terminamos el coito hubo un momento de tregua, y mientras yo pensaba en hacerle ciertas preguntas que rondaban por mi cabeza, ella rompió el silencio y con tristeza me preguntó:

—Quintilio, ¿qué piensas de mí?

Era una pregunta difícil que no había tenido tiempo de plantearme. Le respondí:

—Eres una mujer preciosa, nunca he sentido por ninguna mujer una pasión como la que siento por ti. No sólo por el placer del sexo, también hay algo más que me cuesta expresar.

—A mí me sucede lo mismo. No sé si es porque mi vida hasta ahora ha carecido de amor, o porque tal vez era aún demasiado joven cuando me apartaron de mi familia. Pero sabía lo que tú eras

para mí desde la primera vez que hablamos en el jardín, y no me he equivocado.

Mientras yo reflexionaba sobre lo que había ocurrido entre nosotros, y sobre las cosas que quería preguntarle, y que no conseguía recordar, ella dijo:

—Sólo quería que supieras que eres el primer hombre al que me entrego, aparte de mi marido. No ha habido otros.

Asentí acariciándola, y mientras pensaba en lo que quería preguntarle ella empezó a juguetear de nuevo y a acariciarme, y al cabo de unos instantes se echó encima de mí, reavivando el fuego como al principio.

Las dos horas pasaron en un suspiro. Me asomé a la ventana, vi el carruaje y le hice señas a Fabritia para que se vistiera rápidamente, pues debíamos regresar a las Termas, donde la esperaban los siervos.

Al poco, sin que yo me dejara ver en la plaza donde estaba la entrada de las termas, se apeó, dándome un apresurado beso y, aún disfrazada de viuda de luto, entró a cambiarse, salió poco después transformada en una joven esposa y subió a su carruaje.

Todo había salido bien.

Di una vuelta por Thessalonica con el cochero. Era un joven despierto que, de tanto en tanto, tenía que tratar con romanos, y hablaba discretamente nuestro idioma. Le hice comprender que aún podría necesitarle, y pidiéndole que mantuviera la boca cerrada, le pagué el doble de lo que me había pedido, que ya era un precio elevado, porque había visto que yo era extranjero.

Se llamaba Karpos, y me indicó la *popina* que utilizaba como dirección oficial, donde podría encontrarle para pedirle algún servicio o dejarle un mensaje.

XVI.

Mientras los vientos del invierno no querían darnos luz verde para emprender la travesía hacia Attica, yo por fin había encontrado algo a lo que dedicarme, y no sólo cuando estaba junto a Fabritia, porque incluso cuando estaba solo siempre estaba urdiendo nuevos planes para que no nos descubrieran.

Así que Fabritia recurrió a otros fantasiosos disfraces: fajas acolchadas que le daban el aspecto de una anciana, cáligas usadas y embarradas en los pies, cestas desvencijadas para la ropa, vestidos de campesina. Al cabo de un tiempo, cambiamos también de Termas para no llamar la atención, ya que realizábamos nuestros encuentros con cierta frecuencia.

Ella también empezaba a cogerle el gusto a estas salidas y al aire de conspiración que las precedía, así como a los placeres del sexo que conllevaban.

Con el tiempo se estableció la costumbre de reunirnos cada dos días y a veces incluso menos.

Por fin encontré tiempo para hablar con ella. Hacía mucho tiempo que quería que me contase cosas, pero llevábamos tan poco tiempo juntos y el sexo era tan urgente que nunca podíamos hablar.

—Fabritia, discúlpame si te lo pregunto, pero ¿tu esposo no sospecha nada? —me decidí a preguntarle.

—No, no sospecha nada. Sabe que voy a menudo a las Termas, nada más.

—Pero, y con tu marido qué haces, alguna vez te lo pide…

Siguió un silencio incómodo, pero Fabritia era una mujer directa y no me mintió:

—Sí, él a veces me lo pide, y tengo que complacerle, no puedo evitarlo, lo entiendes, ¿verdad?

—¿No se ha dado cuenta de nada de tu comportamiento?

En ese momento Fabritia comenzó a llorar.

—Con él yo soy como un trozo de mármol —respondió con algún sollozo—. Es mi deber como esposa. Pero tú no sabes nada de mí ni

de mi familia.

Guardé silencio para dejar que se desahogara.

—Me casé cuando no tenía ni dieciséis años. Es normal que las mujeres se casen a esa edad. Pero yo no estaba preparada para el matrimonio. Me encantaba leer libros con la ayuda de los tutores, no hablaba mucho con las otras chicas que ya se habían casado sobre lo que pasa después. En resumen, no quería pensar en el matrimonio y en lo que conllevaba, como por ejemplo, el sexo con el marido, esa es la verdad,

Se enjugó las lágrimas, limpiándose la nariz cada poco.

—A los dieciséis años, prácticamente fui vendida a la familia de Polión como si fuese un animal de granja. Lo vi por primera vez solo frente al oficiante y descubrí que tenía quince años más que yo. Si hubiera sido un chico de mi edad, tal vez las cosas se hubieran arreglado, pero él ya estaba entrado en años, era un hombre hecho y derecho, y yo casi una niña.

—Esta es la desgracia de los matrimonios concertados por los padres, que a menudo son poco juiciosos —se me escapó.

—Sí, poco juiciosos y ansiosos por obtener el parentesco con una familia más rica. Y desgraciadamente ese no es el único problema. Has de saber que mi marido siempre ha pensado primero en el ejército. Él es un buen hombre, no es que yo le caiga mal, simplemente no está enamorado de mí. Nunca lo estuvo. Hice caso a mi madre, que decía que a veces el amor llega con el tiempo, pero no es el caso. Al menos para mí no ha sido así. Y para colmo de males, Marco se casó conmigo cuando estaba a punto de partir para venir aquí, y su madre le hizo jurar en la pasarela de la nave que sólo volvería a Roma con un heredero. Este es su drama. Me poseyó muchísimas veces, pero nunca me he quedado embarazada. Esto ha empeorado las cosas entre nosotros, y cuanto más tiempo pasa, más le corroe esa promesa que le hizo a su madre, y ya no sé cómo acabará todo.

A menudo yo había oído historias de familias ricas y nobles que habían roto matrimonios repudiando a jóvenes esposas porque no daban herederos. Naturalmente guardé silencio.

Y fue Fabritia quien continuó:

—Ahora ya no sé qué hacer. No le quiero y él tampoco me quiere a mí. Los dos estamos atrapados en esa promesa que nos hicimos antes de partir. Y me siento mal cada vez que veo a Marco con esa actitud, cuando sé que está pensando en esa historia que nos aleja aún más. No quiero hacerle daño, yo estaría dispuesta a cumplir con mi deber de esposa, pero por más vueltas que le dé...

Empezó a llorar de nuevo y me di cuenta de que era la primera vez en todos los años de matrimonio que le confiaba sus penas a alguien.

—Ya no puedo más —continuó—, sentirme como una yegua a la que el granjero lleva a la yeguada para que la cubran, y el granjero en su fuero interno ya se imagina gastando el dinero que el potro le hará ganar. ¡Yo no soy una bestia!

—Fabritia, ¿sabes que podría ser yo quién te dejara embarazada? Creo que estoy en condiciones en ese sentido.

—Sí, Quintilio, ¡te veo bien dotado desde ese punto de vista! —me respondió tocándome por debajo de las mantas—. Eso significa que si me quedo embarazada te estaré agradecida, y también Marco, que nunca lo sabrá. Pero que sepas que si no me quedo embarazada, no puedo culparte, ¡porque conmigo has hecho todo lo que has podido!

Mientras seguíamos reuniéndonos con cierta regularidad, Hicesio había vuelto a la casa del legado Marco Polión, y de tanto en tanto organizábamos allí algunas reuniones del grupo de mando de la expedición.

En el transcurso de una de estas reuniones, eran ya las nonas de marzo[59], hablamos de la próxima partida, ya que todos los capitanes de puerto estaban de acuerdo en que los vientos del Egeo cambiaban en el equinoccio, que caería en el decimotercer día antes de las calendas de abril[60].

Se decidió partir coincidiendo con el equinoccio; si no había ventiscas u otros signos desfavorables, embarcaríamos por la noche y partiríamos al amanecer.

En el ínterin, los centuriones habían continuado con sus tareas y los informadores les habían puesto al día sobre ese grupo de

oficiales que extrañamente se habían enriquecido en los últimos tiempos.

—Hemos descubierto que todos están destinados en Atenas —dijo el centurión Galerio en una reunión—. Ninguno está destinado en Thessalonica ni en ninguna otra ciudad, y eso en sí mismo es muy sospechoso. Así que si algo va a suceder, sucederá en Atenas.

—Cuéntales la historia del tesoro —le dijo el centurión Marcelo.

—Sí, también nos han contado esa historia. Hemos recopilado información sobre esos rumores de que quizás se había encontrado un tesoro. Esas voces son bastante difíciles de verificar y nuestros informantes, a pesar de haber trabajado en ello, no han encontrado ni confirmaciones ni desmentidos. Al principio parecía un rumor sin fundamento, y sin embargo, estamos recopilando elementos que no carecen de cierta coherencia. Algunos opinan que no puede ser la plata de la corona de Macedonia. De hecho, Filipo II guardaba su tesoro celosamente en Pela, la capital de su reino, no muy lejos de aquí. Podría tratarse, en cambio, de plata llevada al Attica para comprar a los partidarios de la Liga de Corinto.

Todos miramos al centurión porque habíamos perdido el hilo de la historia; no conocíamos tan a fondo la historia de Macedonia.

Hicesio levantó la mano con el dedo índice bien tieso, pidiendo la palabra.

—Si me lo permitís, os lo explicaré yo. Filipo II, rey de Macedonia, se convirtió en cabecilla de una defensa audaz contra los persas reuniendo a todos los pueblos de Macedonia y Grecia. Era el año 417 desde la fundación de Roma[61], hace casi trescientos años, y el tesoro del que habla el centurión fue enviado a Atenas para persuadir a los últimos comandantes de las ciudades-estado a unirse a la alianza. Esparta no se unió, y puede que ese tesoro fuera destinado precisamente a esa ciudad para convencerla a entrar en la Liga de Corinto, que era el nombre de la alianza. Evidentemente, no hay pruebas de que las cosas hayan sucedido así. Son leyendas que escuché cuando era niño, y las leyendas nunca mueren… Una leyenda no puede ser desmentida, precisamente porque es una leyenda; de lo contrario, sería historia. Incluso sobre esto habría que

discutir, porque la misma historia debería considerarse caso por caso…

—El griego lo ha explicado con un poco de florituras, a su manera —lo interrumpió Galerio agitando la mano come si estuviera espantando unas inexistentes moscas—, pero básicamente es así. Se sabe con certeza que Filipo II intentó por todos los medios convencer a Esparta, ¡y fracasó!

—¡Esta sí que es buena! Estamos aquí discutiendo de tesoros de hace trescientos años —exclamé yo cándidamente.

—Puede —continuó Galerio, agitando una hoja de papiro—, ¡pero esta lista de oficiales que se han enriquecido como Creso es de hoy!

Le pregunté a Galerio si podía echar un vistazo a la lista, sólo para comprobar si había oído hablar alguna vez de alguno de esos nombres.

El centurión me la entregó y leí una cuarentena de nombres con sus respectivos rangos. No conocía a nadie, sólo el nombre de algunas familias no me resultaba del todo novedoso.

Hicesio se estiró para leer y yo puse la hoja entre los dos. Quizá fuera más probable que él, con toda la gente que había conocido gracias al arquitecto Sextilio, conociera a alguno.

Vi que se agarrotaba y se ponía blanco mientras leía, y la vena que le recorría la sien empezó a palpitar más intensamente.

Sin duda había identificado a alguien que conocía bien, pero no quería demostrarlo.

Durante los días siguientes seguí viendo a Fabritia a escondidas, y traté de cumplir con ella lo mejor que pude. Y ella tampoco bromeaba.

De vez en cuando razonaba para mis adentros si fuera posible desaparecer con esta mujer bajo un nombre falso. Con la ayuda de Hicesio habríamos podido hacer nuevos documentos difíciles de descubrir.

Pero, ¿habríamos sido capaces de mantener semejante farsa durante años o durante toda la vida? ¿Y habría sido yo capaz de negarme a mí mismo la posibilidad de volver a ver a mis padres y

regresar a mi hogar en Langaranus, y al mismo tiempo, imponerle lo mismo a ella?

¿Y ella habría renunciado a una vida con el heredero de una familia rica para huir con un agrimensor sin blanca que iba a tener que cambiar de nombre y de trabajo?

Eran preguntas sin respuesta. Si hubiéramos estado en una zona de guerra, el legado Polión tal vez habría caído en combate, dejándome libre en el campo.

Pero no había nada más alejado de Thessalonica que una guerra.

Desafortunadamente, cuanto más cerca estaba de ella, más disfrutaba hablando con Fabritia, al menos tanto como con los placeres del sexo, y ella me correspondía.

Un día, mientras me preparaba para otra reunión clandestina, Hicesio se me acercó de manera sospechosa:

—Quintilio, te necesitaría hoy para dar una vuelta por Thessalonica. Tengo que ver a unas personas, y me gustaría que estuvieras presente.

—Griego —le respondí—, hoy precisamente no puedo, ya tengo un compromiso al que no puedo faltar…

—Quintilio, ¡eres igual que un libro abierto! —me interrumpió—. Mira que será mejor que hoy me acompañes, es la antigua festividad de los *Mamuralia* [62], durante la cual hay que cambiar de planes si no se quiere incurrir en la ira de los dioses, y tampoco en la de los hombres.

—Hicesio, ¡si tienes algo que decirme, habla claro!

—No tengo nada que decirte, Quintilio, sólo te he pedido que vengas conmigo.

—Hicesio, ¡sabes algo y no me lo quieres decir!

—No, no sé nada a ciencia cierta, pero tengo la impresión de que hoy podrías meterte en un buen lío, y por tu bien y el de la misión es mejor que hoy estemos juntos.

El griego no quiso decirme nada más. Tal vez había captado algo; yo había estado muy atento a los criados, pero él que me conocía bien, seguramente, podría haber distinguido señales en mi comportamiento que le habían hecho pensar.

O tal vez alguien había estado espiando, quizás un criado que se había percatado casualmente de algo.

Incapaz de sonsacarle nada más, tuve que hacerle una señal a Fabritia para que ese día también fuera a las Termas, pero esta vez para bañarse allí.

Y yo permanecí tostándome inútilmente al sol todo el día en Thessalonica con Hicesio.

Ni siquiera podía decir lo que habíamos visto, o lo que habíamos comido, mientras que podría perfectamente haber descrito cada detalle de lo que me había perdido.

Faltaban cinco días para el equinoccio, el decimotercer día antes de las calendas de abril[63], y para nuestra partida.

XVII. Attica

Por las buenas, sin decirme nunca lo que sabía, Hicesio logró que no fuera a ninguna otra cita clandestina con Fabritia antes de la partida.

Yo estaba desesperado, me hubiera gustado discutir con ella nuestra situación, pero no podía hacerlo sin que hubiera extraños de por medio.

En la villa la gente pensaba que yo había enfermado, o al menos me encontraba a punto de enfermar. Mi mal humor, falta de apetito y comportamiento imprevisible hacían pensar en alguna afección, y un siervo se ofreció, ingenuamente, a conseguirme ciertas hierbas laxantes con las que, según él, era posible evacuar los intestinos "aunque uno hubiera comido culebras"; esas habían sido sus palabras.

Fabritia también buscaba cualquier excusa para hablar conmigo, pero en la villa eso no era posible y yo tenía que hacerme una idea de lo que pasaba por su mente captando una frase aquí y otra allá, como si se hubiera tratado de simples bromas cuando nos encontrábamos en el jardín o en el peristilo. Por las noches, en la mesa, en presencia de su marido Marco Polión intentaba mantenerme de lo más impasible y, afortunadamente, Hicesio acudía en ayuda de la conversación con sus extravagantes discursos de erudito.

Aquellos pocos días transcurrieron entre sufrimientos. Me pareció, por pequeños indicios, que Fabritia se recuperaba de la difícil situación mejor que yo. Ella también había llegado a la conclusión de que la aventura debía acabar, no habría sido admisible que la descubrieran de forma flagrante.

Tuve la impresión de que intentaba recuperar su lugar en la familia, lo que no le daba margen de fuga con un chisgarabís como yo, que la habría obligado a renunciar a su posición en la sociedad.

Pero, por otra parte, ¿qué podría haberle ofrecido yo? ¿Una vida escondida en el anonimato en los montes de los Apeninos? ¿Yo

cuidando un huerto y ella recogiendo huevos? Algo así nunca hubiera funcionado.

Aquellos larguísimos días de dolor pasaron y llegó el decimocuarto día antes de las calendas de abril[64].

El tiempo había sido favorable, las temperaturas se habían templado y durante la noche embarcaríamos en el puerto de Thessalonica con rumbo al Attica.

Esa noche, la cena con Marco Polión y Fabritia Secunda fue verdaderamente difícil. Intenté comer algo aunque no lograba ingerirlo; nunca podría hacerlo con Fabritia al otro lado de la mesa, delante de mí, tan hermosa y lejana. No escuché mucho de lo que se habló aquella noche. Y no recuerdo nada. Sólo algunas miradas en blanco de Fabritia. Capté una perorata de Hicesio sobre cómo me estaba preocupando demasiado por nuestra misión.

Nos despedimos enseguida después de cenar, le di mi brazo a Marco Polión agradeciéndole su hospitalidad, y un casto beso en la mejilla a Fabritia.

Esa noche no dormí, me habría dado de cabezazos contra la pared. Durante la cuarta víspera[65], oí el carruaje que venía a recogernos. Nuestro equipaje estaba listo, era hora de despedirnos y no volver nunca más por allí. En el puerto encontramos a nuestros adormilados legionarios y comenzamos a cargar el equipaje de campaña, que ocupaba dos carros, y a tomar nuestros puestos en la maltrecha barcaza que nos llevaría a Lavrios.

Mientras se completaba el embarque y los marineros estibaban nuestro equipo junto con los fardos de heno que debían entregarse en algún otro lugar, yo estaba de un humor negro.

En cuanto empezó a despuntar el alba, el capitán, un griego corpulento de barba canosa, dio las órdenes y empezamos a movernos lentamente desde el embarcadero.

Nos habíamos alejado una veintena de pasos de la orilla cuando vi al legado Polión y a su bella esposa en el muelle: habían venido a despedirse por última vez.

Ese gesto me conmovió y posiblemente se me escapó alguna lagrimilla.

Cuando Polión levantó el brazo en señal de saludo, la bella Fabritia agitó un pañuelo blanco.

Ella se había inventado aquella señal en la villa: si hubiera agitado un pañuelo rojo habría significado que su ciclo mensual había llegado.

Y agitó el pañuelo blanco durante mucho tiempo, para asegurarse de que yo lo veía bien.

Fabritia, tal vez gracias a mí, había logrado el embarazo que podría mejorar su matrimonio y garantizarle una vida más apacible.

Así que me fui con una gran pena en el corazón, consolado sólo en parte por el pensamiento de que quizás había dejado aquí una chispa de vida, y tarde o temprano podría volver para ver si había un niño que se pareciera a mí.

Absorto en esos pensamientos y cuando ya no se podía distinguir a la gente en tierra, descubrí a mi lado a Hicesio.

—Sabes, Quintilio, he estado dándole vueltas a la frase de aquel filósofo bizarro por el que cada tanto me preguntas —me dijo—. Juraría haberla leído en algún sitio, no sé dónde. Sigo pensando y pensando en ella, y ya verás como un día de estos me acuerdo de dónde viene.

Le hubiera matado.

Sólo tuve fuerzas para preguntarle, mirándole con mala cara:

—Griego, nunca me has dicho si sabes nadar.

Comprendió que el ambiente estaba cargado y se alejó, mientras yo me fui a buscar un lugar en la bodega, al abrigo del viento.

La bodega de la barcaza era el lugar elegido para recibir el último castigo que sin duda había merecido por mi censurable conducta. El hedor de las aguas residuales, excrementos y orina cortaba la respiración. La tripulación y los pasajeros, para no congelarse con el frío viento y arriesgarse a caer por la borda, defecaban y orinaban en la bodega. Las aguas residuales acababan bajo el entablado, en la sentina, donde también se filtraba algo de agua de mar a través del entablonado. Que se supiera, nadie se había encargado jamás de drenar ese líquido pútrido que permanecía allí, contribuyendo probablemente al envejecimiento de la madera. La alternativa a

refugiarse en la apestosa bodega era quedarse en cubierta pasando frío.

Tal vez la vida en el mar estuviera hecha para aquellos que no eran muy susceptibles a aquellas miasmas.

Emprendimos rumbo hacia el mediodía y en pocas horas Thessalonica se hizo invisible a nuestras espaldas, mientras en mi mente seguía viendo la figura que agitaba el pañuelo blanco.

Me hice una cama entre los fardos de heno e intenté conciliar el sueño cubriéndome con mi capa. A estas alturas, el sueño sería el único lugar donde podría volver a ver a la bella Fabritia.

El capitán conocía su oficio y como la totalidad de la embarcación había sido alquilada para nuestra expedición, tenía prisa por deshacerse de nosotros; hizo que le dieran el relevo al timonel y a los hombres de las velas para que navegásemos durante unas horas incluso después del ocaso, mientras la tierra a estribor permaneciese visible. Nuestro rumbo se mantenía constantemente a dos o tres millas de la costa; sólo echábamos el ancla cuando faltaba visibilidad y el piloto no tenía ningún punto de referencia.

Atravesamos tramos de mar con olas de bastante altura y crestas con algo de espuma blanca, pero los dioses fueron benignos y no quisieron que, al menos por aquella ocasión, fuéramos a pique.

No pude evitar pensar que se me negaba la dulce muerte entre las olas porque otros tormentos, mucho más dolorosos, se preparaban para mí. Y en ese instante comprendí plenamente el significado de la frase de Plauto, y supe cómo el dolor podía ser compañero del placer.

Al cabo de seis días avistamos Lavrios, y en la mañana del séptimo día, antes de las calendas de abril[66], atracamos en un destartalado embarcadero de madera y empezamos a descargar nuestro equipo.

Los centuriones actuaron rápidamente y fueron en busca de unos asnos para el transporte de los bultos con nuestras tiendas y unas horas más tarde, junto con los legionarios que también habían

preparado los bastos para cargar a sus espaldas todo el equipaje posible, nos pusimos en marcha.

En el puerto no vimos nada que hiciera pensar en alguna actividad relacionada con la minería. Ni movimiento de mercancías, ni gente por los alrededores. Sólo gallinas y algún perro calentándose al sol frente a las casas en un día de finales de marzo.

El herrero Higinio, que conocía bien la zona, nos guio. Tuvimos que caminar cinco millas por un sendero irregular que nos llevó por entre unas lomas bajas antes de adentrarnos en el interior.

Pasamos junto a la zona minera pero los hombres, habiendo recibido instrucciones de no mostrar curiosidad alguna, no volvieron la cabeza ni a derecha ni a izquierda. Tampoco despertamos ningún interés en los pastores con los que nos cruzamos.

A pesar de ello, con el rabillo del ojo me percaté de que salía humo de la zona de la mina y noté la presencia a intervalos regulares de torres de vigilancia como las que se suelen ver en las zonas fronterizas: construcciones hechas con postes que forman una estructura de diez o quince pies de altura, y que sostienen una pequeña protección desde la que un guardia puede observar mejor lo que ocurre a su alrededor.

Durante la corta marcha me alegró comprobar que el griego Hicesio, que caminaba a mi lado, se había recuperado casi por completo del desafortunado accidente del año anterior, en el que casi le habían seccionado los músculos del muslo. Podía caminar con una apariencia de normalidad; sólo en la última milla le pidió a un soldado que le cortara una rama para usarla como bastón.

El sol se estaba poniendo cuando, basándonos en los incompletos mapas que teníamos, llegamos al lugar acordado para preparar nuestro primer campamento.

Los centuriones dieron la orden de detenernos y montar un campamento improvisado mientras esperábamos la luz del día para decidir algo más preciso.

Galerio nos reunió:

—Prestadme atención: a partir de ahora será el centurión Marcelo, con la ayuda del *optio* Marcio, quien mande en el campamento. Yo ya me he quitado las insignias del rango y me

mezclaré con los legionarios para tener más libertad de acción. Para evitar preguntas embarazosas en caso de que alguien se acerque por aquí, prepararemos las cosas de modo que Hicesio, a quien daremos una apariencia militar con un banderín de prefecto en su tienda, se haga pasar por tesorero y prefecto del campamento.

Todos nos echamos a reír ante este ascenso, salvo el interesado, que no le veía la gracia a ser elegido prefecto sin el ceremonial correspondiente.

—Ciertamente en la historia de Roma ha habido peores prefectos que yo —fue lo único que dijo, y le dejamos en paz porque sabíamos que no iba a ser posible bromear con él.

Comimos algo de cecina y concertamos los turnos de guardia, luego dormimos mal cubiertos con las lonas enceradas de las tiendas que aún no se habían levantado.

XVIII.

A la mañana siguiente, el *optio* Marcio marchó con un legionario en busca del agua necesaria para la unidad; otros fueron en busca de algún refugio de pastores para ver si sus habitantes estaban dispuestos a vendernos algo de comer.

Galerio y yo hicimos la primera batida por la zona, mientras el centurión Marcelo se encargaba de organizar los turnos de guardia, que en realidad no eran más que turnos para observar lo que ocurría en la cercana colina de las minas.

A la hora sexta, Galerio y yo ya habíamos dado una interesante vuelta por los alrededores y teníamos las ideas bastante claras.

La zona donde íbamos a trabajar tenía ondulaciones en el terreno, colinas bajas de pobre vegetación y muchas piedras y afloramientos rocosos. Quedaba totalmente fuera de la vista de las torres de vigilancia de la mina y de los caminos que utilizaban los guardas en sus rondas de inspección.

Observamos que salían humos de la mina, seguramente de las operaciones de combustión de la escoria del mineral. Nos percatamos de que las emanaciones que de vez en cuando llegaban hasta nosotros eran molestas, tenían un olor extraño que incluso se percibía en el paladar como algo desagradable.

Nuestra falsa centuriación abarcaría una zona de erial pedregoso, entre colinas bajas con escasa vegetación, en ocasiones jalonada con algún que otro arbusto. Tenía aproximadamente una milla de ancho y algo más de tres de largo. Yo habría intentado que cupieran en ella una decena de centurias; en teoría, una *limitatio* adecuada para albergar a una ochentena de veteranos o colonos con sus familias y sirvientes, es decir, entre doscientas y trescientas personas. El lugar nunca habría podido alimentar a tanta gente, pero la farsa se sostendría durante un tiempo.

La zona de centuriación estaba alineada con la ladera de una árida vaguada de unos cuatrocientos pasos de ancho, más allá de la

cual se extendían las lomas calizas de la zona minera, aquellas de las que en la antigüedad se extraía el mineral.

En el punto más cercano, la centuriación estaría a unos cuatrocientos pasos de la zona minera.

Sólo había un detalle, nada desdeñable, del que no nos habían informado. Se lo comenté a Galerio mientras hacíamos una parada para comer carne seca.

—Galerio, ¡No nos habían dicho que las minas están ubicadas en terreno elevado! Respecto a donde nos encontramos ahora, están en esa colina al otro lado de esta árida vaguada, ¡quizás a quinientos pies más de altura que nosotros! Desde donde nos encontramos, sólo podemos estudiar y medir la parte de la colina que mira hacia nosotros, y las lomas pequeñas de tierra de desecho que vemos desde aquí. Si nos hubiéramos situado a más altitud que ellos todo habría sido más fácil porque habríamos visto mucho más.

—Entiendo lo que quieres decir. Es como si nosotros fuéramos los sitiadores, y ellos los que estuvieran encaramados ahí arriba, y esto en realidad no estaba previsto. ¿Y cuáles serían los montículos de tierra a medir?

—Creo que son los que no tienen vegetación. ¿Ves cómo son diferentes del resto? ¿Esos montículos de tierra gris o negruzca en los que no crece nada? Seguramente también hay otros montículos de material de desecho, pero deben ser mucho más antiguos; en ellos la escasa vegetación local ha arraigado con el tiempo, y ahora se confunden con el resto del panorama.

—¿Seguiremos siendo capaces de dar respuestas al Mando?

—No lo sé. También hay otra cuestión: aquí no hay vegetación, la zona ha sido completamente arrasada durante décadas, o tal vez siglos. Incluso la hierba para pastar me parece muy escasa. No tenemos ninguna posibilidad de hacer mamparas con ramas tras las que escondernos. Aquí no hay nada, la zona está pelada. ¡Nos verán desde sus torretas como a una mosca en una taza de leche!

—Sí, ése también es un asunto serio. Tenemos que pensar en algo diferente.

Vimos en aquel preciso instante, al otro lado de la vaguada, a un par de centinelas que hacían una ronda de inspección caminando

por un caminito que blanqueaba entre la escasa hierba seca. Evidentemente se trataba de un recorrido que revisaban a menudo.

Volvimos al campamento bastante intranquilos.

Los legionarios ya habían adelantado mucho trabajo en el campamento. Habían encontrado un viejo pozo abandonado cerca de una choza derrumbada, y un legionario descolgado con una cuerda lo estaba limpiando. Todavía estaba en el fondo del pozo donde con la ayuda de la *dolabra*[67] cargaba cestas con tierra y piedras para despejar la fina vena de agua. Otros dos legionarios recogían la cesta cada tanto para vaciarla. El agua para el campamento estaría garantizada.

Nuestras seis tiendas ya habían sido montadas en una zona plana; se había trazado con piedras un cardo y un decumano, y algunos legionarios preparaban una mísera canaleta alrededor del campamento en cuyo interior pondríamos una barrera de estacas, si es que alguna vez encontrábamos alguna.

En el lateral de una tienda brillaba el banderín del prefecto del campamento.

Parecía un campamento en miniatura, un campamento para un diminuto destacamento de avanzadilla. Cualquiera que se hubiera fijado en él, desde lo alto de la colina cercana donde se encontraban las minas, no habría dudado en reconocerlo.

Nuestros centinelas estaban instalados según los turnos de guardia y empezaban a familiarizarse con los cambios de los guardas de la mina que se veían en la colina de enfrente. Por la noche nos encontramos comiendo frente a una pequeña fogata en la que ardía algo de maleza, así que nos retiramos a preparar los planos de nuestro trabajo.

Yo me instalé en la tienda con Hicesio y a la tenue luz de una lámpara empecé a dibujar.

Al día siguiente, a la hora sexta, en la tienda del "prefecto" el proyecto de la falsa centuriación ya estaba preparado. Me había visto obligado a trabajar en una diminuta mesa desmontable que habíamos traído junto con las tiendas. Había tomado algunas notas durante la inspección con el centurión Galerio, y me había limitado a

volver a dibujar todo en forma de mapa insertando los diez cuadrados de las centurias, cada una de cuatrocientos ochenta pasos[68] de lado.

El remedo de *limitatio* era algo sin pretensiones: dos tiras contiguas de cinco centurias cada una, con un cardo y un decumano.

El diseño se enriquecía con algunos añadidos en tinta de color y se transformaba en algo presentable para cualquiera que lo viese.

Era un proyecto de fácil realización: para nuestros fines habría bastado con hacer alineaciones de piedras de tonos claros, que pudieran verse desde las atalayas de la loma de enfrente, sólo para dar la idea de una división del agro.

A los pocos días, con cuatro legionarios armados con garrotes y piquetes, empezamos a marcar las líneas. Yo me situaba con la groma y un ayudante hacía las señales con una banderola a los hombres a lo largo de la alineación para que se desplazaran a derecha o a izquierda y plantaran los piquetes. Luego preparamos las cuerdas con nudos, cordeles anudados y enrollados en una tabla, y envié a los hombres a marcar los vértices y los lados, que debían ser de cuatrocientos ochenta pasos.

El herrero Higinio elegía piedras grandes que pudieran ser movidas por dos hombres, las hacía colocar en el lugar idóneo, y luego con un mazo y un cincel marcaba una cruz en ellas, para que sirvieran de *decussis*.

Cuatro días más tarde, mandé colocar las piedras de tonos claros a lo largo de las alineaciones, para que el patrón de nuestro trabajo fuera visible desde las torres de vigilancia de la mina.

Y ese mismo día, se presentó en el campamento un oficial de la mina con cuatro legionarios de escolta. Parecía una visita de cortesía entre colegas, pero había venido a ver qué estábamos armando y si teníamos todos nuestros documentos en regla.

El centurión Marcelo, mientras mandaba avisar al "prefecto", le hizo pasar a la tienda y le mostró las órdenes preparadas por el Mando del cuerpo de Ingenieros de Thessalonica, en las que se le pedía que preparara, en el menor tiempo posible, una pequeña *limitatio* para alojar a unos ochenta colonos y veteranos.

El legado que se había presentado en nuestro campamento se llamaba Tácito: tomó nota del nombre del oficial que había firmado las órdenes y del tamaño de nuestra sección, y después me llamaron para que explicara brevemente el proyecto.

—Legado, lo primero, quiero que sepas que nos vimos obligados a venir aquí de manera precipitada, y con la primera embarcación disponible —comencé a explicarle. Se trataba de una comedia que ya habíamos preparado detalladamente—. Estaba ocupado en otros trabajos mucho más importantes, y tuve que venir a toda prisa porque un general, en un ataque de euforia, prometió unos terrenos a unos auxiliares que se habían alistado aquí, en Grecia. No puedo decirte exactamente qué gloriosa hazaña han cometido estos auxiliares, pero a mí me dieron la orden y la unidad la cumplirá con la máxima celeridad.

—Desde luego el lugar no es nada alegre —respondió sonriente el legado—. ¡Me pica la curiosidad por saber qué van a hacer aquí!

—En primer lugar comprobamos que había agua y, para averiguarlo, restauramos un viejo pozo abandonado. Esto es lo primero que debe interesar a los veteranos. Si tienen agua seguro que no morirán de hambre y de sed, ¡pero tengo la impresión de que no se harán ricos!

—Eso está claro. ¡Los pastores que antes estaban aquí se fueron porque estaban hartos de vivir en la miseria!

—Y tú, legado Tácito, ¿qué haces en estas yermas colinas? —le preguntó el centurión.

—Dirijo una pequeña unidad que tiene órdenes de vigilar la mina de plata. Tengo unos cuantos hombres con los que realizo el habitual servicio de guardia. Es una zona tranquila, de vez en cuando algún esclavo intenta escapar, nada del otro mundo.

Marcelo le dijo que aún no podíamos ofrecerle un almuerzo en condiciones, pero que pronto podríamos invitarlo; por último lo condujo hasta el "prefecto" Hicesio.

El griego, vestido con una elegante túnica de vivos colores, fingió salir por un momento de las cuentas del campamento y se hicieron las presentaciones. Al legado no le sorprendió saber que el prefecto era originario de Macedonia, muchos oficiales de la provincia

ocupaban puestos no muy solicitados por los romanos, y tras unas pocas palabras los temas de conversación se agotaron.

El legado, luego de saludar al "prefecto", le preguntó:

—¿Cuánto tiempo pensáis permanecer aquí?

—Si el tiempo nos favorece y no llueve —le respondió un preparadísimo Hicesio—, en dos meses, como máximo, terminaremos todo y volveremos a Thessalonica.

El oficial y su escolta se marcharon, y tuve la impresión de que la inspección había terminado bien. El legado había visto a un agrimensor trabajando, a un desganado prefecto griego y a legionarios del cuerpo de Ingenieros, mugrientos a causa de la tierra y ataviados de manera informal. Exactamente lo que tenía que ver. ¡Nada estaba más lejos que nuestro campamento de la imagen de eficiencia típica del ejército romano!

Por la noche nos reunimos para hacer balance de la situación.

—El trabajo de la *limitatio* está bien encaminado —dije—. Incluso si otro agrimensor estuviera aquí, no tendría nada que decir. El problema es que todavía no podemos empezar a colocar la groma e iniciar las medidas de esos montículos de escorias.

—Cierto, Quintilio —me respondió Galerio—, pronto nos pondremos a ello. Marcelo, ¿qué te han parecido los guardias de la mina?

—Llevamos una semana controlándolos atentamente. Hacen tres turnos de guardia, así que la zona está vigilada incluso durante la noche. Tomamos nota de los senderos que utilizan y de cuándo suben a esas torres de vigilancia. De las pocas palabras que recogimos en el puerto cuando llegamos, debe haber un centenar de esclavos, una docena de vigilantes y un cuerpo de guardia compuesto por una veintena de legionarios. Haciendo cálculos, nuestra superioridad numérica es abrumadora, considerando dos de ellos por cada uno de nosotros.

Miré sorprendido al centurión Marcelo: ¿consideraba paritario un enfrentamiento de dos hombres del enemigo contra uno de los suyos?

Él se percató de mi perplejidad:

—Quintilio, los de allí son soldados habituados a sestear, nosotros no. Luego está el factor sorpresa. Por si fuera poco, todos nosotros, nuestra tropa de exploradores, estamos acostumbrados a ir de noche más allá de las líneas para asesinar centinelas, ¡no para hacer turnos de guardia con esclavos!

Galerio nos interrumpió:

—¿Y la visita de hoy? ¿Cuánto tiempo crees que tardará el legado en presentarse en Atenas, y cuánto tiempo tendremos antes de que vengan otros a visitarnos?

—Ese legado ahora está pensando en base a los dos meses de trabajo que le he dicho. Y sólo ha visto legionarios del cuerpo de Ingenieros cubiertos de tierra. Así que por el momento no está alarmado.

—Habrá que ver cómo se lo toman sus superiores en Atenas. Y habrá que tener cuidado si aparecen caras nuevas. Consideremos ahora el problema de cómo iniciar las medidas. ¿Quintilio?

—Yo creo que la groma y los observadores no se pueden ocultar. El falso llano donde estuvimos juntos hace unos días, que es el lugar más adecuado para hacer mediciones, está completamente al descubierto. No hay ningún lugar adecuado para esconder nada. La única posibilidad que nos queda es realizar nuestras mediciones a través de la ventanita de una tienda. Desde quinientos pasos, no es posible que vean lo que ocurre dentro de una tienda de campaña.

—¿Crees que deberíamos trasladar todo el campamento?

—Sería la mejor solución —asentí.

Y tomó la palabra el centurión Marcelo:

—Podemos hacerlo. Si nos preguntan por qué nos trasladamos, diremos que un animal se cayó en el pozo y nos contaminó el agua, por lo que hemos preferido trasladarnos con todo el campamento. Ya hemos empleado esta treta antes.

—Bien. Mañana la primera operación será enviar a dos hombres a buscar un pozo próximo al falso llano que Quintilio ha indicado.

XIX.

Al cabo de cinco días se encontró otro pozo abandonado a un cuarto de milla del nuevo campamento; hubo que quemar un inmenso zarzal que se había formado en la boca y, como la cubierta de rocas en gran parte se había derrumbado, también hubo que excavar para sacar agua potable. Como en el del pozo anterior, en este también había muy poca agua, que se alteraba lentamente tras la extracción.

Para nosotros comenzó la vida habitual en los campamentos del cuerpo de Ingenieros.

El herrero Higinio, que sabía griego, iba cada dos o tres días junto con Galerio, ambos bajo la apariencia de simples legionarios, al pequeño puerto de Lavrios con un par de asnos para comprar artículos de primera necesidad para el campamento.

El objetivo principal era vigilar durante unas horas el movimiento en el pequeño puerto y charlar en la pequeña *popina* que había a la altura del embarcadero para recabar información. De las charlas, los dos reconstruyeron que el barco del *collegium*, el que traía provisiones para toda la gente de la mina, llegaba cada quince días, mientras que la llegada de las naves que traían la madera necesaria para fundir el mineral en los hornos era totalmente aleatoria, pero aun así había un arribo al menos una vez a la semana.

En los idus de abril[69], cuando ya habían transcurrido veintidós días desde nuestro asentamiento en Lavrios, empecé a realizar las primeras mediciones de los escoriales con la groma.

La operación inicial consistía en establecer la distancia exacta entre los montículos que estaban al otro lado de la vaguada, la groma y mi punto de referencia.

Pude medir exactamente esa distancia utilizando como punto de mira un detalle blanquecino que destacaba entre la escoria, una mota de cenizas o un afloramiento rocoso, y haciendo un dibujo geométrico.

El método consistía en trazar en el suelo dos grandes triángulos imaginarios plantando estacas en los vértices, y uno de estos triángulos tenía el último vértice, inalcanzable, al otro lado del valle, sobre los escoriales. La mancha blanca, de hecho.

Era una construcción geométrica sencillísima, conocida desde hacía siglos[70], y que se utilizaba para establecer distancias de objetos que se encontraban, por ejemplo, al otro lado de un río.

Cuatro legionarios me asistían desplazándose por el agro con mazas y estacas, que iban plantando según las señales que les transmitíamos utilizando el código de la artillería[71]. Para ello, empleamos a los soldados que nos acompañaban y que podían actuar como "repetidores".

Al final, bastó con ir a medir sobre el terreno la distancia entre las estacas que se habían colocado durante las mediciones, y pudimos obtener exactamente la distancia entre nuestra posición y los escoriales del otro lado de la vaguada.

Así concluyó la primera fase.

Hicesio, que junto a mí controlaba cada paso, estableció que esta distancia era de seiscientos sesenta pasos.

A continuación pasamos a la segunda fase.

Envié un par de legionarios al agro de nuestra *limitatio*, para que hincaran un par de piquetes a seiscientos sesenta pasos de la groma, y tendieran una cuerda del uno al otro.

Esto se hizo en perfecta oposición a los escoriales de la mina, que permanecían a la vista más allá de la tienda en la que se ocultaba la groma. A partir de ese momento empezamos a trabajar ocultos dentro de la tienda. Hice varios ensayos observando los detalles de los escoriales a través de la ventanita recortada en la lona, y reproduciendo su posición en el agro que teníamos detrás; Hicesio me ayudaba anotando todas las operaciones para que no se nos pasara ningún paso y sólo avanzábamos cuando terminábamos el ensayo anterior.

A la hora sexta del día siguiente, satisfechos con las pruebas preliminares, empezamos a tomar las primeras medidas reales de los distintos montículos.

Yo miraba a través de los hilos de la groma, apuntando primero al extremo más alejado de un montón situado al otro lado de la vaguada, luego rodeaba la groma, teniendo mucho cuidado de no chocar con ella, y mirando en la dirección opuesta, hacía que los ayudantes en el agro de nuestra *limitatio* plantaran las estacas correspondientes en mi línea de visión.

Mis ayudantes permanecían siempre a una distancia de seiscientos sesenta pasos de la groma, moviéndose con los piquetes a lo largo de la cuerda que se había tendido de antemano. Al poco tiempo se produjo una considerable aglomeración de piquetes y tuvimos que numerarlos a medida que se iban plantando, mientras Hicesio los anotaba en un mapa preparado a tal efecto.

A pesar de que había montado en la groma unas plomadas hechas con crines de caballo muy finas, y para mejorar la precisión realizaba mis observaciones a través de un agujerito practicado en una moneda para que sirviera de diafragma, la operación empezó a ser bastante difícil.

Bastaban las sacudidas del aire caliente que se desprendía del suelo para que la visión se volviera inestable y se desviara el punto de mira.

Hicimos varias pruebas y sólo conseguimos cierta mejora cuando sumergimos las cinco plomadas que caían de la groma en cántaros llenos de aceite que reducían sus oscilaciones.

Las mediciones no dejaron de resultar sumamente inciertas hasta el final de la tarde, cuando a medida que la temperatura iba disminuyendo, el fenómeno de la oscilación del aire caliente se redujo, lo que nos permitió realizar varias mediciones más precisas.

Reanudamos las mediciones a la mañana siguiente, interrumpiéndolas cuando el sol empezaba a calentar el suelo provocando el temblor del aire, y reanudándolas por la tarde, después de la hora décima[72].

El tiempo siguió siendo favorable y continuamos las operaciones durante otros dos días.

Finalmente, organizamos una reunión entre todos los miembros del grupo de mando porque habíamos tomado nota de algunas cosas que había que discutir.

—Sólo estamos midiendo un lado de los escoriales —les expliqué a los centuriones—, y sólo de los montículos visibles en la ladera de la colina que mira hacia nosotros. No sabemos nada de lo que hay detrás. Y puesto que estamos ligeramente por debajo en altitud, el nuestro es un punto de vista en desventaja similar al de los sitiadores, como ya señaló Galerio. Nos faltan demasiadas medidas. Tendremos que meternos entre los escoriales con cuerdas con nudos. Y no bastará con eso, con tomar unas cuantas medidas por la noche. Lo que aún nos queda por hacer es realizar una representación de toda la zona, porque los que irán a tomar medidas por la noche no verán exactamente lo que están midiendo, ¡y no podrán explicárnoslo!

Me miraron perplejos porque aún no les quedaba claro cuáles eran mis necesidades.

—Tenemos que ir allí durante el día —expliqué—, con cualquier pretexto, dar una vuelta por la mina y hacer un croquis o dibujo de la misma.

—Quintilio, eso es exactamente lo que nos dijeron que no hiciéramos. Pero aunque quisieras pasar por alto las órdenes recibidas, ¿cómo lo harías? ¿Vas a conseguir que te inviten a comer? —inquirió Galerio.

Al final, la discusión se enredó en inútiles recriminaciones porque acabábamos de darnos cuenta de que no sería posible lograr el resultado que nos habían pedido en el Mando manteniendo tanto la confidencialidad de la misión como la distancia con los guardias de la mina y sus torres de vigilancia.

Mientras discutíamos sin sacar nada en claro, Hicesio alzó la mano mostrando el dedo índice.

—Tal vez haya una manera. Para ser creíble, sin embargo, tendría que ser algo preparado sólo por legionarios de menor nivel.

El centurión le hizo señas para que continuara.

—Estamos en los días de las Cerealias, y es sabido que en muchos lugares se celebran competiciones atléticas. Un par de nuestros legionarios podrían desafiar a los guardias de la mina.

—¿Y a qué les retamos? ¿A ver quién es capaz de beber más vino picado? —preguntó sarcástico Galerio.

—No centurión, tienes dos buenos púgiles. Durante el viaje por mar a Apolonia no hicieron otra cosa que practicar el pugilato en la cubierta de la nave. Ningún legionario puede resistirse a un desafío de pugilato. Nuestros púgiles seguramente entrarán a la zona de la mina porque sus guardias no podrán abandonar la vigilancia. Junto a los púgiles, podríamos meter a cuatro o cinco legionarios para ver el combate, incluido nuestro Galerio, y una vez dentro tendrá la oportunidad de observar algo más de lo que vemos desde aquí.

Permanecimos en silencio, escépticos ante el ardid del griego, hasta que Galerio observó:

—Bastaría con convencer a uno de los guardias para que nos dejara echar un vistazo, durante unos instantes, a nuestro campamento desde lo alto del escorial. ¡Para acceder a esas colinas hay que cruzar toda la zona de escoriales!

A última hora de la tarde, el herrero Higinio fue enviado a Lavrios para hacer correr la voz de que buscábamos un par de contrincantes para nuestros púgiles con motivo de las festividades de las Cerealias.

El desafío debía concluirse en un par de días como máximo, porque entonces, según insinuó Higinio, el prefecto del campamento pondría a todos de nuevo a trabajar.

Higinio pinchó astutamente el orgullo de toda la guarnición de la mina, los únicos que podían presentar contrincantes, jactándose de que en el campamento del cuerpo teníamos dos púgiles invencibles, aunque no de profesión, y que el combate sólo se había organizado para que los legionarios del cuerpo se ganaran un dinero fácil con las apuestas, ya que el resultado de nuestra victoria estaba, bajo ningún género de dudas, asegurado.

Era imposible hacer oídos sordos a semejante desafío y al día siguiente, a primera hora de la tarde, Higinio consiguió que se apuntaran dos contendientes: el primero era un griego, un hombre corpulento que hacía las veces de capataz de los esclavos en la mina, y el segundo un legionario de la guarnición.

Por la tarde se ultimaron todos los preparativos, lo que era crucial porque en los combates de pugilato se harían jugosas apuestas por ambas partes.

Se acordó formar dos bandos: legionarios de los ingenieros contra militares de la guarnición, considerando al capataz como un militar más de ésta.

Habría tres combates: cada hombre del Cuerpo de Ingenieros contra un militar de la mina, y luego la final entre los dos vencedores.

Para no interrumpir el servicio de guardia, el desafío tendría lugar en la explanada de la mina, y podrían entrar también algunos ingenieros para comprobar la regularidad de los combates.

Entre estos, naturalmente, estaría Galerio, que se encargaría de ver los escoriales en persona.

Me tomé todo un día para llevarle por las yermas colinas de nuestra *limitatio* y mostrarle cuál era su tarea.

Cuando lograra que lo condujeran por encima de los montones de escoria que estaban a la vista de nuestro campamento, tendría que contar los pasos necesarios para llegar a la cima del montículo, y a partir de ahí estimar la extensión de las escorias, en pasos, a su derecha y a su izquierda.

Ensayando, le enseñé a estimar las distancias y a hacer un croquis inmediatamente después de la inspección, aprovechando los momentos en que la memoria aún es vívida; le enseñé a dibujar la forma de la colina simulando el sombreado que el sol da a los objetos, como hacen los pintores profesionales.

Al final de la jornada, el despierto Galerio tenía claro lo que necesitábamos y cómo podría conseguirlo.

Por la noche discutimos largo y tendido frente al fuego cómo organizar la expedición de nuestros espías a la mina.

A cada uno de los ingenieros que irían a ver la reunión se le asignó una tarea precisa: contar los legionarios, contar los esclavos, medir visualmente la extensión de las escorias visibles desde la explanada de la mina, contar los hornos de fundición en funcionamiento y, por último, estimar el volumen de madera para alimentar los hornos.

Al final de nuestras conversaciones, Hicesio alzó la mano con el dedo índice extendido:

—Centurión Galerio, debes advertir a tus hombres que bajo ningún concepto pueden pasar ambos a la final, si es que son capaces de ello. Uno de ellos tendrá que perder el primer combate y quedar eliminado. Aquel de los nuestros que pase al combate final, si tiene fuerzas, deberá perder también el combate, y todos tus hombres perderán su dinero.

— ¡Eso lo veo bastante difícil, Hicesio! Mis hombres son luchadores natos, no creo que pueda persuadirles para que pierdan, ¡y además no me queda nada claro por qué deberían hacerlo!

—Es muy sencillo, centurión: hay que mantener a esos soldados del cuerpo de guardia en la más absoluta ignorancia de quiénes somos, y fomentar en ellos un sentimiento de superioridad. Si tus hombres vencieran, alguien se preguntaría si realmente somos legionarios del cuerpo de Ingenieros, ¡y no combatientes!

—Ya entiendo lo que quieres decir: ¡no llamar la atención! Lo que dices es cierto. Pero tendré que trabajar duro para convencer a esos dos. Debes saber que Macrinio y Antonino son dos cabezones, y por cierto, ¡son buenos con los puños!

—Tendrás que convencerlos, centurión, es parte de su deber como soldados. Esta vez tendrán que ser astutos como zorros, además de buenos luchadores. Y os lo digo también como vuestro prefecto.

Nos miramos a la cara, conteniendo a duras penas una carcajada. Hicesio se había entregado en cuerpo y alma a su papel, un poco más y se habría creído un prefecto de verdad, y quizás también habría sacado a relucir su fanfarronería.

A la hora sexta, nuestros dos púgiles con cinco ingenieros de acompañantes, entre ellos Higinio y Galerio, aparecieron en el puesto de guardia de la mina, llevando consigo una llamativa bolsa de monedas, las de las apuestas, destinadas a perderse.

Para hacer más creíble la reacción de nuestros legionarios-espectadores, ni siquiera habían sido informados de que el combate lo ganarían sus adversarios. Sólo se les informaría en el último momento.

Se les hizo entrar en el recinto vigilado de la mina y se les condujo a la explanada, donde una quincena de guardias les esperaba junto con vigilantes y esclavos.

El legado Tácito asumió la función de juez; recogió los sacos con las monedas de las apuestas, las nuestras y las de la guardia, y se las dio todas a uno de sus hombres para que las contara.

Luego hizo subir a su lado a los cuatro púgiles y les recitó el reglamento:

—Este es un combate amistoso entre colegas, ¡y no queremos que nadie salga gravemente herido! Los que no respeten las normas serán azotados por mis guardias. Os recuerdo las reglas de los combates amistosos: ¡las manos envueltas en una tira de cuero reglamentaria de once pies de largo! Quedan terminantemente prohibidos los agarres, so pena de descalificación y de victoria del adversario. Se consideran regulares los golpes propinados con el puño, mientras que los propinados con la mano abierta conllevan la inmediata descalificación. Se prohíben los golpes dirigidos a romper huesos, ¡los infractores serán azotados! ¡Los contendientes luchan hasta que uno cae al suelo o pide una tregua levantando la mano! Ahora levantad la mano para confirmar que todo está claro, ¡y pasaremos al sorteo de los contendientes!

Dos guardias se adelantaron y levantaron sus cascos, en cada uno de los de los cuales se habían colocado dos trozos de cerámica con las iniciales de cada uno de los contendientes grabadas en ellos.

Higinio sacó los trozos de cerámica de uno en uno y se hicieron los emparejamientos: a Macrinio le tocó el gigantesco guardia griego, y a Antonino el legionario de aspecto sombrío.

XX.

Los combates se desarrollaron de manera algo diferente a la prevista.

El primer combate terminó rápidamente, con Macrinio abatido a los pocos instantes de empezar por un puñetazo asestado en la cabeza por el gigantesco guardia griego. Se dijo que fue un golpe de suerte.

Parecía que Macrinio estuviese muerto porque no conseguía despertarse. Sólo con un cubo de agua helada empezó a dar señales de vida.

En el segundo combate, el legionario de aspecto sombrío se lo puso difícil a Antonino, y a nuestro púgil le costó un buen rato imponerse, desgastándolo poco a poco con golpes en el torso y el cuello, hasta que el otro acabó en el suelo exhausto y se retiró.

Pero Antonino había encajado muchos golpes, magistralmente asestados y llegó a la final exhausto, mientras que su siguiente oponente, el corpulento vigilante griego, no había sufrido ningún desgaste.

Tras introducirle varias veces la cabeza en el agua helada, se masajeó a Antonino con aceite para rebajar la hinchazón de los puñetazos recibidos, y finalmente ocupó su puesto para la final en el recinto formado por los espectadores.

Los dos contendientes se zurraron de lo lindo durante un buen rato, sin escatimar en artimañas; al cabo de una hora ambos sangraban por la nariz, la boca y de pequeñas heridas en diversas partes del cuerpo, pero ninguno quería arrojar la toalla. Antonino estaba visiblemente más agotado que el gigantón griego, pero éste también empezaba a acusar el esfuerzo.

Antonino había comprendido que tenía que intentar acabar el combate con un golpe de suerte, porque de lo contrario a la larga el griego, que era más grande, poco a poco se impondría sobre él. Cuando le pareció que había llegado el momento oportuno, intentó un ataque asestando un violento golpe en la cabeza del rival con la

intención de noquearlo, pero su mueca de dolor nos dio a entender que durante el intento se había roto algún hueso de la mano, y, desde ese instante, Antonino quedó a merced de su adversario.

En vista de que no podía defenderse y atacar con una mano, tuvo que levantar la mano y abandonar la lid para no acabar siendo masacrado.

Una vez finalizado el combate, los sacos de las apuestas fueron repartidos por el legado Tácito entre los aficionados del cuerpo de guardia, mientras se intentaba volver a poner en pie a los luchadores.

Higinio se acercó a hablar con el gigantesco guardia griego que había ganado la final, y por algunas frases jocosas le pareció entender que éste ya había disputado alguna que otra pelea para un lanista[73], pero se lo calló para evitar que se produjera una reyerta, absolutamente prohibida por los centuriones.

Galerio, por su parte, no tuvo ningún problema en convencer al legado Tácito de que le acompañara a dar una vuelta por el escorial para poder observar el campamento del cuerpo de Ingenieros desde lo alto y, acompañado por aquel, subió al montículo más alto, fingió observar el paisaje y nuestra *limitatio*, y descendió, contando sus pasos en secreto, memorizando la conformación de los montones de desechos de las minas a izquierda y derecha.

Por la noche, nuestros hombres volvieron al campamento con las orejas gachas. Antonino tenía rotos varios huesos de la mano, que se le había hinchado. Hicesio aportó su granito de arena al vendaje, endureciéndolo con una tablilla de madera blanda de las usadas para escribir, oportunamente recortada, intercalada entre una venda y otra.

Pasando por alto el hecho de que los combates no habían sido demasiado satisfactorios desde el punto de vista competitivo, Hicesio y yo empezamos a interrogar a los hombres sobre lo que habían visto en el campamento. Al principio les hice una serie de preguntas a cada uno, por separado, y luego Hicesio les hizo otras ligeramente distintas a medida que corregíamos los dibujos. Poco a poco fuimos sonsacando a los hombres toda la información sobre lo que habían visto, y nuestro dibujo de los escoriales fue tomando forma.

Luego le tocó el turno al centurión Galerio, que nos mostró en el dibujo desde dónde había subido al escorial, y cuántos pasos había dado para subir, cuántos para bajar, y la forma que tenían los montículos a derecha e izquierda.

Corrigió muchos detalles de nuestro dibujo, y llegamos a completar un preciso mapa con todas las sombras, acompañado de las medidas en pasos de ciertos segmentos.

Al interrogar a los hombres, nos enteramos de varios otros pequeños detalles que desconocíamos a propósito de los hombres de guardia, y por su comportamiento empezamos a sospechar que tal vez no se trataba de la habitual tropa de ignorantes, y que el cuerpo de guardia podría estar formado, por el contrario, por soldados de élite.

Había muchos indicios de que no eran simples capataces de esclavos como los habíamos considerado hasta entonces, y probablemente había otras verdades que aún desconocíamos.

Fue Hicesio quien le señaló algo a Galerio:

—Si estos centinelas, en opinión de tus hombres, parecen guardias de élite, es obvio que algo más ocurre en la zona minera. Nunca habrían enviado a personal capacitado a un lugar como este. Y si es así, espero que tus hombres no se hayan delatado, pues seguramente había más observadores camuflados entre los espectadores, ¡tú no eras el único!

Galerio se dio cuenta al instante de que las perversas interpretaciones del griego podían ser ciertas, y comenzó a interrogar de nuevo a sus hombres para ver si alguno podía haber dicho o hecho algo arriesgado.

Y al final fue Higinio quien detectó un detalle en el que aún no habíamos pensado:

—Sabes, centurión, ¿lo que fue extraño en el encuentro que hemos tenido hoy en la mina? Hemos dado la impresión de ser demasiado complacientes. Normalmente estas reuniones "entre amigos" acaban en una buena trifulca porque el perdedor defiende siempre que le han engañado. ¡Y tú mismo nos habías prohibido expresamente que les diéramos una buena tunda!

Reflexionamos largamente sobre la observación del herrero. Puede que hubiéramos dado un paso en falso. La liza había terminado con la derrota tanto en los combates como en las apuestas por parte de quienes la habían propuesto, y los perdedores no se habían dejado escapar ni una queja, se habían ido a su casa en silencio y con las orejas gachas. Pensándolo bien, esto sonaba a falso incluso para unos ingenieros.

Mientras Hicesio y yo empezábamos a calcular los volúmenes, los legionarios que no estaban de guardia fueron asignados a continuar trazando las líneas de piedras en el agro. Sin embargo, las líneas ya eran visibles desde los escoriales del otro lado de la vaguada, tal y como había informado el centurión Galerio.

Finalmente se organizó una reunión del grupo de mando para realizar una primera comprobación de los resultados.

Les expliqué hasta dónde habíamos llegado:

—A estas alturas ya tenemos bien hechas las mediciones con la groma, y con la visita a la mina hemos obtenido prácticamente todos los datos que necesitamos para calcular las superficies ocupadas por los escoriales. Ahora nos faltan un par de medidas de altura, e Hicesio nos explicará mejor lo que necesitamos.

—En realidad tenemos la mayoría de las medidas que nos hacían falta —se explicó el griego—. Ya es hora de que tus exploradores salgan por la noche, desenrollen una cuerda con nudos y nos traigan la medida desde la base hasta la cima de los dos montículos mayores. Estos son los dos números que faltan. Una vez obtenidas estas medidas, Quintilio y yo tendremos los últimos datos necesarios para poder utilizar el procedimiento matemático descubierto por el gran Pitágoras de Samos, un científico igualado quizás sólo por el sumo Arquímedes, al que vosotros asesinasteis inútilmente en Siracusa. Tal vez no sea casualidad que ambos fueran mis compatriotas.

—Muy bien, Hicesio, sin que haga falta que desentierres lo que hicieron nuestros antepasados en el asedio de Siracusa hace siglos —le respondió Galerio—, el centurión Marcelo organizará ahora esta

incursión. Por supuesto, sólo se podrá hacer durante una noche sin luna, es decir, dentro de cuatro o cinco noches.

Y dirigiéndose a Marcelo, le dijo:

—¿Sabes un problema que no habíamos previsto? Los escoriales son de un material parecido a la tierra muy seca, o a la arena, y como aquí nunca llueve están mal asentados. Me he dado cuenta de que al subir por la escoria se van dejando marcas profundas allá donde se ponen los pies, así que hay que pensar en cómo borrar las huellas de nuestro paso.

Por último, Galerio llamó a Hicesio aparte:

—También he de contarte otra cosa: Vitruvio, antes de que partiéramos de Roma, me había ordenado que fuera a buscar, mientras estuviéramos en Thessalonica, cierta información sobre la última extracción de plata en estas minas, que se llevó a cabo hace unos ochenta años. Ahora ya sabéis que aquí sólo se están exprimiendo las escorias, es decir, se están volviendo a cocer las escorias residuales de la extracción de los siglos anteriores. Encontramos la información que buscábamos en un *collegium* con sede en Thessalonica. Por desgracia, no pudimos pedirles directamente los papiros, así que fuimos a robarlos, pero desafortunadamente también tuvimos que pegarle fuego a la oficina, pero ése es otro tema. En resumen, Vitruvio me encargó que te entregara esos datos una vez que hubiéramos conseguido hacer las mediciones. —E hizo una señal al *optio* Marcio para que trajera algo de su tienda.

Hicesio había escuchado atentamente sin comprender de qué se trataba. Unos instantes después, Marcio le entregó una bolsa de tela con un rollo de papiro.

Galerio dio por concluida la reunión:

—Creo que debemos reducir los plazos. Quizá hayamos dejado algún rastro, y deberíamos pensar en un plan para alejarnos en cuanto tengamos los últimos datos. ¿Qué opinas, Marcelo?

—Tengo la impresión de que nos enfrentamos a gente menos estúpida de lo que pensábamos, y habrá que ingeniárselas para escapar de forma que no puedan venir a por nosotros. Tenemos varias rutas: se puede llegar al mar por la vertiente de Poniente,

desde aquí sólo hay unas pocas millas. La ruta más rápida sería por tierra, desde Atenas a Thessalonica. El puerto de Lavrios debemos descartarlo, está en su casa. Tendremos que reflexionar bien para idear un plan, y tal vez aumentar nuestros centinelas.

—Bien, empecemos a pensar en cómo hacerlo. El campamento tendrá que desaparecer sin dar la impresión de que se trata de una huida precipitada. Tendremos que plegar las tiendas y esconderlas, tal vez enterrarlas en algún sitio porque pesan mucho y es posible que tengamos prisa. Me gustaría que se quedaran durante unos días con la duda de que, simplemente, nos hemos marchado después de completar el trabajo.

El tiempo empeoró y comenzaron las escasas lluvias primaverales, lo que permitió el rebrote de los míseros pastos de Attica. Prácticamente nuestras operaciones se detuvieron, salvo la colocación, cuando era posible, de las piedras de color claro que materializaban nuestras subdivisiones sobre el terreno.

Por fin tuve la oportunidad de dar algún que otro paseo a solas por el agro. En cuanto amainaba la interminable carga de trabajo, volvían a mi mente todas los recuerdos latentes, entre ellos el del rostro con hoyuelos y la risa de Fabritia, que me parecía oír en medio del viento primaveral que corría sobre las yermas colinas. No había vuelto a saber nada de ella, y sólo mi memoria me atormentaba con el recuerdo de su cuerpo ardiente sobre el mío en el cubículo de la villa de campo.

Y por un instante, me volvió la sonrisa cuando recordé cómo habían quedado impresos los versos de Plauto en sus sudorosas nalgas, o cómo en las Termas se había disfrazado de viuda enlutada, o de ignorante plebeya, y cómo me abrazaba llena de pasión en cuanto subía al carruaje cubierto. En una ocasión me senté a contemplar las secas colinas a la sombra de un zarzal y recordé, como si ella hubiese estado a mi lado, todas sus artimañas femeninas con las que reavivaba mi deseo cuando yo creía que se había apagado, y el descaro de su entusiasmo al darme placer de todas las maneras posibles.

¡Qué bien había sabido Fabritia curar por completo el tenaz dolor del hombro por mi caída de caballo!

Y ahora todo eso se había esfumado, desvanecido para siempre.

No podía olvidar que incluso el mar se había negado a engullirme, y que los dioses me habían dejado ahora aquí, entre estas rocas resecas, llorando con aquellos recuerdos.

Incluso había perdido la cruz egipcia que Regila me había regalado para protegerme. Probablemente no me había dado cuenta de que se había roto el cordón que la sujetaba, y ya no volvería a encontrarla.

Tras un rato sumido en mis tristes reflexiones, incapaz de hacer nada para cambiar las cosas, regresé abatido al campamento.

En nuestra tienda, Hicesio y yo comenzamos los cálculos de las superficies mientras esperábamos las mediciones de las pendientes de los escoriales que harían nuestros "incursores" en una de aquellas noches sin luna.

Decidieron enviar a cuatro hombres: dos de ellos tenderían materialmente la cuerda, con nudos para marcar la medida, mientras que los otros dos, vigilando a los centinelas, utilizarían una tosca escoba para borrar las huellas de su paso.

Hicesio y yo hablamos con ellos durante un par de horas para explicarles bien cómo y dónde debían hacerse las dos últimas mediciones que necesitábamos, y una noche fuimos todos juntos a hacer una prueba en un montículo natural sin escorias, lejos de la mina, para que se familiarizaran con el trabajo que tenían por delante.

La noche de la misión lloviznaba, y la escasa visibilidad empeoraba tanto por la lluvia como por la falta de luz de la luna. Los cuatro hombres se habían pintado de negro con un poco de polvo de carbón, para que su pálida piel no resaltara en la oscuridad de la noche.

A estas alturas conocíamos bien la posición de los centinelas y sus hábitos, por lo que la misión podía considerarse de riesgo limitado. Lo más grave podría haber sido dejar huellas, pero incluso para eso

los legionarios habían recibido instrucciones precisas de que debían borrarse por completo. Las débiles lluvias harían el resto.

Se pusieron en marcha a mediados de la tercera vigilia[74], y los vimos desaparecer en la oscuridad tras unos pocos pasos.

Encendimos una pequeña hoguera con maleza frente a la vaguada, y en una tienda dejamos encendidas cuatro o cinco lámparas de aceite, visibles incluso desde el exterior, para que nuestros hombres tuvieran un punto de referencia más en la oscuridad de la noche. Luego solo nos quedaba esperar.

Los dos primeros legionarios regresaron al cabo de unas tres horas, los otros dos, poco después.

La misión había ido bien, el mayor esfuerzo y gasto de tiempo había sido trabajar en la oscuridad y bajo una llovizna ligera para despejar las pistas, nivelando el terreno con unas rudimentarias escobas preparadas de antemano atando ramas y maleza.

Esperamos a que amaneciera para ver si alguna señal de movimiento indicaba que nuestra visita, de algún modo, había sido detectada, o si era visible algún rastro del paso de nuestros hombres. La lluvia continuó durante toda la mañana, sin permitirnos hacer ninguna observación, y un par de exploradores enviados de avanzadilla regresaron sin ninguna novedad.

Mientras tanto, se habían tendido y medido la cuerda con nudos para traducir en pasos las medidas tomadas durante la noche, que permitirían a Hicesio, aplicando las fórmulas del sumo matemático Pitágoras de Samos, obtener las alturas y calcular finalmente los volúmenes de los escoriales.

El centurión Marcelo estaba con nosotros durante aquellas operaciones y aprovechó la ocasión para ponernos sobre aviso:

—Ahora que las medidas se han completado, los dos debéis mantener el macuto preparado para salir en cualquier momento. Es posible que de un momento a otro haya que poner pies en polvorosa, ¡y ya tenemos preparado el plan para huir en un abrir y cerrar de ojos!

Galerio también nos confirmó que debíamos estar siempre preparados, y añadió:

—Poned a buen recaudo vuestras medidas y mapas, porque los cálculos siempre podréis hacerlos, incluso más tarde. Puede que sea más importante que no nos pillen, ya que no sabemos si esa gente se ha creído a pies juntillas que estamos haciendo una centuriación en este pedregal.

—Por supuesto centurión —respondió Hicesio—. Ya tenemos todos los datos que precisábamos. Quintilio y yo necesitamos dos días para hacer todos los cálculos, entonces tendremos respuesta para todas las preguntas. En cualquier caso, antes de moverme de aquí, me gustaría leer el papiro que me acabas de dar, por si por casualidad pudiera contener algún otro dato útil, o si pudiera darnos alguna pista para otros estudios.

—Hicesio, haz todos los estudios que quieras, pero ten tu macuto preparado para salir pitando en cualquier momento. Ninguno de nosotros quiere acabar en el mar con una piedra atada al cuello, ¿no?

XXI.

El herrero Higinio y el centurión Galerio, con el pretexto de tener que comprar pescado, queso y aceitunas para el campamento, continuaron sus inspecciones en el puerto de Lavrios. El propósito real seguía siendo el mismo: observar el movimiento en el puerto.

Durante una de estas expediciones, vieron llegar y descargar una embarcación, un auténtico pecio flotante, cargado hasta los topes de madera y con una tripulación de aspecto oriental.

Al mismo tiempo, llegaron los esclavos de la mina para descargar y trasladar la madera en una larga cadena de asnos que llevaría toda la carga hasta la mina en varios viajes.

Al anochecer, cuando terminó la descarga de la madera de la barcaza, les tocó su turno a varios centenares de extrañas cestas que, aparentemente, contenían carbón. Un carbón peculiar, que Higinio conocía bien por su trabajo de herrero.

—¡Ése es carbón de pino de Alepo[75]! ¡Es un carbón especial, que desarrolla unas temperaturas infernales! También podríamos usarlo si quisiéramos forjar unas espadas indestructibles, ¡pero sólo si tuviésemos un hierro purísimo!

La casualidad quiso que durante la descarga de la nave y la preparación de los asnos, un par de esclavos permanecieran desocupados y fuera de la vista del vigilante, que estaba poniendo en marcha la columna de animales cargados.

Galerio lo aprovechó de inmediato y les ofreció un cántaro de vino, que los desdichados engulleron agradecidos. Higinio aprovechó para preguntarles qué hacían, a lo que le respondieron:

—Estamos transportando leña para las hornos a la mina, donde quemaremos el mineral para fundirlo y obtendremos plomo y metal precioso.

—¿Es un trabajo pesado? —les preguntó Higinio, sólo para soltarles la lengua.

—Pues sí —respondió el esclavo—, es un trabajo duro. Afortunadamente, nuestros amos intentan tratarnos bien, los

esclavos valemos mucho dinero para ellos, y no es que haya muchos más como nosotros por estas tierras.

El centurión Galerio no daba crédito a lo que oía. Nunca había oído a los esclavos esgrimir semejante argumento, y en caliente era difícil de interpretar.

Higinio les preguntó a los dos por el carbón, y éstos le respondieron:

—La madera se utiliza para quemar el mineral en los hornos, y en cambio, el preciado carbón que has visto se necesita para refinar la plata con la fundición, ¡por eso se necesita buen carbón, y la fuerza de los esclavos para tirar de los fuelles sin detenerse nunca!

Cuando vislumbraron que el guardián regresaba, vaciaron rápidamente el cántaro de vino y se marcharon.

Al anochecer, el centurión nos informó de la escasa información obtenida de los esclavos, y del extraño aspecto de la barcaza con su tripulación oriental.

—Si utilizan tanto madera como carbón —explicó Hicesio—, es porque están haciendo un tratamiento completo de refinado de los residuos de la minería de hace siglos, y evidentemente aún pueden obtener plata de los desechos. El tipo de procesamiento que están haciendo se describe en ese papiro que tomasteis "prestado" en Thessalonica. No se describe en lenguaje llano, pero leyendo el texto, que contiene todos los cálculos necesarios para saber si esta actividad es rentable o no, se comprende que quemando el mineral con leña hacen un primer paso y obtienen un producto intermedio, que luego se funde en los hornos a alta temperatura con carbón. Gracias a ese carbón especial que habéis visto, el plomo se escurre por el lateral en grandes cantidades, mientras que una pequeña cantidad de plata fundida se queda en el fondo del horno.

—¿Y crees que todavía es conveniente hacer ese tratamiento? —le pregunté yo.

—Evidentemente sí, porque la madera, que ya no hay, y sobre todo ese carbón, que probablemente procede de Asia Menor, tienen un coste nada despreciable. Es evidente que están reprocesando escorias que no fueron completamente aprovechadas hace siglos.

—Hicesio, ¿pero cuál crees que es el sentido de las palabras del esclavo? —le preguntó Galerio—. Nunca he oído que alguien se cuidara de los esclavos en las minas, ¡ni mucho menos!

—Sí, eso parece un disparate, sólo podría tener sentido si la mina produjera poquísimo y no tuviera sentido exprimir a los esclavos. Y de todos modos, una mina con un centenar de esclavos es una cosa verdaderamente ridícula, lo que en sí mismo confirma que no extraen mucho.

—¡En efecto, Hicesio! Por otra parte, si todas las cuentas fueran correctas, no nos habrían enviado aquí, ¿no? —le confirmó el centurión Galerio.

—Desde luego, centurión. El papiro que os llevasteis de Thessalonica pertenecía a un *collegium* que estaba haciendo un intento de reabrir las minas, y en él se presentan los cálculos útiles para el financiero que quería iniciar la empresa de reprocesamiento de las viejas escorias. Pero las conclusiones dejan claro que el margen de beneficio, si es que alguna vez puede haber beneficio, es tan bajo que hace que la operación sea muy arriesgada. Y además se hablaba de emplear ochocientos esclavos, no un centenar como se hace aquí.

—Hicesio, vamos a estar aquí un poco más. Tú debes darte prisa y terminar tus condenados cálculos porque si estas cuentas no cuadran, y sólo lo sabremos cuando hayas terminado, tendremos que buscar otra explicación. En Roma ya sabían que algo no cuadraba, ¡por eso estamos aquí!

Durante los dos días siguientes, Hicesio y yo permanecimos encerrados en la tienda haciendo los cálculos necesarios para obtener el volumen de la masa de escoria que se había procesado durante los dos últimos años, es decir, del montículo sin vegetación que veíamos todos los días al otro lado del valle. Al final del segundo día, habíamos calculado el volumen de escoria, y traducido todo en talentos áticos[76].

Del papiro robado de Thessalonica, teníamos estimaciones de la productividad de plata de la escoria, y de los costes de refinado.

En ese momento, con la ayuda del griego, empecé a preparar el informe final de nuestra misión.

Preparé una primera copia, que verificaríamos y corregiríamos.

Las escorias procedentes de las labores de los dos últimos años son fácilmente reconocibles porque tienen un color diferente, debido a la menor exposición al sol y a la lluvia, y por la ausencia de vegetación. Los esclavos de la mina han depositado esta escoria en una zona situada a unos cien pasos de los hornos, transportándola en cestos.
Estos escoriales adoptaban la forma de montículos de tierra irregulares, dos de los cuales son más altos que los demás.

Ahora hemos obtenido las medidas de la superficie ocupada por la escoria y las alturas de los montículos.
—Hemos calculado los volúmenes de estos montículos.
—Una vez conocido su volumen, calculamos su peso.
—Basándonos en el peso de la escoria, calculamos cuánta madera se utilizó para quemarla, y el coste de dicha madera.
—Basándonos en el peso de la escoria, hemos calculado cuánto plomo se extrajo de ella, ya que tenemos la prueba idéntica de un refinado de escoria ya realizado por un collegium de Thessalonica.
—Por el peso del plomo extraído se ha deducido su valor de venta.
—Por el peso del plomo extraído, se ha calculado la cantidad de plata que contiene.
—Se ha calculado el coste de fundir y refinar la plata en hornos de carbón de pino de Alepo.
—Se ha calculado el valor de la plata extraída.

Así que los cálculos han dado estos resultados:
—El peso de la escoria: 433.000 talentos áticos
—La madera utilizada para quemar la escoria: 1.700.000 talentos áticos
—El coste de la leña para quemar la escoria: 224.000 denarios

—El plomo extraído de la escoria antigua reprocesada: 8.600 talentos áticos
—El valor del plomo extraído: 2.770 denarios
—La plata refinada: 95 talentos áticos
—El coste de refinar la plata con carbón de pino de Alepo: 226.000 denarios
—El valor de la plata obtenida: 492.000 denarios
—El coste del personal de la mina durante dos años (120 entre esclavos y guardias, y 25 soldados de guarnición): unos 22.000 denarios
Según este cálculo, que podría haber omitido gastos menores, el refinado de la escoria podría haber rendido un máximo de 10.000 denarios al año, una cifra tan exigua que no justificaría inversión alguna.
En conclusión, estimamos que la poca plata extraída y puesta en el mercado en los dos años de explotación corresponde aproximadamente a 500.000 denarios romanos, y costó lo mismo extraerla de la escoria.
Esto es lo que la guarnición, el agrimensor y el matemático, han comprobado por orden del Mando de Roma.
Kal Mai DCCVII [77]

Aquella noche, tras la comprobación final de nuestros números, les di la noticia a los centuriones:

—¡No es más que una gigantesca farsa! ¡No hay nada verdadero en esta mina! Apenas cubre los costos de extracción, ¡y tal vez incluso esté ligeramente en pérdidas! No ganan ni un sestercio con este trabajo. ¡Esta es la razón por la que ahorran en esclavos!

—¡Entonces en Roma tenían razón! —exclamó el centurión Galerio —. ¡Por eso nos han mandado aquí! Todo esto es un montaje para encubrir otra cosa. Pero ¿de dónde sacan la plata? ¿De verdad crees que han encontrado el tesoro de Filipo II? —murmuró el centurión Galerio, sopesando con gravedad las palabras.

Hicesio también quiso dar su opinión:

—Desconozco si han llegado a encontrar algún tesoro, y si éste perteneció a Filipo II. Lo cierto es que con los cálculos que hemos

hecho los resultados son estos. No hay duda de que esta mina no da beneficios, y por lo tanto no puede producir ninguna riqueza para repartir entre los miembros del *collegium*. Para ser más exactos, no produce ni un sestercio. Ahora ya hemos terminado nuestra tarea, y os hemos dicho de dónde *no* proceden esos capitales de los que nos hablasteis. ¡Para saber de dónde proceden tendréis que buscar en otra parte!

El centurión Marcelo había escuchado con gran atención la explicación de los resultados y se sintió obligado a añadir:

—Tengo la impresión de que cada día que pasa, estoy más ansioso e impaciente por largarme de aquí. ¿No tienes tú también esa impresión, Galerio?

—¡Claro que la tengo, por eso te hice preparar el plan para una huida rápida! Tú mantén a los hombres trabajando, que los guardias del otro lado de la vaguada nos vean seguir haciendo líneas de piedras, pero tenlos preparados porque cualquier momento puede ser bueno para escapar. Quizá nos quedemos aquí unos días más, si no hay señales de peligro, porque aquí hay algo más. Nos habían hablado de un valor de varios millones de denarios en plata, Hicesio en cambio dice que ¡sólo han extraído de la escoria quinientos mil denarios!

Durante los días siguientes seguimos razonando sobre el posible origen de la plata que había aparecido en Atenas, ya que nuestras explicaciones sólo justificaban noventa y cinco talentos.

A fuerza de discutir, nos dimos cuenta de lo inverosímil que resultaba que Filipo II, trescientos años antes, hubiera escondido un tesoro justo en las minas de plata que había aquí, en las entrañas de Attica.

Hicesio, con su lógica rigurosa, puso fin a nuestras elucubraciones:

—Es altamente improbable que a un monarca absoluto como Filipo II se le hubiera ocurrido almacenar u ocultar semejante tesoro fuera de su reino. Pues Filipo aún vivió un par de años después de la formación de la Liga de Corinto, y si hubiera tenido que esconder un tesoro en Attica, ese tesoro que nunca se gastó para comprar a los

gobernantes de Esparta, que se negaron, pues bien, Filipo sin duda habría vuelto para recuperarlo lo antes posible. Es impensable que pudiera haberse olvidado de algo semejante durante dos años.

—Entonces, ¿crees que aquí no hay nada de Filipo II? Aun así, si lo piensas un poco, ¡puede que sea una buena idea ocultar algo de plata en una mina de plata! —replicó Galerio por enésima vez.

—Centurión, ¿y tú ibas a olvidar dónde enterraste un tesoro equivalente a millones de denarios, ya que es de esto de lo que estamos hablando? —le contradijo Hicesio.

—Pero suponiendo que así fuera, ¿cómo habría llegado toda esa riqueza en plata hasta Atenas?

—Centurión, ahora sí que has formulado la pregunta correcta —asintió Hicesio con la cabeza—. Pero sabemos cómo llega hasta aquí la plata que entra en la mina y luego toma el camino a Atenas. Sólo hay una manera: por mar, desde el pequeño puerto de Lavrios.

Y fue por esa duda sobre el origen de la plata que Galerio decidió seguir observando el movimiento en el pequeño puerto de Lavrios durante más tiempo, siempre escoltado por su fiel Higinio. Para darse una vuelta por el muelle se inventó la excusa de que estaba esperando una barcaza con provisiones.

Ya sabíamos que el barco maderero llegaba una vez a la semana o cada diez días, según la mar.

El carbón, en cambio, raramente llegaba; sólo lo habíamos visto descargar una vez.

Tres días más tarde llegó al puerto una barcaza con tripulación oriental, seguramente con un cargamento para la mina. Esta vez, sin embargo, junto con los esclavos que iban a descargar, aparecieron también algunos legionarios de la guarnición, que en seguida se colaron en la *popina*, donde Galerio los esperaba como una araña en su telaraña. Discutieron un rato sobre el combate de pugilato, luego la pequeña escolta fue a seguir las operaciones de descarga de la barcaza.

Esta vez había llegado un cargamento de pescado seco, en forma de pequeños fardos de pescados atados con un cordel.

Los esclavos empezaron a cargar los asnos de pescado, y poco después empezaron a descargar de la barca unas varillas de hierro esponjosas y negras, de las que usan los herreros.

Higinio empezó a forzar la vista: ya había visto carbón fino, ahora veía cómo descargaban varillas de hierro, y no entendía para qué podía servir todo aquel material de herrería.

Galerio lo contuvo:

—Higinio, ¡quédate aquí en la *popina* y ni se te ocurra salir a echar un vistazo más de cerca! De todas formas nunca te habrían dejado acercarte a la carga, ¡para eso está la escolta!

—Galerio, ¡si eso es hierro puro de Oriente, con el carbón que tienen fabricarán espadas mucho más resistentes que las nuestras! ¡Esa gente está preparando una guerra!

—No lo sé, Higinio, pero, desde luego, desde que estamos aquí, nada es lo que parece.

Poco después, la caravana de asnos tomó el camino de la mina, con los guardias a la zaga.

En las afueras de las cuatro casas de la aldea sucedió algo, porque se oyeron gritos. Galerio se asomó sin alejarse de la *popina*, y le fue fácil ver que se trataba de un esclavo que estaba recibiendo una somanta de vergajazos, mientras otros dos esclavos se afanaban alrededor de un asno.

—Se debe de haber caído la carga de un asno, tal vez estaba mal atada al basto. Es difícil que le den una tunda porque se haya caído al suelo un fardo de pescado seco, ¿no crees? ¿Se le habrá caído algo de hierro?

Poco después, la caravana desapareció por el caminito que llevaba a la mina.

Los dos se quedaron charlando con el posadero, fingiendo regatear por un ánfora de buen vino procedente de las islas, cuyo precio era prohibitivo. Al cabo de un rato Galerio hizo su jugada y le lanzó al posadero:

—¡Hay que ver, cómo apestaban esos marineros! Menos mal que no han entrado en la *popina*, si no, habríamos tenido que salir corriendo.

—¡Ah!, ¿esos? —se hizo eco el posadero—. Mira, ¡esos son igual que unos animales! Me han dicho que vienen desde Antiochia. ¡Apestan más que las cabras!

—De Antiochia, ¿eh? Posadero, dime el último precio de esa ánfora de vino, y trataré de conseguir un poco de dinero del centurión, porque siempre estamos aislados allí, en mitad de esos pedregales. ¡Te juro que ya no aguantamos más!

—El último precio ya te lo he dicho, ¡siguen siendo cincuenta sestercios!

—De acuerdo posadero, ¡volveré mañana con cuarenta y cinco!

Y se fueron.

A las afueras del villorrio, Galerio miró a su alrededor y le dijo al herrero:

—Higinio, finge que estás orinando y mientras tanto echa un buen vistazo para ver si alguien nos está observando.

—¡Ay!, no hace falta ni que me lo ordenes, ¡ya no podía más!

—Comprueba si nos están observando.

—No, me parece que no hay nadie a la vista.

En unos instantes Galerio encontró el lugar donde había caído la carga del asno y por la que el esclavo había sido azotado.

Por desgracia, no quedaba ningún fragmento en el suelo para examinar, sólo en una roca que sobresalía en el camino había una débil marca, como si un trozo de carbón hubiera caído sobre la piedra y dejado una insignificante marca.

Observándola, no se podía saber qué material la había dejado.

Galerio rebuscó en su bolsillo, sacó un denario de plata e intentó hacer con él otra pequeña estría al lado de la que ya había.

—¡Era plata, no era hierro! ¡Y venía de Antiochia! —concluyó para sí, sonriente.

Galerio llegó al campamento hecho una furia: se dirigió a la tienda de Hicesio y le dijo:

—¿Tienes tu informe listo?

—Sí, el informe ya está terminado y copiado en limpio.

—Entonces tienes que reescribirlo en un papiro finísimo, en letra menuda: la nota tendrá que ir escondida. Luego tienes que ayudarme a preparar un mensaje que alguien tendrá que llevar al Mando.

—Por supuesto, centurión, díctame el mensaje que yo te lo escribo.

—Entonces escribe: "La mina es una farsa, no produce ningún beneficio. La plata llega por mar desde Antiochia en forma de varillas en bruto que necesitan una purificación final, por lo que se asemejan a las varillas de hierro para el taller de un herrero. Una expedición trae unos cien talentos áticos. G.".

Y luego salió a buscar al centurión Marcelo.

—Marcelo, mañana al amanecer debemos irnos todos de aquí. Pero antes partirás con un mensaje mío, que debes llevar al tribuno Elpidio, a Thessalonica. No confío en nadie más. ¿Qué camino podrías tomar?

—No puedo ir al puerto de Lavrios, todos me verían partir. Podría ir a Atenas y encontrar un caballo, luego en cinco o seis días estaré en Thessalonica. Necesitaría a alguien conmigo para que me ayudara. Tengo que ir por tierra, por mar es demasiado largo de organizar, excepto si intentamos, gladio en mano, conseguir una embarcación y un piloto.

—No, probablemente la ruta terrestre sea más segura. Pero estamos aquí como cuerpo de Ingenieros. En el camino entre Atenas y Thessalonica podrían arrestaros como desertores. Empieza a preparar tus bártulos y elige a dos hombres, el *optio* Marcio se quedará conmigo para organizar la evacuación.

Mientras Hicesio volvía a copiar el informe de la mina en caracteres diminutos sobre una hoja de papiro, Galerio nos reunió para darnos las últimas instrucciones:

—Los hombres ya saben lo que tienen que hacer: para que nuestra huida no sea tomada como tal, simularemos haber desmantelado el campamento en orden. Las tiendas y las gromas, así como el resto del equipo, para que no representen un impedimento irán a parar al fondo del pozo, que acto seguido se

rellenará de tierra y se ocultará con arbustos. Partiremos con equipo ligero, los legionarios sin los bastos, sólo algo de comer en el zurrón al hombro, una tela para dormir y los odres de agua.

Mientras Galerio hablaba, Hicesio terminó de transcribir el informe, le echó un poco de ceniza y se lo entregó a Galerio.

—Dame también ese otro papel, el mensaje que te he mandado escribir antes.

Hicesio se lo entregó, y vimos que el centurión manipulaba el pomo del gladio con el cuchillo, hasta que éste se abrió para revelar un minúsculo compartimento.

Galerio dobló las dos hojas varias veces, con cuidado de no dañarlas, y las introdujo en el hueco del pomo, cerrándolo con cuidado. Por último, selló la ranura frotando con la cera de una vela.

A continuación, Marcelo y él se intercambiaron los gladios.

—Cuando nos volvamos a ver, quiero que me lo devuelvas —le dijo Galerio. Finalmente hablaron del camino de Atenas hacia el norte y hacia Pella, una ciudad a pocas millas de Thessalonica.

—Deberíais cambiarle de identidad, hacerle viajar por las carreteras principales y hacerle cambiar de caballo en las *mansiones* del Estado —sugerí—. Tiene que recorrer trescientas setenta millas, no puede hacerlo con medios improvisados.

—Ya lo sé —respondió Galerio—. Pero si, como centurión del Cuerpo de Ingenieros, le doy un permiso para viajar, ¡es como un permiso falso! A lo sumo, ¡puedo darle un permiso para ir a buscar queso o vino a la primera aldea! Desde luego, no para las vías por las que transitan las legiones de César y Pompeyo.

—¿Intentamos un golpe de mano y secuestramos una barcaza y un piloto? —preguntó Marcelo.

—Podemos pensarlo, pero tendríamos que ir a robar una barca lejos de Lavrios y no dejar testigos en el lugar que pudieran delatarnos.

Yo ya tenía claro el giro que estaba tomando el asunto.

Hice un gesto con la cabeza a Hicesio, que me entendió al instante y asintió con la cabeza, alzando luego la mano para hablar:

—Centurión Galerio, ¿puedo tener unas palabras contigo en privado?

Hicesio salió de la tienda junto con Galerio. Poco después, cuando regresaron, el centurión mostró en su rostro más de una duda.

—Quintilio, tienes que echarme una mano para hacer una cosa —me dijo el griego, y cerrada la tienda sacó una tablilla de madera blanda ya tratada con cola de conejo y lista para ser utilizada. Escribió un primer borrador del texto en un trozo de papiro y me lo mostró.

El Legado Cuarto Rabirio saluda
A los oficiales del Ejército de la República Romana.
Vale.
El Mando de la XII Legión os ordena:
El Legado Segundo Marcelo viaja al servicio
de la ceca itinerante adscrita a la XII Legión.
Que pueda transitar y acceder al canje de caballos del Servicio del Estado, y ser asistido, si así lo solicita,
con una escolta proporcionada por los puestos de control de las Provincias de Acaya, Tesalia y Macedonia.
Que pueda entrar y salir de las ciudades de Atenas y Thessalonica.
Con el Legado Segundo Marcelo viajarán dos
legionarios de servicio.
Estas órdenes las ejecutaréis hasta que recibáis
una revocación de este Mando.
Castra Viminalis - IV ante Apr DCCVII[78]
Legado Cuarto Rabirio
En representación de Annio Elpidio Tribuno

—¡Hicesio! ¿No podías escribir algo más sencillo? ¡Parece que se trata de la expedición de un embajador!

—Quintilio, no podemos hacerle pasar por el simple centurión que ya es, y mucho menos por un mensajero. Debe prestar un servicio por el que nadie pueda detenerle. ¡Le bastará con añadir de viva voz que va a buscar unos moldes para imprimir monedas! Nadie se atreverá a molestarle para no enemistarse con legiones enteras, y todo el mundo lo querrá como amigo.

—Puede que sea como dices, ¡pero esta vez es demasiado teatral!

—¡Claro, Quintilio, por eso funcionará! Ahora, ¡manos a la obra!

El pérfido griego lo había traído todo: la tinta con la cola en un minúsculo ungüentario para perfumes, en el que sólo había una decena de gotas, un trocito de nácar del tamaño de una uña para raspar las partículas iridiscentes y unas cuantas escamas de lacre bicolor.

Empezó por escribir el texto del salvoconducto con la tinta normal, lo secó con un poquito de ceniza, y del falso fondo de una cajita de madera, como las que se usan para las monedas, sacó la matriz de terracota del sello del Mando y un par de tiras de cinta original para los permisos.

Anudamos la cinta y vertimos el lacre sobre ella, y por último, con un buen lametón sobre la matriz de terracota y un poco de presión sobre el lacre caliente, el sello quedó perfectamente impreso.

Luego tocó el turno de las firmas. Todavía tenía conmigo el permiso original firmado por Cuarto Rabirio, y se lo di para, utilizándolo como modelo, reproducir la firma con tinta de cola. Finalmente Hicesio cambió el cálamo, y realizó también la floritura que era el "visto bueno" que el tribuno Elpidio solía colocar.

Puse un abrecartas de bronce en el fuego de la lámpara de aceite y, mientras esperaba a que se calentara, empecé a rallar el nácar sobre las firmas, dejando caer una pequeña nevada de este sobre la tinta fresca. Luego sequé la tinta y la cola que llevaba, sosteniendo el abrecartas de latón caliente a un dedo de distancia.

Observamos detenidamente el resultado y cruzamos las miradas con suficiencia: ¡era perfecto! ¡Y además habíamos sido rapidísimos!

El centurión Galerio estaba pasando revista a los hombres para los últimos preparativos de la partida. Le hice señas con la mano e inmediatamente entró en la tienda.

Y le dije:

—Galerio, nos estamos jugando el pellejo por esto, porque sabes de sobra cuál es la pena por falsificar permisos. Queremos tu palabra, y la del centurión Marcelo, de que este permiso será destruido lo antes posible. Que sepas que sólo corremos este riesgo

por el éxito de la misión, y porque el mensaje es realmente importante.

El centurión no se dejó impresionar para nada por mi vehemente discurso, simplemente extendió la mano y dijo, cauteloso:

—Dámela, ¡déjame ver lo que habéis estado tramando!

Le entregué la tablilla. La miró perplejo, luego se acercó a la lámpara de aceite para observar detenidamente todos los detalles durante unos instantes antes de dejar escapar:

—¡Maldición! ¡Pero este es un permiso auténtico! ¡De los del Mando! ¿Pero cómo demonios lo habéis conseguido?

—¿Tengo tu palabra centurión?

—¡Claro que tienes mi palabra! ¡Pero me gustaría saber de dónde lo has sacado! ¡Ah, vale! ¡Lo teníais ya de antes! ¡No me la dais con queso! Sólo le acabáis de añadir el nombre.

—Claro, centurión —le respondió Hicesio—, antes de partir ya sabíamos que hoy necesitarías para uno de tus hombres, junto con dos legionarios de escolta, un permiso válido para toda la Hélade, incluido el cambio de caballos en las *mansiones* del Estado. Esto lo sabíamos antes de partir.

—Bueno, este permiso nos permitirá llevar los mensajes a Thessalonica, pero vosotros dos me ocultáis algo. ¡Ya volveremos a hablar de esto en otro momento!

—Lo importante es que ahora el mensaje salga y llegue a su destino, ¡y que nosotros ya tenemos tu palabra!

—Claro, Quintilio, ya te lo he dicho, ¡tienes mi palabra!

Entrada ya la noche, las tiendas habían sido desmontadas y sepultadas en el pozo, y se estaba terminando de enterrar la cavidad y de camuflarla en la superficie, para que nadie se acercara a fisgonear.

Durante la tercera vigilia[79], en la más completa oscuridad, el *optio* Marcio vino a buscar a los centuriones con una inquietante noticia:

—Galerio, no encuentro a tres de mis hombres. En medio de la confusión de la partida no me he dado cuenta de que faltaban, ¡y ahora al pasar lista no sabemos dónde están!

XXII.

—¿Dónde has visto por última vez a esos tres hombres?

—Estaban en la vaguada, asegurándose de que nadie viniera a sorprendernos por aquella parte, que es la más peligrosa, ¡pero al menos dos de ellos deberían haber vuelto hace tiempo para hacer el relevo!

—¡Gladios en mano! ¡Hablad en voz baja, puede que ya tengamos al enemigo por aquí! Saco a la espalda, nos vamos. ¡No podemos ir en su busca!

Nos contamos apresuradamente, y en fila de a uno, en silencio y con el gladio desenvainado en la mano derecha, tratando de penetrar en la oscuridad de la noche a diestro y siniestro, nos alejamos por un sendero en medio de las colinas que ya había sido elegido como vía de escape.

No nos siguieron de inmediato, o al menos no notamos nada que indicara que hubiera alguien detrás de nosotros. Aún era de noche, ya estábamos a más de diez millas del campamento y no habíamos dejado rastro de nuestro paso.

Galerio colocó a dos legionarios junto a Hicesio, que caminaba a trompicones: le ayudaron a ponerse unos trapos en los pies entre el cuero y las cáligas, y le aligeraron de cualquier carga para que pudiera andar mejor.

Eran ya las horas previas al amanecer, justo antes de que los primeros destellos en el horizonte señalaran que el sol estaba a punto de salir, cuando el rocío comenzó a mojar la hierba.

—¿Qué ha pasado, Galerio? —le pregunté al centurión durante una breve pausa.

—Hablaremos de ello más adelante. Esos tipos han sido más astutos que nosotros, y los hemos subestimado. Llevo horas pensando cómo han podido descubrirnos. Tal vez nos hayan espiado al herrero Higinio y a mí, y cuando me han visto comprobando dónde había caído su lingote de hierro, que en realidad es plata, han

querido comprobarlo por sí mismos. Ahora han capturado a tres de los míos y los interrogarán. Seguramente los torturarán.

—¿No podemos hacer nada por ellos?

El centurión negó con la cabeza:

—No, no podemos hacer nada. Estaban de guardia precisamente contra esas acciones del enemigo, y les han pillado como a idiotas. Y es bastante extraño, ¡porque estas acciones eran su pan de cada día! Si intentáramos ayudarles, acabaríamos como ellos, pero es importante que hagamos llegar al Mando lo que hemos descubierto. No sé si lo has entendido, pero tenemos en nuestras manos algo realmente muy grave.

Cuando aparecieron las primeras luces en el horizonte, los dos centuriones se despidieron; Segundo Marcelo con el herrero Higinio y un legionario tomaron otro camino y alargaron el paso con renovado vigor, tanto que al cabo de unos instantes los perdimos de vista.

Galerio hizo que nos agazapáramos en un recodo del terreno, cerca de una zona de vegetación rala y tupida en la que habría sido más difícil localizarnos si nos hubiera seguido una patrulla.

Guardamos silencio. Tomamos aire y bebimos de nuestros odres. Hicesio estaba muy cansado, y me pidió que le echara una mano para masajearse el muslo, donde aún destacaba la larga sutura que la curandera y yo le habíamos hecho casi un año antes, cosiéndolo con tiras de tripas de ternera.

El griego ralentizaba la marcha. Galerio vino a verme mientras le masajeaba y les dijo a los dos legionarios encargados de asistirle:

—Entregad todo el equipaje a vuestros camaradas, y en cuanto veáis algunas ramas, cortad unas cuantas varas y haced una camilla con las capas. Luego el griego caminará un rato y cuando no pueda lo cargaréis. ¡Preparaos para no frenar la marcha!

—Centurión, ¿nos detendremos aquí? —le preguntó Hicesio.

—Hacemos una parada para comprobar si nos siguen, y si surge la necesidad aquí lucharemos contra nuestros perseguidores para ralentizarlos y dar más tiempo a Marcelo para perderlos. Esos tres son rápidos, si ganan medio día ya nadie los alcanzará. Con ese salvoconducto vuestro al final del día encontrarán los caballos en

alguna estación de postas camino de Atenas, y luego ya no se detendrán hasta Thessalonica, adonde imagino que llegarán extenuados en cuatro días.

Asentimos mientras escuchábamos, y se me ocurrió que si aparecía una patrulla de nuestros perseguidores, Hicesio y yo sabíamos demasiado sobre esta misión, y podría ser arriesgado dejarnos capturar por el enemigo. Llegados a ese punto, si estábamos en apuros, ¿quizá el centurión Galerio hubiera preferido degollarnos antes que entregarnos a ellos? Quedábamos quince, incluidos nosotros dos y el púgil de la mano rota, incapacitado para el combate. Un vigía se colocó en una posición elevada, oculto entre unos arbustos, para escrutar si se veía que se levantaba polvo en las colinas por donde acabábamos de pasar.

Llegó la hora cuarta[80]. No apareció nadie.

Galerio nos dijo:

—Si aún no han llegado hasta aquí, seguramente es porque se han lanzado hacia la costa occidental de Attica, imaginando que habría una embarcación preparada para recogernos. No creían posible que pudiéramos emprender una larga y penosa huida por tierra. Deberíamos llevarles alrededor de un día de ventaja, y, en cualquier caso, ¡no podrán atrapar al centurión Marcelo con el mensaje!

A la hora sexta nos pusimos en marcha. Galerio dejó a dos hombres en la retaguardia para que actuaran como observadores: ellos recorrerían el mismo camino que nosotros una hora más tarde, siguiendo las señales convenidas dejadas por un legionario.

Así que partimos a paso rápido.

Hicesio caminaba un centenar de pasos lo mejor que podía, arrastrándose con un nudoso bastón, y luego, otro centenar de pasos más, montaba en una camilla hecha con dos estacas entre las que se había envuelto y atado una capa.

En cuanto los porteadores daban alguna señal de cansancio, descendía y empezaba a caminar de nuevo, y así hasta el anochecer. De este modo nos alejamos más de treinta millas de lo que había sido nuestro pequeño campamento en Lavrios.

Antes de que oscureciera, Galerio envió a dos hombres con odres a buscar agua y puso a dos observadores a vigilar en la retaguardia. Nos escondimos en un barranco, cerca de una pequeña franja de arbustos de ocho o diez pasos de largo.

Todos estábamos exhaustos por la rápida marcha. Hicesio sufría dolorosos calambres y yo intenté aliviarle con un masaje en las piernas.

—Quintilio —me susurró jadeando—, si mañana tenemos otro día como este, no creo que consiga llegar. ¡Tal vez sería mejor pensar en alguna solución!

—Hicesio, no hay soluciones, tendremos que apretar los dientes y esfumarnos antes de que nos encuentren, ya está. ¡Esta es la solución! ¡No hay más!

—Quintilio, yo mañana no llegaré, ¡ya lo sabes!

— Descansa un poco y no seas llorón, ese es el defecto de vosotros, los griegos, ¡os rendís enseguida!

Frunció el ceño ante mi burla.

Un par de horas más tarde se nos unieron los dos hombres de la retaguardia. Inmediatamente informaron a Galerio:

—Centurión, habéis cambiado de sendero dos veces, ¡y hasta a nosotros nos ha costado ver por dónde habíais seguido! En las colinas, a lo lejos, vimos que había alguien detrás de nosotros, a varias millas de distancia. Al caer la noche, no podrán seguirnos el rastro y continuar la persecución, así que ahora, con la oscuridad de por medio, ¡la distancia que nos separa se convierte en unas quince horas!

—Descansad y comed algo de carne seca. No nos moveremos de aquí durante unas horas —concluyó Galerio—. Espero que vuelvan pronto los del agua. ¡Que vayan dos hombres a la colina y vigilen si se acercan antorchas!

Entonces el centurión se aproximó a nosotros:

—Entonces, ¿cómo están nuestros civiles?

—Bien, bien. Estamos acostumbrados a estas travesías. ¡El año pasado no hicimos otra cosa durante varios meses! —le respondí.

—Escuchad, tenemos que pensar adónde ir. Cualquier persona en su sano juicio que se encontrara en nuestra situación intentaría llegar lo antes posible a la Vía que une Atenas con Pella y Thessalonica, tomándola desde la periferia septentrional de Atenas. Eso si tuviésemos la cabeza en su sitio. Por otro lado, creo que en esa ruta les resultaría fácil buscarnos y atraparnos: somos un grupo pequeño sin equipaje, tan harapientos como desertores, y fácilmente identificables. Aparte de los permisos que no tenemos, necesitaríamos uniformes nuevos, e inventarnos una legión de pertenencia. Pero ya conocen nuestra fisonomía. Es decir, prefiero lanzarme hacia levante, al mar, y buscar un lugar de embarque hasta Thessalonica. ¿Qué os parece?

Hicesio y yo permanecimos un momento en silencio, y luego el griego le respondió:

—Ya has dicho varias veces que nuestros adversarios son muy astutos, quizás más que nosotros. Probablemente tengas razón, porque para ocultar el engaño de la falsa mina deben de haber puesto a gente muy espabilada, quizá no combatientes, pero sí hombres elegidos con mentalidad de espías.

—¡Exacto, griego! ¡Has dado en el clavo! Ahora tenemos que superarles en astucia, pues en las carreteras concurridas ellos encontrarán ayuda, ¡y nosotros no podemos luchar contra una centuria!

—Comprendo. Y ahora ellos nos conocen bien. Al perseguirnos han comprendido cómo pensamos y las decisiones que tomamos. Así que veamos: creen que nunca seremos tan estúpidos como para ir y dejarnos atrapar en las vías consulares, así que en su lugar nos dirigiremos al levante, al mar.

—¡Exacto, griego, ese es justamente mi plan! —asintió Galerio.

—Pero son más listos que nosotros —meditó el griego—, ya se han dado cuenta de que les has engañado en la vía de escape elegida, y que de vez en cuando cambias de planes a propósito para perderlos. Así que ahora están seguros de que fingirás dirigirte a la Vía de Thessalonica para extraviarlos, ¡pero en lugar de eso irás al mar! Y así, de hecho, podrías haberlo hecho ayer mismo. Pero ellos, que son más avispados, han comprendido ahora el truco, y saben

que volverás a cambiar de estrategia, ¡así que te dirigirás realmente hacia la Vía hacia Thessalonica!

Galerio y yo estábamos algo perdidos en el laberíntico razonamiento de Hicesio, y le pedimos que nos lo volviera a explicar desde el principio.

Al final de la explicación Galerio, de nuevo confuso, dijo:

—¿Y entonces? ¿Cuál es tu conclusión?

—Si estás seguro de que esos tipos son más listos que nosotros, bueno, ¡deberíamos dirigirnos hacia el levante, hacia el mar!

Galerio se lo pensó un momento antes de concluir:

—Corría el rumor entre mis hombres de que eras más granuja que nosotros, los romanos, ¡y puede que tuvieran razón!

Aunque estábamos agotados por el esfuerzo, se nos escapó una carcajada.

Poco después regresaron los dos legionarios que habían ido a buscar agua. Habían encontrado una cabaña con un par de pastores cerca de la cual había un pozo; tenían agua y habían conseguido dos pedazos grandes de queso y aceitunas a cambio de dinero.

Lo devoramos todo inmediatamente, descansamos tres o cuatro horas y, finalmente, en la oscuridad nocturna iluminada por la luna y el cielo estrellado, reanudamos la marcha en dirección a donde creíamos que estaba el mar. Donde, por lo menos, esperábamos que estuviera, ya que ahora nos hallábamos completamente perdidos.

Caminamos el resto de la noche por senderos de animales, y pistas que no habríamos vuelto a encontrar si hubiéramos querido retroceder. En un momento dado cambiamos de camino porque oímos ladrar a unos perros, quizá de la choza de un pastor: habían olido la presencia de extraños.

Era la cuarta vigilia[81], cuando desde una elevación, en la hermosa noche estrellada, percibimos la presencia del mar a muchas millas de distancia, revelada por un velado reflejo de la luz de la luna sobre la superficie líquida.

Hicesio ya no podía caminar. Yo también me caí dos o tres veces, e incluso algún legionario de vez en cuando acababa por el suelo o

entre la maleza por haber tropezado en la oscuridad o de puro cansancio.

Pronto nos encontramos sin agua, y justo antes del amanecer, cuando iniciamos el descenso hacia el mar, Hicesio fue tumbado definitivamente sobre la camilla y llevado como un peso muerto.

El descenso hacia el mar nos llevó a través de matorrales que alternaban con yermos pedregales, con vegetación erizada y espinosa en la que nos cubrimos de arañazos.

A la hora quinta, tras pasar unos arbustos bajos de ciprés, salimos del matorral de la costa y pisamos la arena de la playa. Enseguida fuimos a bañarnos en las aguas del mar para quitarnos un poco el cansancio, Galerio nos hizo instalar a la sombra de unos cipreses y envió a dos hombres con odres a buscar agua.

La costa estaba habitada. Vimos a un par de millas una gran playa que rodeaba una bahía, y el blanco de las casas encaladas.

Los dos regresaron con algo de pescado fresco, aceitunas y agua, y encendiendo un pequeño fuego conseguimos reducir un poco las punzadas del hambre.

Galerio había observado embarcaciones varadas en la playa a media milla de nosotros: un par de ellas estaban ancladas en el agua a poca distancia de la orilla. Pidió a Hicesio que le acompañara para poder hablar con los pescadores y llegar a un acuerdo para que nos transportaran lejos de aquí.

Los soldados se asearon un poco, ajustaron sus uniformes de lorigas de cuero, aunque una rápida limpieza no bastó para hacerles perder el aspecto de vagabundos o desertores. Al cabo de un rato vimos regresar al centurión y al griego con aire satisfecho.

—Quintilio —dijo Hicesio—, ¿sabes dónde estamos? Esas casas blancas que ves allí forman parte de la gloriosa ciudad de Maratón.

Galerio, a quien el nombre del lugar le decía bien poco, fue más práctico, y dio las órdenes:

—Preparad los sacos, partimos en breve. Tenemos varias horas por delante. Tenemos que navegar con dos pequeñas barcas, pero no quiero dar vueltas por la ciudad buscando un transporte más grande en el que quepamos todos. Organicemos la salida: haremos

dos grupos independientes. Yo me quedaré con el griego, y la segunda barca la mandará el *optio* Marcio.

Con la ayuda de Hicesio se ultimaron los arreglos con los pescadores, y enviamos a unos chicos del lugar a buscar vino, pan y un cuarto de oveja o de cordero, si lograban encontrarlo.

Intentaríamos llegar a Thessalonica navegando pegados a la costa, tomando tierra en la playa si los vientos y las olas no nos resultaban favorables. Las dos embarcaciones fletadas eran distintas, y sólo esto ya era un indicio de que probablemente nos separaríamos.

Los dos pilotos eran pescadores locales, dos hermanos. Rápidamente descargaron las remendadas redes de las barcas para hacernos sitio.

Galerio repartió el dinero con el *optio* Marcio, así que Hicesio, Galerio y yo subimos a la barca pequeña, en la que éramos seis en total, y los demás subieron a la barca más grande.

Nos separamos de la orilla mientras los centuriones oteaban a lo lejos, detrás de nosotros, si en la espesura de la que habíamos salido a la playa había algún movimiento a la vista. Tomamos el viento casi de inmediato y tras izar la vela, el hábil pescador nos condujo hacia el levante, saliendo de la bahía de Maratón, y luego nos dispusimos a circunnavegar la gran isla de Eubea. Uno de nuestros hombres no paraba de achicar, pues las viejas tablas dejaban entrar mucha agua.

No vimos ningún temido movimiento detrás de nosotros y la navegación se llevó a cabo manteniéndonos a media milla de la costa, donde el viento ya era bueno y aún no se sentía la molestia de las olas rompientes.

La embarcación del *optio* Marcio se retrasó un poco porque iba más lenta, pero nos mantuvimos a la vista hasta el anochecer. En la oscuridad decidimos desembarcar en la costa meridional de la rocosa Eubea, donde vimos blanquear una decena de casas de un pueblo de pescadores.

Aquella noche estuvimos, por fin, juntos y libres de los perseguidores, que para entonces ya no podrían encontrarnos, y lo celebramos con un vino mediocre comprado en el pueblo. No

olvidamos alzar los cálices en memoria de nuestros tres camaradas capturados, a los que ahora ya podíamos dar por muertos.

Incluso en los días siguientes, la navegación continuó con paradas en tierra para pasar la noche. Aunque tuvimos la oportunidad de desembarcar en ciudades populosas, no nos arriesgamos a pasar nuevos apuros; no se podía descartar que se hubiera enviado un aviso de búsqueda en el que se nos denunciaba como desertores. Tampoco cambiamos de embarcación; nuestros pescadores eran expertos navegantes del Egeo, y con esas barcas pequeñas habríamos podido pasar por cualquier sitio, mezclándonos entre los pescadores locales sin despertar el menor interés.

Al tercer día de navegación nos vimos obligados, por el viento en contra y la fuerza del oleaje, a buscar refugio en tierra. Pero ya estábamos en la costa de la Tesalia, a pocos días de Thessalonica, y se acercaba el final de la misión. No podíamos dejar de pensar que nuestro mensaje ya debía de haber llegado a su destino con el centurión Marcelo, y nuestra misión estaba prácticamente concluida.

Nos vimos obligados a permanecer tres días en un villorrio de pescadores a los que nada les importaba la política de Roma, ni César, ni Pompeyo. Aceptaron nuestra compañía como aceptaban la lluvia, el sol y las aves del mar, y nos mandaron alojarnos en un establo vacío donde el centurión Galerio nos ordenó a todos que arregláramos nuestras ropas de una vez por todas, y que tiñéramos tanto nuestras corazas de cuero como nuestras cáligas con un tinte hecho con cáscaras de nuez hervidas, porque realmente parecíamos unos harapientos.

El viento y la llovizna nos obligaron a encerrarnos para discutir de nuestras cosas. Estaba claro que habíamos encontrado dónde estaba el engaño en la mina de Lavrios, pero no entendíamos cuál era el significado de la operación de la plata.

Hicesio estaba interesadísimo en ello, entre otras cosa porque oficialmente los dos éramos miembros del *collegium* de argentarios de Ravenna, por lo que podíamos considerarnos, con razón, expertos financieros, al menos de eso él estaba convencido.

Me decidí a pedirle explicaciones a Galerio:

—A tu juicio, ¿quién sale ganando con este ir y venir de la plata?

—Quintilio, es obvio que el dinero se lo embolsan los oficiales romanos que se unieron a esta Liga, ¡o si lo prefieres a ese *collegium* de la mina! ¡Ya sabíamos antes de irnos que todos se habían hecho ricos!

—¿Y qué sentido puede tener toda esta maniobra? ¡Ni siquiera sabemos de dónde viene la plata!

—Si he de decirte lo que pienso —dijo Galerio—, la verdad es que ya no tengo ninguna duda de que la operación de la mina se urdió sólo para blanquear ese capital. Quien recibe el dinero ya no tiene por qué ocultarlo, ni apartarse de su función en el ejército. Pero no es más que una estratagema para comprar a nuestros oficiales. Se enriquecen, y algo les habrán pedido a cambio. Evidentemente se trata de algo muy importante, ¡como suele ocurrir en las conspiraciones y traiciones!

—Por supuesto, centurión —le confirmó Hicesio—. Así tiene que ser. Una conspiración de vastísimas proporciones, de eso no cabe duda. Tienes una treintena de nombres, pero es evidente que habrá muchos más, y puesto que los que conocemos son oficiales de renombre, habrá también algunos otros oficiales de menor prestigio a sus órdenes que se han prestado por una pequeña tajada de las riquezas. ¡Y están todos en Atenas!

—Sí, y eso es exactamente lo que me hace pensar mal. La plata se embarcó en Antiochia, y no creo que haya muchas minas en esa parte de Oriente que puedan producir esta plata. Ciertamente los oficiales de nuestro Mando saben mucho más al respecto.

—Galerio —le pregunté—, qué tú sepas, ¿todos estos oficiales están contra César? Seguro que sabes por dónde van sus simpatías.

—No, que yo sepa no están todos en contra de César, al menos no abiertamente. Pero en estos tiempos es difícil saber cómo piensa la gente. Muchos de los oficiales de Pompeyo han permanecido en la facción de los optimates. Pero en nuestra última lista también tenemos oficiales de los que no queda claro de qué lado están. Sin embargo, me han contado que tienen una característica en común. Todos ellos tienen la apariencia de ser arribistas que quieren alcanzar la riqueza y la opulencia rápidamente. Lo sabemos de

buena tinta por nuestros informadores: entre ellos no hay ninguno de probada integridad. Todos son oficiales… digamos, un poco oportunistas.

Al cuarto día de estar bloqueados en el establo decidimos forzar la mano del pescador y aunque el mar estaba un poco agitado, continuamos, igualmente, hacia septentrión.

Tres días más tarde, al ponerse el sol, llegamos frente a la bahía de Thessalonica, con las casas y el muelle a la vista.

El mismo muelle del que habíamos partido en el equinoccio, trece días antes de las calendas de abril[82].

Ahora era el decimocuarto día antes de las calendas de junio[83]. Habíamos estado en misión exactamente dos meses.

El puerto me devolvió los tristes recuerdos de aquel último adiós de la bella Fabritia, y de su pañuelo blanco ondeando al despuntar el alba.

Me sentía como si hubiera pasado una vida entera desde aquel día. Quién sabe lo que había pasado en el ínterin. Y si ella había pensado en mí.

Tal vez se hubiera peleado con su marido, o la hubieran echado de casa.

Llevaba varios días haciéndome esa pregunta. ¿Volvería a verla?

El nuestro no fue un desembarco triunfal.

Bajamos a tierra cuando ya había oscurecido, y el centurión Galerio despidió inmediatamente al pescador para que desapareciera de la circulación y nadie tuviera por qué interrogarle.

Luego tomó un carro con cochero y nos condujo a acampar en una vaguada a las afueras de Thessalonica, como si aún fuésemos fugitivos.

—No podemos dejarnos ver por la ciudad de buenas a primeras —explicó—. Estamos en una posición un pelín peculiar, por así decirlo. No sé si nos buscan como desertores, quiero asegurarme de eso antes de acabar accidentalmente en alguna cárcel repleta de malhechores. Mañana, con las primeras luces del día, hablaré con alguien: entonces tal vez todo haya terminado.

Y así fue. A la hora sexta, Galerio estaba de vuelta junto con una escolta de ocho jinetes y todos juntos nos dirigimos a un cuartelillo un poco alejado de la ciudad, a las afueras de las últimas casas de Thessalonica, en el camino a Pella y a la vista de la Vía Egnatia.

—La misión ha terminado —nos dijo a mí y a Hicesio—. Ahora les proporcionaré uniformes nuevos a mis hombres y les daré dinero para que se emborrachen en los burdeles de la ciudad. Estarán borrachos al menos una semana, pero vigilados para que no se les escape ninguna información. En cambio, vosotros y yo tendremos que presentarnos ante nuestros superiores, que nos esperan esta noche. Marcelo, con vuestro informe, ya lleva aquí varios días. Me han dicho que con ese salvoconducto consiguió una escolta de veinte jinetes. A pesar del informe, los oficiales quieren discutirlo con vosotros porque el asunto es muy grave. ¡Es inútil que os diga que estáis obligados a mantener en secreto todo lo que sabéis!

XXIII.

Al volver a ver Thessalonica con sus sucias calles y sus acres olores procedentes de los sumideros abiertos, no pude evitar la pregunta de siempre: ¿podría volver a verla? ¿Y cómo podría acercarme a la casa de Fabritia?

Cuando nos marchamos, el griego me había hecho caer en la cuenta de que mi aventura estaba a punto de descubrirse, y yo no podía estar seguro de que nada nuevo hubiera ocurrido en la familia del legado de Polión.

Era cierto que el día de la partida, en el muelle, su marido también había estado allí para despedirnos, y desde luego no se habría presentado si hubiera sospechado algo de lo que había pasado entre nosotros dos.

Pero también se me ocurrió otra posibilidad completamente distinta. Si el marido hubiese sabido algo de lo nuestro, y probablemente hubiese querido guardar silencio para evitarse las habituales habladurías que suscitan tales situaciones, entonces podría haberse alegrado de que yo me marchara y de que todo terminara allí. Y en ese caso, un marido celoso habría acudido al puerto para asegurarse de que efectivamente me marchaba, y para observar de cerca el comportamiento de su mujer.

Lamentablemente, no podía ir a la villa del oficial Marco Polión y preguntarle si sabía lo que había hecho con su mujer.

También se me ocurrió pensar que la propia Fabritia, tal vez enfrentada a alguna prueba o a alguna trampa, podría haberlo confesado todo para buscar el perdón de su marido.

En otras palabras, por más vueltas que le di a toda la historia, no encontré la manera de aclarar mis dudas y, tal vez, volver a verla.

También reflexioné que el legado Polión era un buen oficial, quizá un poco tiquismiquis si se miraba bien, y que yo había irrumpido en su casa como un ladrón, me había comportado de manera muy indigna con él y había traicionado su hospitalidad.

Sin embargo, no era la primera vez que llegaba a esas mismas conclusiones, sólo que cuando llegaba a ese punto solía aparecer en mi mente el sonriente rostro de Fabritia con sus hoyuelos, su cabello suelto, su cuerpo ardiente y desnudo, y yo ya no sabía qué pensar.

Tal vez podría dar una vuelta por el cuartel donde servía el legado, y fingir que me encontraba con él por casualidad. Y si se hubiera enterado del asunto y me hubiera vuelto a ver por allí, ¿no me arriesgaba a que me mandara un par de buenos sicarios bien pagados?

Sin duda, una solución carente de peligros era empezar a frecuentar las Termas, entablar amistad con los oficiales que estaban allí todo el día de cháchara y ver si, poco a poco, conseguía sonsacarles alguna indiscreción sobre la familia. Pero ¿cuánto tardaría en saber lo que me interesaba?

Nos trasladamos al cuartel donde nos estaban esperando y me resigné a reconocer que los dos meses que había estado fuera no habían apagado la pasión que había en mí, ni el tiempo me había permitido encontrar una nueva solución a mi drama con respecto a cuando me había marchado.

Tal vez podría haberme contentado con volver a verla y alcanzar una solución con ella. En eso pensaba mientras me daba un baño caliente en una diminuta bañera de mármol de las termas del cuartel.

Poco después fui a la intendencia, y un liberto muy amable me regaló un atuendo completamente nuevo, con cáligas y todo.

Antes de tirar el viejo uniforme desabroché por dentro aquel diminuto bolsillo en el que había guardado un mechón de cabello castaño atado con una cinta amarilla. Me había acompañado durante toda la misión, incluso después de haber perdido la cruz de la vida egipcia. Quién sabe dónde estaría ahora Regila. Pocas veces había pensado en ella porque, durante la misión, siempre estaba ocupado con un sinfín de cosas. Además, Regila no era más que una muchachita, y en Thessalonica había encontrado a alguien que me había alejado de ella.

Sin embargo, seguía siendo una chica entrañable y encantadora, y como mínimo debería enviarle una carta lo antes posible.

En el cuartel nos habían reservado un cuartito a Hicesio y a mí. Era un cuartel un tanto particular, donde pude comprobar que la disciplina no parecía estar ligada a la jerarquía, sino más bien al respeto entre colegas. Estaba claro que aquí los oficiales no hacían frente a los problemas de la tropa; el lugar albergaba operaciones especiales que quizás tuvieran que ver con misiones de espionaje como la que acabábamos de completar.

Un joven legionario, un ordenanza, nos advirtió de que cenaríamos con algunos oficiales superiores, aunque no pudo especificar quiénes se presentarían.

Hicesio también se había arreglado: le habían sacado ropa de paisano de algún sitio porque ¡habría sido realmente excesivo tratar de vestirle de uniforme!

A la hora duodécima, un ordenanza vino a buscarnos para conducirnos a la salita donde nos estaban esperando. Ante la mesa dispuesta nos encontramos al tribuno Elpidio y a su colega Livio Veranio, los mismos dos oficiales con los que habíamos iniciado la misión.

Habían venido exprofeso desde Roma para esperar el final de nuestra expedición y los resultados. Nos saludaron con gran afabilidad y nos felicitaron por la misión en la que sólo habíamos perdido tres hombres.

El tribuno Veranio nos hizo sentar y comenzamos la cena como si todos fuéramos colegas. Nos contaron un poco los problemas que César tenía en Egipto. Curiosamente los problemas de César con aquella reina refrescaron los míos, los que yo tenía aquí en Thessalonica, pero traté de desterrar esos pensamientos porque esta noche estábamos discutiendo el éxito de la misión.

Mientras comíamos, les conté muchos detalles sobre cómo habíamos montado la falsa *limitatio*, que permanecería allá eternamente abandonada a la espera de los inexistentes colonos que nunca llegarían, y cómo habíamos conseguido las medidas que nos habían exigido.

Quedó claro que ya habían interrogado largamente tanto al centurión Marcelo como a Galerio, tanto que en un momento dado el tribuno Veranio, tal vez para conocer nuevos pormenores, me preguntó:

—¿Sabes cómo descubrió el centurión Galerio que se trataba de plata?

—Sí, lo ha contado más de una vez. Había presenciado la descarga de los lingotes de una barcaza atracada en el muelle, había esperado a que todos se marcharan y luego había desandado el camino que sale de Lavrios y se adentra por las colinas, cortando al cabo de un rato en dirección a las minas. Hizo que Higinio, el herrero, fingiera orinar mientras examinaba las marcas dejadas en una roca por la caída de un lingote. Por lo que me dijo sólo era una pequeña raya similar a la que deja un carbón, pero debido al peso del lingote se veía un rastro de metal, si bien minúsculo. Como no sabía si era hierro o plata, sacó un denario de plata del bolsillo e hizo otra raya con él para comparar. Luego, cuando llegó al campo, hizo varias líneas similares, a modo de prueba, sobre algunas piedras utilizando ahora un clavo de hierro, ahora el denario de plata. Cuando vio que el hierro dejaba una raya diferente estuvo definitivamente seguro de que aquel cargamento era de plata.

—El centurión nos refirió, al informarnos, que fue espiado.

—Eso es lo que dijo también en el campamento en plena noche. Según él, la desaparición de nuestros tres guardias se produjo porque al herrero y a él les espiaban todos sus movimientos, tanto en el puerto como de camino a nuestro campamento. Los vieron curiosear en el lugar donde había caído el lingote y empezaron a sospechar de nuestra unidad de ingenieros. No pudimos encontrar otra explicación a la desaparición de los tres hombres. Esa misma noche partimos con los gladios en la mano, temiendo que ya nos hubieran rodeado.

—Desgraciadamente, no pudimos saber nada más de aquellos tres leales legionarios —añadió el tribuno Elpidio.

—Sí, pero si nos hubiéramos quedado allí no habríamos podido enviar el mensaje con el centurión Marcelo, y actuar como su retaguardia en caso de que fueran perseguidos.

—Por cierto, ¡nos hemos enterado de que los legionarios que viajaban en la segunda embarcación con el *optio* Marcio también han llegado hace unas horas! —dijo Veranio—. Tuvieron algún problema con la barca, pero están todos sanos y salvos. ¡Ahora están de permiso gastando algo de dinero en los burdeles de la ciudad!

—Sabed —continuó Veranio—, que hemos estudiado vuestra relación escrita con la letra más pequeña, la que estaba escondida en el pomo del gladio del centurión Marcelo. La relación es muy interesante, pero sería importante para nosotros saber cuál consideráis que es el margen de error en esos recuentos. Os pondré un ejemplo: las mediciones, por muy cuidadosos que hayáis sido, pueden contener un error importante, y posiblemente podrían cambiar los resultados.

—¡Por supuesto, tribunos! —les respondí tranquilamente—. En Roma, antes de partir, discutimos largo y tendido sobre esta cuestión. Es cierto que las mediciones pueden contener errores. En la medida de lo posible, estas se repitieron varias veces, y para algunas comprobaciones importantes tuvimos que basarnos en el recuento de pasos realizado por el centurión Galerio durante su visita. Nuestros incursores marcharon a colocar las cuerdas con nudos por la noche, mientras llovía, y quizá estuvieran más preocupados de borrar sus huellas en los montículos de tierra que de la precisión de las mediciones. Pero a pesar de todas estas limitaciones, por las diversas comprobaciones que hicimos creemos estar muy cerca de la realidad. Si no hubiera sido así, habríamos realizado nuevos intentos cuando aún estábamos allí.

—Que no te sepan mal nuestras preguntas, Quintilio —me interrumpió el tribuno Elpidio—. Estamos seguros de tu buena fe, pero debemos ser muy prudentes porque aquí está en juego la vida de mucha gente y un posible atentado contra el Estado.

En aquel momento Hicesio alzó la mano para pedir la palabra, como si aún fuese un siervo:

—Quintilio, creo que no has entendido del todo el fondo de la cuestión que el tribuno Elpidio quiere que se responda. Veamos si puedo arrojar algo de luz sobre el asunto. Desde luego, puede que

hayamos cometido muchos errores al medir, y haber leído por cien pasos la anchura de un montón de escoria que podría haber medido ochenta, o tal vez ciento veinte. Ahora ellos quieren saber cómo de seguros pueden estar al dar esta cifra a sus superiores, porque seguramente alguien tendrá que pagar por este engaño.

—Exacto, ese es el problema —dijo Elpidio, mientras Veranio asentía—. Debemos trasladarle a nuestro general una certeza, ¡si es que disponemos de dicha certeza! De lo contrario, ¡necesitamos saberlo!

—Por tanto, tribunos, ya sabéis que para que pudiéramos hacer nuestros cálculos de la mejor manera posible, y para ahorrarnos mucho tiempo, el buen prefecto del cuerpo de Ingenieros, Marco Vitruvio Polión, dirigió al centurión Galerio a un *collegium* de Thessalonica donde gente pudiente, muchos años atrás, había hecho cálculos muy meticulosos con el fin de reabrir las minas. Querían estar seguros de la rentabilidad a la hora de iniciar un segundo tratamiento de las antiguas escorias con el fin de recuperar lo que se había escapado en el primer tratamiento, siglos atrás. Después de muchas pruebas que, según los papiros robados de aquella oficina que desgraciadamente también se incendió, fueron muy meticulosas y exhaustivas. Aquel *collegium* llegó a la conclusión de que el margen de ganancias era tan exiguo que no merecía la pena llevar a cabo dicha operación.

Le hice una señal al griego, apretando el puño, para que no se anduviera por las ramas, antes de que los tribunos perdieran el hilo de su argumento.

—Ahora bien —dijo el griego—, decidieron que no les compensaba, porque ni siquiera estaban seguros de recuperar su inversión. Es decir, la plata recuperada correspondía a los costes de extracción. Por eso la escoria siempre ha permanecido allí durante siglos, aunque todavía contenga algo de plata. Y por eso mismo sólo tienen un centenar de esclavos en esa falsa mina, que es un número de trabajadores muy inferior al que se utiliza normalmente en estas actividades. La realidad es que no sacan ni un sestercio.

Los dos tribunos asintieron, dando a entender que hasta ahí estaba claro.

—Pero entonces —enfatizó el griego—, si procesando la escoria no se gana nada, no se gana nada tanto si nuestras cuentas eran exactas hasta la última libra, como si nos hemos equivocado tanto por exceso como por defecto, ¡¿no?!

—¡Es completamente cierto! ¡Es el negocio el que no es rentable en sí mismo, con independencia de la cantidad! —dijeron los tribunos al unísono.

—A modo de conclusión —dijo Hicesio—. Quizás todos estos datos se podrían haberse leído en esos papiros incluso aquí, en Thessalonica, sin tener que marchar hasta Lavrios. Pero si no hubiéramos investigado directamente sobre el terreno nunca habríamos sabido que lo que están haciendo ahora en esa mina es exactamente el mismo proceso de extracción que se describía en los papiros del *collegium* de Thessalonica.

— Enhorabuena, Hicesio, y también a ti, Quintilio. Ahora tenemos la certeza de que podemos utilizar esos resultados. Debéis saber que ya se ha enviado un primer mensaje al estado mayor del César en Alexandria, y un segundo mensajero partirá mañana con estas últimas confirmaciones. Y también debo agradeceros vuestra rapidez y la forma en que habéis organizado a vuestro mensajero, ¡el centurión Marcelo! Si no hubiera tenido ese permiso, jamás habría podido cambiar de caballo, ¡y nunca habría tenido la escolta indispensable para llegar hasta nosotros! Sin embargo, os juro que no recuerdo haber firmado ningún permiso para ese centurión. He visto la tablilla, ¡y la firma es mía! Pero ese permiso no lo recuerdo. Recuerdo haber refrendado el tuyo, Quintilio. No te habrá dado por rascar tu nombre y poner el del centurión Marcelo, ¿verdad?

Mientras me miraba seriamente con gesto de desaprobación, eché mano de mi zurrón que estaba oculto bajo el banco, cogí la tableta de mi permiso y se la entregué sin mediar palabra.

—Sí, me acuerdo de éste. ¡Es el tuyo, lo refrendé en Roma! Pero el de Marcelo, ¡ese precisamente no lo recuerdo! ¡Y las iniciales son las mías!

Hicesio sorbía agradablemente el dulce vino macedonio mientras hablaba de la deficiente memoria del tribuno Elpidio.

Por último, el griego, como si se despertara, les preguntó a los tribunos:

—Me queda una pequeña curiosidad, siempre y cuando podáis satisfacérmela sin romper secreto alguno. ¿Podría saberse entonces de dónde procedía toda esa plata con la que los dioses han deseado obsequiar a los afortunados oficiales de Atenas?

—A estas alturas vosotros también habréis entendido de qué se trata —respondió Elpidio en voz baja, frunciendo el ceño—. Estáis obligados a guardar el secreto porque estas operaciones conducirán a esos oficiales al patíbulo, e igualmente porque los que hablen, traicionando nuestro secreto, serán tratados de la misma manera. Ya os habréis dado cuenta de que alguien está comprando a muchos de nuestros oficiales. Todos ellos son de Atenas, por eso pensamos que, habiendo comprado las llaves de esa ciudad, una operación militar podría tener lugar allí. Ciertamente no una invasión por tierra, en tierra somos dueños indiscutibles, pero tal vez un desembarco repentino desde el mar. Ese alguien está aprovechando el difícil momento que atraviesa la república a causa de la guerra civil y de la guerra de Egipto para intentar arrebatarnos parte de nuestras provincias.

Hicesio y yo escuchamos, sin comprender el verdadero significado del asunto.

El tribuno Elpidio continuó hablándonos en voz baja:

—Sólo existe una mina en Oriente que pueda producir tanta plata, y está en manos de Orodes II[84], el digno continuador de Mitrídates de Partia. ¡Orodes II quiere intentar un desembarco en Atenas!

—Pero ya no lo podrá hacer —añadió inmediatamente el tribuno Veranio—, ¡porque ahora lo hemos descubierto y eliminaremos a los traidores que le habrían abierto las puertas!

—¿Qué pasará ahora con los hombres de la lista? —preguntó Hicesio.

— ¡Es una pregunta muy desagradable! No por sí misma, sino porque traerá mucho dolor. Esos oficiales tendrán que confesar lo que saben y los nombres de los conspiradores, porque a muchos aún no los conocemos. No sé lo que decidirán los generales, pero los traidores normalmente acaban ante el verdugo. Por mucho que lo

sientan tantas familias, ¡esos hombres están intentando que se mate a honrados compañeros suyos!

—Pero tribuno —continuó Hicesio—. Seguramente muchos de ellos colaborarán. Aun así, ¿los enviaréis al verdugo renunciando a emplearlos como informadores?

—¡Ay, griego! ¡Ya me habían advertido de tu falsa afabilidad! ¿Acaso tienes a alguien a quien recomendarme?

—No, tribuno, lo preguntaba… por saber. Sin embargo, ¡podría ser una buena oportunidad para formar un equipo de espías que no tengan nada que perder! ¡Seguramente vuestros superiores no dejarán pasar una oportunidad así!

En ese instante me resultó evidente que Hicesio estaba sugiriendo cosas para obtener información de otro tipo.

—No sé qué decidirán nuestros superiores. Tal vez dejen a alguien suelto, sin duda. Sólo para reunir información, y que pueda traicionar a otros como él —dijo Elpidio.

—De todos modos, es poco probable que haya una redada inmediata —añadió el tribuno Veranio—. Primero tendremos que rastrear la larga cadena de traidores hasta Antiochia, porque algunos de ellos están allí. No es importante que atrapemos a estos sujetos de Atenas de inmediato y los entreguemos al verdugo a toda prisa. De todos modos, sabemos quiénes son y dónde están; atraparlos hoy o mañana es lo mismo. ¿Adónde podrían ir?

XXIV. Thessalonica

Conocía bastante bien al griego Hicesio como para imaginar que durante la cena con los tribunos, él tuviera otra cosa en mente. Conocía algunos de los nombres de aquella lista y tal vez estaba meditando sobre una de sus extravagantes artimañas. Tuve mucho cuidado de no hacerle ninguna pregunta, porque de sobra sabía que si se hubiera metido en un lío él mismo sacaría el tema y recurriría a mí.

Nuestra misión había terminado, pero aún estaríamos varios días en Thessalonica a disposición del ejército, que probablemente nos pediría que preparásemos documentos o mapas de la falsa mina de Lavrios.

Así pues, me quedé vagabundeando sin rumbo fijo, huésped sine die del cuartel, y tuve tiempo de recabar información sobre las últimas noticias de la hermosa Fabritia.

Mi primera parada fue en las Termas, las más grandes de la ciudad; allí encontré al habitual grupito de oficiales haraganes, que resistían indomables cualquier tentación de iniciar algo que pudiera tener, siquiera remotamente, visos de alguna utilidad, e incluso añadí algunos nuevos.

Parecía que la *popina* con los bancos en el exterior, a la vista del gran atrio, era el lugar de encuentro favorito de quienes querían familiarizarse rápidamente con los hábitos y costumbres privados de muchas de las familias de la ciudad, incluidas las importantes. Así que me dediqué, junto a ellos, a memorizar rostros de transeúntes que me eran completamente desconocidos. Oí salaces comentarios sobre los hábitos de muchas matronas y sobre las habilidades de sus particulares esclavos, sobre la rectitud de prefectos, cuestores y generales, sobre su gusto por las comidas exóticas y sus preferencias por doncellas y efebos sirios o egipcios.

Me presentaron a muchos colegas a los que, para no levantar sospechas, les dije que era un agrimensor encargado del

mantenimiento de carreteras, cuidándome mucho de mencionar nada que tuviera que ver con Atenas y la zona de Lavrios.

Almorcé con algunos de ellos y, a última hora de la tarde, agotados los chismes y a fuerza de insistir, acompañé a un oficial llamado Septimio a dar una vuelta por unos burdeles que él conocía bien y que me describió como algo nunca visto.

Me llevó a un barrio que aún no había visitado, donde en cada puerta había jovencitas o robustos efebos que se vendían a los transeúntes por unos pocos ases.

En uno de estos burdeles me quedé a echar un trago mientras él se juntaba con una chica rubia. Yo también vi a las muchachas, pero no me apetecía estar con ninguna de ellas. Podían ser atractivas de lejos, pero de cerca se veía que iban disfrazadas como actores de teatro, y los fortísimos perfumes que desprendían de sus cuerpos no conseguían tapar del todo el hedor a sudor y suciedad. E incluso el mismo burdel en su conjunto olía a establo, con una mezcla a orines rancios y aguas residuales que no estaba nada claro si procedían del exterior o bien si se vertían a éste.

Hice un recorrido exhaustivo del barrio con Septimio, con la impresión de que mi visita podría acabar siendo tanto la primera como la última.

Pero no quise desilusionar al oficial, al que volví a encontrar en las Termas en los días siguientes y que se convirtió en mi cicerone permanente tanto de lo bueno como de lo malo de la gran ciudad. De vez en cuando le sacaba a colación la miserable vida que llevaban aquellos oficiales que habían sido trasladados aquí, lejos de sus familias. Por no hablar de los problemas de los que tenían esposa y permanecían en esta ciudad durante largos años. Era una vida miserable, sobre todo para sus mujeres, que se veían obligadas a vivir en casa y sólo podían permitirse alguna que otra diversión con las esposas de otros oficiales. Me habló de los dramas de muchos oficiales y de problemas de mujeres infieles que buscaban consuelo en los colegas de sus maridos.

Le dejé hablar, dándole de vez en cuando alguna respuesta para que no se detuviera y, con suerte, se le escapara algún nombre.

Septimio, viendo que yo era de gustos difíciles, ¡hasta consiguió presentarme a una hetera! Se trataba de una tal Eutasia, una profesional de lujo que ejercía en las Termas; sólo tenía unos pocos clientes fijos, no más de ocho según ella, y de vez en cuando alguno de esos la dejaba, por lo que tenía que sustituirlo.

Un día la llevé a comer, pero mi interés se desvaneció en unos instantes cuando ella me hizo la prueba del patrimonio y me explicó cortésmente que, si realmente la necesitaba, sólo podría dedicarme un par de horas al mes como mucho, porque tenía una agenda bastante apretada.

Supuse que ya había contado con despojarme de toda mi paga en sólo dos horas de dedicación al mes. Sin embargo, ella como mujer tampoco me gustaba del todo: hablaba de demasiadas cosas que yo desconocía, de personajes famosos, de juegos y banquetes en los que se recibía a invitados ilustres, todo lo cual tenía para mí el atractivo de una moneda falsa. Sin embargo, tuvo su peso la constatación de que si le pagaba el *stipendium* me quedaría en el cuartel sin un solo sestercio, sometido al rancho legionario durante el resto del mes, salvo esas dos horas.

Nos saludamos cordialmente, sin excluir por ello que volveríamos a vernos.

Y si los dioses me hubieran destinado al Hades, puede que hubiera vuelto a encontrarme con ella, desde luego no antes. Pero confiaba que esa cita no llegara pronto.

Al final me di cuenta de que mis tentativas de recabar información procedentes de la Termas no habían dado ningún resultado apreciable, y que nadie conocía a la familia del legado Marco Polión. Si hubiera querido llegar, de algún modo, hasta su mujer y hablar con ella, habría tenido que intentarlo por una vía completamente distinta.

Por la noche, cuando regresé al cuartel, encontré a Hicesio con los pelos de punta y los ojos desorbitados, angustiado por un papiro que estaba leyendo.

Enseguida me dijo que había llegado un paquete de Ravenna con correspondencia, y en ese momento estaba leyendo una carta muy

larga de Pisón. Eran varias hojas, pero viendo al griego alterado, sólo le pregunté:

—¿Alguna noticia de Regila? ¿Se encuentra bien?

Él me respondió apresuradamente:

—Sí, me parece que está bien, pero aún no he llegado hasta ahí.

Comprendí que era una lectura complicada y, en lugar de esperar a que terminara el pergamino, me fui a la *popina* de enfrente con un oficial y comimos paletilla de cordero encebollada, la especialidad de la mujer del posadero.

Bastante rato después, cuando regresé, Hicesio seguía allí reflexionando sobre el papiro.

—¿Hay problemas? —le pregunté.

—No, hay desgracias.

—Pero ¿Regila está bien? ¿Y Rusonio?

—Regila y Rusonio están bien, los problemas son otros.

Aguardé un buen rato hasta que se decidió a darme el papiro, porque Hicesio tenía la insoportable costumbre de leerlo todo muy despacio y varias veces, para analizar qué situaciones se escondían bajo las palabras escritas, y cuál era el estado de ánimo y el alma de quien las había escrito.

Finalmente soltó la carta, y le pedí que me contara qué había sucedido.

—Ha sucedido que una delegación del Erario del Estado se ha desplazado a Ravenna, y ha preguntado por el argentario Nicóteles.

—¿Y qué? El asunto se zanjó el año pasado y el Erario emitió un pergamino en el que declaraba que estábamos en regla, ¿no?

—No lo sé. Con esa gente nunca puedes decir si estás en regla.

—¿Y no hay una carta de Regila?

—Tampoco lo sé, aún estoy buscando en el paquete.

Yo también empecé a leer el rollo de papiro, que parecía casi tan largo como una comedia de Plauto.

El argentario Pisón de Ravenna saluda a sus fraternales amigos Hicesio, liberto, y Fausto Quintilio, agrimensor. Queridísimos amigos, muchas cosas nuevas han sucedido en Ravenna desde la última vez que nos vimos.

Los negocios van de mal en peor en Iader. Los hijos del propietario y armador Arístides, nuestro amigo, han conseguido, por medios que desconozco, apropiarse de todo el patrimonio de su padre, patrimonio con el que contábamos como última garantía para nuestros préstamos.
Ahora los dos hijos tienen en sus manos vuestra declaración por la que renunciáis a vuestra parte del banco que financia las obras del puerto, pero han tenido cuidado de no pagar los intereses de este año.
Mi honestísimo secretario Albano, que velaba por mis intereses y los vuestros, mientras intentaba insistentemente cobrar el crédito del primer plazo fue apaleado y obligado a regresar a Ravenna con su familia, dejando los libros en manos del collegium*, cuyos principales propietarios son, ahora, los mismos hijos de Arístides.*
El secretario Albano se encuentra en mi casa porque ha perdido algunos dientes en la trifulca; la grave herida del ojo tal vez pueda curarse. Tal es el dictamen de mi médico a quien he confiado al joven.
Uno no puede entender cómo pudo suceder una cosa así, y por qué estos dos griegos, hijos de nuestro amigo Arístides, se han abalanzado sobre nosotros como bestias salvajes, renegando de todos los acuerdos que honestamente habían sido convenidos con su padre.
Tampoco puedo imaginar lo que nos deparará el futuro en Iader, teniendo en cuenta que estamos completamente incomunicados con el que era su banco, en el que sospecho que ni siquiera estarán ya los dos contables que contratasteis el año pasado.
Como tampoco conozco el estado de las obras de los nuevos almacenes, ni del nuevo muelle. La única información cierta es que el capital con el que se financiaron las obras, un préstamo avalado a medias por vuestro banco y por mí, es cada vez más difícil de cobrar.
En cuanto me sea posible, enviaré a una persona de incógnito para que investigue si aún es posible recuperar algo de

nuestro capital.
Estas son las tristes novedades de Iader de las que tengo conocimiento en el momento de escribir esta carta.
En los últimos días, unos miembros del collegium *de argentarios de Ravenna me han informado de que una delegación compuesta por un tribuno y dos legados ha sido enviada por las oficinas romanas del Erario del Estado para visitar este* collegium*. No se trata de una visita amistosa.*
El tribuno ha solicitado ver todas las escrituras de cesión al collegium *del crédito que perteneció al patricio Julio Rogaciano, y ha querido averiguar todo el recorrido que siguió ese dinero, por lo que acudí a pedir más información al Tesorero de la Flota del Estado a quien se le prestó esa suma por un periodo limitado de tiempo, antes de que fuera traspasada definitivamente al Erario del Estado.*
Es suposición mía que el propósito de esta visita sea investigar si alguna parte del tesoro de Rogaciano desapareció en algún momento, y cómo es posible que esto haya sucedido.
Mientras tanto, se busca información sobre Nicóteles de Byzantium, que fue mi huésped con su esposa oriental durante un brevísimo periodo de tiempo, y las investigaciones llevadas a cabo por los hombres del Erario han establecido que entró en Ravenna pasando regularmente por un puesto de guardia.
Tú, que ahora te encuentras en Thessalonica, no muy lejos de Byzantium, tal vez puedas enviarle un mensaje para que se ponga en contacto con los funcionarios del Erario, por si necesitan alguna aclaración.
Mi casa se ve ahora agraciada por la presencia de Regila y de su tutor Rusonio.
La chica ha entablado una fuerte amistad con mi hija, y, al ser casi de la misma edad, siempre andan juntas hablando, leyendo y soñando con las cosas de las jóvenes de esa edad.
Mi mujer y mi suegra también están embelesadas con la compañía de esta jovencita que nos deleita contándonos historias de la capital, o de su vida y de la de Rusonio cuando

vivían en el casal de Fidenae y se dedicaban a criar gallinas y a defenderlas de zorros, tejones y ladrones.
El estimado Rusonio se ha hecho cargo del jardín y de la huerta, y demuestra ser una persona competente, capaz de hacer trabajar a nuestros siervos como nunca. Se afana de la mañana a la noche con la podadera y el estiércol, y a veces pide la ayuda de Regila para disponer ciertas extrañas y graciosas trampas para topos. Me temo que si ocurre lo que él prevé, tendremos que vender parte de la producción del huerto, porque nunca llegaremos a consumirla toda.
Sabed además que Regila está enojadísima con vosotros porque no tiene noticias vuestras, y sobre todo de Quintilio.
Ya se han terminado las avenidas primaverales del Po, y dentro de unos días enviaré a un par de pescadores a la ciénaga del Padusa para que entreguen el acta de emancipación de Annia, tal y como me pedisteis.
Regila está al tanto de las aventuras que vivisteis vosotros dos en el Po el año pasado, y difícilmente podré retenerla en Ravenna.
En las páginas siguientes, el secretario Albano ha resumido el estado de las finanzas en Iader, tal y como estaban antes de ser herido y obligado a regresar a Ravenna.
Hacedme llegar noticias vuestras, por lo menos para tranquilizar a Regila.
Vuestro fraternal amigo Pisón, argentario, os saluda atentamente.
V ante kal Ivn DCCVII[85].

Seguían densas páginas de cuentas elaboradas por el secretario Albano, que había sido vapuleado inútilmente por aquellos sinvergüenzas. Tal vez Hicesio consiguiera sacar algo útil de aquellos números.

Lo esencial, sin embargo, estaba claro: lo habíamos perdido todo. Y con nosotros, también Pisón. Pero la noticia más grave era la otra, que se había iniciado una pesquisa sobre nosotros.

Y mientras Pisón nos daba noticias de las investigaciones en curso sobre el argentario Nicóteles, nos sugería cautamente que iniciáramos algunas maniobras para que Nicóteles volviera a la vida para explicar qué había pasado con aquel ramillete de cartas de depósito que habíamos entregado el año anterior al *collegium* de argentarios de Ravenna.

Me estremecí al darme cuenta de que mi mirada se perdía en estas consideraciones. Hicesio me estaba observando, como si esperara un gesto por mi parte.

—Lo he leído y lo he comprendido —le dije simplemente.

Me entregó una nota que había sacado del paquete de correspondencia y que acababa de terminar de leer. La cogí.

Era de Regila.

Regila Rusonia saluda a Fausto Quintilio y al liberto Hicesio.
Queridos míos, espero que estéis bien y que vuestros trabajos hayan ido de maravilla. El argentario Pisón se ha portado estupendamente con nosotros, y su familia nos ha brindado su hospitalidad en estos momentos difíciles sin negarnos nada.
Rusonio y yo rogamos a los dioses que os conserven la salud y que cumplan vuestros deseos para que podáis regresar pronto, y para que podamos cumplir el voto que hicimos rezando juntos a los Lares cuando partisteis.
Si es posible, hacednos llegar noticias vuestras para que sepamos que estáis bien.
Enseguida le llevaré tus saludos a la mujer que os ama y que vive esperando saber de vosotros.
Regila os saluda queridos míos, y conmigo os saluda Nevio Rusonio,
V ante kal IVN DCCVII.

Las sentidas palabras de la muchacha me impresionaron sin que pudiera hacer nada para sustraerme a ellas y recordé cómo, durante los pocos días que pasé en Roma, estuve siempre ocupado con mil cosas, renunciando a que todos pudiéramos disfrutar de la mutua presencia como si fuéramos una verdadera familia. Al oír de nuevo la

voz de Regila en mi mente, sentí como si una astillita se me hubiese clavado en un ojo.

Capté la referencia a la curandera Terencia en la carta. Desde hacía tiempo sabía que nadie podría alejar a Regila de aquella mujer.

En el paquete que acababa de recibir había también otros muchos documentos, todos copias de escrituras transcritas por Pisón.

Encontramos el acta de la emancipación de la sirvienta Annia, que por fin era una mujer libre, y copias de las escrituras relativas a los diversos pasajes de aquel tesoro que el año anterior había sido cedido al Erario del Estado: la cesión del crédito al *collegium* de argentarios de Ravenna, la formación del préstamo a la Tesorería de la Flota, los recibos girados al argentario Nicóteles de Byzantium.

También encontramos los documentos de inscripción de Hicesio y Nicóteles en el *collegium* de Ravenna, y los del movimiento de dinero. ¡Suficiente, tal vez, para que la plata de Nicóteles pareciera real!

Nos dimos cuenta de que Pisón, sin fiarse del papel, nos enviaba estos documentos para que, si lo considerábamos oportuno, pudiéramos urdir algo y revivir el imaginario argentario bizantino.

Pisón había tenido tiempo para pensar en ello, pero nosotros acabábamos de enterarnos y necesitaríamos unos días para recapacitar.

De todas formas, la situación era muy complicada y aún no nos habíamos librado del Erario del Estado.

Quizás hubiera llegado el momento de que Hicesio cerrara de una vez por todas la puerta a toda ambición financiera, y se limitara a pensar en cómo sacarnos de estos líos.

Salí a tomar aire y di un paseo delante del cuartel. La calle estaba a oscuras y las ruinosas casas de la periferia de Thessalonica se perdían en la noche, con algunas escasas luces encendidas y el lejano llanto de un niño; a lo largo de la calle un perro estaba hurgando en los desperdicios.

Me vi envuelto por las miasmas que se desprendían de las aguas residuales que los habitantes de las casas de enfrente vertían a lo largo de la calle.

Y una sensación de hastío se apoderó de mí.

XXV.

En los días siguientes, el montón de nuevos problemas que me habían surgido con la llegada de ese paquete de cartas me hizo mirar con otra perspectiva muchas de las cosas que habían sucedido en los últimos meses.

Y constaté que también a mí me estaba pasando lo que otros me habían dicho que ocurre en estos casos: después de una gran decepción amorosa, con el tiempo la herida cicatriza y uno empieza a pensar en nuevas cosas que hacer. Uno mira otros horizontes.

Una buena mañana me desperté convencido de que por fin Fabritia había dejado de interesarme y que podía aspirar a un futuro sin ella. Y, de todos modos, era justo que me tranquilizara y que buscara otra mujer, porque Fabritia nunca se habría fugado por propia voluntad para estar conmigo.

Tras haberme persuadido de estas pocas y sencillas cavilaciones, ya sin estar obsesionado por aquel tormento amoroso, llegué a la conclusión de que incluso ya podría ir a echar un vistazo a la villa de Fabritia.

Me había convencido de que ya no me interesaba reanudar el affaire; eso sí, si por un casual se hubiera producido un acercamiento, no me habría encontrado falto de ganas.

La mujer, por hermosa que fuera, sólo me interesaba en parte, y sólo quería asegurarme de que ella también había logrado superar aquel tormentoso período.

Naturalmente, los problemas a los que tenía que enfrentarme no habían cambiado, es decir, yo no tenía forma de saber si el marido sabía algo, ni qué reacción podría tener cuando me viera.

Así que alquilé un carruaje cubierto y dejé que el conductor pasara un par de veces por delante de la casa de la familia Polión, sin llamar demasiado la atención.

No vi ningún movimiento; el portón que daba al exterior estaba cerrado y no se veía nada de lo que ocurría allende del alto muro.

Hice que el cochero se detuviera a unos cincuenta pasos, le mandé beber vino en una *popina* y me quedé vigilando desde la parte trasera del carruaje, por si se veía a alguien entrar o salir de la villa.

Si hubiera visto a un criado, tal vez habría podido salir del carruaje y fingir que, por casualidad, lo había reconocido, pero era una maniobra arriesgada, porque sin duda habría informado de que me había encontrado.

Permanecí allí al menos una hora y no vi ningún movimiento. También estudié las villas vecinas, y advertí que en alguna de ellas una chimenea humeaba débilmente: tal vez los criados estuvieran preparando allí el almuerzo.

La villa del legado podía estar cerrada o deshabitada.

Pasé allí toda la mañana y al no ver señales de vida, me convencí de que ya no estaba habitada.

En aquel momento imaginé que se habían trasladado a la villa de campo, aquella en la que Fabritia y yo solíamos encontrarnos regularmente, o que tal vez Marco Polión había sido trasladado a un lugar alejado de Thessalonica, un acontecimiento que en la vida de un oficial no era tan raro, especialmente en periodos turbulentos.

Volví al cuartel abochornado porque debería habérmelo pensado dos veces antes de dedicarme a husmear por la villa de campo. Aquella residencia no lindaba con otras casas, y llamaría la atención de inmediato. Después de pasar unas semanas con el centurión Galerio había aprendido que había que pensárselo cien veces antes de hacer un movimiento arriesgado, así que me tomé un día para pensarlo mejor.

Luego de largas reflexiones, localicé al cochero habitual, que ya era mi ayudante de confianza en estas expediciones, y comenzamos a pasar lentamente por delante de la villa de campo que tan bien conocía.

En el segundo paseo me percaté de que la chimenea exhalaba un poquito de aire caliente, ¡así que había alguien en la casa!

También vi a un par de siervos que salían con cestas, probablemente para ir al mercado. Hice que el cochero se detuviera a un cuarto de milla de distancia, y empecé a pensar si era oportuno

que diéramos un tranquilo paseo por los campos, arrimándonos tal vez hasta la parte trasera de la villa para ver mejor.

Mientras reflexionaba sobre lo que haría falta para que el centurión Galerio organizara militarmente semejante expedición, vi a un caballero uniformado llegar ante la puerta de la villa, entrar en ella y cerrar las puertas tras de sí.

Era el legado Marco Polión que regresaba a casa.

De pronto me pareció más prudente regresar a la ciudad y, por seguridad, incluso tomamos otra ruta.

En aquellos días de grave incertidumbre sobre cuáles eran las mejores estrategias que aplicar en mi misión de exploración, busqué en varias ocasiones la ayuda de Hicesio, pero nunca encontré la manera de involucrarlo en estos asuntos.

Además, hubiera tenido que contarle toda la historia, cosa que no me apetecía en absoluto porque el griego era a veces un tipo raro y podría burlarse de mí; y además quería que fuera él el primero en revelarme lo que sabía y por qué motivo, antes de partir rumbo a Lavrios, me había disuadido de tener más citas con la hermosa Fabritia.

El griego siempre estaba cerca: ahora estaba ocupado con Stratios, ahora con aquel *patronus*, el tal Euthimios que investigaba lo que le había sucedido a su familia después de haber sido esclavizada. Me había mencionado que estaban cerca de completar el cuadro de todo el asunto, que era cuestión de poco tiempo.

Un día me invitó a almorzar a casa de su amigo Stratios, pero yo, ocupado como estaba en mis pesquisas, no acudí: estaba buscando a alguien lo bastante listo como para ayudarme a vigilar la villa de campo, y no podía recurrir a los oficiales con los que me había cruzado ocasionalmente en el cuartel o en la Termas, que tal vez conocieran al legado Polión.

Así que seguí discretamente, con el cochero habitual y su carruaje cubierto, dando paseos delante de la casa, pero nunca más de tres o cuatro veces al día.

Todo sucedió durante uno de esos paseos.

Nos acercábamos lentamente a la villa cuando advertí la presencia de tres personas ante el portón abierto, y al acercarme reconocí a Fabritia: junto a dos criados estaba acomodando las ramas espinosas de las rosas para que se pegaran al muro, seguramente para conseguir una entrada graciosamente florida.

No perdí un instante: me puse al lado del cochero y tomé las riendas en mi mano, haciendo aminorar la marcha del carruaje, que pasó lentamente a dos pasos de Fabritia.

Ella estaba preciosa, tan maravillosa como siempre, su carita con los hoyuelos, su larga melena castaña que brotaba de una cinta roja en la cabeza, y con esa forma de mover las caderas que yo tan bien conocía.

Me vio el rostro un instante y aproveché para hacerle una señal de comprensión con la mano. Ella no mostró asombro al verme, sólo esbozó una débil sonrisa como si no supiera quién era yo, y continuó dando instrucciones a los sirvientes sobre cómo debían atar los ramos de rosas al muro.

En el momento en que me había mirado fijamente había adoptado una expresión extraña, como si estuviese mirando el horizonte detrás de mí.

¡No me había reconocido!

Por increíble que pudiera parecer y por mucho que yo no pudiera creerlo, mi Fabritia no me había reconocido.

¿Cómo era posible?

De todos los tormentos que podían ocurrirme, éste era realmente el más imprevisible.

«Al mal tiempo, buena cara», pensé, atenazado por mil dudas, resistiéndome el impulso de volverme inmediatamente para pedirle explicaciones y que me reconociera. Fue el cochero quien me llevó de vuelta al cuartel, yo estaba completamente absorto en mis pensamientos y ni siquiera sabía adónde ir.

Por la noche, Hicesio me encontró dando vueltas en el cuartito, meditabundo, y se dio cuenta de que algo grave debía de haber ocurrido.

—Entonces, Quintilio, ¿vamos a hablar de lo que tanto te corroe? —me preguntó.

—¡Claro que vamos a hablar de lo que tanto me corroe, griego! ¡Ahora vas a contarme, de una vez por todas, la historia por la que me tuviste prisionero todos aquellos días antes de que partiéramos hacia Lavrios! ¡Quiero saber qué información conseguiste!

—Quintilio, no tienes que ponerte así. Me pareció correcto echarte una mano porque somos amigos y tenemos que echarnos una mano cuando hace falta.

—Siempre te negaste a decirme lo que sabías y lo que estaba pasando. ¿Te vas a decidir de una vez?

—Quintilio, nunca te oculté nada que tú mismo no supieras. Simplemente que en aquellos días todo el mundo se dio cuenta de que te habías enamorado perdidamente de la mujer del legado Polión, nuestro anfitrión, y eso es algo vergonzoso que lleva a cometer errores de los que luego uno siempre se arrepiente. Te hice cambiar de rumbo antes de que te crearas problemas con el legado.

—Hicesio, ¿me juras por tus Lares que no tienes más información y que me lo estás contando todo?

—Por supuesto, Quintilio, te juro por mis Lares que no te oculto nada. Eres demasiado abierto en tu comportamiento y al menos, debes saber que gracias a mi astuta intervención no hubo incidentes hasta nuestra partida.

¡El griego no estaba al tanto del asunto! Sólo se había dado cuenta de que yo estaba demasiado fascinado por los encantos de la hermosa mujer.

—Bien, Hicesio, te agradezco sinceramente tu amistad. Ahora ha llegado el momento de que la reconfirmes, porque me vendría bien algo de ayuda.

—Por supuesto, Quintilio, sólo tienes que pedírmelo. Sabes que tú y yo siempre estamos juntos, y sin duda lo estaremos en las próximas duras pruebas que debamos soportar.

Por el tono grave parecía que ya estuviéramos a punto de presentarnos juntos incluso ante el verdugo, pero no quise andarme con sutilezas sobre los inútiles giros retóricos del griego.

—Escucha lo que me ha pasado hoy: casualmente estaba paseando por un camino rural a las afueras de Thessalonica, ¡y no te puedes imaginar con quién me he encontrado! He visto a Fabritia delante de la villa de campo, donde tienen la biblioteca. ¡Estaba arreglando la pérgola del rosal de la entrada!

—Quintilio, puedo creer todas tus mediciones con la groma y la dioptra, pero que hayas pasado por allí por casualidad, eso es realmente imposible. Sólo espero que no hayas llamado la atención.

—Los hechos son estos: le he saludado a Fabritia con un inofensivo movimiento de cabeza desde el carruaje, y no me ha reconocido. ¡Increíble: no me ha reconocido!

—Eso es imposible, Quintilio, tal vez hayas visto a otra mujer, o equivocado de villa.

—No, no. Que la villa era aquella, de eso estoy segurísimo, es la de la biblioteca, es una villa un poco aislada. Y luego, a Fabritia ¡la conozco! ¿Cómo voy a confundirla con otra?

—¿Estaba el marido cerca?

—No, el marido no estaba. Había dos siervos, pero en aquel momento estaban vueltos hacia el muro, concentrados en su trabajo.

—Pero ¿a qué distancia estabas cuando la has saludado?

—Hicesio, ¡estaba tan lejos de ella como ahora lo estoy de ti!

—Lo que me cuentas es muy extraño. Aunque en realidad una vez ya oí algo parecido. Ya sabes, algunas personas sufren trastornos visuales, y a lo mejor ven bien cuando leen un papiro, pero a los pocos pasos ven borroso. Pero ése es un problema que afecta normalmente a las personas mayores, y ésa es una mujer joven. Es realmente extraño lo que me cuentas, Quintilio. ¿Y tal vez te gustaría que yo hiciera algo?

—No, Hicesio, ciertamente tú no puedes hacer nada. Me hubiera gustado saber si todo el mundo está bien, eso es todo.

—Así que, Quintilio, ahora quieres que vaya y averigüe qué está pasando, ¿verdad?

Hicesio, pacientemente, se inventó la excusa de ir a buscar unos documentos relativos a unas posesiones de la familia Persopoulos,

documentos que debían estar guardados en el archivo de cierto cuartel. ¡Y allí "accidentalmente" se topó con el legado Marco Polión!

—¡Qué placer encontrarte, legado! Aún no te he agradecido como es debido la hospitalidad que me ofreciste en tu casa, así como la discreción con la que guardaste nuestra misión y las reuniones que organizamos en tu casa.

—¡Sólo nos faltaba eso, Hicesio! ¡Me alegro de verte! ¡Veo que has vuelto, y estás tan bien como siempre! ¿Y Quintilio? Espero que también esté bien.

—Por supuesto, legado, hemos regresado de una misión muy ajetreada, de la que no puedo hablarte por ahora ya que está cubierta por el secreto de Estado. Que sepas sólo que nos jugamos la vida varias veces, tanto en tierra como en el mar, y sólo nos queda dar gracias a los dioses por haber conseguido volver sanos y salvos.

—He de decírselo a Fabritia, ¡seguro que le alegrará saber que habéis vuelto y que estáis bien! ¿Recuerdas que nos acercamos al amanecer para despediros en el puerto? Ella no quería dejaros marchar sin despedirse, sobre todo de Quintilio, ese joven se estaba encariñando mucho con ella. Fabritia es una mujer muy hermosa, tiene un efecto extraño en los hombres, a mis compañeros les pasa lo mismo: ¡la ven una vez y se enamoran de ella! ¡Increíble!

—Legado, ¡me alegro de que también vosotros estéis bien y gocéis de buena salud! Te ruego que transmitas mis saludos también a doña Fabritia, con el deseo de que la guerra permanezca lejos de aquí y que podamos vivir en paz con nuestras familias.

—Escucha, Hicesio, últimamente ha habido muchas novedades en mi casa. ¿Por qué no venís a cenar una noche y volvemos a estar todos juntos en buena compañía? A Fabritia le alegraría veros, y a mí me encantaría que conocierais a un par de personas.

Hicesio vino a recogerme a la inmunda *popina*, a doscientos pasos del cuartel del legado Polión, donde había preferido esconderme para no ser visto, y me explicó las novedades.

—Ya puedes estar contento Quintilio, por fin volverás a ver a esa mujer. Si te mantienes dentro de los límites de la corrección y la

cortesía no creo que tengas motivos para preocuparte, porque el legado sabe bien que Fabritia tiene un extraño efecto sobre los hombres.

—Sí, no es mala idea, tal vez incluso podría arreglarme un poco y afeitarme y cortarme el pelo.

Aquella tarde me acerqué a las Termas, donde encontré un barbero con el que no pude explayarme a causa de mi precario griego, pero que hizo todo lo posible por arreglarme y me llenó de tanto perfume que cuando salí la gente se volvía para olerme, como si hubiera pasado por allí una hetera.

Sin embargo, había algo que me dejaba insatisfecho. Me parecía que me faltaba algo. Y así, hablando con el griego, llegamos a la conclusión de que era necesario acudir a la cena con un pequeño obsequio para la anfitriona.

Algo que no fuera empalagoso, y mucho menos comprometedor.

Desde luego, no un perfume. También descartamos la idea de un perrito, no sabía si le iba a gustar.

Al final Hicesio me lo sugirió:

—Sabemos que la señora de la casa es una ávida lectora de textos clásicos, y además tiene conocimientos suficientes para leer griego. Si le regalamos un libro, estoy seguro de que no nos equivocaremos. Sólo hay que buscar un tema adecuado, algo que no presente demasiadas complicaciones.

En mi deficiente cultura, recordé que de niño, el pedagogo me había dejado leer algunas páginas traducidas al latín de la *Anábasis* de Jenofonte, y por aquel entonces ese libro me gustaba, así que le propuse:

—Hicesio ¿qué te parece si buscamos un ejemplar de la *Anábasis* en griego para regalárselo?

—Quintilio, no me parece muy buena idea. Se trata de una obra bélica, sobre una expedición militar llena de traiciones y emboscadas, y empalamientos de espías. Y además está en siete libros. Realmente no creo que sea el texto adecuado para una mujer joven. Deberíamos intentar ir a una gran librería que conozco en el centro de la ciudad, seguro que allí encontramos algo. Podríamos ir

mañana por la mañana, luego pararemos a comer en casa de mi amigo Stratios, porque también tenemos otros asuntos que tratar.

A la mañana siguiente nos dirigimos hacia el sucio centro de Thessalonica, justo cuando el calor empezaba a caldear las aguas residuales y los desperdicios esparcidos por las calles, y las feroces moscas comenzaban a asaltar a los viandantes.

Encontramos la librería, un estrecho y oscuro hueco que había sido excavado en medio de dos edificios ruinosos; en las paredes se alineaban estanterías repletas de papiros.

Hicesio ya conocía al dueño, mientras yo empecé a estornudar a causa del olor a moho y musgo de los viejos papiros, a la vez que me presentaba al librero Asclepios. Era un hombre de avanzada edad y de mediana estatura, cuya prominente barriga se asemejaba a la de una mujer embarazada de trillizos a punto de dar a luz. La túnica bisunta, el rostro, la barba, el pelo ralo grasientos y el hedor de un esclavo condenado a los remos de la flota completaban la imagen del simpático erudito.

Hicesio habló con él durante un buen rato, evidentemente estaban considerando qué se podía encontrar para solucionar mi necesidad.

Al final, cuando el asunto se estaba convirtiendo en una discusión, pareció que habían llegado a un acuerdo y empezaron a rebuscar entre los papiros enmohecidos, liberando una nube de polvo que me hizo estornudar de nuevo.

Finalmente, apareció un pergamino un poco viejo y los dos se miraron como si hubieran encontrado un tesoro largamente buscado.

Asclepios dio un silbido y un niño de nueve o diez años entró en la tienda, cogió el pergamino, lo puso sobre una mesita y lo limpió con un paño antes de darle una pasada con ceniza, probablemente para eliminar parte del moho.

Hicesio me explicó que ahora sólo quedaba pagar.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunté.

—¡Hum!, es un poco caro, se trata de una obra rara. Asclepios pide mil doscientos sestercios.

—¡Dile que ha perdido el juicio, que eso es más que la paga anual de un legionario!

—Bueno, tal vez podamos pedirle que nos haga un descuento —me respondió Hicesio, e inició una discusión con el barrigón, que era más que evidente que habría estado más dispuesto a desprenderse de un hijo que de aquel texto que hasta hacía un instante ni siquiera sabía que tenía oculto entre el moho del negocio.

—Ya está Quintilio, hemos llegado a un trato por ochocientos sestercios, que serían doscientos denarios.

—Déjaselo ahí y dile que nos vamos —y me encaminé hacia la puerta. Asclepios me persiguió hasta la calle vociferando sus razones, que afortunadamente no pude entender porque hablaba en griego.

—Quintilio —me detuvo Hicesio—. Dime cuánto te gustaría pagar por este libro y veamos si podemos llegar a un acuerdo.

—Pues mira, viéndole así … yo no le doy más de doscientos sestercios. Intenta decirle eso, y luego nos vamos a esa *popina* de ahí a desayunar.

En cuanto Hicesio le dijo el precio, estalló el pandemónium: insultos, amenazas, frases injuriosas que afortunadamente no entendí, intercaladas con escupitajos al suelo que ilustraban muy bien el poco respeto que nos tenían aquí a los romanos.

En cierto momento, Asclepios empezó a levantar la voz y yo, a modo de amenaza, hice, con dos dedos, el ademán de desenvainar mi gladio, con lo que el librero se retiró a su tienda y nosotros nos encaminamos hacia la *popina*. No habíamos recorrido ni veinte pasos cuando volví a sentir el hedor de Asclepios mientras me ponía el precioso manuscrito en la mano, indicándome con la otra que quería el dinero.

Conté cincuenta denarios uno encima del otro y conseguimos salir con el precioso texto. Sin embargo, me quedé con la impresión de que, a fin de cuentas, el astuto librero se había salido con la suya.

En la *popina* le dije a Hicesio:

—Veo que aquí en vuestra tierra, la cultura siempre goza de gran consideración, y también las obras de vuestros importantes filósofos, sobre todo por su precio. Ahora, ¿podrías explicarme qué me has obligado a comprar? ¿Y estás seguro de que es adecuado para una joven como Fabritia?

—Quintilio, se trata de una rara copia de la obra de un poeta trágico de hace tres siglos; era natural de Calcis, cerca de Eubea, por donde pasamos en barca no hace muchos días. Estos son sus poemas. Este gran poeta se llamaba Licofrón, y aunque no sea muy conocido, estoy convencido de que una mujer con talento como ella los apreciará.

Reconfortado por la adquisición del manuscrito de Licofrón, sin lugar a dudas la medicina adecuada para resolver mi problema, nos dirigimos a casa de Stratios para almorzar.

Me acogieron como si ya formara parte de su familia. Nos sirvieron unos sabrosos entremeses, besugo a la parrilla y quesos hasta que tuve que levantar las manos y declararme saciado para escapar de las atenciones del excelente cocinero.

Imaginé que Hicesio me hubiera traído aquí por algún motivo propio, y yo estaba esperando a que se manifestara. No tuve que esperar mucho.

—Stratios —le dijo Hicesio—, ya lo hemos hablado antes, pero al final, ¿cómo van los negocios por aquí?

—Ya sabes cómo es esto, Hicesio —respondió—, mi socio Periandros y yo nos las arreglamos. Ahora me dedico casi sólo a la contabilidad, y Periandros hace el trabajo de *patronus*, inscrito en el *collegium* de la ciudad. Juntos, él y yo nos ocupamos de muchos negocios para algunos grandes terratenientes, en su mayoría ganaderos y agricultores de cereales, algunos también productores de aceite. Algunos años buenos y otros no tan buenos, pero ahora aquí en Thessalonica tenemos un mercado limitado. Basta con que se huela a dinero para que acudan los funcionarios romanos, ya sabes cómo funciona esto.

—Sí, ya sabía que era así desde la época de tu padre. ¿Y no podéis dar un salto cualitativo y asentaros en un nivel superior, donde haya más negocio?

—¡Eso es muy difícil! Se necesitan grandes protecciones, y tal vez poder mostrar el nombre de algún político importante de Roma. Pero puede que esos tiempos también hayan pasado, porque ya veo a muchos romanos peleándose entre ellos para hacerse con los mejores bocados. Ahora el único negocio se concentra en el sector

de los suministros al ejército, pero es un sector en el que no podemos entrar.

—¿Tienes por casualidad argentarios entre tus clientes?

—Sí, hay un par de ellos para los que nos ocupamos de preparar cuentas de actividades que están empezando, básicamente comprobando si son proyectos generadores de ingresos, como la adquisición de latifundios y la puesta en marcha de nuevos pastos. También nos han pedido que nos ocupemos de recuperar préstamos hechos a clientes que ya no pagaban al argentario, pero ese es otro ámbito, ¡preferimos mantenernos al margen porque muchas veces hay verdaderos bandoleros!

—Eso es muy cierto, Stratios —me entrometí en la conversación —, nosotros lo sabemos de sobra. ¡El ámbito del bandidaje y de los que no devuelven los préstamos está creciendo enormemente!

—¿Acaso os gustaría empezar algo aquí en Thessalonica? —nos preguntó Stratios.

—Bueno, es algo que estoy estudiando, porque tengo un problema complejo que en Italia no puedo resolver, y puede que sea más fácil aquí, porque se trata de un argentario de Byzantium.

—Byzantium no está demasiado lejos, hay correos que llevan mensajes a diario, y en pocos días puedes estar seguro de que llegarán. Está mucho más cerca que Italia, no hay un mar de por medio ni una Vía Egnatia con puertos de montaña cubiertos de nieve en invierno.

—Stratios, explícame una cosa que siempre me he preguntado: ¿hay oficinas aquí en Thessalonica para representar a los argentarios que no son del lugar?

—Claro, conozco tres o cuatro. Uno es el banco de un argentario de Neapolis que mantiene aquí a tres de sus contables todo el año, y a otros los contrata sobre la marcha. Sólo depende de la cuantía de los préstamos, porque según los intereses que cobres puedes tener personal. Mi hijo mayor, que a veces me echa una mano en la oficina, tenía muchas ganas de ir a preguntar a esos napolitanos si necesitaban un contable. Quiere casarse y necesita dinero. Yo quería dárselo, pero es orgulloso, ya sabes, todos hemos sido jóvenes.

XXVI.

Llegó el día acordado.

Por lo que había dicho Hicesio, parecía que todo estaba en calma y que no se había desatado ninguna tormenta en la familia Polión en la que yo era uno de los protagonistas.

Así que podía estar tranquilo, pero aún me preocupaba un poco encontrarme con Fabritia en público, porque habría tenido que disimular mis sentimientos y tener mucho cuidado de no traicionarme a mí mismo.

Sin duda, su marido no me habría quitado ojo de encima. Yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Me di una vuelta por las Termas para perder un par de horas, y allí encontré también al oficial Septimio, el que me había llevado de excursión por los lupanares; siempre estaba ocupado holgazaneando. Charlamos un rato mientras se acercaba la hora de la cena y mis preocupaciones aumentaban.

Hicesio me había mencionado algo sobre el libro de poemas, pero una cosa no acababa de entender y ahora me daba que pensar: me había dicho que ese tal Licofrón era un poeta trágico. Pero si su especialidad era la tragedia, ¿qué poesía podía haber escrito? Si hubieran sido poemas de mal gusto, ahora ya no tendría tiempo de remediarlo.

Pregunté al legado Septimio si había oído hablar alguna vez de ese tal Licofrón, y me respondió que le parecía recordarlo como uno de esos gladiadores de circo tan codiciados por las matronas. Reconfortado por su ilustrada opinión, me dirigí al cuartel, donde me estaba esperando Hicesio.

Fui a la cena vestido de paisano, ya no importaba que me hiciera pasar por legionario.

Con el ocaso, llegamos a la villa de campo en un carruaje: una antorcha iluminaba la entrada e indicaba que nos esperaban.

Llevaba conmigo la fatal tragedia de Licofrón, pero había olvidado pedirle a Hicesio que me aclarara si se trataba efectivamente de una tragedia o si se trataba, más bien, de un poema trágico, uno de esos en los que todos los nombrados mueren inexplicablemente uno por uno.

El legado Marco Polión nos abrió la puerta y, antes de dejarnos pasar, se estiró hacia el centro de la calle para echar un buen vistazo a izquierda y derecha, como si esperara encontrar allí también a más gente.

Estrechándonos el antebrazo, nos dijo:

—Disculpadme, ¡estoy intentando ver un carruaje que cada poco pasa por aquí y que me ha hecho desconfiar! Si consigo verlo, me gustaría detenerlo. Creo que es alguien que quiere comprar esta villa, y viene a observar el movimiento alrededor de la casa. No entiendo a esta gente. ¡Todo lo que tienen que hacer es llamar y preguntar!

Yo intenté hacer como si nada, porque sabía muy bien quién era el que pasaba en aquel carruaje.

—Tienes buen aspecto, Quintilio, ¡se nota que Macedonia te ha sentado bien! —fue lo primero que me dijo el legado Polión, pero no me dejé sorprender y le contesté educadamente:

—Claro, tuvimos un largo viaje, parte por mar y parte en la montaña, en plena naturaleza. ¡Yo también te veo muy bien, Marco!

Hizo que nos acomodáramos en el *tablinum* mientras los siervos traían algo de beber, y aquí el legado nos presentó a un cincuentón, de pelo cano y algo obeso:

—Tengo el placer de presentaros a Antonio Hircio, pariente lejano de Fabritia, y recién llegado de Roma. Será nuestro huésped de honor durante un tiempo y nos ha traído las últimas novedades de la Urbe y de la familia de Fabritia.

Sonreí amablemente al pariente, pero mientras tanto Fabritia no aparecía por ningún lado. Sin embargo, oí el estrépito de los platos que preparaban los criados, y olores dulces de platos deliciosos flotaban por la casa.

Pasamos al *triclinium*, donde estaban preparados unos confortables lechos, y, por fin, llegó la anfitriona.

Fabritia estaba aún más hermosa de como la recordaba: ahora que la volvía a ver de cerca, y además tenía un ligero sombreado en los ojos hecho con algún tinte, estaba realmente encantadora. Me levanté para darle un casto beso en la mejilla, y fui alcanzado por aquel perfume suyo que tan bien recordaba.

Y aquí sucedió lo increíble: mientras yo me quedaba aturdido admirándola, otra mujer, idéntica, apareció detrás de ella: otra Fabritia exactamente igual, sólo que con un maquillaje diferente, y Fabritia me dijo algo para invitarme a saludarla. También le di un casto beso en la mejilla, y me sentí abrumado por ese mismo aroma, que era, sin embargo, apenas ligeramente diferente.

¿Qué había pasado?

Oí las risas de los presentes, que habían visto cómo había reaccionado y la torpeza que había mostrado ante la sorpresa.

El que más se reía, y casi se le saltaban las lágrimas, era el legado Polión, que al cabo de unos instantes, en cuanto pudo hablar, me lo explicó:

—¡Te estábamos esperando, Quintilio! ¡Antonio y yo sabíamos muy bien que estas dos hermanas tienen ese efecto en todos los que las ven juntas por primera vez!

Y Antonio le echó más leña al fuego:

—¡Si te hubieras visto, Quintilio, te habrías muerto de risa!

¡Eran dos hermanas!

¡De eso se trataba! Por eso no me había reconocido en la puerta cuando estaba trasteando con las rosas. ¡Era su hermana! ¡No era Fabritia!

Incluso Hicesio, que como yo no sabía nada, se había quedado boquiabierto. Las dos mujeres eran realmente hermosísimas, pero vistas juntas causaban una impresión extraña, porque no eran idénticas. Eran ligeramente diferentes, pero sólo podías apreciar la diferencia si las tenías a las dos delante, de lo contrario era imposible distinguirlas.

Las carcajadas argentinas de las dos mujeres aumentaron la confusión, y los siervos empezaron a traer los humeantes platos de carne y de verduras.

Fabritia riendo, me lo explicó:

—Quintilio, para que nos entendamos, yo soy Fabritia Secunda, en casa me llamaban sólo Secunda para no causar confusión. Mi hermana es Fabritia Prima, y en casa la llamaban simplemente Fabritia. Así que tú también tendrás que llamarnos así —y aquí se detuvo con una carcajada, acompañada de su hermana—, de lo contrario, ¡no podremos ni entenderemos!

Estaba tan desconcertado por la extraña noticia que no se me ocurrió nada mejor que, avergonzado, preguntarle a Hicesio:

—Pero ¿estabas tú al tanto de esta broma?

Él levantó sus manos para mostrarme las palmas:

—No, yo sabía lo mismo que tú.

Fabritia, o mejor dicho Secunda, la señora de la casa, nos invitó a ocupar nuestros lugares en el triclinio. Ella se tumbó al lado de su marido, frente a mí, al otro lado de la mesa de la comida, y Fabritia Prima se tumbó a mi lado.

Yo ya no sabía qué decir.

De pronto me acordé del pestilente papiro que aún llevaba en mi mano y me despabilé:

—Secunda, mira, Hicesio y yo hemos encontrado una interesante obra de un dramaturgo que seguro que te falta: es del célebre Licofrón.

Ella me miró con curiosidad y dijo:

—Creo que nunca he oído hablar de él —y luego se volvió a Hicesio—: Tú lo elegiste, ¿no? ¡Lo recordaré!

Empezamos a comer, riendo y bromeando, y el banquete se desarrolló tan alegremente al punto de volverse inolvidable. Incluso Antonio, que era mayor que nosotros, se divirtió como un crío con los malentendidos entre ambas hermanas, que aceptaron las chanzas de buen grado, disfrutando ellas mismas.

Mientras degustábamos los asados, Fabritia Prima aclaró la cuestión:

—Has de saber, Quintilio, que nosotras dos, ni siquiera somos mellizas. Yo soy un año mayor que Secunda, pero por algún extraño capricho del destino desde niñas fuimos muy parecidas, ¡y con los años nos hemos convertido prácticamente en gemelas! La diferencia de edad ya no se nota. Antonio es mi tutor, y yo no podía estar tres

años sin ver a mi hermana, así que vinimos a visitarla y a ver cómo van las cosas en Thessalonica.

—¡Los dioses han querido recompensar a vuestra familia con un regalo muy singular de la naturaleza! —observó Hicesio.

—Nos quedaremos en Thessalonica otro mes antes de volver a Roma —dijo Antonio.

En el ínterin, me encontraba piel con piel con la bella Fabritia Prima, y un extraño aturdimiento se había apoderado de mí al observar las facciones de Secunda a menos de un paso de distancia. ¡Si hasta sus voces sonaban parecidas!

—Asumí su tutela tras el dictamen del magistrado —nos estaba diciendo Antonio—, cuando ella se quedó viuda. Su marido Claudio, mi hijo, cayó con veinticinco años luchando en la batalla de Bagradas en Numidia, era el noveno día antes de las calendas de septiembre del año 705[86], hace ya casi dos años. Fabritia permaneció en nuestra familia incluso después de pasado el luto, pero si quiere volver a casarse, no me interpondré en su camino, renunciaré gustosamente a la tutela. Eran dos jóvenes felices, pero la desgracia…

—No, Antonio, no fue la desgracia —le interrumpió el legado Polión—. Sabes muy bien lo que pasó: la simple necedad de Cayo Escribonio Curión, que no hizo más que incumplir sus propias órdenes, cambiar constantemente de opinión y creer en las pérfidas patrañas de los númidas. Era un general incompetente. y tuvo la buena fortuna de morir, pues habría merecido todos los tormentos del verdugo.

Estas palabras disgustaron profundamente a Fabritia Prima, cuyos ojos estaban a punto de nublarse. Antonio le guiñó un ojo a Marco Polión, e inmediatamente se produjo un cambio de tema.

Cuando trajeron las albóndigas de una sabrosísima carne al vino tinto, yo aún no había contribuido demasiado al banquete, y estaba un poco alerta porque de vez en cuando sentía las piernas de Fabritia Prima, ligeramente desplazada detrás de mí, tocar las mías, y en una ocasión sentí sus pechos rozar mi espalda.

Además, siempre tenía delante a Fabritia Secunda, que comía con ganas y reía igual de a gusto, y estaba preciosa.

Fue Antonio quien me sacó de mi letargo preguntándome qué hacíamos en Thessalonica, tan lejos de casa.

—Roma, nos destinó a Hicesio y a mí a Macedonia para una misión que ya ha concluido, pero que aún está amparada por el secreto de Estado, y es posible que aún lo esté durante varios meses. Pero puedo decirte que antes de venir aquí yo era agrimensor, y hasta hace unos meses me dediqué a hacer centuriaciones del agro inculto, junto con nuestro cuerpo de Ingenieros.

—Es un trabajo meritorio e importante, lo conozco bien, muchas grandes familias han obtenido fama y riquezas precisamente de las adjudicaciones del agro inculto de hace un siglo, pero no sabía que todavía hubiera algunas en proyecto —dijo Antonio.

—Hay muchas en marcha. Trabajé casi un año en la *limitatio* de Mantua, al norte del Po y de la Vía Aemilia, y este invierno estuve trabajando en Eporedia, un precioso pueblo en el extremo occidental de la Galia Cisalpina. Acomodaron a veteranos meritorios y a unos cuantos colonos de la zona, o incluso procedentes de otros lugares.

—Y tú, Hicesio —le preguntó Marco Polión—, ¿siempre has trabajado con él?

—Nos conocimos hace un par de años en una unidad del cuerpo de Ingeniería al norte de Mantua —explicó Hicesio—. Soy natural de Thessalonica. Originario de aquí por lo tanto. Por aquel entonces yo era esclavo, secretario de un importante arquitecto que proyectaba una *limitatio* y obras hidráulicas. Mientras trabajábamos en aquella *limitatio*, sin motivo aparente, mi amo fue asesinado en el campamento. Nadie presenció el crimen, y en un principio, se culpó de él a Quintilio, que esa noche había abandonado el campamento sin permiso para ir a emborracharse.

—Eso no es exactamente cierto —le interrumpí mientras unas sonrisas complacientes recibían el relato de mi acto de indisciplina—. El caso era que no podía adaptarme al mísero rancho de los legionarios, y una noche me fui a comer a una *popina* situada a un par de millas de distancia. Por supuesto, ¡también encontré bebida y compañía! En las *popinas* se vende vino, ¡no lo tienen allí sólo de muestra!

—Pues bien —prosiguió el griego—, cuando asesinaron a mi amo, él ya había redactado la escritura de mi emancipación, que el magistrado pudo ratificar sin mayores problemas. Mi amo era una buena persona, un eminente científico, y para mí era más un amigo que un amo. Tras su muerte recobré la libertad.

La singular historia había creado un momento de inquietud, todos habíamos dejado de comer, Fabritia Prima se acercó aún más a mí y sentí el calor de su cuerpo contra mi espalda.

—¿Y luego se supo quién fue el asesino? —preguntó Secunda a la espera de una interesante conclusión.

—En realidad —respondió Hicesio—, fueron dos, unos traidores a la república empujados por la sed de dinero —y el griego me miró un instante, como para pasarme la palabra.

—Pero ¿y se averiguó quiénes eran? —insistió Secunda.

Lo querían saber. Así que les dije:

—Sí, se averiguó. Pero llevó su tiempo. César mismo decidió que ya no merecían vivir. Los matamos a los dos, Hicesio y yo. A uno mediante abrojos, al otro lo hicimos pedazos con unos perros molosos, de los que usan en el circo.

Las dos mujeres se llevaron las manos a la boca y durante unos instantes se hizo un incómodo silencio, pero fue muy breve, porque el legado Polión alzó el puño y exclamó:

—¡Por todos los dioses, hicisteis muy bien en eliminarlos! ¡Y de una vez por todas!

Incluso Antonio se quedó horrorizado al imaginar la sangrienta escena, por lo que retuve oportuno añadir:

—Esos dos llevaban meses persiguiéndonos y el ejército no conseguía atraparlos. Nosotros nos desplazábamos continuamente, y al poco tiempo ya los teníamos detrás. Si no nos hubiéramos ocupado de ellos, habríamos tenido que aceptar que, tarde o temprano, ellos nos eliminaran a nosotros. Los azares de la vida quisieron que el griego y yo nos viéramos envueltos en el mismo problema, y llega un momento en que, o tomas el gladio o te dejas degollar como un cordero. —Envalentonado por el vino, concluí—: Somos romanos, y todo romano que se precie debe blandir el gladio.

—¡Bien dicho, Quintilio! —dijo Fabritia Secunda, mientras Fabritia Prima, afectada por tan trágicos acontecimientos, me agarraba tan fuertemente de la túnica que incluso sentía sus uñas.

Conseguimos salir de las arenas movedizas de los temas trágicos, y en esto también nos sirvió de gran ayuda el buen vino.

En un momento dado, cuando el banquete tocaba a su fin, Marco Polión con el énfasis que se emplea al hacer un anuncio, exclamó:

—Amigo Hicesio, amigo Quintilio, Me alegra muchísimo que nos acompañéis en la cena esta noche, y aprovecho la ocasión para daros una feliz noticia que Antonio y Fabritia ya conocen: ¡Secunda está embarazada, y pronto habrá un heredero en esta familia! ¡Es la nueva generación que viene y que pronto nos dará una patada en el trasero para ocupar nuestro lugar!

Todos reímos y felicitamos a la pareja. Obviamente, la noticia no me había pillado por sorpresa.

¡Lo que me había sorprendido era cómo Fabritia Secunda había preparado las cosas y cómo me empujaba a los brazos de su hermana!

No es que me disgustase, ni mucho menos. Fabritia Prima era guapísima, y el hecho de que hubiera sufrido aquel grave duelo no restaba nada a su belleza. Aún era joven, sin duda buscaba marido y estaba dotada de un espíritu extraordinario. En resumen, era igual que Secunda.

Era ya bien entrada la noche, y había sido una cena muy agradable, ingeniosa y original, a la que había acudido con cierta inquietud, pero de la que había salido gratamente sorprendido.

Hicesio había comprendido bien las incertidumbres filosóficas que vagaban por mi mente, y al verme silencioso y ensimismado en un momento dado me preguntó:

—Quintilio, te veo profundamente pensativo. ¿No te ha parecido acertado el libro de poemas del trágico Licofrón?

—No, no es eso, verás… —En ese instante me costaba expresar bien lo que rondaba por mi mente—. No sé cuál de las dos me gusta más.

Por la mañana bien temprano, mientras dormitaba soñando con dos hermosas mujeres que se fundían en una sola, oí que llamaban insistentemente a la puerta. Era un ordenanza con un mensaje: a la hora nona[87], nos habían citado en el Mando.

Hicesio y yo no podíamos faltar a la llamada, y a la hora convenida nos presentamos ante los guardias, que nos hicieron pasar a la sala de reuniones del Mando.

Además de a los tribunos Elpidio y Veranio saludamos encantados a los centuriones Galerio y Marcelo, y al *optio* Marcio.

—El motivo de este encuentro —comenzó sin más preámbulos su disertación el tribuno Veranio—, es la continuación de nuestra investigación. Está claro que la plata utilizada para sobornar a nuestros oficiales proviene de Antiochia. Se transporta en pequeños cargamentos, para que pueda ser procesada y distribuida poco a poco a los traidores, facilitando la preparación de un desembarco fácil y sin oposición, y la posterior toma de la ciudad. Sabemos que sólo Orodes II dispone de esta cantidad de plata, y sólo a él le conviene aprovechar la guerra en Egipto que mantiene a César alejado de las provincias para intentar el golpe; Orodes II dispone de los hombres y barcos necesarios para esta expedición. Ahora queremos al resto de los oficiales romanos que regulan este tráfico desde Antiochia. Galerio, ¿qué tienes que decir?

—Sólo esto: es seguro que esos cargamentos, antes de llegar a un puerto, atraviesan territorios vigilados por nuestros mismísimos hombres. ¡Y como nadie sería tan imbécil como para esperar que escapen a los controles, es más que evidente que confían en una cadena de nuestros funcionarios corruptos que llega hasta las fronteras de Partia!

—Eso deberéis demostrarlo, Marcelo. ¿Qué me dices del cuerpo expedicionario?

—Tendremos que mantenernos por debajo de la veintena de hombres, de lo contrario, como el propio Quintilio nos dijo un día, tendríamos que convertirnos todos en sus intendentes para equiparlos y alimentarlos.

Una sonora carcajada estremeció la mesa.

Marcelo continuó:

—Confirmo a todos los hombres que estuvieron con nosotros en Lavrios. Se comportaron bien, acatando las órdenes sin emborracharse ni pelear. Quedamos trece, yo diría que hay que buscar seis más y de los cuales al menos dos hablen sirio y arameo. Además, al menos un par de hombres deben ser capaces de tomar un bote en el mar en caso de huida.

Elpidio se volvió hacia el centurión Galerio:

—Esta vez no podréis presentaros allí y pretender ser del cuerpo de Ingenieros.

—Por supuesto que no —le respondió Galerio—. Nos haremos pasar por mercenarios que intentan alistarse con Ptolomeo. Ahora en Egipto aceptan a todo el mundo, ¡incluso sin documentos!

A continuación, el tribuno Elpidio se dirigió a Hicesio y a mí:

—Vosotros dos no participaréis en esta misión, que es exclusivamente militar. Pero os he convocado porque tal vez podáis hacer alguna observación que pueda sernos útil.

—Te lo agradezco, tribuno —le respondí obsequioso—. Sólo me gustaría recordarte que al estar demasiado cerca del enemigo, en incógnito, pronto da lugar a la necesidad de transmitir o recibir noticias. En primer lugar, le aconsejaría a Galerio que en cuanto llegue a Antiochia se ocupe de establecer un sistema de comunicación con el Mando, y que se envíen despachos con regularidad. Podría llevarse consigo a dos o tres hombres más para enviarlos, de cuando en cuando, con actualizaciones sobre el progreso de la misión. Sé que vosotros, los militares, utilizáis el "Código de César[88]". No sé lo que es, pero seguramente los mensajes deben transmitirse de tal manera que a un lector, al que le lleguen estos por accidente, le resulte imposible interpretarlos. Os recuerdo que durante la misión de Lavrios, si nos hubieran atrapado mientras huíamos, vosotros, tribunos, no habríais podido tener ningún indicio de lo que habíamos encontrado, y toda la misión se habría ido al garete.

—Es verdad. De vez en cuando se discute la cuestión de los mensajeros. Seguramente si Galerio se dirige al interior deberá tener algunos hombres de reserva para enviar a Antiochia con un mensaje y una puesta al día de la misión —dijo pensativo el tribuno Elpidio, y

luego añadió, señalándome con el dedo índice—: Pero tú, para ser un civil, sabes demasiado de cosas militares.

Galerio hizo un gesto y añadió:

—Tendréis que darme un oficial que domine el Código de César, nosotros no somos capaces de leer y escribir esos mensajes.

—Nos encargaremos de ello —asintió con la cabeza Elpidio.

—Os sugiero —añadí por mi parte—, hacer algunas pruebas antes de partir e instruir a los que consideréis más aptos para reconocer la plata en bruto. Esa prueba que hizo Galerio en la piedra comparando la huella dejada por un clavo de hierro y la dejada al pasar un denario de plata podría ser un sistema muy útil, ya que la plata en bruto es esponjosa, está ennegrecida por el horno y tiene la apariencia del hierro.

—¡Galerio! ¿Y para el transporte? —preguntó Elpidio.

—En esta época podemos encontrar cualquier tipo de nave en el puerto de Thessalonica, e incluso podríamos partir mañana mismo si quisiéramos.

—Tenemos prisa —concluyó Elpidio—. Empieza a recoger a tus hombres de los burdeles y enciérralos en el cuartel.

Mientras nos despedíamos calurosamente de los centuriones, deseándoles a todos la mejor de las suertes, y dada la disponibilidad del tribuno Elpidio, aproveché la ocasión para preguntarle si podía hablar a solas con él de algo que me afectaba mucho.

Por supuesto accedió, y pude plantearle mi cuestión:

—Tribuno, nuestra misión ha terminado, y me imagino que, en breve, ya no me necesitarás. Sabes que tengo un contrato con el cuerpo de Ingenieros: firmé por cinco años, y entre Mantua y Eporedia he cumplido más o menos uno. Es un tipo de trabajo que no me reporta grandes satisfacciones.

—Quintilio, ¿también te gustaría ir a Antiochia con Galerio?

—No, no creo que pudiera serles de gran ayuda. Sólo estorbaría. Quería preguntarte si podría reducir o poner fin a mi servicio.

—Quintilio, que tu contrato termine de buenas a primeras como si no nada hubiese pasado, ¡bajo ningún concepto! ¿Sabes lo que pasaría si los que tienen un contrato con el ejército encontraran resquicios para no cumplir lo acordado? Ciertamente podríamos

encontrar la manera de considerar la misión en Lavrios como parte del contrato, y quizás incluso considerar ese otro trabajo que realizasteis en la *limitatio* de Iader, podríamos llegar hasta unos tres años de servicio, y por supuesto darte algún permiso largo.

—Eso representaría un gran alivio para mí, tribuno.

—Pero Quintilio, sentémonos un momento, quiero explicarte algo. Si mañana por la mañana estuvieras libre del cuerpo de Ingenieros, dime, ¿qué te gustaría hacer?

—Por ahora no tengo nada concreto en mente. Me gustaría ir a ver cómo están mis padres y saludar a algún amigo.

—Claro, y eso lo podrás hacer con un permiso, puede que incluso largo. Pero después de eso, ¿adónde te gustaría ir? ¿Quieres seguir siendo agrimensor o tienes otra cosa en mente?

—Aún no lo he pensado, tribuno.

—Veranio y yo podemos echarte una mano, y lo haremos. Pero si te vas ya no tendrás amparo. Tú ahora con nuestra amistad y con la gratitud del Mando tendrás ayuda en todas partes, porque eres como uno de los nuestros. Sin embargo, si quieres seguir tu camino no te detendremos y tendrás tu recompensa, pero ya no formarás parte de nuestro cuerpo. Te recuerdo que en la Urbe tú y el griego causasteis problemas a varias personas, e hicisteis quedar mal a un tribuno y a algunos funcionarios que seguramente no se lo tomaron muy bien. La elección es tuya, pero yo me lo pensaría dos veces, y dejaría pasar quizás un tiempo de permiso antes de moverme en uno u otro sentido.

Dicho en estos términos, sin duda tendría la necesidad, antes o después, de que los dos tribunos me ayudaran. Hicesio y yo sabíamos muy bien que los del Erario, tarde o temprano, vendrían a buscarnos.

Así que le contesté:

—Haré lo que me dices. Le echaré una mano a Hicesio para que termine sus asuntos aquí, luego volveré con mi familia de permiso y podrás encontrarme en mi casa o en Eporedia.

Una cosa estaba clara: aún no sabía lo que quería hacer.

XXVII.

Las pesquisas del *patronus* Euthimios habían llegado a su fin.

—Entonces, ¿me acompañas? —me preguntó titubeante el griego, dispuesto a acudir a la cita donde el *patronus* le explicaría lo que había encontrado.

—Te acompaño, ¡ya te he dicho que voy! —le respondí. Estaba preocupado por lo que el *patronus* le iba a revelar.

Tomamos el carruaje hasta una calle del centro de la ciudad donde se hacían negocios y se encontraban las oficinas de abogados, argentarios y numularios[89]. El barrio no estaba más limpio que otros, reinaba el hedor habitual; las aguas residuales de las letrinas corrían por los arcenes de las calles, y pobre del que acabara dentro de ellas.

El *patronus* nos recibió de inmediato, nos hizo sentar, echó un vistazo desconfiado a la calle y cerró la puerta tras nosotros.

—Para realizar vuestra investigación, ha sido necesario recurrir a documentos que normalmente no son accesibles al público —comenzó a explicarse—. Lo que voy a contaros ahora debe quedar entre nosotros, cuando salgáis de aquí os llevaréis estas notas y yo me olvidaré de vosotros. ¿Estamos de acuerdo en esto?

—Por supuesto, Euthimios, sabíamos que no se trataba de una búsqueda fácil, y por eso nos remitió a ti un tribuno amigo. Cuando hayáis concluido la exposición de los resultados, se te pagará, como acordamos, y yo también me olvidaré de ti —y así le respondió Hicesio, mientras yo me preguntaba qué significaba este complicado preámbulo y qué misterios habían ido a desenterrar ambos.

—Muy bien —retomó Euthimios su explicación, mientras comprobaba su papiro—. Veamos: empecemos por aquí. Tu padre. Sabes que tu padre se quitó la vida cuando se enteró de que estaba tan endeudado que jamás podría recuperarse de esa situación. No se pudo encontrar su tumba. En la confusión de aquellos días acabó en una fosa común, que sabemos dónde está, pero de la que ya no será posible recuperar sus restos.

—¡Acabó en la fosa común de los esclavos! —murmuró Hicesio.

Euthimios permaneció en silencio un instante, y luego continuó:

—Es la fosa sobre la que ahora yacen fragmentos de lápidas y los escombros de un edificio que fue demolido, a una milla al este de la ciudad, en la carretera de Amphipolis, la que vosotros llamáis Vía Egnatia.

—¡Terminó en el vertedero de la ciudad! —murmuró de nuevo Hicesio, mientras sus ojos se empañaban.

El *patronus* se dirigió a la puerta y, con un silbido, llamó a un chico; le arrojó una moneda y lo mandó a buscar algo de beber.

El *patronus* prosiguió:

—Hicesio, si no sabes dónde está ese lugar puedo conseguir que alguien te acompañe.

—Conozco el lugar. En mi época se utilizaba como vertedero para los cadáveres de los esclavos, para los desechos de los mataderos de la ciudad y para los animales que morían de peste.

—De los documentos que pude consultar en el archivo del magistrado, y que nadie más debería haber visto —continuó Euthimios, subrayando la observación con una significativa mirada —, vuestras tierras se repartieron entre los acreedores de tu familia. Algunos terrenos fueron subastados y comprados tanto por lugareños como por romanos. La propiedad más grande, esa granja con los pastos que flanquean el camino a Lyncestis, la adquirió en subasta por una miseria el tribuno Duilio Nepio. Ya sabes quién es.

—¡No puedo creerlo! —balbuceó Hicesio abriendo los ojos de par en par—. ¡Compró nuestra propiedad más hermosa a cambio de un mísero mendrugo, y con todo el dinero que nos había robado! Pero ¿estás seguro?

—Completamente seguro. Todavía pertenece a la familia Nepio. Ahora ha pasado a su hijo, porque el tribuno murió hace muchos años. Su hijo también se llama Duilio Nepio, como su padre. Él es el propietario.

Hicesio estaba destrozado.

El *patronus* y yo bebimos un trago para que el griego tuviera el tiempo de asumirlo. Miraba al suelo, atormentado por el dolor.

—Sigamos adelante. Hubo una subasta; tú fuiste asignado a Persopoulos, cuyo hijo Stratios aún vive, y está aquí en Thessalonica. ¿Lo sabías?

—Sí, lo sé. Nos hemos visto.

—Tu madre fue asignada a la familia Pansophios, con la que permaneció unos años, evidentemente no para ser una humilde sierva, sino para cuidar de la casa y supervisar a los criados, ya que era culta y procedía de una familia acomodada. ¿Sabías esto también?

—Sí, lo sabía. Nos vimos unas cuantas veces mientras estudiaba como preceptor, luego perdimos el contacto, y no sé por qué motivo.

—Yo lo sé: A la familia Pansophios le llegó un período de vacas flacas, y los hijos siguieron caminos separados. Tu madre marchó con la familia del noble Anastasios, de nuevo como ama de llaves, y se trasladó con ellos a Edessa, esa hermosa ciudad más allá de Pella. Allí permaneció hasta hace una decena de años, cuando murió. Encajó tan bien en la familia Anastasios que fue enterrada en la tumba familiar con todos los honores. Si quieres saber más sobre ella, puedes hablar con Agapios, uno de los dos hijos de los amos, a quien ella crio con cariño. Este joven, que ahora tiene veinticinco años, recuerda muy bien a tu madre. Vive aquí, en Thessalonica, no lejos de donde estamos ahora. Del otro hermano, que también conoció a tu madre, no tengo noticias, pero creo que aún vive en Edessa, en la finca de sus padres. He escrito su nombre en el papiro que llevarás contigo.

—Hicesio —le dije—, me parece que tu madre llevó una vida digna y fue valorada y estimada allá donde fue. Creo que esto debería ser un motivo de orgullo para ti.

Hicesio me escuchaba sin pestañear, como si estuviese perdido en un mundo muy lejano.

El *patronus* anduvo unos pasos por su pequeño despacho, esperando a que Hicesio se decidiera a hacerle una señal para seguir adelante.

Unos instantes después, retomó la explicación:

—Ahora escuchad con atención. Esto es importante. Los papiros donde busqué alguna de estas noticias habían sido sellados con

cinta roja y negra, lo que indica que no debían ser consultados sin el permiso especial del pretor. De lo que deduzco que había gato encerrado, y no me cuesta nada relacionarlo con el difunto tribuno Duilio Nepio. También os prevengo sobre el joven Nepio, que ahora es oficial y se ha trasladado a Atenas con su familia, y tiene unos treinta años. Es un personaje al que hay que evitar como a las brasas ardientes. Los que le conocen dicen que es peor que su padre. Hace un par de años, fue de visita a la finca que pertenecía a tu familia e hizo azotar sin motivo aparente a todos los siervos, hombres y mujeres, sólo para que aprendieran a temerle. Este gesto te da una idea de la persona que es. Por eso ahora os lo digo claramente: coged vuestras cosas y olvidad mi nombre, porque yo siempre olvidaré haber hecho algo por vosotros. Me debéis cuatrocientos sestercios, he tenido que sobornar a bastantes empleados para reunir toda esta información

A Hicesio no se le había escapado ni una sola palabra. Recogí el papiro con las notas que reconstruían, paso a paso, toda la historia y conté sobre la mesa los cuatrocientos sestercios. Luego le di las gracias y nos marchamos.

Caminamos un rato y le di tiempo al griego para que asimilara todo lo que había descubierto. Luego entramos en una *popina*.

Finalmente Hicesio se despabiló y dijo:

—Así que mi madre acabó en Edessa, pero no era esclava, ¡era gobernanta! Y vivió en esa familia como si fuera la suya propia, ¡y crio a los hijos del amo! Me alegro de que no sufriera los horrores de la más vil esclavitud, y de que recibiera la consideración que merecía.

Nos trajeron unas rodajas de pez espada asado con una salsa especial de la *popina*, y pudimos por fin discutir tranquilamente los resultados de la investigación.

—¿Ahora harás algo con las tumbas de tus padres? —le pregunté al griego.

—A mi padre, desde luego, le haré construir una estela, en memoria suya y de la infame desgracia que le tocó vivir. Para mi madre, en cambio, si ya existe la tumba de la familia Anastasios,

sólo pondré una lápida, pero quiero ir a hablar con el joven Agapios, al que crio mi madre, y que es como un hermanastro para mí.

—Te echaré una mano. Me gustaría que termináramos juntos los asuntos de tu familia, y luego nos ocupáramos de los problemas del banco y de esos funcionarios del Erario del Estado que nos buscan.

—Quintilio, no he olvidado en absoluto esa cuestión, y estoy pensando en cómo resolver ambos asuntos.

—Y luego debemos tener cuidado de no acercarnos a ese tiparraco, el hijo del tribuno, que por lo que sabemos es una auténtica serpiente venenosa.

Hicesio me miró con gesto sombrío y me susurró:

—También es un traidor.

—¿Traidor? ¿A quién?

—¡A tu república!¡ Está en la lista del tribuno Elpidio!

—Así que ése es el nombre que habías visto en la copia de la lista que Galerio tenía cuando la leímos juntos antes de embarcar hacia Lavrios

—Sí, era precisamente él.

—¡Bueno, a estas alturas yo diría que el problema está resuelto! Ese tiene los días contados, ¡pues ya saben quién es!

—No, Quintilio, sin duda saldrá adelante. No tienes ni idea de la clase de gente que es. Hará que maten a todos los demás conspiradores, pero saldrá de ésta. Todavía recuerdo cómo era su padre cuando lo vi de pequeño. Seguro que consigue engañarlos a todos, y pactar con ellos para que le dejen vivir en paz. Conozco a esa gente. ¡Lo conseguirá!

—Hicesio, es un oficial. Mira, en nuestro ejército no podemos andarnos con tonterías con los oficiales, ¡no quiero acabar otra vez delante del pretor!

Hicesio jugueteaba con las aceitunas, pero al cabo de un rato se decidió a hablar:

—Quintilio, he sufrido mucho en mi vida. El sello que llevo conmigo, el que hicimos juntos antes de huir de la Urbe, debería servir para crear documentos que lo pusieran en manos del verdugo, a él o a su padre, no sabía con quién me iba a encontrar. Pero ahora

ni siquiera eso basta, porque él ya está en esa lista, y es peor que una serpiente. Ya no sé qué inventar.

A última hora de la tarde regresamos al cuartel. Los dos estábamos en silencio por los nuevos problemas que habían surgido y al pasar por delante de la garita de acceso, un joven asistente me hizo una seña:

—Quintilio, ¡un siervo ha traído un mensaje para ti! —y me entregó un papiro doblado varias veces y atado con un cordel barato.

Amado mío, estaré en las Termas mañana por la tarde a la hora décima. Podremos hablar entre la gente. Estaré en el tepidarium *donde pueden entrar tanto hombres como mujeres.*

S.

¡Era un mensaje de Fabritia Secunda!

A la hora octava[90] yo ya estaba allí. Atravesé el atrio donde los habituales y ociosos oficiales se entretenían charlando durante la tarde, y pasé dos horas deambulando por las Termas, viendo a cientos de personas que se juntaban no sólo para bañarse, sino también para hablar de caballos, de asuntos familiares, de los males de la república y del gobierno de la Macedonia.

En los grandes salones con bancos de mármol blanco, a pocos pasos de las piscinas, había gordas matronas, ricas madres de familia y muchachas con granos en la cara, vestidas todas con albornoces blancos.

Y por fin la vi, envuelta en una elegante túnica de rayas que resaltaba aún más su belleza.

Me saludó con frialdad, como si se hubiera encontrado con un amigo de la familia, y me susurró entre dientes:

—¡Ni se te ocurra tocarme! ¡Todos nos ven, y se sabría de inmediato!

Y sólo pude decirle:

—¡Estás bellísima, Secunda!

—Tú también tienes buen aspecto, Quintilio —me respondió mientras saludaba con exagerada cortesía a una rellenita matrona que le había hecho un gesto con la cabeza.

—¡Entonces vas a ser madre! El recuerdo de tu paño blanco ondeante me ha acompañado siempre durante mi ausencia.

—Sí, aún se me nota muy poco porque falta mucho, pero estoy más que segura.

—Secunda, ¿no podríamos hablarlo en algún sitio menos concurrido? ¿Quizás con un poco más de calma?

—No, Quintilio, eso es justamente lo que no podemos. Existe la posibilidad de que Marco sospeche algo, o de que alguien nos haya visto juntos hace meses. No lo sé, pero no podemos arriesgarnos.

Mientras yo permanecía allí como un perro apaleado, ella sonreía de vez en cuando a alguna mujer; evidentemente, aquel rincón de las Termas era frecuentado por las esposas de los oficiales, y me di cuenta de que ella correría un grave peligro si la veían conmigo, incluso en público.

—Fue muy divertida la cena que nos ofrecisteis, y he de reconocer que si tratabas de impresionarme, ¡realmente lo conseguiste! ¡Estabais las dos guapísimas!

—Quintilio, ¡no me vas a engañar! Sé muy bien lo que buscas, aunque te andes por las ramas, así que podemos ir directamente al grano. Y eso es exactamente por lo que estoy aquí. ¡Te han visto con ese carruaje dando paseos por la villa! ¡No vuelvas a hacer eso, es un riesgo enorme! Cuando Fabritia me habló de tu cara de desconcierto supe al instante que eras tú. ¡No nos traiciones!

—Entonces tu hermana sabe…

— Mi hermana y yo nos lo contamos todo, ¡nos parecemos demasiado! ¿Cómo iba a ocultarle algo así? Nunca me había pasado antes. Pero no te preocupes, ¡tu secreto está tan a salvo como si estuviera conmigo!

—Pero… Secunda, no podría suceder que… en el futuro…

—¡Olvídalo! ¡Nunca sucederá nada entre tú y yo! ¡Sé lo que quieres, porque yo también lo quiero! Pero no podemos. Tampoco puedo renunciar y traicionar a esta noble familia que me ha aceptado, y además debo pensar en mantener una posición

honorable en esta sociedad nuestra. Por eso quería hablarte directamente, para que no nos pongas en peligro con esos gestos irreflexivos que tanto te gustan, a ti, a mí y a tu hijo, ¡Quintilio!

Me quedaba bien poco por decir. Sabía que antes o después tendría que escuchar este discursito, no era del todo inesperado.

—También hay otro asunto más —añadió—, pero luego debo marcharme, no puedo dejar que me vean contigo durante mucho tiempo. ¿Qué piensas de Fabritia?

La miré ingenuamente:

—¿Qué voy a pensar de ella? Es una mujer hermosísima.

—Sí, esa es la cuestión. Ya no está de luto, y dentro de un mes volverá a Roma con su tutor y suegro Antonio. Tal vez podrías hacer el viaje de regreso con ella.

En efecto, era una posibilidad en la que aún no había pensado.

—¿Y a ti te parece que…?

—Le gustas, Quintilio, pero ¿no irás a decirme que no te diste cuenta durante la cena?

—La verdad es que durante la cena yo estaba, cómo decirlo, sorprendido y distraído. Pero… ¿estás segura de ello?

—Quintilio, ¿no lo entiendes? ¡Si tú me gustas a mí, a ella también le gustas! ¡Nos gustan las mismas cosas! ¿Todavía no lo has entendido?

Esta extraña situación me sorprendía un poco, pero no es que me pareciera algo negativo. Tal vez, insólito.

—Evidentemente, tienes que poner algo de tu parte, no puedes ser un agrimensor sin blanca toda tu vida, pero esto se puede remediar.

Yo seguí mirándola, completamente atónito.

—En resumen, Quintilio, el mensaje que quería darte es muy simple: ¡ni sueñes con dejarla embarazada antes de casarte con ella! ¿Entendido? Te lo repetiré una segunda vez: primero cásate con ella, ¿está claro? Ahora debo irme corriendo, no quiero levantar ningún comentario entre las conocidas que veo por aquí.

Y se fue, envuelta en su túnica de rayas, contoneándose de esa manera tan provocativa que yo recordaba demasiado bien.

Un par de horas después me encontraba de vuelta en el cuartel, sin recordar siquiera qué camino había recorrido para llegar hasta allí.

Hicesio me esperaba para darme una complicada relación de lo que había averiguado sobre el tribuno Duilio Nepio.

No le hice ni caso. Me tumbé en la cama y me giré mirando a la pared, porque eran demasiadas las cosas que había oído aquel día, y demasiada la confusión que reinaba en mi mente.

XXVIII.

Aun así conseguí dormir y a la mañana siguiente vi las cosas con más claridad. Todo empezaba a encajar, excepto el asunto de las dos hermanas.

Le expliqué a Hicesio que había hablado con el tribuno Elpidio de mi situación y que tal vez podría descontarme tres años de los cinco de servicio, si se incluía todo el trabajo que habíamos hecho juntos en Iader y en Lavrios.

Por último nos dedicamos a escribir una carta tras otra: a Ravenna, a la curandera de los pantanos del Padusa, a Regila, a Pisón y a mi familia.

A Pisón no podíamos explicarle por escrito que tratábamos de poner en práctica algún plan alternativo para zanjar la cuestión de Nicóteles, pero bastaría con enviarle una incoherente respuesta con alguna chanza, recuerdos a las señoras de la casa y otras inútiles sandeces y lo habría entendido.

Queríamos intentar enviar toda la correspondencia en un solo paquete a Ravenna a través del correo del ejército, y había que tener bien claro lo que queríamos hacer aquí en Thessalonica, para no tener que enviar más cartas sucesivamente.

Para aclarar nuestras ideas fuimos a cenar a casa de Stratios.

Stratios era un hombre práctico, para Hicesio era más que un hermano y podíamos hablarle sin rodeos.

—En definitiva, la situación es que vosotros, en Ravenna, para deshaceros del botín sin correr riesgos, ¡os inventasteis un argentario que no existe!

Stratios ya había reunido piezas del rompecabezas que Hicesio le había contado, y ahora razonaba en voz alta:

—¡Y ahora los del Erario del Estado quieren aclararlo todo!

—Sí, Stratios, se puede decir que la situación es esa —asintió Hicesio.

— Bueno, ¡no es un asunto sencillo! ¡Pero he de reconocer que tu jugada ha sido maestra! Y si luego además, conseguiste inscribir al

inexistente argentario Nicóteles en el *collegium* de Ravenna, ¡pues lo hiciste a las mil maravillas!

—¿Tú te has topado alguna vez con problemas similares con tus clientes? —pregunté.

—Sí, a veces ocurren contratiempos para los que no se encuentra solución. Una vez, un cliente lleno de deudas huyó y me dijeron que lo habían visto en Atenas, ¡donde vivía con otro nombre! Incluso había cambiado de esposa. Había tomado una más joven y despilfarradora, pero ese era un sujeto incurable, siempre a la busca de problemas. Ah bueno, y había otro cliente mío, el año pasado, que estaba esperando ser llamado por el magistrado. No tenía ninguna esperanza. ¿Y sabéis lo que se le ha ocurrido?

Le miramos impacientes por saber qué se había inventado aquel individuo.

—Pues que la víspera de su citación ante el magistrado, ¡va y se muere! Así, sin más, ¡ la mejor solución! ¡Decidme una mejor, si la conocéis!

—Stratios, la verdad es —lo interrumpí—, que nosotros estamos buscando una solución un poco menos definitiva. Para esa, siempre hay tiempo.

—Quintilio, Stratios quería decir otra cosa —objetó Hicesio alzando una mano—. ¡Bastaría con fingir que estoy muerto y que en su lugar aparezca Nicóteles!

Stratios se reía con disimulo y añadió:

—¡Claro, queridos amigos! Ese argentario imaginario podría vivir aquí en Thessalonica: le abriremos una bonita oficina y si todo está tranquilo, Hicesio, incluso se te podrá ver por allí de vez en cuando, ¡quizá con una bonita barba postiza! Por lo demás, podrías venirte a vivir aquí conmigo. Me encantaría que ayudaras a mi hijo, el mayor, con algo de las matemáticas que necesitan los argentarios.

Se interrumpió como si estuviera dándole vueltas a otra cosa en su mente.

—Pero sólo hay una cosa. Creo que te aburrirías en casa con nosotros. ¿Sabes lo que deberías hacer? ¡Buscarte una esposa! ¡Quizás una que sea un poco joven, que te obligue a esforzarte por la noche! ¡A esta casa le vendría bien revitalizarse!

Nos reímos con él.

—Entonces, Hicesio, ¿qué vas a hacer? ¿Te quedarás aquí, no piensas volver a Italia con nosotros? —le pregunté al griego.

—Quintilio, no sé qué hacer. He estado demasiado tiempo con mi amo, y este último año ha sido un torbellino de acontecimientos, han pasado demasiadas cosas: muertes, magistrados, la villa con Regila y Rusonio… Aún no sé qué debo hacer. Lo pensaré detenidamente. Mientras tanto, he resuelto ir a hablar con Agapios, el joven que crio mi madre, luego debo saldar una vieja cuenta, y sólo entonces decidiré qué hacer.

—Por supuesto, Hicesio, ocúpate tranquilamente de tus asuntos. Para eso estamos aquí, en Thessalonica. Y mientras tanto veo que con Stratios has encontrado un trocito de tu familia, ¡y un amigo que te ayudará!

Regresamos al cuartel al anochecer. Hicesio estaba en silencio, meditando sobre sus problemas, que eran muchos y graves.

Completamos todas las cartas y las entregamos, en un solo paquete, para que se enviaran a Italia por el correo, que salía a diario. En una decena de días llegarían a Ravenna, y la misiva para mis padres continuaría por otro mensajero.

Aquella noche discutimos largo y tendido sobre cómo podríamos crear la sucursal de un banco que en realidad estuviera registrado en el *collegium* de Ravenna, y simular las visitas de un bizantino rico y barbudo al que todo el mundo conocería, pero al que los investigadores nunca encontrarían en caso de necesidad.

Pisón esperaba que hiciéramos algo así, hasta el punto de que nos envió todos los documentos necesarios para registrar un nuevo banco en el *collegium* de Thessalonica.

Les pondríamos las cosas difíciles a los investigadores del Erario del Estado. Y Thessalonica era el lugar adecuado.

A estas alturas estaba claro que Hicesio se quedaría aquí.

Tal vez le fuera muy bien con Stratios, y ya no me necesitara. Sólo había tardado unos días en volver a tejer aquellos hilos que se habían roto veinticinco años atrás y, seguramente, ambos se

ocuparían juntos del nuevo juguete, el banco que pronto inaugurarían. Lástima que no pudiera quedarme a ver qué hacían.

En aquellos días sentí cierta tristeza, porque me había llevado bien con el griego y también nos habíamos divertido juntos.

Sólo quedaban por tomar las últimas decisiones: qué hacer con el banco, qué decir a nuestros amigos de Ravenna, y a Regila, e incluso a la curandera Terencia, porque sin duda me preguntarían si el griego volvería alguna vez.

La ocasión propicia llegó unos días después, cuando fuimos a comer juntos antes de visitar a Agapios.

Hablamos largo rato de nuestros problemas, pero en cierto momento me di cuenta de que hablábamos como si ya hubiéramos superado una encrucijada y estuviéramos en caminos que parecían paralelos, pero que en realidad iban en direcciones opuestas.

—Hicesio, ¡debes decirme cómo pretendes que hagamos los arreglos para el banco, y si tengo que hacer o decirle algo a Pisón! —le exigí.

—Quintilio, en lo que se refiere al banco, no hay ningún problema —me respondió—. Nunca los ha habido. Puedes usar todo el dinero que quieras. Quedan unos ochenta mil denarios, el resto se fue para Iader. Yo no necesito ningún denario, sólo usaré la membresía del *collegium* de Ravenna para abrir una sucursal aquí en Thessalonica. Haremos una oficina para el hijo de Stratios, y tal vez los viejos trabajemos aquí un poco. Y tú, ¿qué piensas hacer?

—Bueno, no lo sé. ¡Las dos hermanas me tienen acorralado! ¡Ya no sé qué hacer!

—Quintilio, hasta ahora he sido yo quien te ha sacado de apuros. ¡Imagina lo que habrías hecho si yo no hubiera estado a tu lado para controlarte! Pero la verdad es que no puedo ayudarte con esas mujeres. Por una vez, tendrás que valerte por ti mismo.

—No entiendo cómo puedes tener la desfachatez de echarme en cara que siempre me has sacado de apuros. ¿De qué me estás hablando? ¿Tú ya te escuchas alguna vez cuando hablas?

—Pero ¿qué dices, Quintilio? ¿No fuiste tú quien me pidió ayuda con esas dos hermosas mujeres? ¿Y quién consiguió, con la excelente elección de los excelsos poemas trágicos de Licofrón, que

la segunda hermana cayera también a tus pies? ¿Piensas negarlo? ¡Veo que no tienes muy buena memoria! Deberías comer más zanahorias, que según los médicos de la antigüedad servían para mejorar la memoria, o tal vez otra cosa, ¡ahora no lo recuerdo!

Hicesio estaba agitado por el encuentro que íbamos a tener, y cuando estaba de ese humor era imposible cualquier discusión sensata.

Encontramos la casa del joven Agapios; vivía en una hermosa villa no lejos del centro de Thessalonica, con vistas al mar y al puerto. La víspera, le hicimos llegar una tarjeta de visita.

Llamamos a la puerta de la suntuosa villa, signo de la riqueza de la familia Anastasios, y un siervo nos condujo hasta un joven de unos veinticinco años, de cabello tirando a rubio, ensortijado y muy largo.

Nos observó un instante y exclamó:

—Hicesio, ¡hace mucho que te esperaba! —y lo abrazó como si fuera su hermano.

—Pero… tú ¿me conoces?

—Claro que te conozco, y además te pareces un poco a tu madre. En cuanto te vi, aquella querida mujer me volvió a la memoria.

Entramos en un lujoso atrio, con mármol policromado y una pequeña fuente que vertía un agua cristalina, además de frescos en las paredes. El mosaico del suelo, con piezas blancas y negras, representaba a un auspicioso Baco entre racimos de uvas.

Cuando tomamos asiento en un *tablinum*, los sirvientes, muy diligentes, trajeron una bebida.

—Pero no lo entiendo… —dijo Hicesio—. ¿Cómo puedes conocerme?

—Te conozco porque tu madre solía hablarme de ti y de tus estudios. Ella te siguió durante un tiempo cuando te iniciabas como preceptor, luego mi familia se trasladó a Edessa, donde tenemos algunas propiedades, y lamentablemente te perdió de vista.

Los dos se miraban intensamente a los ojos, era evidente que les unía un intenso vínculo, y que el auspicioso recuerdo de su madre los acompañaría siempre.

—Tu madre no supo que te habías ido a Italia hasta poco después de tu partida, cuando realizó un viaje a Thessalonica expresamente para reunirse contigo. No sé cómo, pero se enteró de que te habías convertido en el secretario de un personaje importante, y que con tu amo viajabas por las provincias de la república para construir carreteras o algo así. Ella siempre te tenía en sus pensamientos.

—Gracias, Agapios… —dijo Hicesio con la voz un poco quebrada, luego no pudo pronunciar ni una hablar más.

—También tengo un mensaje para ti —continuó el joven—. Porque tu madre sabía que tarde o temprano pasarías por Thessalonica y vendrías a buscarme. No sé cómo lo sabía, pero estaba convencida.

Hicesio abrió los ojos de par en par.

—Cuando yo era pequeño, me hacía repetir de memoria este mensaje, de vez en cuando, para que no se me olvidara. Y me hizo jurar que te lo transmitiría. Escúchalo:

Este es el mensaje para Hicesio:
Hijo mío
ten respeto por la memoria de tu padre,
era un buen hombre pero fue traicionado por unos maleantes.
Y acuérdate de mí,
porque nunca te he olvidado,
y siempre he rezado por ti a nuestros Lares.
Si te es posible, sin que corras ningún peligro,
haz justicia a aquellos que destruyeron nuestra familia.
Ahora vive tu vida en paz y, sobre todas las cosas,
sé feliz.

A Agapios, emocionado, le brillaron los ojos al transmitir estos pensamientos a su hermano adoptivo, mientras unas copiosas lágrimas bañaban las mejillas de Hicesio, que sólo ahora recibía las palabras de su madre, transmitidas por la memoria durante años y conservadas para él desde ultratumba.

Permanecimos un largo rato en silencio, y por último, viendo lo conmocionado que estaba Hicesio, le di las gracias a Agapios explicándole que lo acompañaba al cuartel donde nos alojábamos, y

que volvería a visitarlo en unos días, cuando se le hubiera pasado la emoción.

Caminamos un buen rato en silencio y cuando empezaron a aparecer las primeras estrellas en el cielo despejado, tomamos el camino del cuartel, que ya se divisaba a un cuarto de milla de distancia.

De pronto, una persona nos arrastró hasta cerca de la pared de una casa, haciéndonos señas de que guardáramos silencio: era Antonio, ¡el suegro de Fabritia!

—Escondeos en una esquina y no dejéis que os vean, ¡volved por donde habéis venido!

Las frases bruscas y los gestos cortantes nos convencieron de que había problemas. Yo iba de paisano y ni siquiera llevaba conmigo mi gladio para defenderme en caso de necesidad, aunque vista mi torpeza bien podría haberme hecho daño yo solo. Nos alejamos rápidamente del cuartel y, después de recorrer como una milla por calles secundarias, nos metimos en una *popina*.

—Pasaba por aquí por casualidad para invitaros a una cena con Fabritia —empezó a explicarnos Antonio—. Pero mientras estaba en el puesto de guardia esperando a que viniera un ayudante para avisaros, han entrado dos oficiales uniformados, uno debía de ser un tribuno, el otro no lo sé. Por poco no la han tomado conmigo al ver que yo era un civil. Rebosaban prepotencia y preguntaban por Hicesio de forma imperiosa y nada educada. Estaban sucios y sudados, se notaba que llevaban bastante tiempo rondando la zona. Supongo que vendrían de Italia.

—Me temo que sí —dijo Hicesio con un hilillo de voz.

—Antonio, te agradezco que nos avises, ese tipo de visitas no siempre son bien recibidas, y puede ser útil saber que te están buscando. Pero tú, Antonio, ¿por qué te habías acercado al cuartel a buscarnos?

—Quintilio, quería invitarte a cenar con Fabritia; hemos encontrado un lugar donde son fantásticos cocinando pulpo. Pero solo nosotros, dejando de lado a Secunda y Marco; esos dos ahora son inseparables desde que está en camino el chiquillo. Queríamos hablar contigo para preguntarte si estarías dispuesto a hacer el viaje

de regreso a Italia con nosotros. Es un viaje difícil, y si somos más los que nos conocemos, mejor, ¿no crees?

Reflexioné unos instantes sobre lo hermosa que era Fabritia, que se marchaba, y lo hermosa que era también Secunda, que se quedaba aquí…

—Supongo que viajar en grupo sería más seguro —respondí diplomáticamente—. El problema es que puede que tenga que irme muy pronto.

ITALIA

XXIX. Eporedia

Había transcurrido más de un mes desde mi arresto en Thessalonica.

En Eporedia, adonde me habían enviado escoltado, aunque había llegado el verano, la estación se veía asolada por lluvias incesantes. Había llovido toda la primavera y los campesinos ni siquiera habían conseguido escardar el trigo; gran parte de la cosecha se había doblado por el viento y se había perdido. Seguramente el año siguiente la hambruna sería inevitable. El agua se estancaba por todas partes en la campiña, y la gente trabajaba prácticamente en el barro.

Hacía dos días que había llegado a la unidad acampada en la llanura de la *limitatio*, seis millas al mediodía de la ciudad.

Mi llegada había sido precedida por una misiva en la que el magistrado pedía al prefecto del campamento que me vigilara constantemente y me entregara a la guarnición de Eporedia al menor intento de fuga.

Ahora me encontraba soportando un poco de lluvia y viento, reflexionando sobre lo que el destino y los dioses habían decidido para mí.

De las muchísimas cosas que podría haber hecho, todas hermosas, algunas maravillosas, no había hecho ninguna, y los que mandaban habían elegido para mí en cambio la más pérfida: la prisión y el regreso a Italia junto con la tropa, escarnecido por los legionarios, sin ninguna posibilidad de hacer valer mi opinión ante la ignorante soldadesca. Y ahora tenía que cumplir un año en el campamento de Eporedia, con la prohibición de salir de él.

El prefecto Festio tenía bastante claro lo que había ocurrido, me había recibido cordialmente, y aquella noche me había invitado a cenar.

Fui a su tienda cuando el sol se estaba poniendo.

Estábamos los dos solos. Recordaba la última vez que había estado allí con él: también nos acompañaba el tribuno Veranio, había sido la noche en que organizamos mi precipitada partida hacia Roma.

Sólo habían pasado unos meses, pero me costaba creer que no hubieran sido años. Aquellos meses habían sido un torbellino de experiencias en Macedonia y eso había borrado mi noción del tiempo.

—Quintilio, ¡aquí estamos juntos otra vez! —me saludó con una afabilidad un tanto artificial.

—Sí, prefecto, sólo han pasado unos meses. ¡A mí me ha parecido muchísimo más tiempo!

—¿Tuviste problemas en el viaje de vuelta?

—Ningún problema grave, sólo que el centurión con el que viajaba había recibido la orden de vigilarme como persona sospechosa, y me vi obligado a no separarme nunca de los dos legionarios que me custodiaban. Hice todo el viaje por mar en la bodega de la nave, y finalmente me entregaron a una unidad que se trasladaba a la frontera con el territorio de los salasios[91], con la amenaza de encadenarme si hablaba más de la cuenta. Ni siquiera pude pasar por mi casa.

—Me han informado de ello. Te he invitado a cenar porque trataremos este problema juntos. Tu llegada ha venido precedida de una carta del tribuno Elpidio, que te tiene en gran estima. Me ha explicado brevemente lo sucedido. Si quieres, puedes leerla.

—Si contiene noticias sobre mí, me encantaría conocerlas, prefecto —le respondí.

Me entregó un papiro varias veces doblado.

El tribuno Annio Elpidio saluda al
prefecto del cuerpo de Ingenieros Publio Festio. Vale.
Has de saber que a la vuelta de unos días de la llegada de
esta misiva, el agrimensor Fausto Quintilio será conducido bajo
vigilancia al campamento que mandas.
Ha completado, con mi aplauso, la misión para la que fue
requerido en Macedonia, y esta misión es de enorme

importancia para la República y para César, ya que ha destapado tramas cuyo alcance sólo podrá conocerse en los próximos meses, pues la operación aún está en curso.
El agrimensor Quintilio, que no ha cometido ningún delito, fue acusado de obstrucción a la justicia por los agentes enviados desde Roma para investigar el tesoro del patricio Julio Rogaciano, tesoro que fue devuelto hace un año al Erario del Estado.
Se ha solicitado prisión para él, que he podido conmutar con un año de privación de libertad a cumplir bajo tu mando, siendo manifiesto que no es culpable de nada.
En breve se darán a conocer sus méritos y se retirarán estas acusaciones. Por lo tanto, te pido que le mantengas trabajando y no permitas que corra más peligros, pues él es el último de los que tomaron parte en la misión que puede ser localizado, y si surge la necesidad será llamado a la Urbe para testificar sobre cómo se llevó a cabo.
En tal ocasión se aclarará definitivamente su posición.
Ten toda mi gratitud y no dudes en ponerte en contacto conmigo y con el Mando de la Urbe si así fuere preciso.
Tribuno Annio Elpidio
VI ante Idibus Ivn DCCVII [92]

—Quintilio, comprendo que no puedas decirme nada sobre la misión y que debo mantenerte aquí en buen estado —concluyó el prefecto sonriendo cuando vio que había terminado la lectura.

—Sí, prefecto, tengo órdenes estrictas de no hablar de lo que hicimos hasta que se haya completado toda la operación. Como habrás podido adivinar, están en juego las vidas de muchas personas, y no puedo desobedecer una orden que me ha dado el tribuno Elpidio. Pero sí puedo hablarte de tu familia, y de tu padre y tu madre, que antes de partir hacia Macedonia me recibieron cordialmente como si fuera su propio hijo.

—Gracias, Quintilio, recibí una carta en la que me informaban de tu visita. ¿Cómo los encontraste?

—Evidentemente estamos hablando de hace ya varios meses, todavía era enero. Fui a verlos cuando el sol ya se había puesto, y probablemente se asustaron un poco; has de saber que yo estaba de uniforme. Pero me reconocieron enseguida porque ya me habían visto en otra ocasión. Los encontré con buena salud y muy animados, pero desgraciadamente también asustados por lo que está ocurriendo en la Urbe, donde ya no se distingue al amigo del enemigo. En realidad no tienen miedo por ellos mismos, son ancianos inofensivos que no molestan a nadie. Tienen miedo por ti porque temen que te puedas ver envuelto en algún peligro a causa de la guerra civil.

El prefecto había dejado de comer su gallo al vino tinto para escucharme, y asintió con la cabeza:

—En efecto, mi madre siempre ha sido un poco aprensiva, pero quizá teman que aquí sea peor que en Roma.

—¡Eso creo yo! Intenté explicarles que éste es un tranquilo campamento de Ingenieros donde cavamos zanjas y talamos árboles, y que estamos bien lejos de las Vías consulares por donde pasan las legiones. Me pareció que tu madre estaba muy agradecida por esta información, y quizás se calmó un poco.

—¿Qué hay del secretario Hicesio?

—Hicesio participó en la misión conmigo, porque se necesitaba un matemático experto para hacer un sinfín de complicados cálculos. También se le busca, y ahora mismo no sabría decirte dónde se encuentra. La última vez que le vi gozaba de buena salud, y solo puedo desear que estos asuntos se aclaren de una vez por todas.

—Quintilio, ya te lo he dicho antes: hay que trabajar en silencio y mantenerse al margen de ciertas complicaciones. Además, ¿qué edad tienes?

—Tengo veintiséis, prefecto.

—Entonces, ¿no es hora de que te busques una esposa? ¿O quizás estás esperando a una mujer en especial? —me tomó el pelo sonriendo.

—Tal vez un día de estos empiece a pensar en ello.

En los días que siguieron, pensé largo y tendido en la carta del tribuno Elpidio: quizá pronto me exonerarían y también a Hicesio. No le había visto desde aquella tarde tormentosa en Thessalonica, cuando Antonio nos había esperado en la calle e impedido que regresáramos al cuartel. El griego no tuvo ningún problema en desaparecer por los callejones de la ciudad, donde ahora tenía numerosos amigos.

Nadie le había vuelto a ver.

Ahora era yo quien tenía que rendir cuentas de mis oportunidades perdidas, en esto pensaba mientras estaba sentado sobre la hierba humedecida por las recientes lluvias, bajo un achaparrado roble cuyas hojas aún goteaban agua, en aquellos primeros días de julio en que incluso el verano se negaba a alegrar el campamento.

Mi detención me había impedido viajar de regreso a Italia junto con Fabritia y Antonio; ahora estaba prisionero en Eporedia y ya no podría relacionarme con aquella bellísima mujer.

Pero ¿en algún momento tuve alguna oportunidad real con esa mujer y su familia? ¿Dónde iba a encontrar su fortuna un agrimensor sin blanca, con una participación en un banco en quiebra, con una investigación por asesinato a sus espaldas, y buscado también por otros delitos?

De la hermana, Secunda, ya me podía olvidar. Había conseguido lo que quería de mí y ahora tenía que cuidar de su familia.

Probablemente nunca volvería a saber nada de las dos hermanas, nunca más volvería a verlas.

¡Oportunidades perdidas!

Muchos "tal vez", pero ninguna certeza. Tal vez, tarde o temprano, me llamarían de Roma, tal vez me exonerarían por completo. Tal vez.

Tampoco tenía más noticias de Regila y Rusonio, ya que no había podido pasar por Ravenna.

La chica que sentía debilidad por mí pronto se cansaría de esperarme, porque o bien yo nunca tenía tiempo para ella, o estaba metido en juicios, o peor aún detenido. Y ahora tenía que cumplir un año de condena. Ella también tomaría su camino. Al igual que

Rusonio. Aquellos dos habían sido lo más parecido a una familia mía que me hubiera sucedido.

Por increíble que pudiera parecer, mis éxitos en la misión habían servido para alejarme de todo lo que más me importaba. Y por último también del amigo con el que había compartido los dos últimos años.

E incluso mi repatriación forzosa había sido tan rápida que ni siquiera había tenido ocasión de completar los trámites para que me descontaran una parte del servicio.

Tampoco había podido ayudarle a Hicesio a darle su merecido a Duilio Nepio, ese traidor hijo del canalla que le había arruinado la vida a él y a su familia. Habíamos hablado varias veces de lo que hubiéramos podido hacer, y tal vez si hubiéramos seguido juntos habríamos actuado.

Realmente, todo un éxito.

En estas cosas pensaba mientras unas gotas de lluvia me caían sobre los hombros y el cuello, de donde ya ni siquiera colgaba la cruz egipcia de Regila, la que debía protegerme. También la había perdido.

Y en el caos de la salida de Thessalonica, hasta su mechón de pelo atado con una cinta amarilla, que me había regalado para que pensara en ella de vez en cuando, se había extraviado.

En los últimos meses parecía como si una maldición hubiera recaído sobre mí para impedirme aprovechar cualquiera de las oportunidades que se me presentaban.

Lo único que podía hacer era esperar a que algo cambiara, pero ese algo sólo podría cambiar mediante una intervención desde el exterior. Como mucho podría escribir cartas o evocar recuerdos, ya que no podía salir del campamento.

Tal vez así tendrían que pasar los años para mí, siguiendo a estas centurias de buenos legionarios que se contentaban con la vida que el destino les deparaba día a día.

Se hablaba insistentemente de terminar cuanto antes el trabajo en estos valles porque nos esperaba un traslado.

Pronto nos iríamos de aquí y yo seguiría con la unidad de Ingenieros.

No se sabía dónde nos trasladarían.

Probablemente nos marcharíamos al final del verano, y quien me quisiera buscar ya ni siquiera sabría dónde encontrarme.

Algunos días sentía que me estaba volviendo loco.

XXX.

El verano transcurría lentamente y por mucho que fingiera estar trabajando o haciendo algo, de vez en cuando mis pensamientos levantaban el vuelo como pájaros y volaban de vuelta a Thessalonica o al Attica, y durante un rato soñaba despierto, olvidando el día a día en el campamento del cuerpo de Ingenieros.

Así que con mi mente me imaginaba que si los investigadores del Erario del Estado no hubieran llegado y yo no hubiera sido arrestado, Hicesio podría haber viajado un tiempo conmigo y con Antonio y Fabritia; habríamos recorrido parte del camino de vuelta a lo largo de la Vía Egnatia. Sin duda nos habríamos detenido en Edessa.

Todos hubiéramos visitado la tumba de su madre, esa entrañable mujer que había conseguido transmitirle un mensaje incluso desde el más allá. ¿Quién podría haberle dado a aquella mujer la certeza de que su hijo volvería para recibir aquel mensaje aprendido de memoria por un niño que ahora se había convertido en hombre?

Y con mi imaginación seguía haciendo planes, y me sumergía tanto en ellos que cuando surgía alguna dificultad me decía: «¡Necesito hablar con Hicesio sobre este asunto!», sin darme cuenta de que Hicesio no estaba allí; yo me hallaba en Eporedia, y sólo los dioses quizás supieran dónde estaba él.

Una mañana me desperté con la certeza de haber encontrado la solución adecuada para el tribuno Nepio. Sabiendo cómo funcionaban las cosas, no quedaba más remedio que volver a las andadas: si el griego hubiera querido resolverlo, ahora que estábamos fuera de la misión, habría tenido que pagar generosamente a los mejores sicarios disponibles y enviarlos contra aquel tribuno.

Los viejos sistemas siempre funcionan.

Finalmente me desperecé, era un día soleado y ya no estaba en Thessalonica; tenía tareas que realizar en el campamento y olvidar mis fantasías sobre cómo podrían salir las cosas.

Un día de aquel verano, el prefecto Festio me mandó llamar.

Lo encontré en su tienda, escribiendo cartas.

—Quintilio, entra y ponte cómodo. Todavía no ha llegado nada para ti, lamentablemente, no es por eso por lo que te he llamado. Quería informarte de algunas graves noticias de Macedonia. He recibido noticias del tribuno Veranio, con quien siempre mantengo correspondencia. Acaba de enviarme una carta en la que me habla de una grave conspiración desbaratada en Atenas. Varios de nuestros oficiales han sido arrestados. Se dice que estaban confabulados con los partos, pero aún no hay una información precisa sobre lo sucedido.

El prefecto Festio me miró fijamente a los ojos, y yo me limité a asentir con la cabeza y a seguir mirándole fijamente, indicándole que lo que él estaba pensando era cierto. Los resultados de nuestra misión en Attica estaban dando sus frutos.

Luego continuó:

—Veranio también me comunica otra grave noticia: un escuadrón de nuestros exploradores, una decena de hombres, fueron masacrados en Siria, en una emboscada. Dice que tú conocías al centurión Galerio. Eran él y sus hombres. Están todos muertos.

—Pobre Galerio —asentí con la cabeza, afligido—. Era un buen centurión, siempre atento a las necesidades de los hombres, y astuto como un zorro. Durante años había participado en incursiones nocturnas tras las líneas enemigas en la Galia. Sus pocos hombres eran aquellos con quienes hemos estado de misión en Attica. Allí me salvaron la vida. Buenos combatientes. Nunca los oí quejarse.

—Ya me había imaginado que eran tus amigos. En un par de días es el *Poplifugium*[93], y mandaré llamar a un oficiante desde Eporedia para recordar a nuestros hombres que estamos aquí sólo por voluntad de los dioses. Aprovecharemos para hacer un sacrificio en su recuerdo.

—Te lo agradezco, prefecto. Eran hombres que merecen nuestro recuerdo, y también eran nuestros colegas porque operábamos allí bajo la insignia del Cuerpo de Ingenieros.

Guardó silencio y bebimos agua y vino en su recuerdo.

—Bien, Quintilio. Aprovecho para decirte que tendremos que acelerar las actividades de nuestras centurias. En cuanto acabe la estación, en cuanto caigan las hojas y lleguen las primeras heladas, ya sabes que en esta zona las heladas llegan pronto, se habla de trasladar el campamento. Todavía no sé a dónde iremos. Pero seguimos un poco atrasados con algunos trabajos, sobre todo con las mediciones de los niveles de agua. Has hecho algunos trabajos de hidráulica con el arquitecto Sextilio, y me gustaría que comprobaras lo que están haciendo los demás agrimensores con el chorobate. Habrás notado también que ese joven de refuerzo no es muy espabilado, y que todavía tiene mucho que aprender. Empieza por comprobar los instrumentos con ellos, y más tarde observa si los procedimientos que siguen son los correctos. En resumen, échales una mano y contrólalos un poco.

En el *Poplifugium* nos reunimos todos en la explanada del campamento. El prefecto vestía una elegante túnica ceremonial y pronunció unas palabras para advertirnos de que debíamos recordar siempre que sólo podíamos disfrutar de cada hora de nuestra vida porque los dioses nos lo permitían, y que debíamos estarles agradecidos y vivir según las leyes, porque éstas estaban hechas para dar gloria a la república y seguridad a sus ciudadanos.

Poco después llegó el turno del oficiante, que iba acompañado de cuatro jóvenes vestidos con túnicas blancas, como era costumbre en un sacrificio solemne.

Un gigantesco cipo gromático había sido acondicionado como altar de sacrificios, con la cruz del *decussis* grabada. Un par de terneros esperaban tranquilos y desprevenidos su hora.

El oficiante, un anciano de barba y cabello blanco, recordó con su débil voz, que sólo oyeron los más próximos a él, que el sacrificio a los dioses se hacía en memoria de nuestros diez exploradores del Cuerpo de Ingenieros que habían sido víctimas de una emboscada en Siria.

Que los dioses los acogieran y cuidaran de ellos.

Y con el sacrificio de aquellos dos terneros se celebró el recuerdo de mis fraternales compañeros: el centurión Galerio, el centurión

Segundo Marcelo, el *optio* Marcio, el herrero Higinio y los otros seis legionarios que habían caído en aquella lejana provincia.

Desfilaron por última vez en mi mente, y oí una vez más sus voces emocionadas en el pequeño campamento de Lavrios, y los susurros en la noche de la huida por las colinas, y el hedor a sudor de Higinio, y las órdenes dadas en voz baja y grave por Galerio.

Luego desaparecieron para siempre en la oscuridad.

El verano no trajo noticias al campamento de Eporedia.

Ni llegaron correos, ni legados con órdenes para que me presentara en la Urbe.

En las calendas de septiembre, aquel capítulo de mi vida, la misión en Attica, parecía definitivamente terminado; tal vez nunca se volvería a hablar de ella y yo pensaba cada vez menos en aquellos días.

Había vuelto a escribir a Regila y Rusonio, y ahora en breve esperaba su respuesta.

También había pensado escribir a Fabritia en Ostia, pero luego me di cuenta de que si por casualidad me respondía expresando su deseo de verme, yo no podría ir a verla por estar todavía cumpliendo el castigo. Así que no hice nada al respecto.

A finales de septiembre, el tercer día antes de las calendas de octubre[94], llegó al campamento un correo militar con un curioso paquete dirigido a mí: parecía una misiva venida de muy lejos.

Confié en que no se tratase de una citación para comparecer ante algún magistrado. Pero no podía ser eso, porque habrían enviado también a un par de fornidos legionarios a prenderme.

Corté los cordeles advirtiendo un elaborado sello de lacre que no daba ninguna pista sobre su procedencia.

Abrí el paquete: contenía cuatro o cinco pergaminos llenos de sellos y florituras.

En el primero de ellos leí:

«El argentario Nicóteles de Byzantium
Saluda a su queridísimo y fraternal amigo Fausto Quintilio.

Has de saber amigo mío…

Inmediatamente cerré el envoltorio como si el contenido me quemara como carbón encendido y empecé a reír. A reír de buena gana.

Cómo se las había arreglado el griego para enviarlo a través del correo militar era todo un misterio. Era algo estrictamente prohibido a los civiles.

Miré a mi alrededor, por si alguien se había dado cuenta de mi extraño comportamiento, y luego, aun riendo, fui a encerrarme en mi tienda.

Había varios documentos en el envoltorio, y papeles con sellos de cera en relieve.

Mi reclusión terminaría pronto, y seguro que algo ocurriría.

Cerré la tienda y me dispuse a leer las instrucciones.

NOTA DEL AUTOR

Eporedia, la actual Ivrea, fue fundada en el año 100 a.C. tras la conquista romana del territorio de los salasios, un grupo étnico asentado en esta región desde hacía tiempo. Fue la primera colonia en el Piamonte al norte del Po, necesaria para que la república controlara el acceso a los pasos de los Alpes Grayos.

Su territorio, comprendido entre el río Po, su afluente el río Orco y la Sierra de Ivrea, fue totalmente centuriado según la clásica cuadrícula ortogonal de 710 metros de lado, materializada sobre el terreno por caminos, canales, hileras de árboles, cercas, con capiteles o lápidas en las intersecciones de las centurias que llevaban el *decussis* característico, según los procedimientos habituales de los agrimensores militares.

Las huellas de la disposición centurial aún son visibles hoy en día en algunos tramos de la campiña al sur de Ivrea, especialmente en la zona comprendida entre Strambino y Scarmagno, donde varias carreteras secundarias recorren lo que fueron los antiguos cardos y decumanos.

Un hallazgo arqueológico muy interesante procede de la centuriación de Eporedia: la estela funeraria de un agrimensor, un tal Lucius Aebutius Faustus, que debió de ser un importante personaje, a juzgar por la calidad del monumento funerario.

De hecho, la estela lleva tallada la representación de una groma con diversos detalles, lo que reviste gran interés porque durante mucho tiempo fue la única prueba útil para reconstruir el funcionamiento de esta herramienta indispensable para la labor de los agrimensores.

La Vía Egnatia

Esta Vía conectaba el mar Adriático con Thessalonica, Byzantium y Oriente.

El tramo más complejo, el montañoso, se asienta sobre las trazas de una antigua vía de comunicación entre el Adriático y el Egeo que se remonta a la Edad del Bronce.

El primer tramo fue construido entre 146 y 120 a.C. por ingenieros romanos con características similares a las Vías Consulares Italianas, pero no fue hasta la época imperial cuando se completó la calzada hasta Byzantium.

Largos tramos estaban pavimentados en basalto, otros *glareati*[95] como otras calzadas consulares, nunca de menos de diez pies romanos de ancho (unos tres metros) para permitir el paso de los carros que venían en direcciones opuestas.

En tiempos de César y Augusto, la importantísima ruta hacia Oriente era, según nos cuenta Estrabón, muy frecuentada por quienes tenían que llegar a Thessalonica, y, más tarde, en época imperial, a Byzantium.

La ruta comenzaba en Apolonia de Iliria, en la costa adriática, un asentamiento que corresponde a la actual Fier, en Albania.

Un ramal septentrional conducía a Epidamnos o Dyrrachium, la actual Durrës, también en Albania.

Ambas ciudades eran puertos de escala para barcos militares y comerciales, que desde la cercana costa italiana alimentaban un flujo ininterrumpido de ejércitos, personas y mercancías tanto hacia Macedonia como hacia Oriente.

La Vía aparece mencionada en numerosos documentos de la época; entre ellos, cartas de quienes viajaban a Grecia por motivos de trabajo o para completar su formación cultural, costumbre muy extendida en la época entre las clases acomodadas, o para ocupar un puesto en alguna de las numerosas dependencias de la administración provincial.

La ruta se describe en numerosos itinerarios de viaje, como por ejemplo el *Itinerarium Provinciarum*, un registro de paradas oficiales y distancias entre lugares de diferentes carreteras del Imperio Romano, comúnmente fechado a principios del siglo III, pero

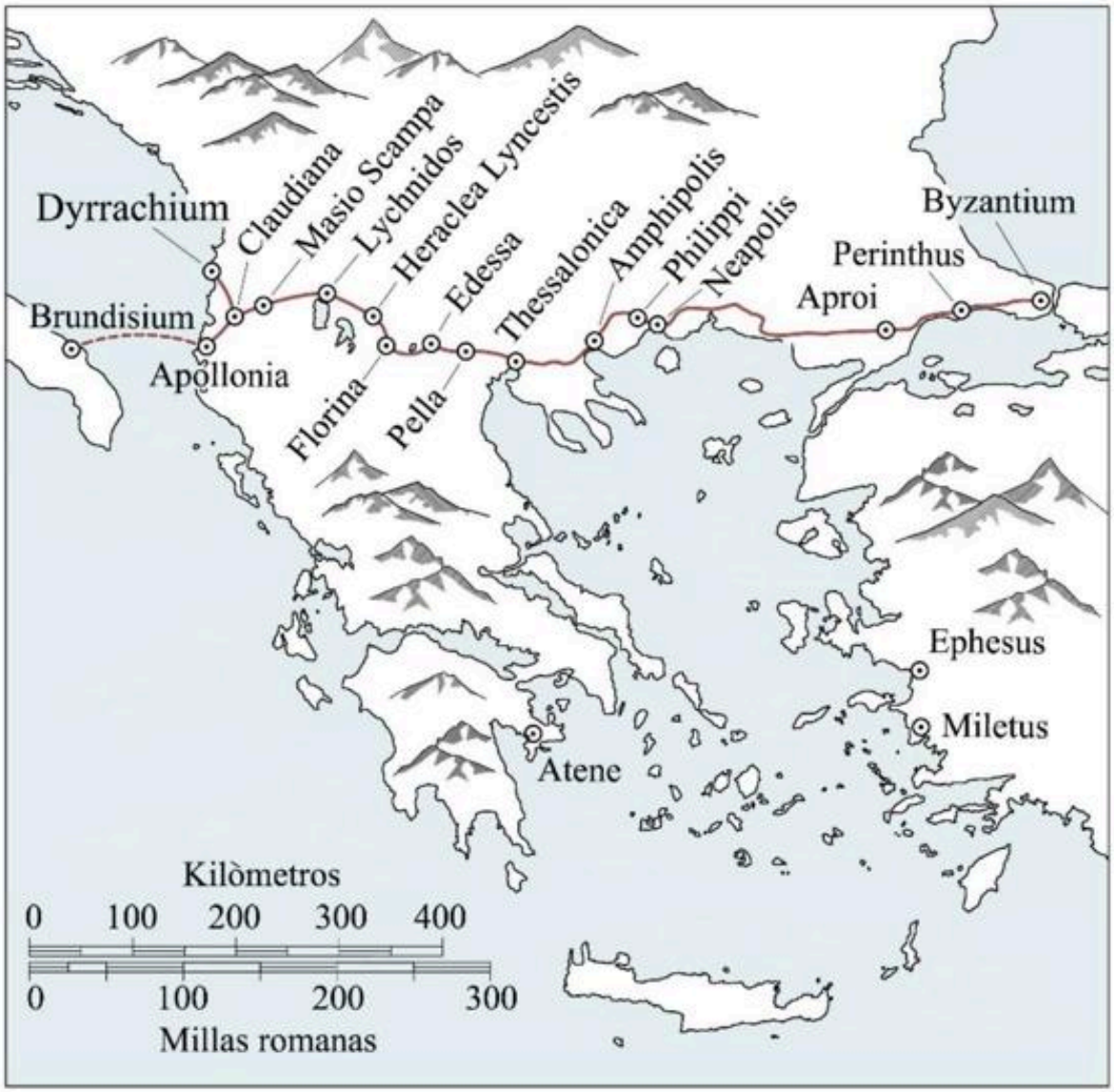
presumiblemente basado en una compilación realizada por César y completada por Octavio.

Como cualquier vía consular, la Vía Egnatia no sólo atravesaba grandes y pequeños asentamientos donde los viajeros podían encontrar hospitalidad, sino que también contaba con casas de posta a intervalos regulares con una posada para pernoctar.

Ni tampoco faltaban los puestos de control militares (las *stationes*), y las *mansiones* gestionadas directamente por la administración del Estado, a disposición de los oficiales y de quienes se desplazaban por razones de Estado.

En estos lugares de descanso, la identificación de los huéspedes que viajaban de servicio se realizaba mediante documentos similares a pasaportes que daban derecho al alojamiento y al cambio de caballos.

Tanto a los civiles como a los militares se les garantizaba la posibilidad de cambiar de caballo cada 12 o 15 millas en las *mutationes*, a menudo unidas con las ya mencionadas *mansiones*, y también había carreteros, herradores y de *equarii medici*, es decir, veterinarios especializados en el cuidado de caballos.



La Vía Egnatia se mantuvo constantemente en excelentes condiciones tanto en tiempos de la república como en época imperial, lo que atestigua el carácter predominantemente militar y estratégico de la calzada, que daba acceso a las ricas provincias de Oriente.

Los miliarios encontrados llevan los nombres de los constructores, los encargados de la pavimentación y otras obras fundamentales, y son prueba de las importantes intervenciones llevadas a cabo por Cneo Egnatio, procónsul de Macedonia (de quien la vía toma su nombre) y más tarde por Trajano.

También los miliarios evidencian el claro interés hacia este eje vial por parte de Caracalla y Septimio Severo, así como de los emperadores de la segunda Tetrarquía, y por último, de Constantino.

La longitud total de todo el recorrido era de 760 millas romanas, equivalentes a 1.125 kilómetros.

El pugilato en la antigua Grecia

El pugilato en la antigua Grecia se consideraba un arte y tiene orígenes muy remotos. En la Ilíada (datada en el siglo VIII a.C.) se encuentran vestigios de esta práctica, pero se cree que ya se practicaba antes.

Las fuentes no documentan la existencia de un reglamento real sobre cómo debían celebrarse los combates, pero en base a la información disponible, numerosos autores han intentado reconstruir las principales reglas.

Judith Swaddling (*The Ancient Olympic Games*, 1999) indica las siguientes reglas básicas:

—no estaba permitido hacer presas;

—se consideraba reglamentaria cualquier lesión por impacto, incluidas las fracturas o cortes debidos a golpes;

—las heridas hechas con los dedos, por ejemplo con la mano abierta, conllevaban la descalificación;

—el cuadrilátero estaba representado por el propio público, que formaba un círculo alrededor de los dos contrincantes;

—el combate no se dividía en asaltos ni tampoco tenía límites de tiempo; los dos contendientes luchaban hasta que uno de ellos caía al suelo o se rendía levantando el dedo índice;

—no existían categorías por peso: los contendientes se elegían por sorteo.

Se sabe que en lugar de guantes se solían utilizar unas protecciones hechas con una tira de cuero de 10 pies de largo (unos tres metros), que envolvía cada mano, y también se sabe que cualquier transgresión de las normas se castigaba con latigazos.

La plata del Lavrios

Las minas del Lavrios, o Laurión, se explotaban desde la Edad de Bronce, pero la extracción del mineral se hizo sistemática a partir de finales del siglo VI a.C., convirtiéndose en una importante e insustituible fuente de financiación para los atenienses.

Está documentado que en la época de la Segunda Guerra Persa, en el 483 a.C., Atenas disponía de unos ingresos excepcionales de plata que fueron utilizados por Temístocles para construir las 200 trirremes que se convirtieron en la flota griega más poderosa, logrando la victoria de Salamina y más tarde, gracias a ella, el mando de la Liga de Delos.

Con la plata de estas minas comenzó la acuñación de la moneda de plata ateniense, el tetradracma con la lechuza.

Esta moneda de plata, apreciada en todas partes por la excelente pureza de su metal, fue esencial en la época clásica para asegurar el comercio entre las diversas naciones ribereñas del Mediterráneo oriental, y sin duda contribuyó a la primacía comercial ateniense.

La actividad extractiva experimentó una suerte desigual, hasta que la decisión ateniense de crear un nuevo sistema de concesiones mineras y la necesidad de financiar empresas militares propiciaron la reanudación de las actividades mineras en la segunda mitad del siglo IV a.C., y las minas vivieron un periodo de explotación más intensa, con la exploración y apertura de nuevos pozos y túneles, el desarrollo de numerosas fundiciones y la mejora de la estructura portuaria de Laurión.

En los siglos siguientes, el desarrollo de la minería parece estar ligado a la política económica de Atenas y a la aparición de metales nobles a partir de las conquistas de Alejandro Magno y del reinado de los Ptolomeos.

Sin embargo, era verdad que las vetas más fácilmente accesibles ya habían sido explotadas, y la extracción se hacía progresivamente más difícil y menos rentable.

También influyeron en el paulatino agotamiento del interés económico las revueltas de los esclavos que trabajaban en las minas.

Tras el saqueo de Atenas por Sila en el año 86 a.C., la ciudad se había vaciado y todo el comercio había caído en la ruina. La ceca sólo funcionaba en contadas ocasiones.

Los ingresos de las minas de Lavrios se habían vuelto insignificantes; no había nuevas actividades de excavación y las pocas que quedaban se limitaban a reprocesar la escoria que aún contenía algo de mineral, produciendo poca plata. Finalmente, las minas fueron completamente abandonadas a lo largo del siglo I a.C.

A mediados del siglo XIX, la plata del Lavrios volvió a la actualidad gracias a una circunstancia singular y fortuita: un velero griego que utilizaba escorias de las minas de Laurión como lastre hizo escala en Cerdeña, y el propietario de una mina de la isla, el señor Serpieri, pudo examinar muestras y realizar un análisis preciso.

Se consideró que la escoria podría volver a procesarse con técnicas más modernas, lo que daría lugar a un producto útil.

En 1867 se creó con tal fin, una sociedad mixta francoitaliana para reprocesar las escorias que habían permanecido latentes en las colinas durante milenios y obtener de ellas plomo y plata.

En la primavera de 1871, Grecia, tras la derrota de Francia ante Prusia, retiró su concesión a la compañía francoitaliana, creando lo que se hizo internacionalmente famoso como el "Caso del Laurio".

Por esta razón, los propietarios de la empresa francoitaliana se la vendieron a un grupo de bancos de Constantinopla, y se creó la *Compagnie Métallurgique Grecque du Laurion* que recaudó fondos privados en Grecia fomentando la primera burbuja especulativa de la historia griega, que destruyó el capital de muchos ricos.

En 1877, la originaria compañía francoitaliana, dirigida por el sardo Serpieri, fundó la nueva *Compagnie Française des Mines du Laurion*, que ya en 1911 se convirtió en la principal actividad industrial del lugar, en competencia con otras empresas griegas y francesas.

Fueron años de intenso desarrollo en la región de Lavrios y de Attica, con 10.000 obreros dedicados al tratamiento de la escoria; el distrito minero se convirtió también en un lugar de luchas sociales y políticas.

El cierre definitivo de todas las actividades tuvo lugar en 1977.

***

APÉNDICE

Los personajes

Fausto Quintilio – agrimensor
Hicesio – liberto griego, secretario
Regila – nieta del arquitecto Sextilio (Roma)
Nevio Rusonio – tutor de Regila (Roma)
Fortunato Sextilio – Arquitecto
Publio Festio – prefecto del campamento (Eporedia)
Aurelio Capulo – agrimensor (Eporedia)
Elio Víctor – agrimensor (Eporedia)
Marco Valencio – Centurión del Cuerpo de Ingenieros (Eporedia)
Clodio Menenio – senador cesariano (Roma)
Annio Elpidio – Tribuno (Roma)
Livio Geranio – Tribuno (Roma)
Terencia – curandera (Ravenna)
Annia – liberta (Ravenna)
Pisón – argentario (Ravenna)
Albano – contable de Pisón (Iader)
Varsos Arístides – comerciante/armador (Iader)
Galerio – Centurión
Segundo Marcelo – Centurión
Marcio – *Optio*
Marco Polión – Legado (Thessalonica)
Fabritia Secunda – Esposa de Marco Polión (Thessalonica)
Duilio Nepio – Oficial (Thessalonica/Atenas)
Euthimios – *Patronus* (Thessalonica)
Persopoulos – rico (Thessalonica)
Stratios – rico, hijo de Persopoulos (Thessalonica)

Glosario de lugares

Alexandria: Alejandría (Egipto)
Antiochia: Antakya (Turquía)
Apolonia: Pojan (Albania)
Ariminium: Rímini
Attica: Ática (Grecia)
Byzantium: Constantinopla, Estambul
Bononia: Bolonia
Brundisium: Brindisi
Dalmatia: Dalmacia (Croacia)
Edessa: Edessa, Voden (Grecia),
Eporedia: Ivrea
Fanum Fortunae: Fano
Falerii, Falerii Veteres: Civita Castellana
Fidentia: Fidenza
Fidenae: Villa Spada (Roma)
Florentiola: Fiorenzuola
Iader: Zadar (Croacia)
Langaranus: Langhirano (Parma)
Lavrios: Laurión (Ática)
Lychnidos: Ohrid (Macedonia)
Mediolanum: Milán
Mutina: Módena
Neapolis: Nápoles
Ocricolum: Otricoli
Padusa: brazo meridional del río Po
Pisaurum: Pesaro
Placentia: Piacenza
Thessalonica: Salónica (Grecia)
Ticinum: Pavía
Vercellae: Vercelli
Vicus Viae Longae: Santhià (Vercelli)

Unidades de medida

Las horas del día en la Roma Republicana

De las 24 a las 3: *tertia vigilia*
De las 3 a las 6: *quarta vigilia*
De las 6 a las 7: *hora prima*
De las 7 a las 8: *hora secunda*
De las 8 a las 9: *hora tertia*
De las 9 a las 10: *hora quarta*
De las 10 a las 11: *hora quinta*
De las 11 a las 12: *hora sexta*
De las 12 a las 13: *hora septima*
De las 13 a las 14: *hora octava*
De las 14 a las 15: *hora nona*
De las 15 a las 16: *hora decima*
De las 16 a las 17: *hora undecima*
De las 17 a las 18: *hora duodecima*
De las 18 a las 21: *prima vigilia*
De las 21 a las 24: *secunda vigilia*

Unidades de longitud

Dedo = 1,85 cm
Palmo = 7,41 cm
Pie = 29,65 cm
Paso = 1,48 m
Milla = 1,48 km

Monedas y su valor en la época republicana

Áureo = 25 denarios
Denario = 4 sestercios
Sestercio = 4 ases

Glosario de términos

Actus: unidad de medida de superficie agrícola que equivale aproximadamente a 6 hectáreas.

Adonias: festividad que celebraba la resurrección de Adonis (25 de marzo).

Ager publicus: territorio no cultivado propiedad del Estado. Se «centuriaba» o se desarrollaba mediante la construcción de vías y la regulación del agua (véase «centuriación»).

Architectus: técnico y constructor del ejército romano al servicio, en ocasiones, del propio César. También podía ser un técnico privado, no necesariamente militar, así como un liberto.

Argentario (*argentarius* en latín): banquero o cambista.

As: moneda con valor de 1/10 de denario o 2,5 sestercios.

Aureum (Áureo): moneda de oro introducida por César en la época republicana tardía (46 a. C.), con un valor igual a 25 denarios.

Banco: oficina de un argentario (banquero) o de un cambista, banco.

Caligae: calzado militar similar a una sandalia, con una suela gruesa de corambre de aproximadamente un par de centímetros de altura y provista de fuertes tachuelas de hierro para mejorar el agarre en terrenos resbaladizos.

Cardo: línea de división agrícola o calle que discurría en dirección norte-sur, enmarcada en un plano urbano ortogonal o que indicaba una delimitación norte-sur en la centuriación.

Centuria: unidad de superficie en la base de la cuadrícula del trazado centurial, que consiste en una parcela cuadrada de 710 m de lado (equivalente a 478 pasos romanos) (superficie aproximada de 50 ha).

Centuria: unidad de la legión romana que agrupaba a ochenta legionarios distribuidos en una decena de *contubernia*. El conjunto de la centuria estaba normalmente bajo el mando de un centurión. Dos centurias formaban un manípulo.

Centuriación: (véase también *limitatio*): obra de saneamiento y de organización agraria de las zonas no cultivadas por la que se construían caminos según retículas estrictamente cuadradas, y canalizaciones para eliminar el exceso de agua, a fin de permitir el paso de la misma para su uso agrícola.

Centurión: oficial al mando de una centuria del Ejército Romano, comparable a un moderno oficial de rango medio.

Ceriales (véase también *Ludi Cereales* o *Cerealia*): Festividad que tenía lugar del 12 al 19 de abril e incluía, además del sacrificio de una cerda a Ceres, procesiones nocturnas entre una multitud festiva que lanzaba nueces y dulces.

Chorobate: instrumento con una tabla de agua que servía para medir los desniveles, similar a un nivel de burbuja.

Codo: unidad de longitud equivalente a unos 44 centímetros.

Collegium: Asociación dotada de un estatuto que regulaba las actividades de los que ejercen la misma profesión.

Collegium de argentarios: asociación o sociedad de banqueros que tenía por objeto el control del ejercicio de la actividad profesional y, en algunos casos, el reparto del riesgo en los préstamos.

Collegium Nautarum: cofradía o sociedad que tenía por objeto el transporte fluvial de mercancías y personas.

Compitalia (o *Ludi Compitalicii*) era una fiesta tradicional celebrada una vez al año, el 3 de enero, en honor de los Lares Compitales (los Lares de los cruces de caminos), divinidades protectoras de la familia y de los cruces de caminos, a los que la gente dedicaba pequeños templos erigidos cerca de donde se cruzaban las carreteras.

Contubernium: pequeña unidad del ejército romano, agrupación de ocho hombres a cargo de un decano.

Damnatio memoriae: borrado del recuerdo de una persona mediante la destrucción de cualquier rastro (escritos y menciones en lápidas) que pudiera transmitirse a la posteridad.

Decumano: línea de división agraria y/o calle que corría en dirección este-oeste. Se cruzaba en ángulo recto con el cardo (calle

que corre en dirección norte-sur) para formar un esquema urbano ortogonal.

Decussis: grabado en forma de cruz sobre pilares o hitos gromáticos que indica una referencia topográfica.

Dedo (*digitus*): unidad de medida de longitud equivalente a 1,85 cm aproximadamente.

Denario: unidad monetaria básica, equivalente a 1/25 de *aureum* (a partir del 46 a.C.) y a 4 sestercios o 10 ases.

Dioptra: instrumento topográfico dotado de un visor móvil acoplado a una escala graduada horizontal y vertical para realizar mediciones angulares, para la obtención de mapas y cartografías a escala.

Fluminis varatio: procedimiento en el que se utiliza la groma para calcular la anchura de los ríos, la extensión de ciénagas y humedales, y la distancia de los barcos que se acercan a los puertos.

Garum: salsa líquida elaborada con vísceras de pescado y pescado salado que los romanos añadían como condimento a muchos platos.

Groma: instrumento de medición característico de los agrimensores que consistía en un soporte en forma de cruz con cinco líneas de plomada montadas en un marco especial en forma de cruz que se utilizaba para realizar alineaciones a la vista, incluso muy grandes, y dibujar ángulos rectos en el terreno.

Honesta missio: licenciamiento de los soldados al final de su servicio militar regular. Se les expedía un diploma grabado en una placa de bronce, se les pagaba una suma de dinero (normalmente de 12.000 a 20.000 sestercios), se les concedía el derecho de ciudadanía, si era un auxiliar, y a contraer un matrimonio legítimo. Los hijos eran ciudadanos romanos a todos los efectos.

Insula: edificio de varias plantas empleado para viviendas, equivalente a los actuales edificios de apartamentos.

Lanista: propietario de la escuela (*ludus gladiatorius*) donde los gladiadores romanos aprendían el arte de la lucha.

Laralia: festividad en honor de los Lares (1 de mayo).

Latrunculi: juego popular parecido a las damas.

Legatus legionis ("legado"): era el título del comandante de una legión.

Legua: unidad de longitud equivalente a 2,22 km aproximadamente.

Lex Roscia: ley aprobada en el 49 a.C. por Julio César por la que se concedía el *Plenum ius* a los ciudadanos de la provincia de la Galia Cisalpina que con la *Lex Pompeia de Transpadanis* habían recibido la ciudadanía latina en el 89 a.C., mientras que con la ley del 49 a.C. se les concedía la plena ciudadanía romana.

Libra romana: unidad de medida de peso que corresponde aproximadamente a 327 gramos.

Librarius Legionis: oficial encargado de las tareas administrativas del ejército.

Limitatio (véase también Centuriación): obras de saneamiento de tierras y organización agraria de zonas no cultivadas. Las carreteras se construían siguiendo cuadrículas estrictas y se construían canalizaciones para eliminar el exceso de agua, de modo que pudieran utilizarse con fines agrícolas.

Limites quintarii: los cardos y decumanos secundarios de la centuriación, de 12 pies romanos de largo, es decir, 3,55 m, paralelos al *cardus maximus* y al *decumanus maximus*.

Ludi Cereales (véase Ceriales)

Lupercali: período de fiestas y jarana del calendario romano comparable a nuestros carnavales.

Mamuralia (o *Sacrum Mamurio*): antigua festividad que se celebraba el 15 de marzo. El rito consistía en golpear, ritualmente con unos bastones, a un anciano cubierto de pieles de animales.

Manumissio: documento o declaración verbal con la que el amo declaraba que dejaba libre a su esclavo.

Manumissio per epistulam: carta con la que el amo declaraba a su esclavo emancipado, y que a partir de ese día obtenía la condición de liberto bajo la protección de un *patronus*.

Mansio (pl*. mansiones*): parada oficial en una carretera, gestionada por el gobierno central y puesta a disposición de dignatarios, oficiales o de quienes viajaban por razones de Estado.

Los huéspedes se identificaban con documentos similares a un pasaporte.

Milla romana: unidad de longitud, que corresponde a 1.480 metros y a 1.000 pasos romanos.

Mutatio (pl. *mutationes*): estaciones de cambio de caballos situadas a lo largo de las vías consulares a 15-18 millas de distancia.

Numulario (*nummularius* en latín): cambista, persona experta que comprueba que el dinero no sea falso, y ensaya el oro y la plata.

Onza: unidad de peso equivalente a 27,26 gramos aproximadamente.

Optio: lugarteniente del centurión, suboficial.

Palmo: unidad de medida correspondiente a 7,41 centímetros.

Paso romano: unidad de longitud calculada entre dos apoyos del mismo pie (en la práctica corresponde a dos pasos tal y como los entendemos hoy en día); aproximadamente 1,48 m.

Patronus: abogado o persona experta en procedimientos legales.

Pértica: unidad de longitud equivalente a 2,96 m aproximadamente.

Pie: unidad de longitud equivalente a 29,65 cm.

Pilum: tipo particular de jabalina utilizada por el ejército romano en los combates a corta distancia. Normalmente, cada legionario llevaba dos, uno ligero y otro más pesado.

Poplifugium: festividad del calendario romano que se celebraba el 5 de julio.

Praefectus Fabrum: oficial que coordinaba a herreros, carpinteros, constructores de edificios y máquinas de asedio, y gromáticos («agrimensores»).

Pugio: daga que formaba parte del equipo de combate de los legionarios.

Rudis: los gladiadores que habían luchado honorablemente recibían a veces la licencia con la entrega del *rudis*, una espada de madera.

Saturnalia: fiestas durante las cuales se subvertía el orden social: los esclavos podían considerarse temporalmente hombres libres, y como tales podían comportarse; se elegía por sorteo un

princeps, especie de caricatura de la clase noble a la que se asignaba todo el poder.

Sestercio: moneda con un valor de ¼ de denario.

Stipendium: el *stipendium* anual era la paga que recibía un soldado romano, de cualquier rango, a partir de la época republicana. Constituía la parte principal de los ingresos del soldado, que desde el final de la república comenzó a recibir, además del botín de guerra, un premio en dinero llamado *donativa*. El *stipendium* anual de un legionario era de 225 denarios, y para un centurión hasta cinco veces más.

Subligaculum: banda de tela equivalente a la ropa interior moderna.

Tablinum: Sala principal de la casa, salón.

Tabularium: oficina pública en la que se guardaban los actos públicos relativos a las leyes y a la propiedad, similar a un archivo o registro de la propiedad.

Talento (romano): unidad d peso, equivalente a 100 libras romanas (aproximadamente 32,7 kg).

Termas: uno de los principales lugares de encuentro de la antigua Roma, a partir del siglo II a.C. Casi todo el mundo podía acceder a las termas, incluso los más pobres, ya que en muchos establecimientos la entrada era gratuita o casi gratuita. Las numerosas termas eran un lugar de socialización, relajación y desarrollo de actividades vitales para hombres y mujeres que, en espacios y horarios separados, se bañaban completamente desnudos.

***Tesserarius*:** mensajero, estafeta, el *tesserarius* del ejército romano era el soldado que, en el *castrum*, tenía la tarea de distribuir la tablilla de madera que llevaba inscrita la contraseña para entrar en el fuerte, pero a veces, se ocupaba también de llevar órdenes.

Tribulus (abrojo o miguelito): clavos de cuatro púas que, independientemente de cómo se lancen, siempre dejan al descubierto una afilada púa de cuatro dedos, capaz de incapacitar tanto a un hombre como a un caballo.

Tribuno ("*Tribunus militum*"): oficial del ejército. En la época republicana había seis tribunos por cada legión. La autoridad se

otorgaba a dos de ellos y el mando rotaba entre los seis. Los tribunos eran nombrados por el Senado y, para tener este cargo, bastaba con formar parte de la clase senatorial.

Tubilustrium: ceremonia del 23 de mayo con la que se inauguraban las campañas militares. Consistía en el lavado sagrado de las trompetas de guerra.

Valetudinarium: enfermería, hospital.

Via glareata: vía construida con una base de adoquines de varios tamaños y un revestimiento superficial de grava prensada

Vicus: conjunto de casas y terrenos de modesto tamaño.

Yugada: unidad de superficie agrícola equivalente a la superficie de tierra que podría ararse en un día de trabajo con un par de bueyes. Corresponde aproximadamente a un cuarto de hectárea, 2.519 m².

***

Foto de portada: Tetradracma de plata, *circa* 450 a.C.; *Cabinet des Médailles* de la *Bibliothèque National de France*. Foto original Marie-Lan Nguyen / Wikimedia Commons / CC-BY 2.5
Art designer: Luca Tarlazzi – Circe Corp Design.

Copyright © 2024 Claudio Rossi
Todos los derechos reservados.

21062024

.

---

[1] El año 48 a. C.
[2] Cneo Pompeyo el Grande, asesinado en Pelusio (Egipto) el año 48 a.C.
[3] El 5 de diciembre.
[4] Hora séptima: del mediodía a la 1 de la tarde.
[5] *Manumissio*: liberación de la esclavitud.
[6] La *limitatio* o centuriación era la obra de saneamiento y organización agraria de las áreas incultas.
[7] Galia Cisalpina: el actual valle del Po, donde César fue elegido propretor.
[8] Equivalente a aproximadamente 6 hectáreas.
[9] Asociación de banqueros.
[10] Ivrea (Piamonte).
[11] Hora sexta: de las 11 de la mañana hasta el mediodía.
[12] *Contubernium*: la unidad más pequeña del ejército romano, una agrupación de ocho hombres a las órdenes de un decano.
[13] Popular juego muy similar a las damas.
[14] Del 5 al 8 de diciembre.
[15] El año 706 *ab Urbe Condita*, el 48 a.C.
[16] Décimo día antes de las calendas de diciembre del año 706, el 22 de noviembre del 48 a.C.
[17] Un pie romano equivalía a 29,65 cm, por lo tanto 9 pies = 266,85 cm.
[18] Chorobate: instrumento de comprobación de niveles. Se trata de una regla en la cual se horadaba una ranura que se llenaba de agua, similar a un nivel de burbuja.
[19] *Vicus Viae Longae*: la actual Santhià (Piamonte).
[20] El 10 de diciembre.
[21] *Decussis*: grabado en forma de cruz sobre pilares o cipos gromáticos que indica los confines o la orientación de los cardos y de los decumanos.
[22] *Insula*: edificio residencial de varias plantas, equivalente a los actuales bloques de pisos**.**
[23] Hora octava: de la 1 a las 2 de la tarde.
[24] Instrumento topográfico para la medición de ángulos.
[25] Procedimiento denominado "*fluminis varatio*".
[26] *Ita divis est placitum voluptatem ut maeror comes consequator*. Cita de una comedia de Plauto.
[27] De las 5 a las 8 de la tarde.

[28] *Leporem Farsum* (Liebre rellena), Apicio, *De re coquinaria* 8, 8, 3.
[29] El 5° día antes de las calendas de diciembre del año 706 (48 a.C.).
[30] 17 de diciembre.
[31] Festejos similares a un carnaval durante los cuales se subvertía el orden social.
[32] Hora cuarta: de las 9 a las 10 de la mañana.
[33] La actual Vercelli (Piamonte).
[34] La actual Pavía (Lombardía).
[35] Casa de postas a disposición de oficiales o de quien viajaba por razones de Estado.
[36] Pie romano: 29,6 centímetros.
[37] La actual Fiorenzuola (Emilia-Romaña).
[38] *Gladius* en latín. Espada corta de origen hispano.
[39] La actual localidad de Cagli (Marcas).
[40] Primera vigilia: entre las 6 de la tarde y las 9 de la noche.
[41] El 2 de enero.
[42] Hora décima: de las 3 a las 4 de la tarde.
[43] Segunda vigilia: de las 9 de la noche hasta la medianoche.
[44] Hora duodécima: de las 5 a las 6 de la tarde.
[45] Entre las 9 de la noche y medianoche.
[46] El *unguentarium* es un vial de vidrio o cerámica fusiforme, utilizado para conservar perfumes o aceites.
[47] El 5° día antes de las calendas de diciembre del año 707 (28 de diciembre del año 47 a.C.).
[48] El 10 de enero del año 707 (28 de diciembre del año 47 a.C.)
[49] El 21 de enero del año 707 *ab Urbe Condita* (el 47 a.C.).
[50] Abogado.
[51] La actual ciudad de Ohrid, en la orilla oriental del homónimo lago.
[52] En realidad, la frase exacta es: *Ita divis est placitum voluptatem ut maeror comes consequator*, "esa es la voluntad de los dioses, que no haya rosa sin espina", siempre la misma cita tomada de una comedia de Plauto.
[53] El 15 de febrero.
[54] Documento o acto formal por el cual el amo declaraba emancipado al esclavo.
[55] El año 675 *ab Urbe Condita* (año 79 a.C.).
[56] Hora quinta: de las 10 a las 11 de la mañana.
[57] *Ita divis est placitum voluptatem ut maeror comes consequator*: "Los dioses quisieron que el dolor fuera compañero del placer". Siempre la misma cita, tomada de la comedia de Plauto.

[58] Hora quinta: de las 10 a las 11 de la mañana.
[59] El de 7 marzo.
[60] El de 20 marzo.
[61] El año 337 a.C.
[62] *Mamuralia* o *Sacrum Mamurio* era una antigua festividad que tenía lugar el 15 de marzo. El ritual consistía en golpear ritualmente a bastonazos a un anciano vestido con pieles de animales.
[63] 20 de marzo.
[64] El 19 de marzo.
[65] Cuarta vigilia: de las 3 a las 6 de la madrugada.
[66] El 26 de marzo.
[67] Instrumento similar a una hachuela que se utilizaba para excavar. Formaba parte del equipo básico del legionario.
[68] Unos 700 metros.
[69] El 13 de abril.
[70] Se conocía como *fluminis varatio*.
[71] Las máquinas de asedio o artillería eran las balistas, los onagros y las catapultas.
[72] Hora décima: de las 3 a las 4 de la tarde.
[73] Lanista: propietario de la escuela de gladiadores (*ludus*) donde los gladiadores romanos aprendían el *ars gladiatoria*.
[74] Tercera vigilia: entre la medianoche y las 3 de la madrugada.
[75] Pino carrasco.
[76] Unidad de peso usada en Ática equivalente a 25,86 kg.
[77] El 1 de mayo del año 707 *ab Urbe Condita* (año 47 a.C.).
[78] El 4º día antes de las calendas de abril del año 707 (29 de marzo del año 47 a.C.).
[79] Tercera vigilia: entre la medianoche y las 3 de la madrugada.
[80] Hora cuarta: de las 9 a las 10 de la mañana.
[81] Cuarta vigilia: de las 3 a las 6 de la madrugada.
[82] El 20 de marzo.
[83] El 19 de mayo.
[84] Orodes II: rey de los partos desde el 57 a.C. hasta el 37 a.C., hijo de Fraates III, de acuerdo con su hermano Mitrídates III, primero hizo matar a su padre y más tarde excluyó del reino también a Mitrídates I.
[85] El 28 de mayo del año 707 *ab Urbe Condita*.
[86] La batalla del río Bagradas, cerca de Túnez, el 24 de agosto del año 49 a.C.
[87] Hora nona: de las 2 a las 3 de la tarde.

[88] O cifrado César, una de las técnicas de cifrado más simples y usadas. Es un tipo de cifrado por sustitución en el que una letra en el texto original es reemplazada por otra letra que se encuentra un número fijo de posiciones más adelante en el alfabeto.

[89] Los que valoraban las monedas para distinguirlas de las falsas y tasaban el oro y la plata.

[90] Hora octava: de la 1 a las 2 de la tarde.

[91] Población celta del actual Valle de Aosta.

[92] El 8 de junio del año 707 (47 a.C.).

[93] El *Poplifugium* era una festividad que se celebraba el 5 de julio.

[94] El día 29 de septiembre.

[95] Una Vía *glareata* es una calzada construida con grandes guijarros planos de río.